

# FLORES MARCHITAS

NOVELA DE COSTUMBRES SOCIALES

ORIGINAL

DE

DON JESÚS LÓPEZ GÓMEZ



SORIA, 1898

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE V. TEJERO

*Calle del Collado, núm. 58.*

PL.  
S  
7

LIBROS MARCHELLOS

NOVELA DE COSTUMBRES

LIBRO

DON JESUS LOPEZ GOMEZ

*Libro*

BOGOTÁ, 1900  
IMPRESION EN EL ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LA LIBRERIA  
"EL CAJON" DE CALLE DEL CORRAL



BIBLIOTECA PUBLICA DE SORIA  
Sección de Estudios Locales

51.748

# FLORES MARCHITAS

NOVELA DE COSTUMBRES SOCIALES

ORIGINAL

DE

DON JESÚS LÓPEZ GÓMEZ

PRIMERA PARTE

SORIA, 1893

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE V. TEJERO.

Calle del Collado, número 58

B.P. de Soria



1137278

DUPL. SS-457



---

## CAPÍTULO PRIMERO

### **El nido de la calandria.**

Si alguno de nuestros lectores ha tenido precisión de albergarse en el pueblecillo N..., enclavado en las laderas del gigantesco Monseny, cerca de los Pirineos franceses, habrá podido observar que, como á un kilómetro de distancia, se levanta un caserón, procedente de aquella época desconsoladora de los señores de horca y cuchillo.

Aquel edificio del color de la rosa seca, solitario centinela y testigo mudo de fatídicos acontecimientos, ya por los contornos de su extraña arquitectura, ya por lo elevado de las almenas que le coronaban, ya por las losas perfectamente delineadas á causa del crecido musgo que por sus grietas brotaba, era mirado en la época que nos ocupa, por cuantos viajeros le visitaban, con respeto y terror.

Jamás y por concepto alguno el ancho portal que daba paso al zaguán se había cerrado, lo que, comentado por los sencillos campesinos de la comarca, hacían

se aumentase el terror hacia aquella vivienda del diablo.

Muchos escritores españoles y aun franceses ó ingleses, se han ocupado, atraídos por los razonamientos de la tradición, de pintar aquel edificio fatídico, pero ninguno detalló con la mayor copia de datos el origen y desarrollo de los terribles dramas que se desarrollaron bajo sus caprichosos artesonados.

Pintar el edificio que nos ocupa, sería tarea harto enojosa para nosotros y para el lector, que debe prescindir de toda digresión que le conduzca al hastío; por eso renunciamos á este propósito, y entramos desde luego en materia, como vulgarmente se dice.

Serían poco más de las cinco de la tarde de una del mes de Agosto. La tierra había recorrido las dos terceras partes de su carrera, y los rayos solares la herían aún, si bien algún tanto oblicuamente.

Á la puerta de una de las posadas de la playa, en la aldeucha N..., bajo la mayor de las laderas del Monseny, estaban enjaezados y dispuestos para emprender un largo viaje dos hermosos potros, que sostenía por las riendas un joven como de veinte años.

Muchos de los vecinos de la aldea los rodeaban, atraídos por la curiosidad que avivaban las ricas gualdrapas, sillas, cabezal y correaes con que los potros habian sido adornados, admirados de ver por vez primera tanta riqueza en brutos semejantes.

Al presentarse en el dintel de la puerta los dos viajeros que debían montar los potros, fué mucho mayor

el interés que se dibujó en las curtidas facciones de los labriegos, al ver en uno de ellos una joven de sonrosadas y castas megillas.

Vestía la virginal criatura una sencilla y blanca bata de batista, y coronaba su blonda cabellera, que caía en rizadas madejas por su espalda, una rica pastorela de paja.

El otro viajero era un anciano venerable. Vestía un pantalón de patén, y ceñía su cuerpo una curtida zamarra de piel de ciervo.

Aquel hombre, que no pasaría de cincuenta y seis años, alto, enjuto, y en cuyo semblante se marcaban las huellas del tiempo y los rudos combates de la vida, era altanero, á juzgar por sus modales.

Los curiosos fueron aumentándose á medida que los preparativos de marcha se aceleraban.

El más indiferente de los observadores hubiera, sin mucha perspicacia, conocido que aquella joven que acompañaba al viejo tenía en sus megillas algunas lágrimas secas, y que el sufrimiento, por mas que lo ocultaba, había hecho presa en su alma candorosa.

¿Por qué había llorado? ¿Por qué se agitaba con tan precipitado movimiento el casto seno de aquella virgen? ¿Quién era aquel hombre al parecer odioso para ella?

Preguntas son estas, caro lector, á que debo responder, y te dejaré cumplidamente satisfecho.

Aquella casta azucena, que llamaremos Margarita, no podía menos de haber exhalado profundos y



melancólicos suspiros, si se atiende á la posición en que las circunstancias la habían colocado.

Educada en un convento de religiosas, avezada á la vida metódica del cláustro, con devota y ferviente advocación por abrazar la regla santa de las Carmelitas, desde su más tierna infancia no conocía más halagos que los de sor Teresa, priora de la comunidad. Margarita fué depositada en el torno del convento una noche en que los elementos parecían reprobear con su desencadenada furia aquel acto inhumano y por demás censurable para los autores de su vida. Las monjas, á poco que la madre tornera anunció aquel acontecimiento, se reunieron en el salón capitular; la madre abadesa cogió á la recién nacida Margarita entre sus brazos, la besó, lloró y puso un oficio expresivo al señor Obispo, dándole parte de cuanto acontecía.

La niña era hermosísima: las madres todas principiaron á interesarse por la suerte futura de aquel ángel que Dios enviaba á la comunidad, sin duda para que la prohijase. Las sonrisas de aquella criatura celestial influyeron en el ánimo de las monjas de tal suerte, que al personarse el señor Obispo en el convento, todas le pidieron y rogaron autorización para que aquella niña fuese criada allí, y al tener la edad necesaria profesase. El bueno de aquel pastor asintió á las reiteradas súplicas de las madres, y la niña fué criada bajo las bóvedas del claustro por un ama que al efecto se buscó.

El nombre de la santa patrona de aquella desgra-



ciada huérfana lo llevaba escrito en uno de los pañales en que se envolvía. ¡Triste pero elocuente recomendación para los generosos sentimientos á quienes se confiaba! La niña se desarrolló ante los cuidados y caricias de las pobres monjas, y éstas, apenas supo hablar su protegida, la enseñaron las oraciones con que cotidianamente ensalzaban á Dios.

Las buenas disposiciones de Margarita hacían de ella el ídolo adorado de la comunidad, que veía una nueva sierva del Señor.

Así se sucedieron doce años; á medida que ese perfume candoroso que se apodera de toda criatura sensible y religiosa, iba en ella aumentándose al par que la angelical pureza de sus facciones. Muchas tardes cuando Margarita cuidaba á los polluelos en el jardín del convento, ó regaba los claveles y tulipanes, la abadesa, con frenesí, cubría de besos sus mejillas con el ardor propio de la más tierna madre, llamándola su adorada hija.

El temor mismo de perderla había coartado toda gestión que pudiera dar con los incógnitos padres de la huérfana, y ésta, por su parte, también pagaba con la indiferencia la acción vil que la había conducido á tal estado.

Una tarde, mientras Margarita regaba sus flores, observó que una de las novicias corría hacia ella, llena de alegría, con un nido de pájaros que apretaba entre sus manos.

—¡Margarita, Margarita, mira! exclamó la novicia

al acercarse á la huérfana, y encendida como un clavel, á consecuencia de la agitación que la había producido la carrera.

Margarita levantó la cabeza, y fijó sus ojos en los desnudos pajarillos que en el fondo de un manojo de paja y de arbustos, abrían sus picos con insistencia, sin duda para que su desgraciada madre los alimentase como tenía por costumbre.

—¿Qué traes ahí? dijo.

Un nido, contestó loca de alegría y saltando la novicia en torno de su compañera.

—¿Y en donde le hallaste? preguntó la huérfana.

Mira, contestó la dueña de aquellos infortunados seres, allá abajo en la huerta, entre las ramas de uno de los altos álamos que se han plantado cerca de la fuentecilla, pudimos observar ayer tarde que el follaje de una robusta haya ocultaba un nido de pajarillos. Nada hicimos para apoderarnos de él; pero esta tarde rodeamos el tronco Sagrario, Esperanza, María y yo, y aprovechando la ausencia de la madre de esta pequeña familia, como más intrépida, y ayudada por nuestras compañeras, me encaramé por el árbol, pude asirme, aunque con algún riesgo á una larga rama, y apoderarme del objeto de nuestra codicia. Para descender, Margarita, fué cuando verdaderamente me sobrecogió el temor de la más espantosa caída. Agarré el nido con una mano; con la otra, y auxiliada con los piés que afianzaba en los gruesos nudos del tronco, llegué al suelo, siempre apretando el nido contra

mi pecho. Al sentir el musgo y la hierba bajo mis pies, miré al fondo de aquella pequeña vivienda, y observé que uno de sus pobres moradores había muerto reventado.

Margarita, al concluir el relato de su amiga y compañera, estaba apesadumbrada; aquellos sonrosados colores, tan lozanos y con frescura sin igual que tenían su rostro, habían dejado paso á esa palidez precursora del dolor y la melancolía.

Aquella niña sin experiencia y que paulatinamente sentía la punzada del dolor, después de algunos instantes del más elocuente mutismo, miró á su amiga con la expresión triste de la piedad, y la preguntó:

—Ángeles, ¿tú tendrás padres?

—Sí; pero, ¿por qué me preguntas eso?

—¿Qué dirías si nunca los hubieses conocido?

Ángeles, aún cuando niña inocente, comprendió el sentido de la pregunta que le había dirigido.

Margarita echó de ver que su compañera se sobrecogió y que miraba ya á aquellos tristes polluelos con caridad.

La huérfana, queriendo aprovechar la feliz circunstancia que había acarreado sus palabras, continuó el diálogo.

—Te has apoderado de esos inocentes pájaros, exponiendo tu vida; has privado á su madre de los seres que constituyen toda su existencia. ¿Qué sería de tí, mi querida Ángeles, si antes de conocer á tus padres, te vieras hoy hija del acaso y del infortunio? Además,

¿qué placer se experimenta torturando? ¿Qué demuestra la acción de semejante robo?

—¡Robo!—replicó horrorizada la novicia Ángeles.

—Esa es la verdadera palabra con que debe calificarse tu proceder; pero robo sin igual, robo sacrilego. Consúltalo con nuestra madre abadesa muy querida, y ella te argumentará respecto á la acción que acabas de cometer, y te saltarán las lágrimas, comprendiendo hasta dónde te ha conducido un antojo pueril, á trueque de toda una vida llena de dolores para esos desgraciados pajarillos.

Angeles lloraba, temblaba como la hoja que agita el soplo de la brisa, y el nido que sostenía en sus manos estaba en peligro de caer de ellas,

Margarita lo comprendió así y se apoderó de aquellos desventurados á quienes una mano airada había dejado sin el calor de la vida. Al mismo tiempo, una calandria cernía sus parduscas alas por encima de las dos rubias cabezas de las novicias, y con sus lastimeros quejidos llamó la atención de la huérfana, que no pudo menos de fijar sus ojos en aquella pobre madre, que loca, y sin sentido, buscaba á sus hijos entre las garras del enemigo.

—¡Ángeles, Ángeles! exclamó; mira á la desconsolada madre con qué dolor y con qué pena viene á acariciar á sus inocentes hijuelos.

Efectivamente, despreciando todo temor la calandria, fué plegando sus alas hasta que se posó entre

sus hijos y en el fondo de aquella vivienda que tantos y tantos trabajos le había costado construir

Margarita se acordó en aquel momento de su madre; pasó por su mente, rápida cual chispa eléctrica, una idea desconsoladora, y echó á andar con paso lento, la vista fija en aquellos ya afortunados animalitos, y seguida de Ángeles, llegaron entrambas, después de atravesar los umbrales de una puerta de madera que dividía un espeso paredón, á la huerta del monasterio y Ángeles, una vez allí, señaló con el dedo el árbol en cuyas ramas había aquella calandria criado. Su elevación era como de unos cinco metros próximamente, y sin embargo, nada detuvo á nuestra huérfana, que trató de asirse al tronco del árbol. Conociendo la acción que las novicias se disponían á llevar á cabo, una de las madres hortelanas llegó con una escalera, que arrimó al tronco, é hizo que Margarita subiese por ella para mejor y más seguro resultado de aquella beneficiosa empresa.

Margarita, ligera cual dorada mariposa, ascendió; pudo asirse á la misma rama en que el nido se aposentaba, y al tratar de descender, enorgullecida por haber llevado á feliz término su caritativa acción, se oyó la detonación de un arma de fuego y el silbido de un proyectil, lo que llenó de temor é hizo que viniese al suelo desde la altura en que se hallaba.

La monja y la novicia dieron agudos gritos, y corrieron hacia la infortunada Margarita; trataron de alzarla, pero Margarita se había desmayado.



Pintar el dolor de las monjas al entrar Margarita en los claustros en brazos de Angeles y de la madre hortelana, sería para pluma mejor cortada.

Todo fué confusión y sobresalto; las madres lloraban; la abadesa, creyendo exánime á su protegida, dispuso inmediatamente se llamase al facultivo.

Ya la pobre niña en el lecho de su cuarto, y desnuda (faena que todas las madres se apresuraron á desempeñar), abrió los ojos y pudo apreciar su verdadero estado.

Las monjas, que la creían muerta, bendijeron á Dios viendo que Margarita vivía.

—¡Hija, hija mía! exclamaba llorosa la madre abadesa, cubriendo de besos la frente de aquella flor, al parecer agostada por el infortunio y la desgracia.

El ansia que todas demostraron, era indicio claro de su cariñoso afecto hacia la desvalida.

Por fin, después de aquel período violento, se anunció la visita del doctor.

Las monjas corrieron afanosas en busca de sus celdas respectivas, y en la de la infortunada Margarita quedó únicamente sor Teresa y la novicia Angeles.

Precedido de una de las hermanas torneras, se presentó el facultativo. La madre abadesa, después que el doctor hubo examinado á la enferma, interrogó.

—¿Qué le parece á Vd., doctor?

—Señora, esta parálisis que se observa, ha sido á causa, sin duda, de una de esas impresiones naturales que produce un susto.



El doctor se sentó frente á una mesa, y extendiendo una receta, hizo que la tornera diese el papel escrito á la portera.

Pronto llegó el antiespasmódico que se había recetado, y Margarita, luego que tomó una cucharada, vino al movimiento de la vida.

—¿Qué es esto? sor Teresa, Angeles; doctor, ¿qué sucede? Cuánta gente me rodea; ¿qué ha sucedido? se apresuró Margarita á preguntar.

—Si, hija mía; todos, todos á tu lado, dijo sor Teresa contestando á las preguntas que la huérfana le había dirigido.

—Es preciso que no se fatigue usted, objetó el doctor apretando con la mano la muñeca derecha de la enferma.

—La calentura me abrasa. Recuerdo perfectamente que... pero....

—Nada; no se fatigue usted, repuso el médico, conociendo que Margarita iba á entrar en el periodo febril del desvarío.

—Pero, señor facultativo, ¿Margarita podrá quedar lastimada del pecho? dijo la abadesa dirigiéndose al Galeno.

—¡Quién sabe!

Angeles tenía húmedos los hermosos ojos por ardientes lágrimas que se deslizaban por sus mejillas. Al oír aquel «¡quien sabe!» del doctor, tembló con tal violencia, que cayó sobre el pavimento sin sentido.

---

## CAPÍTULO II

### **Dos historias.**

Trasladémonos á uno de los salones del palacio del Barón de Santa Cecilia.

La magnificencia de su ornamentación era regia. El salón que nos ocupa estaba tapizado de rica tela azul celeste, y todo en él guardaba la más perfecta armonía; el decorado, el tallado, mueblaje de ébano, la rica alfombra de Persia y los nunca bien preciados lienzos de Miguel Angel, Rubens, Coello y Ticiano, se descataban en medio de aquellas ricas colgaduras de damasco.

La aristocracia estaba personificada en aquella pieza; el gusto estaba allí hasta con orgullo representado.

Los que conocían y trataban al barón y á la baronesa, sin que la curiosidad les hubiese inducido á visitarles, ni remotamente sospechaban que con tal profusión tenían adornada su casa.

El barón contaba, desde sus veinte años hasta los cuarenta y nueve que había ya cumplido, una serie

de infortunadas batallas amorosas, en las que había salido siempre mal librado.

Las cuantiosas rentas que le legaron sus padres habían sufrido descalabros desastrosos, consecuencia de su conducta, y si bien había entrado ya en el período moderador de la más perfecta normalidad social, en muchas ocasiones se olvidaba de la ley impuesta por la naturaleza para sujetarnos á la vida.

Su carácter era hasta si se quiere apocado, pero resuelto en todas las determinaciones que le sugerían sus ardientes y frenéticos instintos.

En la baronesa todo era virtud. Se había casado arrastrada por la inquebrantable voluntad de sus padres y por el desmesurado afán de ostentar una corona, corona que conservaba con el más luciente brillo y con la pureza más casta.

Eran las cinco de la tarde, cuando se presentó en el salón azul un viejo criado, de gigantesca estatura y de atléticas formas. Vestía una librea parda, adornada por una ancha cinta sembrada de castillos y por grandes botones de metal bruñido.

Llegó frente á una mampara que se ocultaba por un descomunal portier, y mirando á todos lados con la mayor desconfianza, apretó un resorte que se enclavaba en las hojas de aquella puerta. Ésta se abrió instantáneamente y la baronesa de Santa Cecilia fué la que se presentó en su dintel.

—Le esperaba á Vd., Andrés, dijo al sirviente.

—Señora, son las cinco, replicó el criado. Pero, sién-

tese V. E., porque la debilidad que producen dos noches de insomnio y de lágrimas, bien merece el que repose V. E., aun cuando sea brevemente, se apresuró Andres á decir, ofreciendo á la baronesa una rica butaca tapizada de seda.

La baronesa complació á su confidente, y tomando asiento, dijo en tono de súplica:

--Hable usted, mi buen Andrés.

—Hablaré, porque V. E. es el ángel de esta casa. Hablaré, sí; pero no tema que hiera en lo más mínimo su susceptibilidad.

—Acabad.

--Antes de ello, ha de prometerme V. E., dijo el criado, que por más acontecimientos que vengan de nuevo á torturar el alma de V. E. no ha de sobrecojerse ni siquiera significar pesar alguno. Todos sabemos que el señor barón está gastando en comilonas, francachelas y partidas de caza todo el caudal, suficiente para sostener un asilo benéfico ó tres docenas de familias desgraciadas. Todos sabemos que V. E. vierte lágrimas al considerar el espantoso porvenir que el señor barón, con tal conducta, acarrea para la señorita Sofía, la estrella más brillante del firmamento. Todos sabemos que el jefe de esta casa pasa semanas enteras sin acordarse de V. E. ni de su hija. Pues bien; esta vida necesariamente ha de conducirle á un fin fatal, y este fin, señora baronesa, se acerca desgraciadamente.

—¿Qué dice usted? preguntó la baronesa, alzándose

del asiento, pálida cual las hojas de una azucena.

Andrés, inclinándose ante su dueña y señora, balbuceó algunas palabras ininteligibles, demostrando su confusión por haber creído arrostrar con su imprudencia el enojo de la baronesa.

Ésta se enjugó algunas lágrimas que ahogaban hondos suspiros, y cogida á uno de los brazos de la butaca, instó á Andrés para que continuase hablando.

—Señora, mucho siento el intenso dolor que Vuecencia experimenta; pero es fuerza soportarlo con resignación.

—Concluya usted de una vez, y diga qué nueva desgracia viene á aumentar mis ya irresistibles sinsabores.

—Baronesa, ya sabe V. E. que siempre he sido una de las pocas personas á quien ha dispensado su confianza; que V. E. es para mí tanto ó más que una de mis queridas hijas; que he visto casar á V. E.; que á su servicio he perdido á Magdalena; que por el cariño que profeso á V. E., ni áun me acuerdo de mi Miguel; pues bien, a pesar del entrañable afecto que liga este corazón al suyo, es preciso que V. E. no desconozca todo el peso del mayor infortunio que nos amaga.

El criado miró á todas partes con suma desconfianza, volviendo la vista hacia la baronesa, que en aquel momento estaba como petrificada:

—El señor acaba de ser sentenciado á presidio, dijo.

La baronesa clavó sus negros ojos en Andrés, rodaron dos gruesas lágrimas por sus mejillas, y tuvo que



afianzarse en la silla para no caer sobre la alfombra.

Un prolongado silencio siguió á la terrible afirmación del criado. Los dos lloraban con la más amarga de las amarguras.

Aquel fiel criado, participando del dolor de su ama, derramaba sus lágrimas en unión de la que en su alma tenía abierta la honda cicatriz que ya principiaba á encontrarse por las causas referidas. ¡Qué corazón tan angelical el de aquel anciano servidor, y de qué modo le torturaba el verse obligado á revelar un secreto que de un momento á otro iba infaliblemente á divulgarse, publicando la deshonra de toda una familia, á quien él tenía más cariño que á la suya propia.

Por su parte, aquella pobre esposa mártir, que durante veinte y cuatro años había consecutivamente apurado el acíbar que contenía la copa del dolor, se había de tal naturaleza acomodado á gustarlo, que haciéndose superior á sus fuerzas débiles, era ya insensible é indiferente á la desgracia.

Las penas desencantan el alma, amoldándola al estricto sentimiento de la verdad. Toda desgracia tiene su antídoto conocido, y el que sirvió para contrarrestar la que motivaba las lágrimas de aquellos seres, fué la presencia de Sofía.

Nunca tan bella y cándida como entonces apareció entre los pliegues de uno de los portiers del salón aquella hermosa niña.

Su estatura era más bien alta que baja; su talle flexible se cimbreaba con esa arrebatadora coquetería



de la mujer bella. ¡Qué cúmulo de simpatías no avivaba aquel ángel! Sus ojos, negros y brillantes, tenían por escaños dos largas pestañas, y pobladas cejas del color del azabache sobresalían de sus órbitas, agitadas por el rápido movimiento con que expresaba el talento y la vivacidad de aquel centro perfecto, en donde las líneas sábiamente contorneadas enseñaban con elocuencia que la bondad y la dulzura las habían dibujado. Sofía tenía algo de celestial; su angelical candidez revelaba toda la fragancia que encerraba su sentimiento.

Al ver á su madre en aquel estado, aun cuando la baronesa trataba inútilmente de tranquilizarse y afectar lo que en vano quería negar, se arrojó á sus brazos exclamando:

-- ¡Madre mia, todo lo sé, es cierta nuestra desgracia!

La madre cubrió de besos las encendidas mejillas de su hija. Aquellos ósculos mitigaban el acerbo dolor que torturaba su espíritu.

¡Es tan consolador el beso cuando lo imprime el dolor! ¡Qué de consuelo no derrama esta firme demostración que no puede practicar el alma y que delega tan cariñosa facultad al lábio! El beso dulcifica, encierra un cúmulo de deliciosos encantos y anonada bajo la impresión solícita del más agradable lenitivo y la esperanza más alagüeña.

Por su parte, Andrés también necesitaba el consuelo que en vano buscaba su corazón. Largo silencio se

sucedió desde la últimas palabras de Sofía, silencio que el filósofo más profundo hubiera apreciado por la verbosidad y la elocuencia tan expresivas con que siempre habla el alma. El silencio no pasa de una apreciación que afecta á nuestros oídos; pero que habla con voces medidas hasta tocar los sentimientos más delicados de nuestro organismo. El silencio es la expresión del dolor y la palabra triste con que expresamos lo que verdaderamente sentimos.

Por fin, la baronesa enjugó sus lágrimas, dominó el sentimiento que la embargaba, y sentándose cerca de su encantadora hija,

--Ten resignación Sofía, dijo; tengamos el consuelo que ha de prestarnos la reivindicación de Carlos á los ojos de la sociedad y de su familia.

—No hables de eso, mamá; repuso Sofía con sus ojos velados por el llanto. La conducta indiferente para contigo por parte de papá; el aspecto repulsivo y la violencia con que aceptaba las caricias mías, bien claros indicios son del extravío que esas compañías fatales le producen, y en esas orgías terribles es en donde públicamente se constituye en verdugo del honor, conduciéndonos á la deshonra, deshonra que no merecemos, pero que el mundo ha de sellarnos con élla para mayor oprobio. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Ten compasión de nosotras! ¡Lanza una de esas cariñosas miradas de misericordia con que favoreces con usura al pecador, y desenlázanos de esa malla criminal en que papá está envuelto, para que podamos presentarnos,

tranquila la conciencia, limpia la frente, y llenas de la acrisolada honra con que siempre hemos vivido en el mundo!

Sofía se había arrodillado sobre la alfombra, y entrelazando sus finísimas manos, elevaba sus ojos cándidos é inocentes al espacio infinito.

La fervorosa oración que dirigía Sofía al cielo se asemejaba á esa ambrosía que exhala perfumes de fragancia que se esparcen hasta formar por su nube el escaño puro en que se asientan los arcángeles que rodean el trono del Señor Omnipotente.

La baronesa suplicó á su hija que se consolara, y alargando una de sus blancas manos al fiel criado Andrés, que tenía sus pupilas cubiertas por el carmín encendido de la sangre, preguntó:

—Pero, ¿de qué crimen se acusa á mi marido?

—De homicidio, señora, repuso el sirviente dominado por la afectación.

—¡De homicidio! replicó asombrada la baronesa.

—De homicidio cometido en una mujer.

—Explicaos, Andrés, ¡Ah! Vd. todo lo sabe: no omita ni el más insignificante de sus detalles. Mi corazón está transido por el sufrimiento, y sabré hacerle invulnerable á mayor tortura.

—Si, si, hable Vd. mi querido Andrés, interpuso Sofía.

La madre y la hija se sentaron, desgarrando entre sus manos los pañuelos de batista, efecto de la agitación con que todos sus músculos se contraían.

Andrés comenzó de esta manera:

—Nunca, por vicisitudes que han menoscabado mi vida, he sufrido tan intenso desconsuelo como el que en este momento se apodera de mí. Pero ante el deber y la sincera lealtad con que vengo sirviendo á la familia que dispensa su poderosa protección á los hijos de mi alma, he de aceptar con la resignación del mártir, y he de hacerme, si no digno de los títulos con que me ennoblecen, al menos á que por el mismo afecto de cariño que nos liga, vean de hoy en mí, á más de un criado fiel, un hermano.

La baronesa, después de haber hablado Andrés, se levantó de su asiento, y dijo:

Lo es Vd. mío desde hace mucho tiempo.

—Siéntese, pues, V. E. y entrambas sabrán todo el horror que encierra el crimen cometido. Hace años, después de haber aceptado V. E. la mano del señor barón, y pasadas que fueron aquellas fiestas de regocijo. D. Carlos fué paulatinamente depositando ilimitada confianza en D. Robustiano, mayordomo de la casa, y fué rápidamente abrogándose facultades que en él delegaba el señor barón. Luego, este señor D. Robustiano, en vez de no haber traspasado la valla que se interponía entre D. Carlos y él, le hemos visto siendo su camarada y amigo más unido; le hemos visto apoderarse de su alma, y, por consecuencia, de todos sus secretos; le hemos visto, en fin, señora baronesa, ser el verdadero dueño de esta casa.

—Pero, ¿á donde va Vd, á parar, Andrés? preguntó



Sofía mirando al criado y á su madre con la expresión de la suspicacia.

—Voy á parar, señorita Sofía, repuso el criado, á que D. Robustiano es el verdadero autor del crimen que se imputa al papá de V. E. Voy á parar á que el crimen cometido en la calle de la Montera la noche del 7 de Marzo, y que, según todos los indicios justificativos, delatan al señor barón, son una vil impostura fraguada por el corazón perverso del señor mayordomo, con objeto de perderle para siempre y apoderarse él de los cuantiosos bienes con que se enriquece en la casa; voy á parar á que todo esto se esclarezca, y se castigue al verdadero culpable.

—Pero, ¿tiene Vd. pruebas de cuanto asegura?

—¡Ah! señora baronesa, si las hubiera tenido no se llegaría al triste extremo que tocamos. Ya se vé, Andrés el criado, el viejo servidor, jamás tomó parte activa en los intereses materiales del patrimonio del señor barón, y quizá sea esta la causa de que no pueda obtener en estos supremos momentos la mayor gloria y dicha que experimentaríá concurriendo al tribunal con las pruebas incontrarrestables que absolvieran á D. Carlos y castigaran al infame de D. Robustiano.

—Todo eso no pasa de una conjetura, interpuso la baronesa, conociendo que su esposo era capaz, impulsado por el vicio, de haber blandido un puñal.

—Pero, ¿no tenemos datos reales y positivos del atrevimiento de D. Robustiano? Mamá, ese hombre es audaz; aquella mirada encierra un no sé qué de sinies-

tro que anonada, y luego la pretensión formulada al día siguiente de la partida de papá... ¿no te revela de una manera tangible de que cuanto sospecha Andrés es una verdad?

La baronesa permaneció silenciosa. En su mente bullía un tropel de confusas ideas, que en vano trataba de coordinar para venir al resultado práctico que deseaba. La inocencia de su marido le parecía un sueño fascinador, el cual trataba de ahuyentar para no venir más tarde á sufrir la tortura del desengaño. Le conceptuaba criminal: observaba su conducta, por más que sostenía batalla de incertidumbre entre la verdad y la mentira.

Conocida por su hija aquella arrebatadora parálisis que enervaba las fuerzas de la anciana, le dijo, llena su fisonomía de cándida expresión, por la dulzura del sentimiento que encierra un corazón sencillo y una esmerada educación:

—Pero dí, mamá, ¿á qué esa tristeza y esa duda con que luchas? ¿Nó cuentas con el acendrado cariño de tu Sofía? ¿Qué puede moverte á torturar el alma, cuando jamás, según tu misma me has asegurado, participaste de ese amor sacrosanto llamado conyugal, desde que el lazo del matrimonio vino á unirte á mi padre? Si los hombres nos deshonran por ese crimen conque hoy se manchan nuestros blasones, Dios nos absuelva, y por medio de sus bondades ha de prestarnos la precisa resignación para alcanzar su divina misericordia.



La baronesa se lanzó en brazos de su hija, llorando con la mayor intensidad.

Aquellas lágrimas eran otras tantas gotas de acibar que en tales instantes rebosaban de su herido corazón.

Sofía cubrió de ardorosos besos la frente de su madre; la abrazaba con el frenesí cariñoso del más persistente amor, y sólo Andrés permanecía al parecer sereno.

Aquella escena hubiera sido interminable á no haberse presentado un nuevo personaje en el salón.

Al verle, la baronesa se deslizó con la rapidez del rayo de los brazos de su hija, afectó un nuevo cambio en los perfiles de su semblante, y todo indujo á declarar que una conversación indiferente era la que entre la baronesa y su hija se seguía.

La persona que interrumpió las cariñosas manifestaciones del amor de madre y del cariño de hija, era un hombre que ya había recorrido la mitad de la escala de la vida. Sus lánguidas miradas revelaban el hastío á todo goce por haber abusado hasta la saciedad de cuanto de pernicioso encierran las orgías y la vida disipada.

Por eso apenas se fijaban sus pupilas, ya vidriosas y veladas, en objeto alguno concreto, y sus movimientos perezosos y embarazados venían asegurando la certeza con que su cuerpo escuálido y su alma ajena á toda clase de afecciones, se dejaban arrastrar

sólo por el espíritu de mayor ansia en el vicio, marcando al par una muerte prematura.

Vestía, en el momento en que entró en la pieza del palacio de la baronesa de Santa Cecilia, un levisak de piqué color barquillo, un pantalón blanco de la misma tela, y cubría su arrugada frente y la multitud de sus canas un precioso sombrero de verano. Al ver á la baronesa y su hija se descubrió, y Andrés, corriendo hácia él, se dispuso á tomarle una rica escopeta de dos cañones y un magnífico zurrón de caza que traía entre las manos.

—¡Señor! se apresuró á objetar Andrés, tomando aquellos objetos.—Buenas tardes.

—Papá, ¿vienes bueno? ¿Estás cansado? Hace siete días que faltas de casa y ya empezábamos á temer por tí. ¡Y sin escribirnos siquiera en todo ese tiempo! Dame un beso, dijo Sofía á su padre con tal candidez, que éste se inclinó, y cogiendo la cabeza de su hija, ésta, quizá por vez primera en su vida, sintió posar los labios secos del autor de sus días sobre su tersa y fresca frente.

Después que hubo besado á su hija, el barón de Santa Cecilia hizo una seña á Andrés para que se retirara, señal que obedeció aquel fiel criado, no sin echar una melancólica mirada hacia su señora, la cual en vano trataba de ocultar sus lágrimas y congojas. El barón, después de ausentado el servidor, se dirigió á su hija:

—Sofía, dijo, tengo precisión de hablar con tu ma-

dre algunos momentos, porque debo partir de nuevo, quizás para no vernos en algunos años; sacrifica algún tanto tus buenos sentimientos y disponte para venir á despedirte de mí.

-- ¡Dios mío! ¿Vas otra vez á partir Carlos? preguntó la baronesa.

-- Sí; asuntos de suyo graves me obligan á abandonar á España por algún tiempo; años tal vez; y como antes me precisa revelarte cierto misterio que se relaciona con mi repentina partida, deseo que nos quedemos solos. Sofía déjaros un instante, y éste aprovéchalo en tu tocado, para venir acompañando á tu padre hasta el mismo vagón que ha de conducirle.

Sofía besó á su madre y salió de la habitación, al mismo tiempo que asomaban á sus ojos gruesas lágrimas que manifestaban su dolor.

Aquel matrimonio, feliz en apariencia, tocaba con sus labios el cáliz de la amargura é iba á descubrir toda su desgracia á la faz de la sociedad.

Después que la baronesa fué invitada para tomar asiento por su marido.

-- Escúchame y perdóname, Pilar, dijo Carlos arrastrando una butaca hasta que la hubo acercado á la en que se sentaba su esposa.

-- ¡Perdonarte! ¿y de qué?

-- Ten paciencia y sufre todo el rigor de tu sino, porque las lágrimas derramadas por un martir son el más nutritivo jugo para alimentar con la esperanza el deseo de alcanzar un regocijo.

No te entiendo, afirmó la baronesa sin dar á comprender á su marido la menor sospecha de cuanto sabía.

—Pues escucha.

Acomodado en la butaca el barón, principió de esta manera:

—Hace ya algunos años, cuando á este viejo apenas le sombreaba el bigote y estaba lleno de ilusiones que solo mueren á fuerza de desengaños obtenidos por las ingraticudes, embarqué, por orden de mis opulentos padres, en un bergantín fletado por ellos mismos con objeto de que perfeccionara mis conocimientos con la visita de remotos países. Así fué en efecto; la nave zarpó de Cádiz, y con las velas desliadas por las ráfagas del viento marino que sopla en nuestras costas, nos condujo á esa Antilla coronada por sus bosques vírgenes, en cuyos cóncavos se cazan las fieras más terribles y se lucha contra la irracionalidad. Al llegar á Cárdenas mostré deseos de abandonarme al desierto; un misterio irresistible me atraía á él, así como el acero se levanta guiado por el fluído magnético de la peña imantada. La vida salvaje era mi elemento; aquella choza construida por robustos bambús y cubierta por gigantescas hojas, no la hubiera trocado por el palacio suntuoso de mis cariñosos padres. Aquel sol abrasador vivificaba la sangre que circulaba por mis arterias, y aquellas emociones, ocasionadas por el peligro que ofrecía la caza, me regocijaban de tal suerte, que tal vez hubiera muerto si de

repente se me prohibiese el experimentarlas. Una noche, noche terrible en que el mar se levantó gigante y poderoso, llegando á confundirse con las negras nubes que flotaban sobre las crestas de sus olas embravecidas, llegó á la puerta de nuestra choza un pobre negro sosteniendo entre sus desnudos brazos un mestizo escuálido y falto de razón en aquel momento. El cuadro no podía ser más halagüeño á mis ojos; los elementos naturales traspasando los límites impuestos por su Autor, la desgracia humana mostrando todo su horror y todos sus misterios.

El negro venía jadeante, abrumado por el peso del cuerpo fuerte del mestizo: aquél, regocijado por las palabras benévolas y cariñosas con que le acogimos, penetró en la choza, y nos dedicamos todos al cuidado de aquel hombre que no mostraba señal alguna de vida. Olió rom, se le frotó con una manta, y sus miembros entumecidos vinieron al movimiento después de heróicos esfuerzos.

El infeliz mestizo era un pobre naúfrago, recogido por aquel caritativo negro, que se disponía á regresar á Cádenas, rotas sus redes y sin la esperanza de alimentar á sus hijos con la indispensable pesca que constituía todo su porvenir y todo su patrimonio.

Abrió sus ojos el naúfrago, indagando, como era natural, el sitio y paraje en que se hallaba; mostró extrañeza de verse cobijado en hospitalario techo, asistido por intrépidos marinos, y se dirigió á mí, sin duda por la curiosidad que le inspiraba:



—Gracias, gracias, mis buenos y caritativos señores, dijo, besándome las manos y mostrando á todos las consideraciones más profundas de su agradecimiento.

La baronesa miraba á Carlos con la dulzura de la esposa más cariñosa.

—Después que aquel hombre se hubo reanimado algún tanto, nos expuso todas sus amarguras, nos contó todas sus cuitas, cuitas que al revelártelas, Pilar, harían infructuosas mis disertaciones para venir al fin de cuanto deseo que sepas; sin embargo, bastará que te diga que aquel hombre venía mandando una fragata que iba cargada de armas para alimentar la insurrección del Perú. Su misión era comprometida; si las autoridades de la isla, las cuales tenían conocimiento perfecto, le hubiesen preso, parecería fusilado; pero, la fragata deshecha por las olas, su tripulación muerta por la catástrofe, excepto él, teníamos medios de salvarle, y este fué el pensamiento que á todos nos asaltó, guiados por la piedad infinita de la caridad.

Desde el momento aquel en que supimos las amarguras de que era presa, me decidí á ser el protector de aquel hombre á quien la desgracia unía á mí con lazo indisoluble. El negro fué debidamente recompensado, y ya calmada la tempestad, y luciendo en la bóveda celeste esa corona de brillantes llamada estrellas, y el mar tranquilo y pacífico, nos abandonó, dejando en nuestro poder al náufrago, el cual fué el objeto predilecto de nuestras más activas disposiciones.

Así trascurrieron algunos días, durante los cuales me olvidé de mi afición á la caza para consagrarme exclusivamente en favor de la delicada salud de nuestro protegido, hasta que una tarde, en que ya el sol se hundía en el ocaso dejando tras si su rojiza estela de fuego, se presentó en la choza el negro á quien el náufrago debía en principio su existencia. Venía convulso y azorado, Las autoridades, indagando la procedencia del buque hecho astillas entre las rocas mismas en que pescaba el negro, perseguían á éste para orientarse con mayor conocimiento de cuantos detalles se necesitaban y para interrogarle sobre el presentimiento y sospecha de que se hubiese salvado alguno de los conspiradores. El peligro era inminente para el pobre negro que venía á referir cuanto sucedía, á fin de precaver otra segunda catástrofe. Inmediatamente fué puesto en franquía el bergantín de mis padres, y embarcados el mestizo y el negro para arrancarlos de los tribunales: tal era mi interés y el cariño hácia aquel desgraciado á quien había acogido bajo mi amparo.

—Yo hubiera hecho otro tanto, interpuso la baronesa interrumpiendo á su marido.

Aquél continuó:

—Muchos fueron los días que navegábamos: ya la isla aparecía al S. E. como una espesa bruma que se levanta sobre el agua, y sólo algunas pobres gaviotas se veían cruzar el espacio y otras posarse en las vergas de nuestra nave. Reinaba una calma excesiva, y

el bergantín quedó meciéndose sin adelantar ni atrasar en el derrotero que seguíamos. Eran poco más de las nueve de la mañana; el náufrago salió de su camarote y se dirigió á cubierta, impelido por la curiosidad, avivada por las voces de algunos marinos que á la banda de estribor miraban al agua y mostraban un asombro sin igual al divisar la cabeza de un enorme cetáceo. Llegué al sitio de la algazara; los marineros, obedeciendo mis insinuaciones, se dispusieron á pescar aquel mónstruo. Algunos corrieron con gruesos cabos y templados garfios, que arrojaron al agua con objeto de apoderarse de la fiera, á la que lograron herir clavándole un arpón en la nuca. El agua se tiñó de espesa y encendida sangre, y todos nos dispusimos para arriar; pero nuestras fuerzas eran débiles para sacar del agua aquella masa que se enroscaba y hacía prodigios hercúleos á fin de arrancarse el arpón que la había herido. La voz del contra maestre vino en nuestro auxilio, anunciándonos que á raíz del mesana había colocado una grúa y que un solo hombre, dando al volante, podría fácilmente conseguir el objeto que anhelábamos. De este modo dispuesto, el mónstruo salió del agua, quedó sujeto de la banda por la maroma, y fué paulatinamente ascendiendo. Mi curiosidad era extremada; acerquéme más y decididamente al sitio por el que el cetáceo tenía que subir á cubierta, pero con tal desgracia, que recibiendo de aquél un alatazo espantoso, hizo precipitarme al mar y que de todos saliese una exclamación horrible que hizo que el

marinero de la grúa, olvidándose de su cuidado, dejase el volante, y por lo tanto, la fiera cayese al agua con gran estrépito. No puedo detallarte, como fueran mis deseos, Pilar, los acontecimientos que se sucedieron á bordo después de mi caída; sólo allá en mi interior me conceptuaba devorado, cuando me sentí fuertemente cogido por la cintura..... Al abrir los ojos me halle en la hamaca de mi camarote rodeado por el médico, el mestizo, el negro y alguno de los marineros.

»El buque navegaba ya impulsado por el viento y á respetuosa distancia del lugar en que tal incidente me ocurrió. Este me fué explicado con todos sus más minuciosos detalles, y supe que al caer al mar, después de recibir el golpe del pescado, el mestizo, despreciando su vida, se arrojó trás mí, y auxiliado por un cabo á cuyo extremo se sujetaba un salva-vidas, logró desviarme de las poderosas mandíbulas del mónstruo, que infaliblemente me hubiera devorado, sin fuerzas ni conocimiento ya para evadirme de sus poderosas garras.

—¡Brava acción!

—Sí, acción heroica, que llevó á cabo entre los vítores y aplausos de los marineros todos, que desde aquel momento miraron á aquel hombre con el cariño y respeto más significativos.

»Curado que hube de aquella inesperada impresión y desgracia, hice virar hácia Europa. Las ilusiones que había acariciado en mi mente se habían desvane-

cido como la bruma impulsada por el huracán, y después de navegar por espacio de mes y medio, tiempo que me pareció interminable, tal era mi ansiedad para arribar á casa de mis padres, atracamos en el muelle de Alicante y llegamos á Madrid doce horas después.

»¡Ah, Pilar! ¡Con cuánta vehemencia abracé á mi madre; cuántas lágrimas vertió mi padre al cubrirme de besos, y cuántas pruebas de deferencia y de cariño no le prodigaron al mestizo que me había salvado! Excuso decirte que después de interponer mi buen padre toda su influencia para que se le concediese el indulto, que obtuvo de las autoridades, aquel hombre no se separó de mí. Se sucedieron años, al cabo de los que sucumbieron los autores de mis días, y con su muerte entré de lleno en todo el goce de las pingües rentas de la casa y de otras varias que un tío mio había legado. Robustiano seguía dispensándome su cariño.

—¿Robustiano? preguntó admirada la baronesa.

—Robustiano, sí, Robustiano, el mestizo, á quien hice mi más querido amigo, y el mayordomo general de todas las fincas é intereses que me pertenecían.

—¡Dios mio! exclamó Pilar.

El barón continuó:

—Me amaba con la fraternidad de hermano, y mi carácter turbulento y mi corazón agradecido, me instaban á que él disfrutara de todos los goces que mi loca imaginación concebía para satisfacer los más absurdos deseos. Llegué á conocerte en el salón de la



Princesa Margarita, allá en Bélgica; consulté con él antes de darte la mano de esposo, tal era su poderosa voluntad sobre mí; pensé que debía obrar de tal suerte para tranquilidad de mi conciencia. Asintió á mis argumentaciones, y me casé. Hastiado ya de la vida, buscaba en la paz y en la tranquilidad conyugal ese germen de felicidad que sólo obtiene el que hace suyo un angel, y me creí reformado en vista de tu conducta.

»Aquí entra de lleno lo más preciso que debes saber para asegurar tu conducta en lo sucesivo

»De regreso á Madrid, Robustiano gastaba como un verdadero lord; compró un soberbio tronco normando y un precioso landó inglés, que puso á mi disposición y con tal tren asombraba á una pobre muchacha que le conceptuaba un potentado.

»Como mis secretos eran los suyos, y yo tenía derecho para que los de él lo fueron igualmente míos, bien pronto supe la historia de aquella desgraciada, á quien desde ahora llamaremos Purificación.

«Era esta una de esas famosas loretas de París, capaz con su coquetismo de arrastrar tras sí la voluntad y el corazón más duro. Sentado este precedente. Robustiano me separó de tu verdadero cariño é hizo que aceptase el falso que demostraba Pura. Caí en la red que se me tendió; perdóname, Pilar, toda vez que la confesión de mis secretos es el motivo más poderoso para impetrártelo, y que tú no has de negarme en gracia siquiera á mi sinceridad.

La baronesa lloraba.

Carlos cogió una de las manos de su esposa, y reanudando su historia, solo interrumpida por el sollozo de Pilar, dijo:

—Tranquilízate y acepta hasta apurar la hez de la amargura que encierra la copa de mi dolor en estos momentos. Aquella loreta, lo confieso, me volvía loco, conocía lo precipitada que caía mi reputación en el lodazal del crimen aceptando sus halagos y su mentida pureza; pero esto no entibiaba ni mi frenesí ni mi locura. Robustiano me cedió todos sus derechos sobre ella al saber por mí las observaciones que con respecto á Pura le hice y áun se mostró satisfecho de cuanto abrigaba mi pecho ya volcanizado por las libertades de aquella mujer.

»A ésta la aparté de todo contacto social, y al efecto, tomando una espaciosa habitación en la calle de la Montera, hice que cambiase de domicilio, resolución aceptada después de la preeminencia que ejercía sobre sus encantos.

»Así las cosas, Robustiano era el verdadero y absoluto dueño de todo, y yo el ser más ciego y obcecado del mundo.

»Una noche me encaminé como de costumbre, á casa de mi loreta; la puerta de la habitación estaba entreabierta, y penetré cerrando tras mí.

»Confieso que mi corazón latía al atravesar el salón para buscar el gabinete que Pura ocupaba, y al llegar á él despues que hube alzado el portier, dirigí la

vista y el cuarto esta vacío. La llamé en voz alta; nada, ni el más pequeño ruido turbaba aquella mansión; salí fuera, y me dirigí á las demás habitaciones en busca de los camareros, y criados. Todo infructuoso; nadie había en el cuarto.

»Un presentimiento horrible me sobrecogió, temiendo su abandono; otra cosa no cabía, visto lo ordenado en que estaban cuantos objetos la había comprado y que decoraban la casa.

»Como un loco me lancé otra vez dentro del gabinete, y atravesando el dintel de su alcoba, ví que Pura estaba horriblemente asesinada encima de su dorado lecho.

—¡Asesinada! repitió asombrada la esposa del barón.

—Yo, caí sin sentido sobre la alfombra. En nada reparé; pero al abalanzarme sobre ella, sin duda mis manos se tiñeron con su sangre, por cuanto al poco tiempo, y al ser sorprendido por la autoridad, estaban manchadas por ella. Robustiano, al hacer mis objeciones á la policía, se personó en la casa. Enterado de cuanto acontecía, en vano trataba de que intercediese en mi favor, toda vez que las sospechas de aquel crimen recaían sobre mí. Cada vez, estaba más atónito; me hicieron mostrar las manos; se halló cerca de mí el arma homicida aún fresca en su hoja la sangre de la víctima; yo, aterrado y confuso, las palabras enmudecían en la garganta indicando que el único autor de aquel crimen era yo. En vano pude articular alguna sílaba, suplicando á Robustiano para que hablara y

me reinvidicase, pero éste, afectando asombro y confusión, sus labios permanecieron cerrados. Todas las señales eran evidentes, y fuí conducido á un encierro, en el cual me fué presentado de nuevo el cadáver de la víctima que á pesar de lo descompuesto de las anteriores facciones que en el rostro la perfeccionaban, tuve que declarar era el de mi concubina.

«Robustiano no volvió á verme.

«Desde aquel hediondo calabozo te escribí fingiendo que me hallaba en una improvisada batida, cuya carta tuve que dar á un preso que fué puesto en libertad, en aquellos días, á fin de que desde su pueblo te fuese dirigida.

Pilar lloraba.

--Pues bien; juro solemnemente que yo no soy el asesino de aquella mujer y esta persuasión íntima, me ha dado fuerzas para huir de la cárcel, apelando á medios ingeniosos y ayudado por algún alma compasiva.

»No, yo no puedo nunca maldecir al tribunal que acaba de sentenciarme á presidio, porque no viendo en mí justificantes necesarios de la inocencia que en semejante delito me asiste, considera la ley inmutable para el único delincuente, sin detenerse á examinar su estado y circunstancias sociales; pero á quien tengo derecho á maldecir es á Robustiano, Pilar, á ese hombre fatal que acaba de lanzarme á un abismo sin que quizá pueda salir, pereciendo oscuro y deshonrado en su fondo.

»Yo tengo ahora por precisión que ausentarme de

Madrid. Solo tú y ese viejo criado, á quien tanto quieres, sabéis todo lo horrible de mi situación.

—Y también Sofía, replicó desconsolada la baronesa.

—Pues no desesperar; tened todos la mayor confianza en aquel Dios bueno que premia y castiga.

La baronesa no podía detener sus lágrimas.

Carlos estaba mortal.

A pesar de su agitación extremada, cogió una de las manos de su esposa, y con la mayor entereza y sangre fría, procuraba consolarla.

—Vamos; tranquilízate y abriga la confianza de que tu esposo es inocente de este crimen que se le acumula. ¿No lo crees así, Pilar? preguntó Carlos.

—¡Oh, sí, sí! contestó frenética la baronesa.

—Solo una objeción debo en estos supremos momentos advertirte. Una vez yo ausente, vigila á Robustiano; si puede desmerecer en tu confianza algún día, despídele, y rompamos con él toda clase de amistades.

¡Ah! Pero tú tienes sospechas de que él haya sido el autor del homicidio, ¿no es cierto?

—Las tengo, las tengo. Pero no debemos perder un solo momento; durante mi presencia en Madrid no hago otra cosa que comprometerme y comprometeros. Yo me ausento, no sé ni á donde dirigirme; pero antes que mi planta pise las losas de un presidio, prefiero la muerte más desastrosa. Todas tus rentas quedan intactas, excepto algunos pequeños negocios última-



mente realizados; podéis Sofía y tú vivir aún, á pesar de mi ausencia, y ahora solo me resta impetrar tu más anhelado perdón. ¿Vas á negármelo, querida Pilar?

Por única respuesta la baronesa se arrojó en brazos de Carlos.

Largo tiempo permanecieron en silencio; por más que hablaran los ojos la tristeza reinaba en el corazón.

Aquella escena terminó sosteniendo Carlos á su esposa, que se había desmayado.

---

---

## CAPÍTULO III

### **Un disparo fatal.**

Risueñas por demás son las campiñas inmediatas á Toledo; aquellos valles frondosos y que rematan alegres y pintorescas colinas, convidan con su frescura en las ardorosas horas del estío al goce de un bienestar inefable.

Toledo se alza solitario, y coronando por su elevación aquél terreno fértil y cuidadosamente cultivado y potente, recuerda las glorias de sus pasadas grandezas, y orgulloso por ellas, aún ostenta incólume su altanera bizarría

¿Quién, que visita sus calles, no presiente la grandeza de sus tiempos de corte esplendorosa? ¿Quién, al examinar sus antiguos edificios, no reconcentra todas sus ideas para dibujar en su entendimiento la hermosura con que sus pasados moradores la adornaron?

Mudos testigos de una generación de hierro se alzan aún al pie del caudaloso Tajo, recordándonos la

historia de luchas laureadas por el genio de independencia con que al pecho español en todos tiempos le patentiza de héroe.

En una colina de aquellas vegas, sembradas de olorosas violetas y de rosas silvestres, veíanse algunos cazadores que en amigable consorcio permanecían ya algunos días entregados, al parecer, á su diversión favorita.

Una mañana de esas en que el rocío se seca en los pétalos de la flor al sentir el fuego del rayo solar, y en que las abejas buscan afanosas la sombra del redil, los cazadores se albergaron bajo una gruta constituida por espesas retamas de tomillo y cubierta por olorosas espadañas.

Eran cinco los convertidos en hijos de las primitivas tribus.

El más anciano de ellos tendría como unos cincuenta y seis años, y era Robustiano, el mayordomo del barón de Santa Cecilia.

El cutis de su rostro parecía negro, comparado en tersura y color con el fino y blanco del legítimo europeo. Las facciones pronunciadas y su nariz algún tanto achatada, si no le hacían repugnante, tampoco le aseguraban las mayores simpatías. Era alto, enjuto; su sistema nervioso en continuo movimiento, demostrado por las contracciones de su cara, jamás permanecía en naturaridad. Vestía una prenda corta á manera de blusa, sujeta por un ancho cinto de cuero, un pantalón de lana oscuro, calzando unas subidas botas

de becerro, las cuales ataba en el muslo con una tira de piel roja.

Los demás compañeros, sin ser mucho más jóvenes que Robustiano, lo eran en efecto, aun cuando el hastío de la vida había consumido parte de la juventud de que aún gozaban. Entre ellos sobresalía por la apostura de su gallardía uno á quien conoceremos por el nombre de vizconde de Peña Santa. Era alto, proporcionado, rubio, y sus ojos le asemejaban al purísimo azul del cielo. Entonces tendría unos veinte años, y por consecuencia, eran el más joven de cuantos bajo la gruta se habían cobijado.

El vizconde entró en la cueva de hojas, y entregó la escopeta á uno de los criados, que sujetaba como una docena de perros en la puerta.

—Ten, Fermín, dijo. Por esta mañana no pienso perseguir ninguna perdiz, porque estoy rendido de fatiga.—Hola, señores, añadió dirigiéndose á los demás cazadores que ya habíau colgado sus armas en los arbustos que sobresalían de las paredes de aquella morada; parece que ya estamos cansados y piensan ustedes en el reposo. Pues yo juro que no tengo alma en el cuerpo: tal es mi debilidad.

—¡Á almorzar, á almorzar! gritaron todos.

—Que Fermín nos sirva, repuso el vizconde; y llamando al criado; asomó la cabeza por la puerta.

El criado del joven ya había encerrado los perros en un circuito de piedras que había él construído, y en unión de tres más de su clase, guisaba algunos cone-

jos y freía algunas perdices entre algunos troncos encendidos.

Al oír que su amo le llamaba.

—¡Señor! contestó.

—El almuerzo, pronto.

—Al momento.

Uno de los criados extendió un precioso mantel adamascado sobre el musgo que servía de pavimento, y pronto destrozaban cazadores y criados las piezas que la tarde antes se ocultaban en sus madriguera y volaban en bandadas por el espacio.

Durante el almuerzo se habló de todo; pero dominando la conversación ese espíritu á que siempre tiende el hombre con respecto á la mujer, especialmente cuando se encuentra rodeado por la satisfacción y entre los mismos de su sexo.

Todos habían contado la historia de sus primitivos amores, excepto Robustiano y el vizconde.

Concluía uno de ellos la suya, cuando el jóven rubio tomó la palabra.

—Observo que nuestro D. Robustiano, dijo, no muestra hoy la alegría de estos días pasados. ¿Nó es verdad, señores, que parece algun tanto preocupado?

—Efectivamente, contestó uno de sus amigos.

—Si, es cierto, añadió otro.

—No lo crean ustedes, repuso el mayordomo. Y en prueba de la verdad de mi aserto, estoy dispuesto á contarla, siguiendo la costumbre que á todos embarra por saber las emociones de eso que ustedes llaman



primeros amores, y que yo también tuve la suerte ó la desdicha de experimentar.

—¡Qué la cuente, que la cuente! gritaron los cazadores.

—Pero antes es preciso que remoje su garganta con el líquido que oculta el cuerpo de este frasco, interpuso el vizconde alargando á Robustiano un elegante botijo forrado de paja.

Robustiano aplicó el brocal de plata á sus labios, y luego que hubo sorbido un buen trago de Pedro Jiménez, principió la historia de sus primitivos amores.

—Nunca me creía yo que el corazón fuera tan vulnerable, por cuanto, señores, ya contaba la friolera de cuarenta años cuando me enamoré como un tonto por primera vez. Y no se diga que la mujer de mis pensamientos fuese una de esas á quienes aumenta sus bellos atractivos el lujo, no; sino que fué una sencilla niña de diez y nueve años, hija de un criado viejo, y en quien la Providencia había acumulado tal copia de sus encantos fascinadores, que me arrebataron los sentidos.

Como siempre permanecí insensible ante las vulgaridades, y confieso que ante la singular belleza de aquella criatura, perdí la razón. Ella, por su parte, creo no sospechaba en la existencia del amor tal como yo lo entendía y sigo desgraciadamente entendiéndolo; pero sea de ello lo que fuere, lo cierto, vizconde, fué que una noche, confesándome desconcertado, alimen-

té el pensamiento de hacer mío á toda costa aquel rico emporio de deleites y de dulzura.

Me puse de acuerdo con un cochero á quien protegía, y Magdalena, que así se llamaba la hija del criado de quien estaba enamorado hasta el exceso, á los dos días dormía en una quinta de los Carabancheles y recibía de su loco amante las más tiernas y delicadas caricias.

—¡Bravo! repusieron dos de los amigos.

—Pero, ¿y el pobre padre? preguntó el vizconde.

—El padre lloró, como puede usted imaginarse, conceptuando robada á su hija. Procedió á su busca en unión de las autoridades, pero como yo vivía en la misma casa en que servía, desvirtuaba cuantas pesquisas se efectuaban para dar con el paradero de mi bella Magdalena.

—Eso es atroz.

—¿Qué quiere Vd. vizconde? La pasión á mi edad es llama intensa y devoradora, de la que consume el corazón del que solo cuenta veinte primaveras.

—Pero, ¿y luego?

—Poco tiempo en verdad duró mi frenesí, atendida la pasión que experimentaba; pero esta fué paulatinamente cediendo al frío temperamento de la reflexión, y acabó poco después por mandar á Magdalena á Bélgica muy recomendada. Bien debe ir la por allá, por cuanto jamás he vuelto á saber de ella; y su padre, conceptuándola cadáver (tal ha sido su comportamiento con entrambos), no hace ya otra cosa que suspirar

y dedicarla el recuerdo que se tributa á los muertos.

--Muy bien, queridísimo D. Robustiano, afirmó el joven vizconde con un tono irónico, expresión de la mejor buena fe y sentimiento más sensible.

—Eso se llama ser un completo calavera, repusieron los otros cazadores.

—Pues ahora van ustedes á saber la historia de mis amores, dijo con resolución el joven rubio, ya más tranquilo.

—Debo principiar, amigos míos, enumerando el conjunto de bellezas que adornan el ídolo de mi alma, y en obsequio á la verdad, desde que la ví una noche en uno de los palcos de la Ópera, han ido en ella acumulándose de tal suerte, que nada comparado puedo señalar para hacer á la perfección su correcta pintura. Es una de esas jóvenes angelicales y sencillas que por la candidez y dulzura de su argentina voz, se apoderan de nuestros sentidos, y en ellos queda tan impresa su imágen y su vibración sonora, que los enloquece, los tortura y los halaga para emprender la lucha que redonda en perjuicio del pobre corazón, que á fuerza de latir, muere extasiado. Esa es la batalla que actualmente me consume. Amar, ser amado; temer empañar con el aliento el limpio espejo de la virginidad más casta; sentir repulsión hácia nuestro enlace por parte de mi querido padre, pretextando mi edad; morir ante las pupilas radiantes de mi adorada; soñar, para abrir los ojos y hallar el vacío inmenso de lo ideal, es horrible é insoportable.

—¡Pobre vizconde! dijo Robustiano.

—Si, pobre, porque amo; pero amo con el delirio del loco, con ese fuego voraz capaz de avasallar todo. No se ría Vd., Robustiano, porque no conoce aún quién es la hija del barón de Santa Cecilia para apreciar su hermosura y sus encantos.

El mayordomo, al oír el nombre de su principal y al conocer que se trataba de su hija, palideció.

El vizconde, al ver tal metamorfosis,

—Qué, ¿acaso conoce Vd. á Sofía? dijo.

—No..... es decir, trato á su familia, respondió Robustiano, algún tanto afectado, conociendo su imprudencia. Pero, serenándose en el acto, se atrevió á preguntar al vizconde:

—¿Y está Vd. firmemente persuadido de que Sofía ama á Vd., mi querido amigo?

—¿Qué mayor prueba puedo aducir que sus juramentos estampados en las cartas diarias que de ella recibo? dijo el joven.

—Yo tenía entendido, vizconde, que Sofía amaba á otro, añadió Robustiano con la mayor sangre fría.

—¡Ama á otro!

—Sí; esa es al menos la versión que circula por todo Madrid, y aún añaden, sin que esto quede garantizado, que en breve contraerá matrimonio con un joven marino de nuestra Armada.

—¡Oh! eso es falso, completamente falso, repuso

el vizconde, poniéndose en pié y encendido como una amapola.

Los cazadores dieron en reir á grandes carcajadas, burlándose del pobre enamorado. Éste se ofuscó, y dirigiéndose á sus amigos, les dijo:

—Señores, creo que ni la educación de Vds. ni mi dolor, dan derecho á la mofa.

Uno de los cazadores, viendo el giro que tomaba la conversación, trató de persuadir al vizconde de la inmotivada razón en que fundaba sus enojos, y el joven, á instancia de todos, se olvidó de la ofensa que se le había inferido, dándose las manos.

El sol abrasaba; sus rayos caían perpendiculares sobre la tierra, y era sofocante la atmósfera.

Terminado que hubieron de almorzar y recogido el mantel, platos y demás, cada uno de los cazadores, tomando una postura acomodaticia, y se entregaron en brazos de Morfeo.

Todos dormían ya, excepto Robustiano, que había tenido la precaución de acostarse á la izquierda del vizconde y más inmediato al lugar que ocupaba.

Cuando el mayordomo conceptuó prudente arriesgarse sin consecuencias, buscó en la prenda que el vizconde había colgado en un arbusto, alguno de sus bolsillos. Echado como estaba le fué difícil la faena; pero logró su objeto, y metiendo la mano sacó un papel en el que se leía:

«Adorado César: Mientras te distraes y llenas los deberes de tu posición, Sofía llora por ti y sufre. Esto



no te prive de alegría; acéptala como el recuerdo que hoy te tributa tu inolvidable y amante,

SOFÍA.»

—Es su letra, murmuró Robustiano arrugando el papel entre sus manos. ¡La carta es de hoy! exclamó luego. ¡Oh! vizconde, veremos quien vence á quién; y guardándose aquella carta, en donde los afectos dulces y delicados de la mujer que ama se patentizaban, trató de dormirse, ó más bien de concertar algún plan miserable ajustado á su ambición y á su impúdico cariño.

El sol había traspasado el cénit en dirección á Occidente para hundirse tras los montes y aparecer más tarde por Oriente. La sombra se extendía ya bajo las copas de los árboles, y las ovejas pastaban al margen del cristalino arroyuelo que serpenteaba por entre el musgo y la hierba, cuando los cazadores, desperezándose, se pusieron en movimiento, y cogiendo sus respectivas escopetas, se disponían de nuevo á emprender su favorita distracción.

—¿Qué tal? Parece ahora, vizconde, que no dirá usted aquello de «estoy rendido».

—Sí; he dormido perfectamente.

—Conque, señores, vengan los perros, y veremos quién es el que esta noche trae más cargado su zurrón.

—En marcha.

Los cazadores salieron de la gruta. Robustiano y el vizconde se apartaron de la senda que seguían sus

compañeros, y tomaron por otra que conducía á una ladera sembrada por alto trigo, cuyas espigas se inclinaban al menor movimiento del aire.

—Parece, querido vizconde, dijo Robustiano dirigiéndose á aquél, que los dos hemos tenido un mismo pensamiento al seguir este camino.

—Si, repuso el joven; me sospecho que entre aquellas doradas mieses ha de existir más de una madriguera de conejos.

—Efectivamente; aquella frondosidad también me mueve á la sospecha de eso mismo.

—Pero, ¡ah! Robustiano, observo que la tapia de este monasterio se prolonga demasiado; la huerta de él ha de ser grandísima. Ved que espesas ramas asoman por encima del cercado, dijo el vizconde señalando á la derecha.

—Sí; ese convento es el de las madres Carmelas, á quienes toda la provincia respeta y venera por sus más relevantes virtudes, replicó Robustiano.

El vizconde, á poco, quedó como petrificado y con la escopeta en actitud de apuntar. Uno de sus perros ladraba y escarbaba en la tierra con furor y rabia.

Robustiano se acercó, y entrambos convinieron en que lo que excitaba al perro á ladrar era una madriguera de conejos.

Ambos tomaron toda clase de precauciones para que la caza quedara en su poder.

Dispuestos de este modo, rápida como una centella,

saltó por encima del perro una liebre descomunal, y dos detonaciones retumbaron en el espacio.

La liebre, á pesar de todo, salió ilesa, y el perro seguía el rastro del pobre animal que fué á buscar su refugio en una de las grietas que formaba la tapia de la huerta del monasterio.

El vizconde y Robustiano llegaron poco después que el perro al pie del cercado; en vano se esforzaban en excitar al can para que penetrase por la hendidura. Esta era estrecha en extremo para su cuerpo, á pesar de las inauditas contracciones que ponía en juego á fin de lograr su objeto, obligado por el atao.

El vizconde se desesperaba al ver defraudadas sus esperanzas de poder depositar en su morral el cuerpo de aquella liebre, que de buena gana hubiera enviado á Madrid de regalo á los padres de Sofia.

—Nada; perdida, dijo. He ahí, Robustiano, que esa liebre significaría para mí el tesoro más codiciado, y se me escapa de entre las manos. No; pues yo he de poner en práctica cuanto de humano haya para conseguir mi empeño.

—Tiempo perdido, repuso Robustiano disgustado algún tanto por la objeción del joven. La pobre liebre quizá esté ya á estas horas á un kilómetro de distancia de nosotros.

—Pues desharé la tapia hasta dar con ella, respondió el obstinado cazador.

—Ya ve Vd. lo espeso de ella.

—¡Qué importa!

—Pues vengamos á un plan prudente y razonado, amigo vizconde, añadió Robustiano.

—Veamos.

—Ante todo, vea Vd. si esta hendidura tiene ramificaciones, en cuyo caso han de ser de todo punto infructuosos nuestros esfuerzos, por cuanto la liebre, suponiendo que no haya podido atravesar el muro, saltaría por él, y entonces ya Vd. ve que no nos sería permitido penetrar en la huerta de esas pobres monjas en busca de ella.

—Es cierto.

—Ea, pues; manos á la obra.

—¿Conque es decir que debo averiguar ante todo si ese condenado de agujero tiene alguna ramificación hasta el lomo de la tapia?

—Eso mismo.

—Pero para eso es necesario escalar el cercado.

—Es natural.

—Pues á ello, dijo resueltamente el vizconde.

Éste principió el ascenso por la tapia, auxiliado por Robustiano. El joven metía las puntas de las botas entre las piedras poco ajustadas del cercado al faltarle el apoyo del mayordomo, que, á causa de la elevación en que el joven se encontraba, ya no podía prestarle.

El perro no cesaba de ladrar al borde mismo de la abertura que la liebre había atravesado.

En esta disposición, Robustiano seguía con la vista los movimientos del vizconde y aun la situación que

ocupaban las piedras en que aquél tenía que afianzarse para no caer. Ya el joven con una mano alcanzaba al borde del lomo de la tapia cuando, levantándose una bandada de perdices desde lo interior de la huerta y en dirección á Robustiano, éste, sin tener en cuenta el cónico proyectil con que tenía cargada su escopeta, disparó á las perdices, sin que lograra alcanzar á ninguna.

El perro abandonó su primera presa, y encobriéndose, siguió á toda carrera á las aves, perdiéndose aquel y éstas entre el trigo.

La liebre aprovechó aquel momento de confusión y huyó.

El vizconde, al serle indicado por Robustiano que la liebre había salido y escapado, fué desprendiéndose hasta llegar al suelo, y renegando de su mala estrella y del disparo por el que el lebrél abandonara la pieza, no pudo percibir los gritos de la madre hortelana que corría en auxilio de la pobre Margarita, á quien el proyectil del arma de Robustiano había hecho se precipitara del haya en que acababa de dejar el nido de los inocentes pajarillos.

---



---

## CAPÍTULO IV

### **El padre de la novicia.**

Volvamos al convento.

Las monjas fueron impuestas del motivo que había acarreado la fatal desgracia de la caída de su patrocinada la novicia Margarita, y comisionaron al jardinero á fin de que, en unión de la pareja de la Guardia civil del puesto más inmediato, que entonces acertaba á pasar por frente al pórtico de la entrada del convento, circunvalasen la tapia de la huerta y se prendiera á los criminales que de tal suerte atentaron á la vida de su más querida compañera.

Antón el jardinero, en compañía de los civiles, á quienes suplicó le siguiesen, después de atravesar con el mayor peligro pantanos y altas plantas de pita y enredadas zarzas, divisaron al vizconde y á Robustiano, que regresaban á su vivac para recontar la caza y

dirigirse á Toledo con los demás compañeros en busca del más satisfactorio descanso.

La voz de «¡alto!» dada con todas las fuerzas de sus pulmones por Antón, hizo que los cazadores volvieran la cabeza y quedaran sorprendidos.

Los guardias civiles se acercaron al vizconde y le exigieron la documentación que justificase su personalidad.

—Ahí tienen ustedes la cédula y la licencia de caza expedida por el Gobierno, dijo el joven mostrando ambos papeles al que le había interrogado.

Robustiano imitó al vizconde.

Antón no se daba por satisfecho con lo que presenciaba. La madre abadesa le había ordenado fueran conducidas á su presencia cuantas personas vagasen por las inmediaciones, y los guardias suplicaron con toda cortesía á nuestros cazadores accediesen á las exigencias de la virtuosa madre de la comunidad.

—No tenemos inconveniente alguno, señores, repuso el vizconde, solo que nuestros amigos, quizá pareciéndoles larga la ausencia, salgan á buscarnos y se sobresalten al no encontrarnos en el bosque.

—Pues yo no puedo entrar en el convento sin ustedes, replicó Antón con la insistencia más grosera.

—Amigo vizconde, estamos perdiendo un tiempo precioso, que pudiéramos emplear en esa visita á que se nos brinda.

—Corriente; si usted cree, añadió el vizconde dirigiéndose al mayordomo, que debemos ser galantes

con esa señora que nos impone su visita, obligándonos con el imperativo tono de la exigencia; aun cuando se sacrifique la paciencia de nuestros queridos amigos, vamos, vamos cuando ustedes gusten.

Los guardias siguieron la carretera: cazadores y jardinero penetraron por una puerta que se abría en el pórtico, y pocos momentos después se hallaban en un salón y á presencia de la madre abadesa.

—Señores, principió de este modo sor Teresa, ante todo he de reclamar de la benevolencia de ustedes todo el favor de la más amplia franqueza. Se trata de una desgracia, ó mejor dicho, de dos desgracias acaecidas hace pocas horas en el convento, y no sé si la agitación que experimento me dará fuerzas suficientes para referirlas.

Entre suspiros y lágrimas, la pobre monja contó la caída de Margarita, producida por la detonación del arma, la enfermedad que principiaba á desarrollarse en el cuerpo de la novicia Ángeles y la confusión que reinaba entre las madres.

Los cazadores no acertaban á explicarse el motivo que á la monja obligara para llamarlos á su presencia.

Así es que el vizconde, á quien impacientaba la idea de los demás compañeros, preguntó á sor Teresa:

—Sensibles son los acontecimientos sucedidos; pero me veo en el caso de hacer á usted una pregunta, señora Abadesa. ¿Qué motivo ha tenido usted para hacer que nosotros penetrásemos hasta este salón y te-

ner la honra en él de ser recibidos? Porque no acertamos....

La monja se apresuró á contestar:

—Nadie sino ustedes fueron los autores de tamañas desventuras. Á nadie han visto tras la tapia el jardinero y los guardias....

—Ruego á usted, señora abadesa, me dispense de nuevo otra observación, interpuso el vizconde. ¿Cómo podríamos ser nosotros los autores, como usted dice, de cuanto en este monasterio acontece, cuando ignorábamos?....

—Sí, pero ustedes empuñan aún armas de fuego....

—Es verdad. Armas que empleamos contra la caza, á la que tenemos muy decidida afición.

—Es verdad. Pero, poco á poco, vizconde, añadió Robustiano. Recuerdo perfectamente que al estar usted subido á la tapia, se levantó una porción de perdices desde dentro de la huerta, á cuyas aves disparé los dos cañones de mi escopeta en dirección al interior de la misma.

—¡Callet pues es cierto.

—Á cuyo disparo nuestra querida novicia cayó exánime desde lo alto del haya: exclamó la abadesa suspirando.

—Pero nosotros nada vimos.

—Sí, para entrambos aquel disparo fué sin la menor consecuencia...

—¡Ah! Pues la hubo, y fatal, señores, repuso sor Teresa. Desde que esa infeliz niña fué depositada en

el locutorio, abandonada por sus padres, Dios manda toda clase de bendiciones sobre el monasterio. Verdad que en cambio la pobre huérfana obtiene nuestro más acendrado amor y nuestro más vehemente cariño; así es que ahora, si se nos muere.... Y no pudo concluir, porque ante esa idea las lágrimas embargaron su voz.

La curiosidad se apoderó de entrambos cazadores, y mostraron deseos de ver y hablar á Margarita.

—Es imposible, señores, dijo la monja.

—Y decidme, señora abadesa, ya que sin saberlo y ajeno á toda mi voluntad, soy la causa de los dolores de esa pobre novicia, ¿no me sería dado el acercarme á su lecho? preguntó Robustiano.

—Caballero, eso es imposible.

El vizconde callaba. Su alma se había interesado por aquella pobre niña á quien una fatal circunstancia, de que él participaba, la tenía sumida en el desconsuelo de la enfermedad.

La severidad de cuanto le rodeaba y el noble impulso que guía á todo corazón generoso obligó á César á contestar:

—Pues bien; renunciarnos á nuestros deseos, atendiendo á la ley de las reglas fielmente observadas por la comunidad; pero yo al menos deseo que al profesar esa niña se me acepte la cantidad que constituya su dote.

Robustiano miró asombrado al vizconde. Aquél ofrecimiento le tocaba á él hacerlo.

La abadesa bajó los ojos en señal de asentimiento y



dando las gracias más expresivas, redactó á vista de los cazadores un oficio al señor Obispo, manifestándole cuanto ocurría, y el generoso ofrecimiento del señor vizconde de Peña Santa.

César, después de escrita la comunicación, que le fué leída por la madre abadesa, rogó á ésta manifestara con todos sus detalles la entrada de la novicia en el claustro.

Sor Teresa pidió luz, y después de encendido un soberbio farol que pendía del centro del salón, se expresó de este modo:

—Hace ya algunos años el 7 de Febrero hizo una noche horrorosa. El trueno retumbaba por encima de las crestas de estos montes y el agua caía á torrentes sobre valles y cordilleras. La comunidad, llamada por la campana, alzaba al Señor sus preces en el coro y pedía por los pobres peregrinos y marinos. Con tal fervor toda ella rezaba, que ese Dios sumamente infinito hubo de acceder á sus reiteradas súplicas. Á las diez escasamente el trueno cesó, la lluvia descendía ya más paulatinamente y las negras nubes dejaron ver, á través de sus opacos colores, la brillantez de esas estrellas refulgentes precursoras del silencio y la calma.

La comunidad, abandonando los sagrados escaños, buscaban en el lecho de las celdas el reposo y la tranquilidad, cuando una madre tornera hubo de subir á anunciarnos que una niña había sido depositada en el locutorio. Todas bajamos, todas mostramos el mayor

interés, y al examinar las ropas de aquella criatura celestial, vimos que entre ellas había una medalla y un papel que sólo decía estas palabras: *Está bautizada y se llama Margarita.*

Desde que la madre abadesa nombró la fecha en que Margarita había sido depositada, el rostro de Robustiano se cubrió de mortal palidez; sus nervios se agitaban extraordinariamente, y tal estado fué aumentándose hasta la conclusión del relato de sor Teresa.

El vizconde, que pudo observar á Robustiano, se puso en pié:

—Usted está enfermo, dijo. ¿Qué es lo que Vd. tiene amigo mío?

—¡Oh! sí, sí; este caballero es presa de algún accidente, afirmó la abadesa, disponiéndose á llamar.

El mayordomo hizo un esfuerzo sobrenatural, y se levantó del sillón que ocupaba.

—Nada, no se incomoden ustedes. El excesivo calor que en esta habitación se experimenta es solamente el motivo.....

—No; usted está nuevamente agitado, Robustiano.

--Parece un cadáver.

Sor Teresa había agitado ya el cordón de una campanilla.

—Estoy ya mejor, amigos míos; gracias, gracias; pero el aire que aquí se respira me sofoca de tal modo que parece que me ahoga.

—Beberá Vd. agua.

Al mismo tiempo que Robustiano iba adquiriendo

sus fuerzas naturales, una demandadera apareció en el dintel de la puerta.

—Hermana Josefina, tenga usted la bondad de traer un vaso de agua, le dijo.

Robustiano realmente estaba más tranquilo; pero la palidez aún le cubría el rostro.

Al desaparecer la demandadera del salón, el mayordomo, dirigiéndose á la monja, le preguntó:

—¿Tendría Vd. inconveniente alguno en mostrarnos la medalla que la novicia Margarita traía en sus ropas al ser examinada por la comunidad?

—Ninguno.

—Pues dispéñseme Vd. este favor, señora.

—Aquí la tengo, entre las demás que se unen á mi rosario.

Sor Teresa mostró las innumerables medallas que pendían de su rosario, y buscando la que el mayordomo le indicara:

—Véala Vd. aquí, dijo, enseñándole una preciosa de oro, que representaba la efigie de Santa Margarita.

Robustiano y el vizconde la examinaban con atención, y no pudiendo el primero resistir ya por más tiempo las palpitations de su corazón, combatido por el deber, exclamó:

—¡Señora, esta medalla me pertence!

—¡Cómo!

—¿Qué dice Vd.?

—Sí; esta medalla fué comprada por mis padres

en América, y sólo una mujer tuvo la avilantez de hacerse con ella contra mi voluntad.

—Explíquese Vd. Robustiano, objetó confuso el vizconde.

—Me es imposible, porque me lo impide mi honra escarnecida, ¡Ah! señora abadesa, añadió dirigiéndose con rapidez á ésta; Margarita la novicia, ese angel á quien esta santa comunidad ha acogido bajo su patrocinio, es el fruto de un amor al que rendí justo tributo de fidelidad; pero el hado fatal ha hecho que más tarde lo anatematizara con el más indiferente de los desprecios; Margarita es mi hija.

—¿Usted el padre de Margarita? preguntó asombrada la abadesa.

—Esa, esa medalla lo atestigua, además de una carta que obra en mi poder, y que exhibiré en tiempo oportuno para aducir mis derechos sobre ella.

El vizconde estaba absorto con cuanto sucedía.

La demandadera entró en el salón con una bandeja y vasos de agua que dejó encima de una antigua mesa de nogal que ocupaba el centro de la pieza, y la abadesa no pudo menos de arrodillarse ante Robustiano en súplica de que no la exigiera la separación de su hija.

—Usted no la conoce; Vd. no puede apreciar todavía sus virtudes, dijo llorando; esa niña no ha tenido más madre que á mí, que la cubro incesantemente de besos y de caricias. ¡Ah! si Vd. la viera rezar, si Vd. la oyera aconsejando á las demás novicias á fin de inculcarles los más santos consejos, no podría usted nunca

ni remotamente alimentar la idea de que dejara de profesar.

Robustiano enmudeció ante las lágrimas de la monja. Por otra parte, él estaba sólo en el mundo; sus planes para lo sucesivo eran ya realidades que se iban sucediendo á medida que los coordinaba, y necesitaba el auxilio de una persona leal que secundase sus perversidades. Todo esto pasó rápido por su pensamiento, y dando una mano á sor Teresa para que se alzase, exclamó;

--;Señora abadesa, antes de tomar una resolución en cualquiera de los sentidos por que me decida, he de verme con el señor Obispo!

--Apruebo su determinación de usted. Robustiano dijo el vizconde; y Vd. señora, tranquilícese, porque de todos modos áun han de pasarse muchos días para en su caso separarse de esa niña á quien Vd. tanto ama.

Robustiano, afectado, se despidió de la abadesa, que quedó presa del más acerbo dolor, y bajando las escaleras que conducían al pórtico, auxiliado por el pobre vizconde, que de buena fé le trataba se le oyó decir:

—Por fin ella será mi única compañera.

La abadesa, una vez sola en el salón, apuró un vaso de agua, y sentándose á la mesa, se propuso escribir un oficio al señor Obispo, que aquella misma noche Antón hizo llegar á sus manos, en Toledo.

La obscuridad era completa, y á pesar de lo distante que el vizconde y Robustiano se hallaban de los demás compañeros, llegaron bien pronto al sitio en que



antes de la separación habían convenido reunirse.

Dispuesto todo convenientemente, fué opinión general el que por lo avanzado de la hora, aquella noche se descansara en el vivac.

Robustiano esperaba el día con ansiedad. El encuentro de su hija abría un paréntesis en su vida, que quizá le diese tiempo á la reforma de ella, atendiendo á la voz de su conciencia que le acusaba. Los cazadores dormían rendidos por la fatiga de la tarde, cuando la aurora, difundiendo su crepúsculo, puso en movimiento al mayordomo, que sin hacer el menor ruido, abandonó á sus compañeros y se puso en marcha hacia la capital.

Mil recuerdos le asaltaban; veía tras sí una vida horrible; se dibujaba en lontananza, fascinado por la idea de lo pasado, el crimen cometido á su instancia y pagado por él para que existiera. El remordimiento que le causaba la perdición de su principal el barón de Santa Cecilia, y que él acarrea movido por el febril deseo de un apetito amoroso que le enloquecía, á la par que la ambición por poseer sus cuantiosas fincas y rentas, era otro motivo más poderoso si cabe para buscar una expiación que le tranquilizase en medio de los dolores que pudieran por aquella sobrevenirle; pero merecían sus acciones, depravadas y villanas, el encierro en un presidio; merecía que la cadena del confinado sujetase su tobillo, y merecía de este modo dar plèna satisfacción á la sociedad herida por sus acciones, y bien pronto todos estos últimos recuerdos, fun-

dados en derecho y en ley, le volvían á ensoberecer, y la sangre se agolpaba á su mente, quedando sin sentido.

El criminal que lucha porque teme al castigo, es doblemente culpable, porque se mata á sí mismo. Robustiano seguía con paso tranquilo y suelto; de pronto detenía su acelerada carrera, que emprendía de nuevo con mayor ahínco, hasta que otra idea cruzaba por su mente y se detenía para reflexionar.

De este modo, unas veces sin andar un paso y otras andando desmesuradamente, llegó á tener ante sí las altas cúpulas de los históricos templos de Toledo. La presencia de aquellas gigantescas torres, prueba eloocuente de la mayor grandeza, le infundió valor y el mejor sentimiento en su alma, por el deseo de una confesión que alcanzase la enmienda de todas sus culpas pasadas.

—Sí; yo estoy en el caso de reconciliarme con mis deberes, se decía; nada como la religión puede servir de bálsamo á mis heridas, y á ella he de acudir, por más que ésta me imponga el severo castigo que merezco; así me haré digno del cariño de mi hija, de aquella criatura celestial que, ajena á toda recriminación, quizá al profesar sufra mayor tortura.

Abundando en tales ideas, penetró en las estrechas calles de la ciudad, y poco tiempo después se encontraba en presencia del padre espiritual.

Respetemos los secretos de la confesión, porque sólo pertenecen á Dios.

Los cazadores se levantaron: sus criados, en amigable consorcio detrás de los arbustos de que se formaba la gruta, se entretenían en limpiar las armas de sus dueños y meterlas en sus correspondientes fundas de bayeta verde ó cuero curtido.

Los perros por el cercado devoraban los huesos y despojos de la mesa de sus amos y promovían con sus ladridos una algazara infernal.

El vizconde se despertó.

Eran las ocho de la mañana. César tenía que escribir, ó mejor dicho, telegrafiar á Sofia, anunciándole su regreso á Madrid aquel mismo día. Dominado por este pensamiento, se presentó en la puerta de la gruta Román el pastor, el cual había sido encargado por el vizconde de recoger las cartas de Sofia en la administración de Correos de Toledo y de traérselas hasta allí, en caso de que él no fuese á dormir en la capital, y cumplía con su cometido.

—Aquí tiene usted la carta de hoy, señorito, dijo el pastor alargando la mano con el papel.

—Mil gracias, Román. Voy á remunerar á usted sus buenos servicios; pero ante todo es necesario regrese usted á Toledo, y haga que un telegrama se trasmita á Madrid.

—Pues entonces, con su permiso, me esperaré fuera.

El vizconde abrió la carta, la cual contenía estas palabras:

«Mi querido César: Una desgracia fatal ha venido á

aumentar mis dolores; papá acaba de ausentarse de Madrid manifestándonos un secreto que sólo el mucho cariño que me inspiras hará que tú sepas. No demores ni un sólo momento para ver si tus consejos pueden tranquilizar á mamá y enjugar el raudal de lágrimas que ahoga á tu

SOFÍA.»

César leyó repetidas veces el contenido de aquella carta, en donde adivinaba una desgracia que no alcanzaba á explicarse.

Plegando la carta y encerrándola en su cartera, observó la falta de la del día anterior, y escribió en una hoja de papel estas palabras:

«Madrid.—Alcalá.—Sofía de Salazar, baronesa de Santa Cecilia.—Mañana en Madrid—César.»

Pocos momentos después Román recibía toda clase de instrucciones, la copia del telégrama que habría de tramitar y una bolsa con monedas.

Por más impresionado que éste estaba, bien pronto notó la ausencia de Robustiano, y todos preguntaron por él para ponerse de acuerdo respecto al regreso á Madrid. El criado del mayordomo no podía responder con certeza á cuantas preguntas se le dirigían; pero se hizo cargo de los efectos de su amo, y cazadores, criados y perros aquella misma tarde se pusieron en marcha hácia Toledo, con objeto de salir por la noche para la corte,

Nada más agradable que ese espectáculo natural que absorbe nuestros sentidos al declinar el día; la brisa

suave que dulcemente susurra, agitando las hojas delicadas de la flor, cuyo perfumado aroma trasporta hasta embriagarnos; esa bóveda colosal é infinita, trasparente y diáfana que nos cubre y atraviesan pintadas avecillas, y los verdes campos entre cuyos arbustos y finos tallos anidan perdices, ruiseñores, mirlos y calandrias, es el mentís más elocuente á la duda que puede alimentar nuestro pensamiento ofuscado por argumentos erróneos y convicciones alimentadas por la persistencia de una fantasía vaga y delirante.

El positivismo que tocamos nos revela la acción consumada; la teoría, muchas veces elocuente, no pasa de un vapor que pierde toda su potencia al más insignificante contacto del verdadero contrasentido de la base en que aquella descansa.

El vizconde, demás cazadores y criados, llegaron por fin, después de haber respirado los salutíferos aromas que brotan de los campos, á la estación de ese monstruo de hierro que llamamos ferrocarril.

El tren que venía á Madrid aún no había llegado, y nuestros jóvenes tomaron asiento en el salón de espera. Todos se inquietaban por la ausencia de su compañero Robustiano, y ninguno podía adivinar la causa que motivara su partida y su ausencia de todo el día.

El vizconde abrigaba no obstante la idea de que los acontecimientos sucedidos la noche anterior pudieran ser causa fundamental de su ausencia; sin embargo, respetó el secreto y devoró en silencio su incertidumbre.



—Sí, se decía, á pesar de todos los lazos divinos y humanos que unen al padre á sus hijos están por encima de todo otro que exista en la tierra; la emoción producida por el hallazgo de su Margarita, á quien quizá lloraría conceptuándola cadáver, le habrá hecho visitar al Obispo auxiliar para ver el modo de llevarse á Madrid el vástago de su amor.

Y luego añadió, exaltada la mente por el recuerdo de su amada:

—¿Y Sofía? ¿Qué causas inesperadas habrán venido á torturar su alma, que tan repentinamente reclama mi presencia? ¡Oh! Sofía llora, llora, y sus lágrimas me demuestran el intenso dolor que sufre, y del que debo participar.

La locomotora por fin dejó sentir su agudo silbido, anunciando su presencia y la de los coches que arrastraba con vertiginosa velocidad.

Los pasajeros se pusieron en pié y más tarde ocupaban sus respectivos asientos en los coches. En el que se sentaron los cazadores penetró un poco después Robustiano el mayordomo, el cual, en su semblante pálido como el marfil, aún se marcaba el ánimo abatido del penitente.

Sus compañeros se regocijaron al estrechar su mano y á cuantas preguntas le dirigian sólo contestaba:

—A nada me hagais responder, porque hay misterios en la vida del hombre, incomprensibles, porque solo pertenecen á los altos juicios de Dios.

—¿Y su hija de usted? le preguntó de nuevo el viz-

conde instado por la más fervorosa curiosidad y con la mayor reserva.

—Mi hija, César, me será entregada en cuanto pueda hacer patente mi derecho y esté aliviada de la enfermedad que su mismo padre la hace sufrir.

Un nuevo silbido, despues del toque prolongado de la campana, puso en movimiento aquella avalancha, que se deslizó sobre los rails del camino, perdiéndose entre los repliegues y sinuosidades de un terreno fértil en vegetación y la sombra del crepúsculo que descendía del horizonte.

---

---

## CAPÍTULO V

### ¡¡ Hijos del alma !!

Como ha de representar el trascurso de esta historia, que por sus acontecimientos han de hacerla verídica, la figura noble de Andrés, el criado predilecto de la baronesa de Santa Cecilia, dejemos que el vizconde y Robustiano lleguen á Madrid para ocuparnos de aquel servidor fiel, á quien también había llegado la parca fatal del destino á herir con inusitada crueldad su sensible corazón.

Andrés era viudo: había entrado al servicio de los padres de Pilar, y en vida de éstos había contraído matrimonio con una joven, de la que tuvo dos hijas y un muchacho robusto y fuerte, encanto y delicia todos de aquellos padres venturosos.

Muertos los señores, Pilar se casó, como ya hemos dicho, con el barón, y más tarde descendió al sepulcro la mujer del criado siempre predilecto de la casa, que-

dándole sólo sus hijos para consuelo de sus dolores, y con ellos la esperanza lisonjera de una vejez dichosa.

Magdalena, María y Miguel se criaron en la misma casa en que lo fué Pilar. Todos niños, eran unos sus juegos infantiles, por más que la posición social los separara por vallas insuperables. El uno, la otra y todos unidos formaban el núcleo principal de ese amor ciego que no tiene diques y que caracteriza á los padres. Los de Pilar amaban á los hijos del criado, y éste adoraba, si cabe, con mayor delirio, á la hija de sus señores.

Los niños se amaban con el cariño fraternal inherente al más puro y cándido de los amores. Así crecieron y fueron desarrollándose sus inteligencias, hasta que la sociedad abrió el abismo que los separaba.

Á la muerte de su madre, Miguel abrazó con delirio la carrera de las armas; no había aprendido ni los más indispensables rudimentos de la lectura, halagado por el cariño, muchas veces perjudicial, de esas madres que llevan el delirio por sus hijos hasta el exceso.

Sentó plaza, y después de cumplido su compromiso en medio de los más terribles sobresaltos, volvió á reengancharse, y así siguió hasta que, felizmente terminada una guerra civil asoladora, abrió una ancha vía en la Administración pública y en la política.

El día en que el barón había referido á su esposa la desgracia fatal que le amargaba, Andrés, el viejo criado de la casa, penetró en el salón en que tuvo lugar

la escena entre Pilar y Carlos, que ya conocen nuestros lectores. Venía en busca de la baronesa, sin duda para consolarla, y no la encontró allí. El infeliz, dejándose caer en un sofá, al verse solo, exclamó:

—¡Todo va á descubrirse! ¡Pobre señora baronesa! La justicia, por fin, lo ha sentenciado, y tendrá que expiar delitos que no ha cometido, clavando en el alma de la señora el dardo venenoso del más horrible de los martirios. Ya debía estar preso, como había dado su palabra, y..... pues andaba suelto..... pero ahora... será conducido á presidio, y tendrá que saberlo todo, si es que quiere fugarse.

Estas palabras, pronunciadas entre suspiros y lágrimas, hacían el efecto más desgarrador, por mostrarse desesperado.

Hallábase pálido y hasta cárdeno su rostro, cuando se alzó una cortina que cubría una puerta de aquella majestuosa sala, y se presentó una jóven que daría envidia á la misma Fernarina.

La sencillez de su ropa armonizaba con la candidez de sus mejillas y la blancura de su tez; alta, esbelta y rubia como el oro, vestía una sencilla falda de percal pintado y un pañolón de seda sujeto á la cintura. Esta mujer era el bello ideal de lo verdadero; la candidez personificada; el tesoro de honra que Dios lega á los humanos, lo conservaba aquella vírgen con la usura más laudable. ¡Qué hermosa era! Á pesar de su vestido de percal y su pañuelo de seda, ¡qué rica no podía considerarse guardando, con la avaricia de la



ambición, las dotes de castidad que iba acumulando! Unos ojos de fuego, llenos de mansedumbre, y azules como el tinte con que se cubre el espacio, eran los espejos en donde se miraba su alma angelical y se refractaba toda su belleza. Unas mejillas amapoladas en su fondo y nacaradas en sus contornos, la pureza de su vida y unos labios, en fin, cubiertos por una finísima capa de coral, el marcado signo de mayor inocencia; esta joven era una de las hijas de Andrés.

Al ver á su padre en aquel estado, corrió á él con el febril delirio que presta el pecho de un hijo al ver á su padre padeciendo.

El criado hizo un supremo esfuerzo y se puso en pie adoptando su habitual alegría aunque ficticia.

— ¡María! exclamó.

— Sí, soy yo, contestóle aquel ángel. Pero habiendo reparado en su padre, y al convencerse que aún rodaban de sus ojos gruesas lágrimas, que en vano se empeñaba el anciano en detener,

— ¿Qué tenéis? le preguntó.

Andrés se esforzaba en reprimir su llanto, y consiguió dominarlo.

— Nada, afirmó.

— Pues yo os vengo buscando por todo el palacio, padre, añadió María, para daros una noticia sorprendente.

— ¿Qué dices? preguntó Andrés concibiendo que quizá su hija iría de nuevo á torturar su alma con mayores dolores que los que sufría.

María entonces, cogiendo una de las manos de su padre, que temblaban por la emoción, le contestó con dulzura:

—Estando sentada en el portal de la casa remendando vuestra vieja librea, en unión de Feliciano y Ángeles, las hijas de la señora Virtudes la portera, penetró en el zaguán Miguel, preguntándonos si viviais aquí y si continuabais siendo criado de la señora baronesa.

El anciano, al oír el nombre de Miguel, venció completamente sus lágrimas, que quedaron secas en los párpados, y repitió lleno de estupor:

—¡Miguel en Madrid!

—Sí, señor, afirmó María. Y por cierto que ya viene hecho un hombre. Al preguntarme por vos, por nuestra querida Magdalena y por mí, yo le miraba de hito en hito, y le reconocí al momento. Yo no se qué fuerza irresistible me arrojó en sus brazos, y hasta hizo que le besase, que él se quedó atónito, y sin saber qué decirme.

Andrés habría los ojos con desmesurado asombro y se pintaba en su semblante el ardor de la ansiedad y del deseo.

—¿Y en dónde está? preguntó por fin.

—Yo eché á correr entonces en vuestra busca, prosiguió María, y él creo que me seguía corriendo, porque comprendió que iba á buscaros.

La hija del criado estaba encantadora; la pureza de sus palabras habían encendido su rostro con todo el

color del más bello carmín; los azules ojos pugnaban por salir de sus órbitas.

El anciano corrió hacia la puerta que se ocultaba por el terciopelo, y se presentó en ella, apenas Andrés llegó allí, un mocetón, de cuyo cuello pendía por ambos lados una ancha cinta de seda dorada, que sujetaba con holgura un canuto de hoja de lata, que se veía salir por un bolsillo del pantalón del nuevo personaje, á guisa de licenciado.

Andrés se detuvo; el joven fornido y lleno de vida también quedó un momento con los ojos fijos en el viejo, hasta que éste abrió sus brazos y se enlazó entre los de aquel, exclamando con el mayor frenesí:

—¡Miguell! ¡Hijo de mi alma!

El licenciado, llorando, pronunciaba el dulce nombre de padre, tan sabroso en los labios de aquel que puede oír el de hijo de los de un anciano.

María también lloraba; sus ojos se habían cubierto con el rocío que llora el alma, á causa de la alegría que le embargaba al ver de nuevo á su hermano.

¡Que emoción tan conmovedora no llega hasta las fibras del corazón cuando los ojos contemplan una de esas escenas que se suceden entre padres é hijos y en que lucha el amor por demostrar toda su expansión al sentirse halagado por las satisfacciones, aunque pocas, que nos ofrecen los actos de la vida humana!

El padre, todo cariño, todo amor; el hijo agradecimiento tan sólo. La vida de que gozamos es debida á los cuidados de nuestros padres, y, sin embargo, este

amor tan grande, que no puede otro alguno sustituir en el mundo, es muchas veces pagado con las más acerbas ingraticudes y hasta con el desprecio de un orgullo mal fundado. El padre, el verdadero Dios de la familia, está sujeto al Omnipotente, y por consecuencia, los hijos al inclinarse ante aquel, tributan por medio de sus obras los mismos honores que á este. ¡Cuántas fatigas! ¡Cuántos trabajos y lágrimas significa el nombre de padre! ¡Cuántos dolores no encierran estas dos sílabas sagradas que el Dios de las misericordias ha concedido á los hombres, para hacerles conocer los laberintos del mundo y los escollos que se presentan en la vida! ¡Felices aquellos que aprecian á sus padres y les honran en su ancianidad; felices los que satisfacen en parte las amarguras que ha saboreado un padre por ellos, y felices, en fin, los hijos que conocen los sacrificios que cuesta á su padre el darles la vida! Los hijos para el padre son pedazos de su corazón, y no puede existir si uno solo le falta. Severo, adusto y riguroso siempre con sus hijos durante la niñez, son otros tantos manantiales de dulzura, de cariño y de sensibilidad que tiene en ellos depositado.

¡Qué grande es el corazón de un padre; qué pequeño es en su mayoría el de los hijos! Aquél, ya por efecto de no poder transigir con ciertas costumbres sociales, ya por su carácter de reflexión, ¡cuántas veces es anatematizado por los mismos que le son deudores de cuanto ven y de cuanto poseen! Entonces el padre llora, llora los desengaños que con tanto frenesí ha venido

hasta aplaudiendo en sus hijos: pero al recibirlos ya de estos, siendo hombres, son venenosos dardos que atraviesan en todas direcciones su alma.

Andrés no podía quejarse de los suyos. Miguel había sentado plaza á la muerte de su madre, como hemos dicho, y fué tambor. Andrés trató de persuadir á su hijo; pero éste desoyendo sus consejos y vencido por su afición á las armas, se vió bien pronto arrepentido, cuando ya no tenía remedio, al saborear las amarguras de la vida del soldado. Andrés lloró como llora todo padre que presiente la desgracia de sus hijos, y Miguel obligado por la bandera que debía seguir, bien pronto se ausentó de Madrid. Las cartas se sucedían; las protestas de cariño se hicieron mayores á medida que el tiempo corría. Andrés suspiraba, y Miguel no veía á su padre ni á sus hermanas. Á estas las había dejado hechas unas niñas: él era también un muchacho de dieciseis años. Magdalena y María eran su más acibarado tormento, porque temía que se quedasen abandonadas en el mundo si sobrevenía la muerte de su padre. Y quizá este pensamiento le habría hecho abrazar la carrera militar, para adquirir algún grado en el ejército y luego recoger á sus hermanas. Lo cierto es que Miguel estuvo diecinueve años separado de su familia, corriendo las aventuras que al militar le son proverbiales, y sin duda fiado en su honradez y en su índole, abrigaba la esperanza de llegar á ser un general; pero no había sucedido así, por desgracia.



Luego que trascurrieron los primeros cinco minutos, en los que Andrés tenía á su hijo entre los brazos y su hijo le abrazaba, Miguel miró á todos lados en busca de alguna otra persona, que extrañaba no estuviera allí.

—¿Y Magdalena? preguntó. ¿Cómo es que no está á mi lado? Deseo verla y abrazarla también, padre mío.

Un silencio fúnebre, interrumpido tan solo por suspiros y ayes del alma que se escapaban de los labios del padre, fué toda la respuesta á las preguntas del hijo.

Este, sin darse idea fija de cuanto veía y escuchaba.

—¿Y Magdalena? volvió á preguntar lleno de dolor.

—Á Magdalena, hijo mío, la verás más tarde, contestó el criado, cárdenos sus labios y mirando á María, que también lloraba. Después de esta respuesta, que encerraba el misterio más angustioso, Andrés hizo un esfuerzo poderosísimo y con un gesto que aparentó serle habitual, repuso, al parecer, lleno de alegría:

—Creo aún mentira que vuelva de nuevo á tenerte en mis brazos. ¿Pero qué ha motivado?...

En el alma de Miguel rebosaba la más cumplida satisfacción, y aquella respuesta no podía ser el anuncio de un mal que en un momento había presentado, y contestó á su padre:

—La vida del militar es buena, señor, muy buena;

pero allí no hace carrera sino aquel que sabe leer y escribir y reune alguna que otra influencia; yo no puedo quejarme; llegué á cabo segundo sin saber nunca hacer un mal palote, porque el coronel me quería, eso sí, porque era honrado y muy obediente; el pobre cayó atravesado de una bala allá en las Provincias, y yo, que tenía unas ganas de veros que me consumían, me dije: Miguel, la guerra ha concluído; no seas tonto, tienes contenta la patria y no puede exigirte mayores sacrificios; pide tu licencia; y dicho y hecho, me ajustaron la cuenta; me dieron un pedazo de papel, que he metido en este canuto, y he emprendido el viaje para tener esta dicha, que no sé si hace que ria ó que llora.

Andrés abrazó de nuevo á su hijo.

María tenía clavados sus ojos en Miguel, y éste era su más perfecto retrato: su rostro, alegre y jovial, pero curtido por la intemperie, no podía negar la afinidad que á aquella virgen lo asimilaba con la misma sangre que circulaba por sus arterias. Alto, rubio y de hercúlea musculatura, más bien parecía el primogénito de la raza germánica que el último vástago de la latina. La idéntica observación que hubiera echado de ver un curioso al examinar la fisonomía de su padre, hubiera encontrado al fijarse en Miguel y María.

El licenciado vestía un pantalón de dril, un chaleco de panilla rayada, y colgada de su hombro derecho una chaquetilla de pañete de Alcoy, con botones de asta, cubriendo su cabeza una gorra de cuartel llena de polvo del camino.

Al concluir el relato por el cual se demostraba los motivos que le habían obligado á pedir su licencia absoluta, preguntó de nuevo á su hermana:

—¿Y Magdalena, padre mio? ¿Cómo es que Magdalena no corre á abrazarme? ¿Usted seguirá siendo criado de la señora baronesa? Pobre señora, qué deseos tengo de verla también. Aún me acuerdo cuando jugábamos todos, de muchachos, en aquel salón grande en donde se guardaban los muebles rotos de la casa.

Andrés, fijó los ojos en su hijo con la expresión más llena de melancolía.

Miguel entonces sospechó la existencia de algún misterio, y al ver á su hermana llorando, preguntó de nuevo.

—Respondedme, por compasión. ¿Magdalena ha muerto, padre mio?

Andrés, dando expansión á su pecho, prorrumpió en un acerbo llanto, exclamando:

—¡Pluguiera á Dios que así hubiera sucedido:

—Pues ¿qué ha pasado, padre? replicó llorando Miguel.

—¡Pobre hermana mía! articuló María, fijos sus hinchados ojos en el pavimento.

El criado, que conocía los sentimientos de cada uno de sus hijos, morigeró aquel ímpetu que le obligara á contestar á Miguel del modo que lo hizo, y se apresuró á añadir, á fin de mitigar la pena y el dolor que de otro modo experimentaría su hijo.

—Sí, tienes razón, Magdalena ha muerto. Tú lo has dicho; sí, ha muerto para siempre, hijo mío.

—No, no, padre; aquí existe otra causa más horrible, si cabe, que la muerte.

El anciano, ó no haciéndose cargo de lo que su hijo le contestaba, ó fingiendo no haberlo oído.

—¡Cuántos sinsabores costais á un padre, hijos de mi alma! murmuró.

—¡Oh! Yo necesito saberlo todo, todo, padre. ¿Qué es lo que hay aquí? Os pregunto por Magdalena y nadie me contesta; vuelvo á lo mismo, y vos decís que pluguiera á Dios que hubiese muerto. Pues entonces, ¿qué ha pasado? Ved mis lágrimas, Dios mío; ya me decía que no había de ser completa mi felicidad.

La hija de Andrés levantó sus ojos, y en la mirada que dirigió á su hermana pudo comprender éste todo lo horrible de la situación que había rodeado á aquellos dos seres que durante años lloraban la pérdida de una hija y hermana. Miguel adivinó algo fatídico en ella, pero no comprendía todo lo desgarrador que aquella mirada encerraba.

—¿Qué me quieres decir, María? preguntó Miguel dirigiéndose á aquella y temblando.

—¡Que á Magdalena nos la han robado! exclamó aquel infeliz padre, cayendo sin fuerzas encima de la alfombra que cubría el suelo de la sala.

—¡Robado! repitió Miguel mirando á su padre y sin darse idea fija de su existencia.

—¡Sí, robado! afirmó María, tratando de prodigar á su padre los cuidados que su estado reclamaba.

Andrés yacía inerte; su frente estaba bañada por el sudor helado propio de la agonía.

Miguel, en pie y pálido como el ámbar, le rodaban de sus ojos por las mejillas dos gruesas lágrimas que cayeron enteras al suelo.

María, de rodillas, sostenía la cabeza de su padre, y regaba con su llanto las decrepitas facciones del autor de sus días.

Miguel volvió en sí, y al reanudar en su pensamiento el cúmulo de ideas que se sucedían en su cerebro, se apresuró, como un loco, á besar las lívidas mejillas del anciano venerable, exclamando con delirio.

—¡Padre! ¡Padre mío!

El anciano se fué incorporando, ayudado por su hija, y la presión de los nervios fué paulatinamente reemplazándose por sus movimientos.

Por fin se levantó. Y María y Miguel le sentaron en la misma butaca en que la baronesa se hallaba poco antes.

—¡Ay, hijos del corazón! murmuró Andrés cuando se halló sentado.

—Animo, padre mío. Magdalena parecerá, repitió María enjugando el sudor que aún destilaba de la arrugada frente del anciano.

—¿Parecerá, dices? preguntó Miguel. ¿Y cómo no me has escrito anunciándome tan fatal desgracia?



—Por no darte una noticia tan desconsoladora como horrible, contestó con débil voz aquel padre desdichado.

—¿Y hace mucho tiempo que falta? preguntó Miguel.

¡Oh! no debeis extrañar que desee saber....

—Hace nueve años, repuso Andrés.

Pero escucha, y te convencerás de cuántos martirios y dolores se ha hecho superior mi cuerpo, acarreados por la ausencia de Magdalena. Cuando, vencido por tu obstinado empeño, nos has abandonado y preferiste empuñar el fusil que abrazar un oficio lucrativo, me quedé solo, solo con ellas, con Magdalena y María, corona de perlas estimables que ceñían todas mis acciones para reconcentrar en tales hijas el mayor cariño.

Una tarde se me ordenó, por estar enfermo el cochero de la señora, que desempeñara el cargo de Agustín; y aunque sin entender nada, cogí la fusta y obedecí á mi querida dueña.

Á nuestro regreso, y luego que hubimos desenganchado, pregunté por Magdalena, al ver sola á mi lado á María. Esta me manifestó que su hermana, por orden del señor barón, había ido á Correos con algunas cartas y que no tardaría.

La esperamos en vano hasta muy entrada la noche; cada minuto era para tu padre un siglo de ansiedad, de sufrimientos y de otros tantos martirios. Marché en su busca; todos hicimos lo mismo, nada; se dió parte

á la autoridad y nuevas luchas vinieron á torturar mi alma. El señor barón llegó al amanecer, y fué enterado de cuanto pasaba; se registraron en unión de él todas las casas sospechosas, y mientras que yo, rendido y abrazado á María, lloraba lágrimas de sangre que la infeliz enjugaba, Magdalena no volvía. Magdalena, robada, gemía bajo el feroz deseo de un malvado. Han trascurrido nueve años, nueve años de muerte para el corazón, sin que ni un sólo rayo de esperanza mitigue el dolor que me debilita.

Miguel estaba morado; la sangre afluíá á su cerebro y cardenalizaba su semblante.

Los movimientos de sus miembros demostraban esa lucha interior que tanto contribuye á que se apague la vida y motiva que las facciones tomen distinto carácter para sustituirlo por la expiación de la incertidumbre.

Por fin, medio ahogado por la ira y el dolor, exclamó:

—¡Pues yo os juro, padre mío, que Magdalena parecerá! ¡Oh! Esto parece un sueño terrible; pero decidme, decidme, ¿Magdalena tenía amores? ¿La reñías tú, María? No puedo adivinar qué idea haya sido la suya al desaparecer de casa, porque no se puede creer existan hombres tan malvados en el mundo que sólo por satisfacer brutales caprichos priven á una familia de uno de sus miembros.

—Pues los hay, Miguel, no te quepa la menor duda, contestó Andrés.

María había ya, por medio de sus cuidados, reanimado algún tanto el abatido espíritu de su padre.

Andrés, por fin, después de hacer un esfuerzo sobre sí mismo, se levantó del asiento, y comprendiendo el efecto producido en el ánimo de su hijo con motivo de la noticia, trató de dar distinto giro á aquella escena, y adoptando inmediatamente su habitual sonrisa, cogió una mano de Miguel.

—Vamos, ¿qué hemos de hacer hijo mío; dijo en un tono resignado y lleno de mansedumbre; los hombres en el mundo vienen los unos para acibarar la existencia de los otros, pero todos serán recompensados según sus obras. Vamos, ven, necesitas descanso, y es preciso que pasemos á nuestras habitaciones para que te acuestes. Magdalena parecerá, ¿quién lo duda? Ella misma verás como todo nos lo cuenta.

Miguel se abrazó á su padre, y así como el río que sale de su cauce y desbordado devasta las campiñas y los valles, así Miguel, lleno de furor, llenas sus arterias por la sangre encendida que cual líquido fuego circulaba por su cuerpo, exclamó:

—¡Padre, juro matar al asesino de Magdalena!

Entonces Andrés, encarnado como la amapola é hinchadas las venas de su cuello, y con acento lleno de ira reconcentrada, repuso:

—Y yo, Miguel, envenenar el puñal con que nos venguemos.

Después de esta escena, llena de lágrimas y dolores, Miguel se hallaba instalado en las habitaciones parti-

culares del criado Andrés, en el palacio de la baronesa.

Durante la escena que acabamos de bosquejar, otra se sucedía en el lujoso despacho de Carlos.

Se hallaba este en traje de viaje en unión de Sofia, que vestía una preciosa bata de cachemir, adornada con blondas nipi, y Pilar, su esposa, que se cubría con la tristeza melancólica que desgarrar el corazón sensible al separarse quizá para siempre del ídolo cariñoso y de esperanzas.

El barón se hallaba preocupado; la palidez de su rostro era funesta, y se aumentaba á medida que los preparativos del viaje se ultimaban.

Ya ordenados los papeles y dispuesta una sencilla y pequeña maleta, llamó á toda su servidumbre, presentándose ésta inmediatamente.

Carlos fué abrazando uno por uno todos sus criados, sin pronunciar una sola palabra, con cuyo silencio se dejaba más y más percibir el melancólico gemido de Pilar que, sentada en un confidente, se deshacía en lágrimas.

El último de los criados que se presentó ante Carlos, fué Andrés.

—Andrés, dijo aquél; á usted se las encomiendo; á usted, mi querido Andrés, entrego esas dos pobres víctimas, inmoladas en aras de mi locura y de mi egoismo; vele usted por ellas; usted tiene hijos, es usted un buen padre; séalo usted también para mi Pilar y mi querida Sofia, ya que el dolor de las más acerbasq 's desdichamarca con inperturbable desconcierto

las desgracias que nos amagan. No llore usted, buen anciano; los hombres me acriminan, usted bien lo sabe, pero Dios me absuelve y me perdona. Adios, ahí queda todo, mis rentas en poder de la justicia: en esa arca hay escasamente lo necesario para un par de años; sea usted también el administrador de mi pobreza, y en cambio de todo me verá usted siendo otro algún día.

El hombre viene á la vida predestinado; es una débil barquilla que navega impulsada por el céfiro de sus instintos; los míos fueron arrebatados por horribles huracanes; tengo hecho á usted mucho daño, pero soy acreedor á su perdón y á todo su bien en recompensa de mi infamia que en este momento no debo hacer pública; pero reivindicaré y me humillaré tanto, que me haga digno, dignísimo de la mayor piedad y del afecto más sincero. ¿No es verdad que usted ha de perdonarme, mi querido Andrés?

El criado miraba asombrado al barón. No acertaba á comprender el significado de aquella pregunta, pero le contestó:

—Sí, señor; V. E. es inocente y será perdonado.

La escena que se reprodujo entre Carlos y Pilar fué por demás tierna y afectuosa; el pobre Andrés hubo de separar á Pilar de los brazos de su esposo, y éste, con los ojos bañados por las lágrimas, en unión de Sofía, tomó asiento en una elegante berlina que le condujo á la estación.

Carlos sacó un billete de primera para Barcelona;



besó con el mayor frenesí á su querida hija Sofía, y más tarde se perdía el vagón que ocupaba arrastrado por la potencia del vapor.

Aquella niña, que acababa de perder de vista á su padre, presentía un cúmulo de fatídicos acontecimientos que desgraciadamente se precipitaron, y volviendo á ocupar la berlina, regresó al palacio de su madre, á quien consolaba el criado desinteresado y leal.

Pilar fué trasladada á su cama; Sofía se sentó á la cabecera embargada por el dolor, y aquellas dos infelices mujeres, inocentes hasta lo sumo, expiaban un crimen del que se evadía su autor.

La noche no se hizo esperar; durante ella Andrés propinó toda clase de medicamentos á su señora y empleó toda clase de argumentos para consolarla.

Serían las diez del día siguiente cuando Robustiano, el mayordomo, alegando el mayor sentimiento, penetró en el gabinete de Pilar.

Ésta, al verle frío é impasible á la desgracia que manifestó sabia, no pudo por más tiempo esconder en su pecho el rencor que abrigaba:

—Señor mayordomo, dijo: Carlos acaba de emprender un viaje, que ha de menoscabar en grado superlativo nuestros intereses, y como quiera que me son precisas las economías, puede usted desde hoy utilizar sus buenos servicios en donde mejor le plazca; porque creo bastante dispuesta á Sofía para administrar mis rentas, las únicas con que contamos.

Robustiano se afectó. Aquella despedida brusca hería su orgullo hasta lo infinito y se conceptuó rebajado.

—Está bien, señora baronesa, repuso. Pero el mayor sentimiento que me confunde y anonada es el no haber tenido la satisfacción de adquirir las simpatías de usted. Me marcharé hoy mismo, después de los muchos años que he vivido en esta casa, después de los sacrificios hechos en favor del mayor rendimiento de las rentas, después del excesivo cariño que Sofía me inspira; después, en fin, señora baronesa, de esta hoguera de celos que se apoderó de mi corazón desde que Sofía ama á otro, despreciando mi mano. ¡Oh! pero ahora quedan ustedes solas, ahora varía en un todo aquella situación anómala y hasta ridícula que ocupaba, y puedo decir con entera confianza, que pese á quien pese y luche quien luche, Sofía será mía.

Robustiano estaba loco; había principiado á hablar con la mayor sumisión y humildad, pero á medida que coordinaba sus pensamientos en armonía con sus palabras, daba á su voz robustez y ronco sonido que aterraba. Aquel hombre perdería sus hábitos racionales para convertirse en bruto si se le obligaba.

Pilar conocía de lo que era capaz; había estudiado minuciosamente su carácter, y deducía en consecuencia que abrigaba un encallecido corazón, del que rebosaba una soberbia sin límites, capaz para arrostrar por todo, hasta el extremo de delatar la fuga de su

marido, si es que sabía que Carlos trataba de evadirse del poder de la justicia.

La pobre mártir, ante el rugido del león ya en pleno poder de sus brutales fuerzas, temblaba azorada como la tierna avecilla tiembla ante el astuto zorro que trepa por la valla para devorarla.

—Modérese usted, Robustiano, contestó Pilar suspirando. Sofía no puede dar su mano; todavía es muy niña; sus ilusiones sólo puede fundarlas en el amor paterno que le profesamos. ¡Ah! Robustiano, bien se conoce que usted no ha sido padre, que no aprecia esa emanación divina que sintetiza todo cariño en uno solo, en el delirio de lo maternal, cuando pretende que yo, transida por el sufrimiento, obligue á que Sofía se una á usted. Esto es imposible porque Sofía, por hoy, no sé que ame..... ¡quién sabe! esperemos; los acontecimientos se suceden de tal suerte en la vida, que mueven el corazón hasta el extremo de sernos grato lo que antes mirábamos con indiferencia. Por manera, amigo mío, deseche usted tan impremeditada ligereza, hija más bien de su lealtad que de su egoismo, y tenga la bondad de formalizar el balance general, por cuyo trabajo le serán abonadas dos mensualidades, porque deseo conocer mi verdadera posición.

—Mañana será usted complacida; pero debo advertir á la señora baronesa que Sofía no llegará á unirse al vizconde de Peña Santa, porque me opongo á tal enlace.

—Sofía no ama á nadie, añadió Pilar.

Esta es la contestación que puedo dar aduciendo á la verdad de tal aserto.

El mayordomo mostró á Pilar la carta que había extraído del bolsillo de César, aprovechando el sueño de éste en la gruta.

—Pues juro á usted que ignoraba tal pasión, afirmó Pilar, devolviendo á Robustiano la carta que le había enseñado, después de haber leído su contenido.

La baronesa había mentido por vez primera en su vida; negar la pasión de Sofía equivalía á que Robustiano alimentara una esperanza, esperanza que le detuviese realizar la delación de la fuga de Carlos, que temía de aquel hombre.

Desde que se había insinuado de tal modo Robustiano, la baronesa daba la mayor tortura á su pensamiento, buscando un modo para deshacerse de él sin apelar á medios extremos y violentos que le condujesen á la venganza. Pensar en su familia equivalía á divulgar un secreto que ya era por demás sabido; así es que Pilar arrojó las consecuencias que pudieran sobrevenirle al negar que Sofía estaba enamorada.

—Pues si la baronesa lo ignoraba, lo sabe ya desde hoy.

—Crea usted, Robustiano, que yo también he de oponerme á que Sofía se case. Usted ya comprenderá que nuestra situación hoy no puede traspasar ciertos límites que el infortunio nos ha impuesto.....

—¡Oh! Esta es la única esperanza que me tranquili-

za. Sentenciado D. Carlos, deshonrada la familia, ¿quién querría emparentar con la hija del presidiario?

—¡Oh, calle usted, calle usted, Robustiano! replicó súbitamente y mirando á todos lados la baronesa; si alguien le oyera á usted....

—Pues qué ¿acaso ignora la señora que este secreto va á quedar sumido en el silencio? Madrid entero hoy no hace otra cosa que comentar el delito, el homicidio cometido por D. Carlos en la calle de la Montera.

—¡Gran Dios! ¡Qué vergüenza! exclamó Pilar en medio de un raudal de lágrimas y cubriéndose con ambas manos el rostro.

—Vamos, baronesa; Robustiano es el mejor amigo que á ustedes queda.

—Gracias, gracias; pero mi resolución es irrevocable; nosotras ya debemos desaparecer de toda sociedad; los parientes han de rechazarnos; los amigos nos despreciarán; todos han de calificarnos con el epíteto del más terrible de los anatemas, y nosotras estamos en el caso de evitar los mayores dolores, sumiéndonos en la oscuridad.

—¡Qué locura! ¿Acaso la sociedad tiene derecho para escarnecer?... Nada, nada, baronesa, D. Carlos cumplirá la pena impuesta, y durante los años de su encierro es necesario que ustedes, sin rehuir el trato con que ciertas familias de Madrid honran á la de esta casa, afecten la mayor tranquilidad, la indiferencia más suprema para dar poca importancia al asunto.



¿No comprende usted, baronesa, que D. Carlos era en Madrid demasiado conocido para que no se esperase el fin este de sus locuras y de sus calaveradas?

La baronesa temblaba. Las últimas frases de Robustiano la habían herido mortalmente; pero enmudeció.

—Robustiano, tenga usted la bondad de pasar al salón, porque deseo vestirme, objetó Pilar en tono de súplica.

—Hoy debe quedar resuelto el partido que aquí debemos tomar, si ha de ser un hecho positivo el sostener el rango que ustedes se merecen.

—Hablaemos; pero vuelvo á suplicar á usted, Robustiano.....

—Hasta luego, pues.

El mayordomo salió del gabinete al mismo tiempo que Pilar llamaba para vestirse.

—Sofía se encontraba en el salón, sentada en una butaca; sus pensamientos se reconcentraban en la idea que alimentaba respecto al modo con que César recibiría la noticia de la fatal desgracia de su padre.

—Sí; es necesario que lo sepa, se decía; él me ama con locura, y el amor que abriga en su pecho no puede convertirse en odio ó desprecio en cuanto le refiera la causa de nuestras lágrimas. Pero ¿y su familia? Dios mío, ¿es tan fea la mancha que nos cubre que ha de llegar hasta ella si César se casa?

Aquel pobre ángel lloraba al meditar conjeturando el extremo absoluto que revelaba su desgracia.

Sofía estaba preocupada, cuando Robustiano se presentó ante ella.

Sofía se asustó al ver aquel hombre, á quien jamás había profesado ni el más insignificante afecto, ni mucho menos simpatía.

—¿También llora usted, señorita?

—¡Ah! Robustiano.

—El mismo.

—Mamá ....

—En este momento saldrá para terminar de una vez la repulsión que usted muestra hacia mi generosa oferta.

—¿Para terminar? Robustiano, usted sueña.

—Sí, pero ese sueño fascinador que enloquece mis sentidos, ese goce que acaricia mi mente y que mueve este pobre corazón, está próximo á realizarse, y entonces, ¿quién con mayor felicidad? Sofía, su papá de usted huye en este momento, su papá de usted, á quien los tribunales han sentenciado por un delito horroroso, se escapa, desaparece de Madrid, y su suerte está en mis manos; su posición de ustedes es comprometida; los encubridores de un delito son castigados, y á más de la deshonra, puede venir una causa que dé por resultado un encierro más ó menos prolongado, y esto deseo evitar, si usted, siempre generosa, mata ese afecto que engendró el vizconde de Peña Santa, y se decide á ser el ídolo de mi alma, mi esposa querida, mi fantástica ilusión.

—¿Con que también lleva usted su cinismo hasta

el extremo de proferir una amenaza? respondió Sofía, ya puesta en pié, al ver la actitud desordenada del mayordomo. No le basta á usted la rotunda negativa á todas sus promesas y deseos, sino que para infundir pavor y allanar por este medio las asperezas á sus vehementes ideas, apela usted á la acción baja y miserable....

—Á todo, á todo apelaré ya que de tal suerte ustedes me castigan.

—Robustiano, respete usted nuestro dolor; respete usted este día en el que principia el sentimiento que jamás ha de extinguirse en nuestro corazón por los acontecimientos sucedidos.

—Una sola palabra puede desvirtuar mis intenciones. Júreme usted, Sofía, que el vizconde no volverá jamás á pisar estos estrados, y júreme usted que hará por amarme.

—¡El vizconde! ¿Pues quién le ha dicho á usted?....

—Lo sé todo. Sé que ese corazón está preso en las mallas de la perfidia que César ha tejido; pero tengo la íntima persuasión que el vizconde no ha de dar su mano á la hija de un presidiario.

El rostro de Sofía se cubrió del más vivo carmín, quedó como estasiada y fría; aquel calificativo la trastornó.

Robustiano, aprovechando la situación que le ofrecía sus más felices ensueños, se postró ante Sofía y cogió una de sus blancas manos, que tenía abandonadas con el arrebató que caracteriza al monomíaco.

—Sé mía, dijo. Yo te adoro hasta lo infinito; por tí, querida Sofía, la vida me es un conjunto de sinsabores y tristezas que enervan mis fuerzas; para Robustiano no hay goce; necesita tu aliento, tus caricias, tu amor, en fin, para experimentar la arrebatadora felicidad de una dicha interminable en que el espíritu tranquilo nó luce con la materia; sé mía, Sofía; véme á tus piés aguardando tu sentencia de muerte, la de tu madre, la mía misma, porque este delirio ofusca mis sentidos, me convierte en el más feroz de los mónstruos ¿No te conmueven mis súplicas? ¿Nada respondes? ¿Estás muda? Vé mis lágrimas, apiádate de ellas y concédeme, ya que no es posible por hoy tu cariño, solo una esperanza; esta me hará feliz por el momento; estaré alegre; siempre á tu lado, me conceptuaré hasta dichoso esperando el día en que puedas amarme; yo me haré digno de ello, porque te amo tanto, tanto, Sofía, que hasta me honraría siendo tu esclavo, esclavo de tu familia, de todo el mundo, si tal imposición me señalaras.

Sofía dió un grito agudo; principió á llorar con estrépito tan desmesurado, que vino en el acto al movimiento natural de la vida. Dirigió la vista hacia Robustiano, que aún estaba postrado en el pavimento, y sintió cogida una de sus manos.

—¡Ah, Robustiano! exclamó la hija de la baronesa; ¡suélteme usted; atrás; nunca, nunca; antes mil veces la muerte que consentir en mi doble deshonra, asesino!

El mayordomo se puso en pie; dió un salto hacia atrás con tal violencia, que bien pudiera confundirse con el de la pantera al disponerse á la lucha.

—¿Me desprecias?

—Con toda mi alma.

—Basta.

—Y huya usted de mi lado para siempre, porque aun cuando sin fuerzas, las tengo suficientes para dar voces y hacer que los criados le echen á usted de esta sala.

—¿Qué es eso? preguntó entrando Pilar en el salón, vestida con una magnífica bata de muselina.

—Señora baronesa, esto queda terminado, respondió Robustiano.

—¡Mamá mía! exclamó Sofía, arrojándose en los brazos de Pilar.

—Todo lo comprendo, señor mayordomo. Está bien; ha reproducido usted otra escena repugnante y odiosa, por la que aumenta de nuevo una y mil veces nuestra negativa.

—¿Cómo!

—No espere usted nunca que Sofía ni su madre se dobleguen á sus caprichos; puede usted hacer cuanto le plazca, injuriarnos, hasta delatar á Cárlos, hasta sumirnos para siempre en una galera, ¿qué son todos los tormentos sufridos en la tierra, acarreados por una mala voluntad, cuando aquel Dios misericordioso que todo lo puede ha de darnos justa recompensa en la otra vida? Desde este momento tome usted la mejor re-



solución; apele usted á todos los extremos, Sofía es mi hija, y Sofía nunca ha de aceptar su mano. Por otra parte, queda usted despedido, y no extrañe, si á tal extremo lleva usted su perfidia, que aún sacrificándolo todo, ponga en conocimiento de las autoridades cuanto con usted nos acontece.

Estas palabras fueron dichas por Pilar con la mayor entereza; aquella madre cariñosa y pura prefería la muerte antes que consentir en la deshonra de su hija. Sentimientos sublimes, dada la situación que arrostraba; pero tenía la idea evangélica más razonada del principio social de nuestras costumbres que encauzan las tendencias humanas entre las miras de las leyes para perfeccionar esta reunión de seres que constituyen la familia: congregación santa que estrecha con sus vínculos las más íntimas relaciones y el desarrollo de la vida, atendidos los fines á que el hombre viene por Dios predestinado. La familia constituye el elemento creado por el Salvador, y sacrílegos mil veces los que, preciándose de des preocupados, agitan el espíritu en busca de su muerte.

La baronesa de Santa Cecilia sostenía á Sofía en sus brazos, y Robustiano, impasible, parecía como humillado. Por fin salió de aquella preocupación.

—Señora baronesa, dijo, hoy mismo sabrá la autoridad el paradero del barón. Á los piés de ustedes.

El mayordomo se disponía á salir de aquella pieza, cuando penetró en ella Andrés, el criado, el cual em-

puñaba una pistola de dos cañones, los que dirigió al pecho de Robustiano.

—¡No, tú no sales vivo de esta casa, por ladrón, miserable y cobarde asesino! exclamó enfurecido el servidor.

Pilar y Sofía dieron un grito terrible al ver al anciano con aquella arma en sus manos y amenazando al mayordomo.

—¿Qué, piensas matarme? Preguntó, amarillo como la caña, Robustiano, y buscando un ángulo en el salón para guarecerse.

—Sí, contestó afirmativamente Andrés, al mismo tiempo que una detonación cerrada se dejó sentir bajo el pintado techo de aquella habitación.

Una nube de espeso humo cubrió instantáneamente á los autores de aquella escena trágica. Sólo gritos se escuchaban por todas partes, hasta que la densidad de la pólvora quemada fué disolviéndose y apareciendo los objetos.

Andrés se encontraba tranquilo y sereno; su conciencia no le argüía porque había matado á un reptil venenoso, cuyo virus era á la sociedad nocivo por más de un concepto.

Pilar le tenía cogido por la parte derecha de su cuerpo y temblaba azorada, cubriéndose sus labios con un ligero tinte cárdeno que motivaba el susto que experimentara.

Sofía se hallaba desmayada, y rodeada por Miguel, María y criados de la casa.

Al sucederse la primera impresión todo fueron alaridos y gritos. Robustiano había salido ileso del disparo, á causa del desvío de la puntería que produjo el golpe que Pilar propinó á Andrés al verle resuelto para concluir con su enemigo, y éste había huído á todo correr.

Sofía no tornaba en sí; pero á fuerza de olores fuertes y ácidos, se incorporó, exclamando:

—¡En donde está mi querida madre!

—¡Oh! Á tu lado, mi inocente Sofía, repuso Pilar agitada.

—Pero, padre, ¿qué ha sucedido? preguntaron Miguel y María á la par, dirigiéndose á Andrés.

—¿Qué quereis que haya sucedido? Que desde el mismo averno brotan seres tan malvados, que aquí es preciso exterminar para consuelo y dicha de gentes honradas, ya que no felices.

—¿Pero usted con un arma? ¿usted asesino, padre mío?

—Es que el que mata á un criminal á quien no alcanza ni el perdón, es, sí, un asesino, pero asesino de quien puede esperarse una enmienda fácil y la consideración profunda que merece sólo por su extravío.

Los criados á poco fueron murmurando y desapareciendo cada cual á sus quehaceres, y sólo quedaron en el salón en el que se sucedieron las escenas que vamos narrando, Pilar, María, Andrés y Miguel, que rodeaban á Sofía.

—¿Qué ha hecho usted, amigo mío? preguntó llo-

---

rando Pilar á Andrés, que, á pesar de todo, estaba convulso y pálido en aquel entonces.

—Salvar la honra de ese ángel, salvar la vida de V. S., poner á cubierto la tranquilidad de ustedes, que son los hijos más queridos de mi alma.

El llanto bañó por fin las pálidas mejillas del anciano, que á todos cubría de besos y á todos abrazaba con el mayor frenesí y delirio.

---

---

---

## CAPÍTULO VI

### **La fuga.**

El barón de Santa Cecilia llegó, después de veinticuatro horas de viaje, á Barcelona. Allí tenía precisión de detenerse un par de días para realizar un crédito, con cuyo importe pensaba proseguir su viaje hasta los Estados-Unidos y dejar que el tiempo fuese desvaneciendo la espesa atmósfera que le había postrado, presentándole como á un ser despreciable poseído de la enfermedad del vicio y de la pasión del crimen.

Se había instalado en uno de los principales hoteles, hasta que al tercer día la monotonía que experimentaba y que le producía el consiguiente temor y sobresalto, vino á turbarla un nuevo acontecimiento que pudiera haber tenido fatales resultados.

A la salida de un teatro, á que una noche asistió nuestro barón, fué atropellada por un coche una señora que, en unión de una jóven, se disponía á atravesar



el paseo de Gracia. Las gentes curiosas rodearon instantáneamente á la víctima prodigando al cochero toda clase de improperios, á medida que se alejaba en el vehículo del lugar del siniestro. Carlos se hizo paso hasta penetrar en el centro de aquella muralla que tomaba mayores proporciones cuanto la gente se acercaba movida por el deseo de averiguar lo que allí había sucedido.

Vió, en efecto, á una señora como de cincuenta años, á quien prodigó toda suerte de cuidados. Aquella señora iba en unión de una jóven que lloraba por la fatalidad del siniestro; pero que no pudo apreciar Carlos á consecuencia de la obscuridad que proyectaban los cuerpos de las personas que ya formaban un inmenso corro. Por fin acudieron los dependientes de la autoridad y se levantó aquella víctima del descuido del cochero, á consecuencia de haberla pasado las ruedas del vehículo por encima del pecho. La señora estaba herida gravemente. Carlos la sostenía de un brazo, é inmediatamente se dispuso que un carruaje se acercase para conducirla á la más inmediata casa de socorro. Ya la señora, precedida de mil curiosos, se la había sentado en una berlina, y conceptuando Carlos terminada su caritativa misión, se disponía á ausentarse, cuando un agente de la autoridad le obligó á que le siguiese para prestar toda suerte de declaraciones necesarias en tales casos. Quizá en aquel momento fué cuando más miedo tuvo durante su vida. Obedeció al dependiente, y sin pronunciar una sola

palabra, llegó al lugar en que el tribunal permanente ejercía sus funciones al ocurrir accidentes de aquella naturaleza.

El juez indagó cuanto necesitaba, y se incoaron las primeras diligencias. Después de manifestar Carlos su nombre y demás, salió del juzgado, y preguntando fué en busca de la señora herida á la casa en donde se la había instalado. Ya que las circunstancias le pusieron en el caso de intervenir en todos aquellos acontecimientos, se despertó en él el deseo de indagar el estado de aquella infeliz, próxima quizá á sucumbir por una fatal ligereza.

Entró en una sala en donde se alzaba una cama limpia en extremo, y á la que rodeaban en aquel momento seis ú ocho facultativos. La señora herida acababa de espirar; los recursos de la ciencia habían sido infructuosos; estaba interesado el corazón y el estómago y no era posible que la enferma sobreviviese.

—Pero qué, ¿ha muerto? preguntó Carlos al notar la impresión de todos los concurrentes, y al acercarse á la cama en que yacía el cadáver.

—¡Ah! Sí, señor: sí, señor; ha muerto, respondió la joven con quien iba la señora que acababa de fallecer, llenos sus hermosos ojos de lágrimas.

Carlos volvió instantáneamente la cabeza, y reconociendo al instante á la joven que hablaba, exclamó:

—¡Gran Dios! ¡Tú aquí, Magdalena! ¡Magdalena!

—¡Señor barón! replicó asustada la jóven y llena del mayor asombro.

—¿Qué es esto? ¿Con qué es decir que tú, tú eres Magdalena?

Carlos, al hacer estas preguntas, no comprendía que la joven que tenía ante sí fuese la víctima por cuyo homicidio se le había sentenciado.

—¿Y mi padre, vive? ¿Mi padre Andrés, existe? preguntó con la mayor vehemencia Magdalena.

—Vive, sí, vive; pero salgamos de aquí para poder hablar con toda libertad; tengo mucho que preguntarte, Magdalena. Pero ante todo respóndeme, respóndeme; ¿quién era esa mujer que acaba de espirar, Magdalena?

—Una amiga, contestó recelosa aquella.

—¡Oh! ¡Pero esto es un sueño, Señor! exclamaba el barón, ébrio de alegría.

Vamos, no perdamos un solo momento; necesito hablarte, pero hablarte mucho; salgamos.

Carlos y Magdalena salieron de la casa aquella, fundada en los preceptos evangélicos de la caridad.

Más tarde se hallaban el uno frente á la otra en la sala de la habitación que ocupaba Carlos en el hotel. Verdaderamente que aquel encuentro era en extremo sorprendente. Magdalena había sido asesinada en Madrid, y aparecía ante los ojos del mismo que la contempló exánime, encontrándola viva en Barcelona. El misterio incomprensible de todo aquello no tenía explicación para el pobre Carlos, que se volvía loco, creyendo que era una alucinación de su fantasía tan incomprensible acontecimiento.

Cerró con cerrojo la puerta del cuarto, y entornando las ventanas y balcones se sentó al lado de Magdalena, que también se hallaba violenta.

—Deja que te contemple, Magdalena; deja que me convenza que no es ilusión de mi fantasía el volverte á ver. ¡Ah! sí, sí, eres la misma, la misma, aunque ya hoy más pálida y demacrada.

—¿Pues quién, sino usted, tiene de ello la culpa al encontrarme de este modo? objetó la hija de Andrés.

—Es cierto, contestó el barón; yo, que te he amado y te amaré con la mayor vehemencia. Pero es preciso y necesario ante todo que te recuerde la historia que ya quizá hayas olvidado.

—¡Oh, no! replicó Magdalena; la tengo presente como el primer día. Fui vilmente engañada.

—Eras tan hermosa, poseías tal candidez, que me acarree la titánica lucha que dió por resultado que fueras robada; te instalé en uno de los Carabancheles, me hice querer por tí y me quisiste; al verte rodeada por el lujo se acrecentó más y más tu pasión, rayó ya esta en locura, hasta que fuiste instalada en Madrid y en la calle de la Montera.

—Es verdad.

—Aquí principian mis preguntas, contestó Carlos. ¿Qué te ha sucedido después de hallarte allí?

—Una tarde, serían poco ménos de las cuatro, Robustiano el mayordomo me ordenó, por mandato de usted, que le siguiera.

—¿Tú le obedeciste?

—Mi primer impulso fué correr al lado de mi padre.

—Pero eso te estaba severamente prohibido, como la salida de casa por las calles, á no ser por las afueras y en carruaje con capota y sumamente oculta por el velo.

—Otra de las exigencias de usted, á las que accedí sacrificando el cariño que profesaba á mi pobre padre.

—¡Ah! Pero continúa; y Robustiano, ¿á dónde te llevó?

—Él traía un precioso traje de viaje la tarde aquella, que antes me hizo vestir, y me obligó á que dejase el que entonces llevaba, el caprichoso que usted una noche me había regalado. Bajé con él la escalera y subimos á un coche que de antemano estaba en la calle preparado.

—¡Ah! murmuró Carlos.

—Pues qué, ¿no fué usted el que tales órdenes le había dado para deshacerse de mí?

—No, querida Magdalena. Pero prosigue, prosigue. ¡Dios mío, parece que el corazón quiere salir del pecho! Tal es mi alegría en este momento.

—Llegamos á la estación del Mediodía. Allí nos aguardaba una señora, que Robustiano dijo era mi aya. Lo creí con la mayor inocencia; me amenazó con la muerte que mi padre había jurado darme si volvía y por casualidad me viese, y entregando á mi aya un paquete de dinero y asegurándome que usted en breve llegaría á Barcelona, penetré en el vagón, y héme



aquí esperando en vano y obligada para vivir, á toda suerte de eventualidades y desdichas.

La mujer aquella que acaba de espirar fué mi supuesta aya, y la que contribuyó en un todo á que aceptase la vida airada que abracé por necesidad y despecho.

—¡Justicia de Dios!.....

—No la maldiga usted, barón. ¿Qué sería de mí sin ella? Sola en este país, abandonada é imbuída por sus consejos y la necesidad que sentía de lo preciso, fueron los móviles de mi mayor crimen.

Carlos estaba perplejo. ¿Quién, entonces, era la víctima de que se le conceptuaba autor? Ya no abrigaba la menor duda de que Robustiano le había tendido un lazo y que él era el causante de sus desventuras.

Magdalena, impresas en su semblante las más características señales del asombro, escuchó de Carlos cuanto ya este había referido á Pilar, y que ya conocen nuestros lectores, referente al crimen cometido en el cuarto de la calle de la Montera, y que Magdalena ocupaba, si bien cambiado el nombre de la víctima, como lo había hecho el barón.

¿Podría acaso acriminarse más y más, refiriendo la verdad de los hechos? Pilar amaba expresivamente á Andrés, y si la hubiera dicho Carlos que la hija de su criado favorito era la víctima, quién sabe si se contentaría de poner en conocimiento de su patrocinado el desastroso fin que le acarreaaba él con su conducta.

Por manera que la loreta que volvía loco al barón no era otra que la hija de Andrés: pero, aparte de la inverosimilitud de su relato, en el fondo existía una verdad. Magdalena había sido robada por Robustiano, sin que esta fechoría inicua la hubiese sabido el barón hasta ya pasada una semana, en que Carlos confesó su pasión hacia ella al mayordomo, y entonces este condujo á Carlos á la casa en que Magdalena vivía oculta y le cedió todos sus derechos sobre ella. Carlos no vituperó aquella acción sino que, mostrándose complacido y sorprendido, dió gracias á su amigo por la sorpresa que le fascinaba.

Por su parte Robustiano no había dejado de apelar á su índole perniciosa para desvirtuar la candidez de Magdalena, amenazándola con la muerte si al nuevo amante le refería sus brutales excesos.

Por manera que la historia referida á los cazadores y al vizconde de Peña Santa por Robustiano, era una verdad, aunque también hubo de cambiar la fecha en que la hija de Andrés fué por él robada y perdida.

Carlos supo por Magdalena, de cuántos excesos había sido víctima por parte del mayordomo, y loco, después de todo esclarecido y averiguado, terminó con estas preguntas:

—Y ahora ¿qué haremos? ¿De quién fué el cadáver que reconocí como tuyo?

—¡Dios mío, esto es inexplicable!

—¡Ah! No, no; nada puede quedar oculto en el mundo: los hombres, al cometer una acción vil y mal-

vada, no pueden evadirse de la mirada de Dios, y éste, infinitamente justiciero, impone al malvado su castigo. ¿Qué son entonces mis acerbos sufrimientos en tal momento sino la locura del capricho que me indujo á poseerte, expiada por la voluntad divina, que ve en mí al causante de la deshonra de toda una familia sin mancha y honrada? Desengáñate, Magdalena, los misterios de la vida no son otros que los altos fallos de Dios.

—Es cierto.

—Creí hallar en tí una explicación terminante que alumbrase mi camino, y la hallo, sí, dijo Carlos; pero, ¿regreso á Madrid contigo? El sumario está terminado, el cadáver reconocido por mí; el fallo del tribunal subsiste, apareciendo como aparezco, asesino; nunca; resolvámonos á ser el uno para el otro: dentro de unos días se hace un vapor á la mar con rumbo al Norte de América, y huyamos, dejemos que el mundo me vitupere: día se alcanzará en que me perdone y absuelva después que expíe mi delito, mi delito por quererte, mi bella Magdalena.

La noche era hermosa. Miles de estrellas tachonaban esa bóveda inmensa, admiración de la mayor grandeza, y acababan de dar las tres y por consecuencia muy pronto asomaría el día. No se hizo esperar: ya el crepúsculo matutino clareaba por Oriente, y el movimiento de la ciudad condal principiaba á notarse, cuando terminó la escena que conocemos.

Mis lectores han de perdonarme si consagro en este

punto un débil recuerdo á mi querida Barcelona. Ella, como ninguna otra ciudad de España, en todas las épocas de la vida ha sabido marchar á la cabeza por su rica manufactura, constituyendo su comercio un bienestar inmenso debido al sudor del trabajo y á la honradez. Barcelona, cuna de hombres ilustres, está llamada por su majestuosa grandeza, á dar mayores días de gloria y esplendor á nuestra patria, fundándonos en su desmesurado afán por rivalizar, como ya hoy rivaliza en ofrecer al mundo productos coloniales superiores á los que enorgullecen á otras naciones.

El trabajo, fuente de toda vida y manantial inagotable que crea por su virtud poderosa costumbres y hábitos basados en preceptos sensatos y santos, tiene en Barcelona su alto trono, en donde se asientan abrazados el comercio y la industria. Recibe, pues, Barcelona querida, esta pobre manifestación como prueba cariñosa de mi recuerdo, y estudia y trabaja para alcanzar algún día la mayor perfección y gloria que han de tributarte los hijos de nuestros hijos y aun los de estos más tarde.

Magdalena almorzó, en unión de Carlos, á las once de la mañana de aquel día. Á pesar de la jovialidad y alegría que en ella se notaba, velaba su fisonomía un no sé qué de triste y melancólico.

Magdalena debía haber sido uno de esos tipos que nos presentan los artistas al querer dibujar una bella georgiana; su estatura era alta, aun cuando ya ahora encorbada; su cabello, rubio y desdeñosamente tren-

zado y recogido, era finísimo y lustroso; su rostro, ya sin las señales características de la candidez, era bello aun cuando la marca del pecado la llevase esculpida en la frente. Su talle elegante y sus maneras delicadas la constituían en una mujer nada vulgar.

El barón notó que la hija de Andrés estaba violenta; durante la noche anterior había mostrado deseos de abandonar á Carlos, y si había esperado al almuerzo, fué con alguna repugnancia y por no disgustar á su raptor.

—Vamos, dime, ¿qué tienes, mi querida Magdalena? la preguntó el barón.

—Toma, que deseo arreglar mis cosas, si es que el uno no ha de separarse del otro.

—¿Tus cosas? ¿Pues no me has dicho que vivías en unión de aquella señora á quien el coche mató?

—Sí, pero debe usted comprender, barón, que el cuarto, abandonado desde ayer á las cinco de la tarde....

—Bueno; vamos á donde quieras. Es verdad, nos es preciso vender hoy mismo cuantos trastos sean de tu propiedad, porque de un momento á otro debemos embarcarnos.

Carlos fué á mudarse la bata por la levita, y penetró en la alcoba de la sala,

Magdalena, al estar sola en la pieza, murmuró:

—¡Dios mío, qué compromiso!

—Ea, cuando gustes, mi bella Magdalena, dijo saliendo de la alcoba el barón, ya en traje de calle y con el sombrero puesto.



—¿Pero no fuera mejor que usted se quedase aquí, señor barón? objetó Magdalena.

—Qué tontería; deseo conocer tu morada para apreciar tus adelantos. Debes tener una casa magnífica.

—Al contrario, es tan pobre y tan falta de comodidades, que no es digna de que nadie la visite.

—No importa; eso me hará conocer entonces con mayores datos tu desgracia.

—Es que....

—No me persuades. El destino me ha hecho encontrarte cuando te creía asesinada, y no he de separarme de tí.

Carlos bajó la escalera del hotel, y Magdalena le siguió temblando. Ya en la calle, bien pronto llegaron á la del Conde del Asalto. La hija de Andrés se detuvo frente á la puerta de una modesta casa, cuyo portal, obscuro y pobre, revelaba que, á más de los años innumerables con que contaba aquella finca, sus habitantes no eran nada curiosas ni menos limpios.

Magdalena en vano se esforzaba en persuadir al barón para disuadirle que no subiese.

—Es en el piso cuarto donde yo vivo, decía.

—¿Sabes, Magdalena, que voy creyendo no merecer tu confianza? Subiré hasta donde sea necesario; te he dicho que no he de separarme de tí, y esta resolución es irrevocable.

—Y si se opusiera á ello su tranquilidad de usted, barón?

—No te entiendo.

Nosotras, las pobres mujeres que tienen vendido su honor al primero que pasa por la calle; esas desgraciadas que viven entre los miasmas deletéreos de la infamia, por precisión debemos ampararnos de un hombre que nos defienda contra las malignas asechanzas de los más descarados y libertinos; pues bien; el hombre que ha jurado defenderme y el que repetidas veces me ha dicho que me amaba, se halla en mi habitación en este momento; su genio es feroz y sus modales detestables. ¿Quiere usted exponerse á un compromiso si sube, y él se entera de que he de abandonarle siguiéndole á usted? Imposible; comprenda usted que de esto podría resultar un disgusto que diese por resultado su captura. No, amigo mío, espérese usted aquí en aquel café, en cualquier parte; Magdalena le ha entregado á usted su corazón cuando era niña; hoy, mujer, aun vituperando la acción que me arrastró á este estado, siente el impulso de la regeneración al obtener de usted sus amorosas complacencias y su cariño desinteresado.

Carlos escuchó con religioso silencio cuanto Magdalena le acababa de decir. Comprendía perfectamente toda la consecuencia que podría sobrevenir al satisfacer aquel capricho; pero, por otra parte, los celos encendieron en su corazón una inmensa hoguera.

— Aunque encuentre la muerte, he de conocer á ese hombre, prorrumpió después de breves momentos el barón.

— Modere usted esos impetus de un loco arrebató.

—¡Oh! ¡Cuán acibarada es mi existencia, en medio de la realidad de mis deseos, que hace encuentre siempre el castigo! Tú me amas, me amarás con aquella misma intensidad de aquellos tiempos felices, y esto me alienta para fundar el propósito de que no has de abandonarme. ¿No es cierto? Me seguirás en mi desgracia como participaste de mi alegría?

—¡Oh, siempre, siempre!

—Pero ese hombre doblemente criminal que, cual astuta hiena, se alimenta con los despojos de un honor vendido, es un miserable. ¿Y existen pensamientos ruines que descienden hasta tales bajezas? Tienes razón, yo no puedo comprometerme; veo en tí, al oponerte á que suba y me conozca ese traficante inmundo de todo lo más depravado, el ángel de mi salvación; sube, sube; despáchale, que yo te espero aquí mismo aun cuando tardases todo el día.

—Gracias, señor barón.

Magdalena alargó una de sus manos, que Carlos apretó con fuerza, desapareciendo luego aquella mujer infeliz entre las sombras que envolvían la escalera.

Carlos había obrado con prudencia, pero sufría un tormento inexplicable, como todo dolor que fomentan los celos y que se experimenta agudo en el alma. Amaba á Magdalena con esa pasión baja que todo lo avasalla hasta tocar el positivismo de una realidad sin consecuencias; su corazón, ya seco y marchito, no podía palpitar á impulsos de otra cosa. La hija de Andrés fué una de las infinitas víctimas inmoladas á su

capricho; pero este capricho iba ya tomando mayor incentivo y mayor incremento por las consecuencias fatales por que había atravesado. Conceptuaba desvanecida toda ilusión que acarician nuestros sentidos; pero al aparecer en los mismos, aunque de forma distinta una, nos impele á rendirla mayor tributo y mayor veneración. De este modo sentía Carlos por su idolatrada Magdalena en aquel momento.

Esta, al encontrarse al barón en Barcelona, en donde le esperaba, creía ya abierta ante sí una era de suntuosidad y de lujo como siempre le había Carlos hecho conocer.

La conciencia la acusaba con las imprecaciones y reproches propios de su villana acción; pero se antepone á tales voces el deleite de un lujo desmesurado, que conocía porque ya la había rodeado.

Aquella mujer pasó fácilmente de la inocencia á la impiedad, movida por el resorte de sobrepujar, sin conocer que descendía á los insondables abismos del olvido, el desprecio y la desesperación.

Desengañada, después de los primeros días en que suspiraba por los halagos y las comodidades superfluas, y viendo ante sí el horror de la miseria, sin detenerse á examinar las consecuencias á que se expone la vida del mayor dolor, se entregó de hecho á la práctica de los consejos malvados de aquella aya ficticia á que Robustiano la había unido. Ya en la carrera de la maldad de las maldades y del crimen de los crímenes, Magdalena no podía retroceder. En este

estado la había encontrado el barón de Santa Cecilia.

La casa en que la hija de Andrés habitaba no era otra cosa que una de esas sentinas del vicio, en donde crece y se desarrolla la lava del pecado envuelto con la levadura del crimen.

Carlos, impasible é indiferente, reconcentró hasta el aliento para seguir con la vista á Magdalena, que subía; oyó el ruido de sus pisadas hasta que llegó al tramo, sintió el ruido estridente de una campanilla y el rechinar de los goznes mohosos de una puerta que instantáneamente se cerró. La escalera volvió á quedar en silencio, y la duda de si Magdalena le engañaría volvió á apoderarse del mundano barón.

—No, Magdalena me ha amado y continuará amándome, decía; comprende la verdadera dicha y satisfacción de la vida al gozar de sus placeres, y no es posible, ya que ha gustado de los perniciosos efectos de la miseria, que continúe rodeada por ella.

De pronto se oyó en lo alto de los tramos un ruido extraño y particular; una puerta se había abierto, y salían por ella algunas personas. Las mayores blasfemias, acompañadas de lágrimas, movieron la curiosidad de Carlos, que penetró en el portal y dirigió la vista hacia arriba; nada pudo ver y se puso á escuchar.

Conoció inmediatamente que Magdalena lloraba, y sin detenerse un solo momento principió á subir.

Ya no había duda de que no era otra que la hija de



Andrés la que había sido insultada, y quizá la que recibiera algún golpe de un hombre que, en mangas de camisa, se esforzaba en anatematizar la conducta de Magdalena, recordándola su condición ruín y miserable.

Carlos se detuvo antes que nadie le viese, y reflexionó.

El furor de aquel hombre se aumentaba á medida que algunas mujeres le argüían y disculpaban la tardanza de Magdalena. Esta sólo lloraba sin replicar palabra, encendiendo tal silencio el genio de aquella fiera, que descargó sobre el rostro de la mujer un soberbio bofetón, acompañado de sendos puntapiés y golpes crueles.

El barón se halló instantáneamente entre Magdalena y su verdugo.

Horas antes que esto sucediera, el señor gobernador de la provincia daba orden al jefe de orden público é inspectores de policía para la busca y captura del barón de Santa Cecilia, fugado de Madrid. Los empleados copiaron la filiación exacta de Carlos, y habían tomado sus medidas para rivalizar en este importante servicio.

Al ver Magdalena al barón, se precipitó hacia él, y se arrojó en sus brazos.

—¡Ah, barón, este hombre quiere asesinarme! prorrumpió.

—Eres un vil miserable, á quien ni alcanza la honra de que yo te abofetee; pero sal, sal pronto, ya que

así te atreves á esta pobre mujer sujeta á tus caprichos, y verás cómo en público te escupo en ese rostro lívido y propio del más malvado de los ladrones.

Una carcajada prolongada por parte del que pocos momentos antes llevaba la voz y tono de aquel escándalo, fué la respuesta al desafío con que el barón le provocaba.

La gente ya invadía el portal de la casa, y algunos más atrevidos subían la escalera para satisfacción de su curiosidad, cuando se personó en el lugar de la ocurrencia un inspector de policía. Carlos había ya dado un fuerte empujón al hombre que de él se había burlado y bajaba de bruces la escalera, deteniendo aquel cuadro animado la voz del agente de la autoridad.

Las mujeres de aquella casa todas á la vez trataron de dar respuesta á las preguntas del representante de la justicia, y éste, fijándose en lo desconcertado del traje de Carlos y el de Magdalena, ordenó que le siguieran. Pocos momentos después auxiliaron á aquel celoso funcionario dos subalternos de uniforme y salían del portal Magdalena, el barón y el hombre que con sus desmanes había provocado aquel disgusto.

Carlos realmente estaba perdido: en poder de la autoridad se aumentaban sus zozobras, y ya se conceptuaba encerrado en un presidio.

El inspector de policía no hacía otra cosa que sacar de una cartera que llevaba el papel en donde se estampaban las señas que poco antes se le habían dado

en el Gobierno, y que coincidían con las particulares que caracterizaban á Carlos.

Su situación era por demás comprometida, y devoraba en silencio la mayor tortura, observando minuciosamente todos los movimientos del inspector.

Por segunda vez el destino truncaba todas las ilusiones depositadas en Magdalena.

Absorto en sus meditaciones, se le acercó el jefe de policía, preguntándole:

—¿El nombre de usted, caballero?

Carlos titubeó antes de contestar á aquella pregunta, para él inesperada.

—Arturo de Quiroga, replicó después, muy afectado.

—No ha de extrañar usted que le exija la cédula personal.

—Al momento, dijo Carlos, tratando de buscarla en uno de los bolsillos de su levita.

El inspector no dejaba de mirarle y seguir todos sus movimientos.

—Pero creará usted que sin duda en la refriega que acaba de tener lugar la he perdido, ó la he dejado olvidada precisamente en el cuarto de aquel hotel que habito, dijo Carlos.

Casualmente en aquel instante cruzaban la Rambla los presos, y se veía inmediata la casa que Carlos había señalado.

Como la captura del barón significaba un hecho que por su importancia merecía los mayores plácemes dado el delito de homicidio de que se le acusaba, el

funcionario ordenó que Magdalena y el hombre que la había pegado y escarnecido fueran á presencia del juez competente, quedándose él solo con el barón, al que hizo retroceder para ir en busca de la cédula que Carlos manifestara dejara en su cuarto por olvido.

La satisfacción del sentenciado fué ilimitada al saber la determinación del empleado.

Llegaron Carlos y el inspector á la portería del hotel; el primero subió á toda prisa la escalera principal, y el segundo le seguía, si bien no con tanta ligereza á causa de la obesidad de sus formas y del aire sofocante que se respiraba. Carlos desapareció de la vista de su perseguidor, penetró en su cuarto y abriendo un pupitre con una llave excesivamente pequeña, sacó un mazo de billetes que la tarde antes le había entregado un comerciante de la plaza, salvando un crédito que contra él pendía, y salió á todo correr y sin hacer el menor ruido á uno de los corredores de la casa. Se ocultó tras el dintel de una puerta, al mismo tiempo que penetraba el inspector, bañado en sudor, en el cuarto que Carlos ocupaba, y durante la permanencia de aquel dentro, salió el barón por la escalera, encontrándose en el acto en la calle, burlando de este modo las pesquisas del agente.

Éste, como un loco, principió á dar gritos en vista del engaño manifiesto que ya conocía; mientras que Carlos tomaba un coche frente al teatro Principal y decía al conductor:

- A escape, á la plaza de San Miguel de la Barceloneta.

El inspector logró llamar la atención de cuantos sirvientes y señores habitaban el hotel, y todos trataron de auxiliarle para realizar la captura de nuestro astuto barón.

Ni el registro escrupuloso, ni las medidas más acertadas dieron con él aún después de verificada en el hotel la más detenida de las investigaciones.

Magdalena fué interrogada acerca de Carlos; pero aquélla, temiendo comprometerle, se encerró en el silencio más absoluto, protestando que no le conocía. Sin embargo, fué sometida al encierro en la cárcel pública.

Carlos, instalado en la Barceloneta, su primer deseo fué averiguar el resultado que tendría aquella escena melodramática y poner á cubierto la responsabilidad de Magdalena por si la autoridad le interrogara con quién había estado la noche anterior, y le descubriera: al efecto había comisionado á un marinero que de todo, con la mayor reserva, le enteró.

—¿Con que Magdalena presa?

—Sí, señor.

No puedo detenerme aquí ya ni un solo día. Mañana zarpa del puerto el vapor *Concordia* para Nueva-York, del que eres marinero, y desde hoy tienes el encargo de sacar pasaje para D. Arturo de Quiroga. Ahí van cuatrocientos pesos, y cuanto sobre inviértelo en comprar á tu querida Marta lo que más falta le haga.

Marta, la mujer del marinero, en cuya compañía vivía hacía dos días Carlos, dió á éste las gracias más



expresivas, y bendijo la hora en que un compañero de su marido trajo á aquella pobre casa alma tan buena.

Llegó por fin el día de la fuga. Al dar las ocho de la mañana, Carlos se puso á escribir una carta extensísima que cerró. Luego, algún tanto convulso, principió á pasearse por la pequeña pieza que ocupaba, hasta que el reloj de San Miguel hizo vibrar el sonido de doce campanadas.

El marido de Marta á los pocos momentos exclamaba desde la puerta:

—¡D. Arturo, cuando usted guste; el vapor está ya puesto en franquía y el pasaje de usted en mi poder!

Esta noticia hizo levantar la cabeza abatida de Carlos; sentía abandonar á Magdalena; dejarla presa por su poca moderación, y sujeta quizá á las consecuencias de una causa interminable, durante la que sería víctima de un encierro prolongado. La carta que había redactado aun estaba como la dejó, encima de la mugrienta mesa en que la escribió.

—Marta, dijo Carlos dirigiéndose á esta: un encargo sagrado es necesario que usted realice. Dentro de un mes, á contar desde esta fecha, irá usted á la cárcel pública de mujeres, y hará por entregar este escrito á la misma persona que en el sobre indica. De no estar allí ya, búsquela usted en Barcelona y que llegue á sus manos; quizá pueda vivir en la calle del Conde del Asalto.

Aquella pobre mujer, que lloraba por la ausencia de

su honrado esposo, prometió á Carlos desempeñar á satisfacción el cometido que se la confiaba.

Carlos estrechó las manos de Marta, y la entregó un billete de quinientos reales en recompensa á sus servicios.

El marinero del *Concordia* se despidió también, con las lágrimas en los ojos, de su querida Marta, besó repetidas veces las tiernas mejillas de su adorado hijo, y cogiendo una maleta nueva que Carlos había comprado la tarde antes, se echó fuera de la casa seguido por el barón.

Bien pronto se mecían en una esbelta barquilla entre las infinitas calles de cientos de buques anclados en el puerto de Barcelona. Carlos, á pesar de su intensa alegría, se recriminaba asimismo por su excesiva cobardía, dejando abandonada á Magdalena y envuelta en aquella vida de oprobio y de anatema, sin considerar que él la ofrecía otra con idénticas circunstancias. El barquero remaba con fuerza, y soplaba una brisa más que regular, divisándose en lontananza una espesa bruma que iba cubriendo el horizonte.

—Mala tarde van ustedes á tener, dijo el que remaba, mirando hacia el OE.

—No lo creas; esa bruma ha de disiparse antes que llegue á nosotros, contestó el marido de Marta.

El mar, sin embargo, aparecía tranquilo, atendido el viento que soplaba. La débil embarcación se deslizaba rápida sobre aquella inmensa sábana de espuma que producía la descomposición de las olas que se su-

cedían las unas á las otras con rapidez asombrosa: por fin apareció fuera del muelle el *Concordia* como gigante baluarte brotado de lo profundo. El vapor era nuevo y se disponía á emprender su viaje al Norte de América, haciendo escala en Suez y Liverpool; fletado por una casa catalana, había sido construído con alguna ligereza y con objeto de especular, y aun cuando su gallarda presencia y su magnífica altura cautivaron, no reunía las condiciones que deben exigirse para no tener que lamentar las catástrofes á que, como el *Concordia*, dan lugar infinitos buques que navegan. Á las tres amarraba la lancha á la escalerilla del vapor.

El corazón de Carlos palpitaba con fuerza, temiendo encontrar al inspector de policía sobre cubierta; pero el marido de Marta se había adelantado, y después que hubo satisfecho el importe convenido con el barquillero, subía la escalerilla, diciendo á Carlos:

—Vamos, D. Arturo, ¿qué hace usted?

Carlos subió temblando por aquella escalera de cáñamo embreado, como sube el reo la del patíbulo; tal era su miedo y su poca resolución en aquel momento.

Infinitas lanchas se columpiaban en torno de la nave, como sucede siempre que un buque de toneladas se da á la mar por vez primera; faltaban escasamente cinco cuartos de hora, y la cubierta del *Concordia* se hallaba materialmente invadida de gente convidada por la casa consignataria y propietaria, como por viajeros y hermosas señoras. Allí reinaba

una verdadera confusión, y el marido de Marta había desaparecido de la presencia de Carlos, que en vano le buscaba con la vista para orientarse y saber el sitio que debería ocupar. Lo primero que creyó oportuno fué el abandonar la cubierta, y así lo hizo inmediatamente, bajando por una preciosa escalera que conducía á los camarotes del buque. Allí preguntó por el marinero á uno de los compañeros de éste, y estando recibiendo la noticia, acertó á pasar por allí un inspector de la autoridad que examinaba atentamente á cuantos se hallaban á bordo. Carlos tembló al ver las borlas del bastón que aquel empleado empuñaba; pero siguiendo el agente su camino, subió la escalera que poco antes bajara Carlos, y desapareció sobre cubierta. Mil quiméricas reflexiones se agolparon á la mente del barón; se preguntaba si aquel hombre iría en busca de algún auxilio para reducirle á prisión; luego añadía:

—No me ha conocido; éste no es el inspector obediente de la otra mañana; éste no tendrá mi filiación; si no, me hubiera exigido el fatal documento de la cédula.

Ya, por fin, después de inauditos esfuerzos y pesados interrogatorios, dió Carlos con el marido de Marta en una de las dos cocinas del *Concordia*.

—Hola, señorito Arturo ¿qué tal le parece á usted el camarote? le preguntó al verle el marinero.

—Pero, ¿zopenco ¿me has entregado acaso el billete? repuso Carlos incomodado.



—Calle, pues es cierto; si soy lo más olvidadizo: dispéñseme usted, señorito Arturo; dispéñseme usted; pero como se me había olvidado que regresase á bordo inmediatamente, cuando me ví sobre cubierta corrí desesperado á presentarme al jefe sin acordarme. Vamos, téngalo usted, y á fin de reparar en parte mi descuido, quiero recomendarle á mi amigo íntimo el camarero mayor del buque, para que sea usted atendido con preferencia á todo el mundo. Vaya, sígame usted.

El marinero salió, en unión del barón, de la cocina, y bien pronto dieron con un hombre á quien el marido de Marta le habló en voz baja; pero Carlos oyó cuanto le decía:

—Este caballero, que tiene pasaje directo hasta Nueva-York, es una persona á quien debo infinitos favores, y nada tengo que añadirte, Germán; trátale como si fuera cosa mía.

El camarero se acercó á Carlos.

—Caballero, estoy á las órdenes de usted, dijo con respetuoso acento.

—Mil gracias; pero ante todo deseo me señale usted el camarote para descansar, porque preciso algún reposo.

--Al momento. ¿Qué clase?

--Tenga usted el billete.

El barón mostró el billete que poco antes se le había entregado, y Germán, metiendo un llavín cruzado de una puerta que tenía á su espalda.



—Hélo aquí, dijo á Carlos; puede usted pasar.

—Señorito Arturo, hasta luego, y que usted descanse, repuso el marido de Marta, perdiéndose entre algunos viajeros que se dirigían á Germán.

El barón se conceptuó en salvo: una vez en su cuarto, cerró la puerta y examinó cuanto le rodeaba. El camarote pertenecía á la clase de primera. Todo él era sencillo y elegante.

Una hamaca de lona listada de azul y blanco se hallaba suspendida en el techo y recogida; una preciosa mesa, dos sillas de rejilla, una alfombra de hule pintado, y sobre el pavimento una alacena de caoba barnizada; una librería atestada de obras encuadernadas y un precioso lavabo de mármol, constituían el mueblaje de aquella habitación marina. Era clara y limpia; la luz la recibía por dos grandes cristales que estaban sumergidos en el mar á la parte de estribor.

—Nada puedo temer, decía Carlos al verse solo en aquella elegante pieza; emprendo la fuga gracias á mi serenidad del otro día, porque de lo contrario, á estas horas me consumiría en un calabozo. La autoridad no ignora mi salida de Madrid: quizá Robustiano haya llevado su maldad hasta el extremo de delatarme; pero él sabe que Magdalena no fué la víctima de que se me acusa como autor, por cuanto él mismo, según ella, hizo que se viniese á Barcelona en unión de aquella mujer que pereció bajo las ruedas del coche; él sabe mi inocencia, y sin embargo, sus declaraciones ambiguas, su partida á Toledo cuando queda-

ba yo más comprometido.... Es un infame á quien quizá algún día podré ver reducido á soportar mayores dolores que los que sufro.

¿Y Pilar y Sofía? ¡Ah! Es necesario que las escriba; mi pensamiento, ofuscado por los acontecimientos sucedidos y los disgustos, no se ha ocupado de ellas. Sí; aquí todo está previsto, tintero, papel, plumas; me despediré de mi hija y de Pilar, quién sabe si hasta nunca; llegando á Nueva-York no podrá tardar Magdalena, y ésta ha de separarme de aquellas infelices, á quienes es necesario dar el postrimer adios.

Carlos se sentó á la mesa, y cogiendo una pluma, hizo se deslizasen sus puntos encima del papel.

La carta que escribió, decía:

«Querida Pilar y Sofía del alma: Si existe todavía en vosotras un recuerdo á mi memoria, no es ménos vivo el mío que os dedico en esta, ya á bordo de un buque que ha de conducirme sabe Dios á dónde. Tú, Sofía, no dejes de consolar á tu pobre madre, y ésta que se muestre resignada á sobrellevar una vida triste consecuencia de mi desvío.

Pilar, no consientas un solo momento en casa á Robustiano; este hombre, por cuanto sabes, es un infame que creo ya me ha delatado; pero que, gracias á mi astucia, pude ponerme en salvo. Dentro de brevísimos momentos estaré navegando; rogad fervorosamente á aquel Dios infinito que todo lo castiga y premia, sea feliz el largo viaje que emprendo, y recibid entrambas la bendición que os envía tanto á tí, hija

querida, como á tu madre, esposa modelo, éste, que de vosotras se despide,

CARLOS.»

Aquel papel escrito, quedó instantáneamente doblado y unido á un sobre de excesiva blancura. Puesto el nombre y dirección, [apretó Carlos una pieza de marfil embotada en un círculo de caoba, y enclavada en la pared de madera de su camarote, y más tarde entregaba al mismo Germán, que se presentó, aquella epístola sin sentimiento, dada la situación que ocupaba el que la había escrito y la relación que existía con las personas á quienes se dirigía.

El camarero recibió orden de que aquella carta quedase cuanto antes depositada en el buzón de correos, y desapareció con ella.

—Va todo á las mil maravillas: nunca tan satisfecho de mí mismo, como en este instante, se decía Carlos, dirigiendo sus miradas á través de los cristales de su camarote; no debo ahora hacer otra cosa que marcar un nuevo plan de conducta que me ponga á cubierto, mientras dure la travesía, de cualquiera de las eventualidades que puedan sucederse. Es preciso que se me sirva de comer aquí; la mesa redonda pudiera comprometerme; esta librería se halla bien surtida, á juzgar por el número de tomos que contiene, y ellos han de ser mis más íntimos amigos, con quienes *charlaré* todo el día. De noche, y de nueve á doce, cuando todos los viajeros se hallen recogidos, entonces á paseo, á deleitarme contemplando esa inmensidad sorpren-

dente de infinitas aguas que bullen y se agitan amenazando constantemente á los seres humanos. El mar, de noche y cuando los diáfanos rayos de una luna transparente y pura fulguran en el espacio, es un espectáculo que embriaga; aquel olor suave que despiden las olas al azotar mansamente la popa del buque en una noche de éxtasis y de calma, sin nubes en el horizonte y coronada por millares de estrellas que difunden su vivo centelleo, penetra de tal modo en los sentidos, que se cree uno transportado á región desconocida, en donde no puede existir mayor grandezza ni dicha tanta como la que rodea. Felices los que no conocen más tierra que una estrecha isla, rodeada por un cinturón inmenso de agua en que navegar.

El barón se entusiasmaba hablando del mar.

Después continuó: al día siguiente idéntica operación, hasta que me instale en ese país á quien el mundo admira por sus adelantos y su independencia.

Á bordo del *Concordia* ya no se percibía el menor ruido de voces; solo se oía el *Aúaa* de los marineros en grúa para levar el ancla, operación que duró una media hora, después de la que el buque principió á cabecear y á sentirse el consiguiente vaivén.

Carlos conoció que ya se navegaba, por el movimiento más acentuado que el natural á consecuencia de la lijereza de la *obra muerta* del *Concordia* y de lo brava que estaba la mar.

---

---

## CAPÍTULO VII

### **Paloma y gavián.**

Se han sucedido seis años, y Margarita cuenta ya con quince; la huérfana conocía á un hombre que decía era su padre, pero no le inspiraba ni un sólo átomo de interés. Continuaba rodeada por las madres y por sor Teresa muy especialmente, á quien no llama más que con el nombre de madre mía.

La comunidad en absoluto no deseaba otra cosa que profesase la novicia, á pesar de lo delicado de su salud y de la enfermedad que de vez en cuando la producía el resultado de la caída del árbol.

El vizconde de Peña Santa muchos domingos había ido á Toledo, movido por la curiosidad de saber en qué estado estaban los asuntos de Robustiano respecto á la adquisición de su hija, á quien conceptuaba bella en extremo para consumir su vida bajo la bóveda de un Monasterio. Durante el tiempo transcurrido, el anti-



guo mayordomo del barón no había podido presentar las pruebas justificativas que le acreditasen ser el padre verdadero de Margarita, por cuyo motivo el señor Obispo se resistía á firmar la órden á la priora para entregar á la más santa de las novicias de la comunidad. La desesperación de Robustiano llegaba á su colmo; había entregado una carta firmada por una tal Maria de la Consolación, que no equivalía á documento alguno que probase la autenticidad del aserto que en la misma se consignaba.

Margarita, entre tanto, cada vez más obediente á las reglas monásticas y más decidida á profesar.

Por fin, después del oportuno expediente y con copia de la fé de bautismo, expediente que se hizo durar todo aquel interminable tiempo de seis años, la novicia fué entregada á su padre, prometiendo éste que si su hija persistía en profesar, la dejaría en completa libertad, pero que antes debía conocer minuciosamente el mundo y la sociedad.

Sor Teresa y las monjas se despidieron de Margarita, y Robustiano, triunfante, aquel mismo día se trasladó á Madrid.

Las habitaciones de la novicia en la capital de España eran soberbias; su servidumbre numerosa y distinguida, y bien pronto fué rodeada por incesantes aduladores y finos galanteos, que hicieron se despertase en ella el conocimiento de un misterio que ignoraba.

Margarita, á pesar de todo aquello desconocido que

le abrumaba, no podía sentir otra cosa que un desmesurado afán por la soledad y el retiro. Las *soirées* y los banquetes de etiqueta y de confianza que diariamente daba su padre, la molestaban, y las lisonjeras frases á que estaba sentenciada á oír del importuno y pesado vizconde, la herían y la sonrojaban.

— Margarita, la decía Robustiano; todo cuanto te rodea es tuyo; hasta mi vida te pertenece; pero no estés triste, no aparezcas ante la sociedad que te admira por tus bellos encantos, con el antifaz del sufrimiento. ¿Qué te falta?

— ¡Ah! Me falta la tranquilidad, señor, respondía la pobre novicia; me falta el pintoresco huerto, mis candidas y tiernas *avecillas*, me falta el hábito sagrado, que se trocó por voluntad de usted en preciosos vestidos de raso y seda y me falta, en fin, aquella esencia celestial que se respiraba bajo la bóveda del claustro.

— ¿Entonces no podrás abrazar gustosa jamás esta vida que envidiaría hasta la princesa más opulenta? Soy rico, inmensamente rico y viajarás, te presentaré hasta en las mismas cortes extranjeras, para que á tu capricho te complazcas torturando más de un corazón que ha de morir por tí. Vamos, Margarita, participa de mi dicha y satisfacción más extremada, disfrutando del mundo que ha de hacerte olvidar aquella vida sencilla y hasta miserable á que tu madre te entregó con crimen el más desnaturalizado.

Margarita lloraba cuando oía pronunciar el nombre de su madre.

—Tu madre no existe para mí, añadía Robustiano, conociendo el interés de su hija. Tu madre me aborrece, y una prueba patente de su odio es la de haber consentido en que tú fueras una noche desde Toledo, en donde naciste, llevada al convento en que te criaste hasta ahora, ignorándolo yo, que entonces me hallaba en Bruselas. Al regresar á España, María de la Consolación la habia abandonado, encontrándome una carta de ella en la que decía que se ausentaba, dejando á mi hija en un convento, habiéndola antes bautizado con el nombre de Margarita.

Mil vicisitudes arrojé, que me alejaron nuevamente de España, hasta que, de regreso, di contigo, hija del alma: por manera que, conociendo el carácter voluble, las intenciones sin fundamento y el goce anhelado de lo desconocido por tu madre, la debemos creer para nosotros encerrada en el sepulcro.

Á pesar de cuantos argumentos y distracciones buscaba Robustiano para halagar á Margarita, ésta no se mostraba nunca complaciente ni satisfecha.

El verano ya se había presentado en toda su rigurosa fiereza, cuando el mayordomo del barón de Santa Cecilia se decidió por visitar un antiguo castillo que acababa de comprar inmediato á los Pirineos, y hacer con que su hija conociera la Francia.

Dispuesto todo convenientemente, una noche á las nueve, Margarita y Robustiano partían de Madrid en dirección al valle de Andorra.

Como quiera que Margarita mostraba deseos de co-

nocer el solitario castillo que su padre había comprado á un kilómetro de distancia de la aldea N., enclavada en las laderas de Monseny, no eran otros que Robustiano y su hija los que se disponían á emprender el viaje en los potros enjaezados que en la plaza esperaban.

Margarita, á pesar de todo, no mostraba risueño el semblante; la mañana anterior sostuvo con su padre una respetuosa polémica, fundada siempre en el deseo de profesar en el monasterio de Toledo, de cuyos resultados había sobrevenido una negativa rotunda y una bárbara amenaza si persistía en aquel capricho.

Por eso, al salir de la casa en que se hospedaron, la pobre exnovicia aun suspiraba, y sus preciosos párpados se hallaban enrojecidos por el fuego de las lágrimas.

Ahora prosigamos el relato interrumpido.

En medio de un silencio profundo, y de las sencillas gentes que rodeaban á los viajeros, Margarita montó á caballo, y Robustiano saltó sobre el suyo: echaron á andar dos hombres ante los brutos, y viajeros y criados se dirigieron al Castillo del Diablo, como denominaban los habitantes de todas aquellas comarcas, al antiguo caserón que se veía en lo último de la vega.

Robustiano, en los seis años que se habían sucedido, estaba de tal modo cubierto de canas y gastado, que representaba mucha más edad de la que realmente contaba: sosteniendo continuamente una batalla

moral, podía lisonjearse (si cabe el regocijo para el hombre que por todo atropella hasta conseguir su objeto), por cuanto había logrado sumir en la más triste miseria á Pilar, la baronesa, y su bella hija Sofia, las que jamás profirieron ni la mejor queja, avergonzadas por el lúgubre borrón que las cubría.

El mayordomo intrigaba, y aquellas dos pobres mujeres se hallaron solas y abandonadas por cuantas personas antes eran honradas con sus visitas. El patrimonio mermado de Pilar no podía por sí solo alcanzar los gastos del rango y lujo á que estaban acostumbradas, y perseguidas siempre madre é hija por el mayordomo, á quien ensoberbecía el desprecio de que era objeto, abandonaron el palacio que ocupaban, y unidas al fiel criado Andrés y sus hijos Miguel y María, se retiraron á vivir en un barrio modesto, todos juntos.

Este era el resultado en que se encontraba aquella familia cuando Margarita y su padre emprendieron su viaje á la nación vecina.

Robustiano era rico: entrampada por los excesivos gastos y el derroche la fortuna del barón, no había el mayordomo descuidado aquella oportunidad para acaparar con cuanto se le ofrecía. Ausente Carlos de Madrid, enajenó algunas fincas que pertenecían á la dote de Pilar, exhibiendo las contratas de la venta por la firma falsa de Carlos, para hacer comprender á la desdichada baronesa que su marido las había convertido en dinero, acosado por la necesidad, teniendo sus ren-



tas embargadas y á disposición de las autoridades. Pilar á todo se mostró complacida; ni siquiera quiso examinar los adulterados balances que Robustiano había hecho, con tal de no verle jamás, al saber por la carta que de Carlos recibiera, que á él se debía la denuncia á la policía, al fugarse de España por no querer expiar en un presidio el delito que no cometió. Por otra parte, las transacciones bursátiles eran su elemento; en cuanto reunió un capital más que regular, y la fortuna, siguiendo sus huellas desconcertadas, hizo de él uno de los banqueros más acaudalados, se engolfó en negocios y empresas y por sus millones fué conocido en las bancas extranjeras y admitido en las sociedades más selectas y escogidas.

Robustiano no dirigió la palabra durante el camino á su hija. La hermosa vegetación que se extendía á lo largo de la carretera era fértil y lozana hasta tocar las laderas de las gigantescas montañas que dividen el territorio español.

Por fin iba apareciendo el castillo, que se percibía confuso á la salida de la aldea con todas las formas raras de su inimitable arquitectura, motivo que aprovechó el mayordomo para quebraatar su propósito de no tratar con dulzura á Margarita por su obstinado empeño en dejarle para siempre.

—Aquel debe ser el palacio solitario destinado á tu morada en el próximo invierno, hija mía, dijo Robustiano dirigiéndose á su hija que cabalgaba á su lado.

Margarita alzó la vista y miró con interés el edificio que su padre señalaba.

—¿Qué te parece? Rodeado de escarpados montes y próximo á la pintoresca aldea que acabamos de abandonar, no puedes echar en él nada de menos de cuanto se encontraba en el convento.

—Efectivamente, padre mio; me parece excelente y recogido para dirigirme con tranquilidad al Señor, respondió Margarita.

—Si, pero antes que te decidas á habitarle, es necesario que tu padre se engrullezca, presentándote á sus conocimientos de París, visitando el núcleo de la moda y del buen tono, porque ya sabes mi modo de pensar. París, ¿quién que siente circular por sus arterias la fuerza de una sangre joven y llena de vida, no experimenta una dulce sensación al oír hablar de aquel emporio de deleites infinitos? París, ciudad bulliciosa, en donde los sentimientos se avivan en busca de alicientes que allí existen para despertar hasta lo más caprichoso de los goces y el bienestar interminable de una vida llena de alegrías, rodeada por la magnificencia de lo variable y de las alternativas más henchidas de esperanzas. La capital de Francia es el paraiso que quebranta la vida, pero que hace de esta un continuo *cielo* mientras exista. Tú eres joven; aprendiste la modestia que te enseñó la candidez de tu organismo y las lecciones de las madres que te educaron; al tender tu vuelo por el mundo, la sombra que proyecten sus alas ha de ser codiciada por hombres que te ofrezcan su

mano y sus miles de millones. ¿Á qué descender hasta la obscuridad, cuando puedes avergonzar al mismo sol? La mujer viene á la vida para ser madre para..... esa emoción que sintetiza todos los actos á que el Creador respondió al formarla; para ser inseparable compañera del hombre; si, Margarita, si; tú debes brillar, y no puedes oponerte á tales ideas, que son las acertadas, porque es tu padre el que de ellas participa para labrar tu más lisonjera felicidad.

La hija de Robustiano, mientras éste hablaba, no hacía otra cosa que suspirar. Había aquel tocado las fibras más delicadas del corazón de la mujer; aducía el fin de ella, al exponer que su misión en la tierra era la de ser madre tierna y amorosa. Repetidas veces se había suscitado conversación semejante, y Margarita, aleccionada en la escuela evangélica, tan arraigada en sus morales convicciones, principiaba á declinar su voluntad, por más que sus principios le aconsejaban lo contrario. De este modo se hallaba combatida, cuando su padre acabó de hablar, próximos al castillo.

Robustiano, durante sus últimas filosóficas palabras, no dejó de observar los más leves movimientos de su hija, para deducir por ellos la consecuencia y efectos que producían. Pero la fuerza de voluntad de Margarita era grande, y nada pudo traslucir, por cuanto aquella se mostró hasta indiferente al argumento que se adujo para convencerla y disuadirla nuevamente de su empeño.

En vista del silencio de Margarita, su padre se atrevió á preguntarla:

—Y bien, ¿qué contentas, hija mía?

—Que son ciertas las razones que usted manifiesta para significarme el destino á que Dios somete á la mujer; pero.....

—Acaba.

—Que el mundo está mejor honrado y Dios mismo más satisfecho de su obra al abandonar yo para siempre el primero enlazándome con el segundo. Y ruego á usted, padre mío, que no me haga conocer la sensibilidad de nuestros pobres corazones con respecto á nuestros semejantes, porque siento caldeadas las mejillas por el rubor en que se enciende mi semblante.

Robustiano experimentó una intensa alegría después que experimentara un disgusto al oír la respuesta de su hija; sin embargo, calló.

No tardaron en penetrar nuestros viajeros por el ancho zaguan del viejo castillo; ya en él, los criados ayudaron á descender del lomo del bruto á Margarita, que se encontraba en el patio solitario, vivo recuerdo de aquellos cláustros tan queridos, en que tantas y tantas veces había rezado en unión de su madre sor Teresa. Una mujer anciana y otra joven se apresuraron á recibir á los nuevos propietarios, haciendo toda clase de cortesías y significando su alegría por tener en casa personas de tanto valer.

Robustiano dió el brazo á Margarita, y siguiendo á aquellas dos mujeres, únicas personas que, al parecer,

habitaban el castillo, subieron por una anchísima escalera de mármol negro, sucio por el polvo y sin brillo por los años.

Á Margarita le encantaba aquella finca; su soledad, el silencio sepulcral que allí reinaba, la obscuridad que á la muerte de aquel día se sucedía, y penetraba por las ventanas ojivales de aquella majestuosa escalera; el color de las paredes, el misticismo del tallado del techo, todo, en fin, forjaba en su mente preocupada la ilusión que acariciaba de vivir recogida y para Dios.

Después de ascender algunos tramos, una de las mujeres que servían de guía corrió un viejo tapiz, ya descolorido y deshilado, que cerraba el dintel de una puerta, cuyo marco podía ser de bronce á consecuencia del cardenillo que lo cubría, y penetraron por ella viajeros y acompañantes, encontrándose en una sala que encerraba vestigios de grandeza antiquísima, á juzgar por los preciosos muebles y objetos que la adornaban con gusto y profusión.

La hija de Robustiano se asombró de que todo aquello perteneciera á su padre.

—Estas son las habitaciones más acomodadas para poder vivir sin el menor miedo, señorita, dijo ya dentro de aquella pieza, la vieja.

—Pero necesitamos luz, dijo Robustiano; aquí se ve poco á causa de la escasa claridad que penetra por estas ventanas y los muchos tapices que penden por todas partes.

—Al momento será usted complacido, nuestro amo.



La vieja desapareció, y más tarde aquella sala fué invadida por la luz que producían seis mecheros de un velón de bronce dorado. Como los lectores deben conocer particularmente la sala en que nos hallamos, ahora que á nuestro sabor podemos contemplarla, debo hablar, aun cuando sea brevemente, de ella.

Rara en su conjunto era por demás aquella majestuosa habitación, años ha decorada con un gusto excéntrico, atendida la época en que vivimos, en que todo lo fútil y trivial nos halaga, quizá por lo escaso de nuestras facultades.

Una bóveda cubría aquella pieza, bóveda en que los pinceles se habían parado, guiados con diestra maestría, configurando escenas de tiempos en que Roma gentilica, entregada á los desórdenes y excesos, mostraba al mundo una corrupción invasora, rindiendo clandestinas oraciones á la diosa Ísis, rivalizando con la Vénus de Médicis y la de Milo. Las figuras contorneadas se mostraban con tono repugnante, aunque ya semiborradas muchas de ellas por la peca del tiempo. Sin embargo, el artista conocía perfectamente la época á que correspondía su trabajo. Parte de su obra representaba á la Emperatriz Plotina en el momento de abandonar el baño. La decoración del fondo formaba una galería sostenida por claustros de mármoles rojo y amarillo, sobre la cual se destacaban al fresco las nueve Musas con sus atributos, y en el centro de ellas un hermoso y rubio Apolo con la lira en las manos.

El pavimento de aquel gigantesco cuadro ofrecía un contraste singular: en él se veía una de esas luchas feroces en que los más irracionales devoraban á su placer á los esclavos en el anfiteatro, al celebrar cualquiera de los triunfos de Tito, César y Trajano.

En los ángulos formados por aquel inmenso óvalo, el histórico pintor detalló asuntos diferentes y curiosos: en el de la derecha, se representaba á César en el acto de regalar la perla que había costado seis millones de sextercios á la madre de Bruto. En el de la izquierda, al hijo de Escopo imitando á Cleopatra bebiendo una piedra preciosa desleída en vinagre, de cuyo vicio vino á la miseria, por cuanto se gastó toda su fortuna.

Vuelto de espalda al observador, conocería en la pintura magistralmente desleída y aplicada, á la mujer de Nerón confeccionando para su tocado una cataplasma de miga de pan y leche de burra, que se ponía en la cara para conservar el cutis terso y brillante, invención que se la atribuye (1); y finalmente, á la izquierda á Tiberio contemplando el cuadro de Parrasio, que le había costado cuarenta mil duros.

Los trajes de las figuras, sus cortes y colores, como los accesorios y demás del fondo de aquel concienzudo estudio, todo estaba acabado.

Los tapices de oro y de seda que cubrían las paredes, correspondían por su valor dignamente.

---

(1) Histórico.

La historia de Anfbal, era asunto que en ellas se había dibujado.

Los muebles databan de época más moderna; el sillón de baqueta con gruesos clavos de metal, lo recuerdan nuestros padres, y aun hoy no dejan de usarse; sin embargo, el sándalo de que se formaban era un lujo excesivo, que únicamente en épocas remotas se permitía, y allí todos los sitiales lo eran de aquella apreciable madera.

Seis mesas de palo rosa, con incrustaciones preciosas de concha y nácar, ocupaban todo lo largo de la habitación, sosteniendo infinitos garzones de porcelana finísima de Sevres y del Japón, que recogían en sus bocas manojos de claveles encendidos, ramos de camelias blancas, y de las más preciosas guirnaldas de rosas, salpicadas por olorosas violetas, que se entrelazaban entre sí trepando artificialmente por un fino alambre dorado, bajo el cual sostenía un arcángel en el aire una esfera misteriosa que marcaba hora.

Mil objetos raros y curiosos se sucedían ante el sorprendido mayordomo; aquí una arca con clavos romanos, pero oxidados; allí un libro, cuyas hojas de pergamino presentaban caracteres ininteligibles por lo desconocidos, pero de mérito por la riqueza y los años que contaban; acullá diez cornupias enclavadas en otros tantos lienzos de la pared, con calados difíciles y de un brillo semejante al oro, aumentado por la claridad que refractaba en las pequeñas lunas venecianas que se encerraban en caprichosos marcos.

El pavimento había costado un dineral; todo él de mosaico, era de un gusto escéntrico y raro, atendido su diabólico dibujo y la combinación de sus colores.

El Castillo del Diablo, como nosotros le conocemos, personificaba la idea que nos dan ciertos autores al presentar en el escenario algunas obras de magia, expresión fantástica que concibe la imaginación sin base alguna de verosimilitud.

Margarita admiraba estupefacta cuanto la rodeaba, y hasta su padre, sorprendido, no se complacía con mirar, sino que examinaba detenidamente los adornos y muebles del salón.

—Esto es sorprendente, padre mío, dijo Margarita sentándose en uno de los sitios.

—Efectivamente. No creía que tan buena adquisición hubiese hecho con tan poco dinero como se me exigió por la finca. Esto es riquísimo; los frescos de la bóveda, los tapices, las mesas, todo en fin. ¿Sabes Margarita, que el negocio no ha de ser despreciable si vendo cada objeto separadamente á Inglaterra, arca en donde se guarda lo antiguo y más rico de Europa y del Asia?

—La señorita y el señor ¿querrán examinar las demás piezas habitables del castillo, ó querrán se les sirva la cena para acostarse? preguntó la vieja del velón.

—No, repuso Robustiano; mi hija optará por el descanso. Mañana sobraré día para visitar todo el castillo.

—¿Cómo todo el castillo? interpuso la joven que acompañaba á la vieja. ¿Ignoran ustedes acaso que

hay muchas habitaciones que no se han abierto jamás, y que, según la tradición, están ocupadas por el mismo demonio?

—¡Por el demonio! replicó santiguándose Margarita.

—¡Cómo!

—Como usted lo oye, señor amo. Este castillo tiene una fama universal; aquí he nacido yo; aquí me he casado con mi inocente Pedro, hijos entrambos de dos antiguos criados del judío Benjamín, propietario hasta ahora de este palacio, que fué construido por dos moros; según todas las noches nos contaba mi padre, y bien puedo asegurar, sin temor de mentir, que no hubo día que no se oyera el ruido de las cadenas que al diablo sujetan, allá en todo lo alto del torreón de la derecha, y que mira á la aldea.

—Toma, ya lo creo, como que yo he visto al diablo hace más de cuarenta años, una vez que tuve que subir á por leña al desván grande, cerca de la torre.

—¡Pobres gentes!

—Pobres, si señor; por eso únicamente, tanto mi hija como yo vivimos aquí, dijo la vieja.

—¡Ah! ¿Es usted madre de esta joven? preguntó Margarita.

—Si, señora; de esta joven casada con el mozo más valiente de todos estos lugares. Él nunca tiene miedo; pero nosotras, cuando quedamos solas, es tal el temor que nos sobrecoje, que no hacemos más que rezar.

—¿Y el esposo de usted se ocupará en las faenas del campo?



—Cá; no señora; nosotros no tenemos ni una mala aranzada de tierra.

—Pues entonces, ¿no comprendo de qué modo viven ustedes aquí?

—Pedro nos trae cuanto necesitamos.

—¡Ah! ¿Conque se llama Pedro el esposo de usted? preguntó Robustiano á la joven.

—Pedro, el cazador más lleno de fama y más honrado.....

—Cazador; bonita profesión.

—Sale diariamente del castillo apenas la claridad de las estrellas cede á la mayor del sol que aparece entre los cerros, y no vuelve hasta ya muy entrada la noche.

—Ya no puede tardar, objetó la vieja.

—Perfectamente. Mis servidores del castillo no dejan de ser sospechosos, se dijo para sí el exmayordomo.

La joven Águeda y la vieja desaparecieron del salón para ir á preparar la cena.

Robustiano se quedó solo con Margarita; la miró atentamente, y después que se hubo perdido el ruido de las pisadas en la escalera que bajaban Águeda y su madre, se dirigió á su hija.

—Mañana, al amanecer, es preciso que partamos, Margarita.

—¿Tan pronto?

—Sí.

—¿Y va usted á obligarme á perder la satisfacción de que visite el castillo? Todo esto es encantador.

—Es que no deja de inquietarme la idea que tengo formada de las gentes que el judío Benjamín tiene aquí empleadas.

—¡Infelices! ¿Pueden estar más sencillas y bondadosas? La joven es risueña y despreocupada; la anciana limpia y diligente; ¿qué hermana y madre mejor puede usted darme que esas dos cariñosas mujeres, á quienes ya quiero?

—Basta, Margarita, repuso Robustiano.

—Está usted preocupado, afirmó la hija del exmayordomo, después de una breve pausa y al ver á su padre pensativo.

—No lo creas; esta noche la pasaremos aquí de cualquiera modo, y mañana, con el día, tomaré las medidas conducentes para saber el misterio que se encierra en el castillo.

—¿También tiene usted miedo? se atrevió á preguntar Margarita con cándida sonrisa.

—Pues bien, sí, tengo miedo: la extraña manera de todo esto; la soledad de la finca, aquí entre espesos bosques, y el márgen de esta estrecha carretera.....

—Pues esto es precisamente lo que á mí me deleita, padre mío.

—He variado de pensamiento; tú no volverás al castillo. París te ofrece mayores encantos, y el próximo invierno lo pasarás allá, á mi lado.

—Siempre lo mismo.

—Siempre.

—¡Ahl padre mio; ¿para qué entónces hacerme con-

cebir una esperanza risueña y feliz, viviendo aquí sola, retirada y entregada á la oración? Usted puede abrazar esa vida azarosa de los negocios, de las distracciones sin fin; pero déjeme usted aquí, rodeada por la soledad, porque temo penetrar en ese gran mundo que desconozco, y el cual me infunde más temor que este que bendigo y me halaga.

Nunca.

—Entonces, ¿es decir que he de aceptar mi sacrificio por solo la autoridad que usted ejerce sobre mí? ¿Es decir que apelando usted?.....

—Á todo, para que jamás te separes de tu padre, para que me honres, y lleno de orgullo, pueda presentarte en los salones, y te cases con un monarca, á fin de que nuestras rentas se aumenten y el capital...

—¡El capital, las rentas, el dinero! ¡Ah, padre! Ese metal maldito es una sierpe dorada que emponzoña con su virus el alma, al que con la usura y la envidia se hace digno del mayor desprecio.

—¿Crees entonces que sin el oro podrías brillar?

—¡Oh! Sí, señor, y presentarme á la faz de la sociedad radiante, aun cuando fuera la más desgraciada de las mendigas.

—No te entiendo.

—¿Qué entiende usted por la verdadera virtud? ¿Qué es ese espíritu sublime que transmite el perfume celestial y puro legado de Dios, y llamado castidad?

Robustiano, por estas dos preguntas, estaba vencido.

La paloma ansiaba preservar sus blancas alas para remontarse al espacio infinito de los cielos, mientras que el gavilán luchaba por triturarlas para que aquella, al remontar su vuelo, cayese falta de fuerza y fuese devorada en lo profundo de los abismos.

Esta batalla, librada entre el bien y el mal, duraba demasiado para que su desenlace fuese satisfactorio.

Águeda puso término á las palabras de Margarita, penetrando en el salón con lo necesario para la cena.

Durante la faena de Águeda, Margarita lloraba, y Robustiano, mudo, paseaba á lo largo aquella sala colosal, reflexionando sobre la conducta que debiera seguir en lo sucesivo respecto á su hija.

Su obstinación es rebelde y fundada; pero, ¿he de resignarme á perderla? se preguntaba Robustiano. ¿No cubren las canas mis sienes? ¿No puedo morir pronto, y lleno de amargos remordimientos, sin tener nadie que me consuele y me perdone? No, jamás; yo no puedo sujetarme á esa vida tranquila y de expiación. ¿Qué se diría de mí? Margarita no puede saber nunca mis pesares, porque entonces doblemente maldeciría á su padre, y esta debilidad en mí, fuera el mayor de los crímenes. Por otra lado, Pilar y Sofía están reducidas á la miseria; su empeño y sus amenazas las han conducido á ese estado. Carlos quizá preso; yo rico, millonario, y tan solo luchando con las aspiraciones de esta muñeca, que me matan, porque ya herida la conciencia al aducir un argumento trivial, la

cicatriz se profundiza y me hace sufrir agudos y desesperados dolores; pero seamos despreocupados y dignos de la reputación sentada que me ennoblece. Margarita es mi hija, y por lo tanto, si no de grado, por fuerza, se vendrá conmigo á París, en donde he de casarla con el más elevado de los potentados. Emparentar con un noble, influir en la política europea, he aquí mi última aspiración.

La mesa estaba ya dispuesta.

Margarita y Robustiano se sentaron á ella, y aunque la primera apenas comía, el segundo trinchaba y engullía como cuatro.

Las viandas que se presentaban por Agueda á los comensales eran dignas de figurar en la mesa de un título, y la vajilla en que servían, de pura porcelana de Sevres, rica y elegante.

—¿Pero tú no comes, Margarita? preguntó el exmayordomo á su hija, al observar que dejaba intacta en el plato una pechuga de perdiz escabechada, al mismo tiempo que él engullía un soberbio alón de pavo en pepitoria.

—Deseo mayormente descansar, señor, contestó Margarita.

—Pero esto es cada vez más sospechoso. El condimento de las aves, el salmón fresco que acabamos de saborear, la exquisita salsa del tnero, son viandas muy ajenas de estas soledades. Pero ¡calle! aquí está el café.

Águeda penetró de nuevo en el salón con una ban-



deja y dos copas de cristal de Bohemia con cucharillas y cafeteras de plata cincelada.

La joven sirvió á los viajeros un rico café legitimo de Moka.

Verdaderamente era raro y extraño que en un castillo deshabitado hubiese tiempo, después de la noticia de la llegada á él de sus nuevos dueños, para preparar la succulenta cena que los criados tenían preparada.

Ya se disponían á abandonar la mesa padre é hija para buscar reposo á las fatigas de aquella pequeña jornada, cuando atravesó el umbral de la puerta del salón un hombre envuelto entre las sombras que no herían los rayos que despedía la luz.

Aquel hombre se acercó á los viajeros, y quitándose el sombrero que cubría sus canas,

—Buenas noches, señores, dijo.

—Buenas noches, repitieron Robustiano y Margarita.

El nuevo interlocutor de esta escena era la expresión de la fealdad; decrépito, moreno, de mirada torva y de pronunciado ceño, sujetaba el pensamiento para concebir con su presencia el más acentuado desprecio y la idea baja que inspira el criminal.

Robustiano pudo dar un paso atrás, luego que se hubo cerciorado no era engaño cuanto veía; el inesperado huésped fué interrogado por Águeda, que, comprendiendo el efecto que su presencia había causado en el ánimo de su dueño, se apresuró á preguntar:

—¿Y Pedro, señor León? ¡Ah! Tengo el gusto de que ustedes conozcan á uno de los mejores amigos de mi marido.

Margarita y Robustiano se inclinaron ante aquel viejo sospechoso.

—Tu marido..... en fin, Pedro, quedó en el bosque, y no debe venir tan temprano á casa por esta noche.

—Nosotros nos retiramos, amiga Agueda.

—Como ustedes gusten, señores.

Robustiano estaba pálido como la cera.

La criada hubo de observarlo, y encendiendo una nueva vela, dirigió á Margarita y á Robustiano hacia sus respectivas é interiores habitaciones.

León quedó solo en aquella ancha sala.

Bueno es que conozcamos los sentimientos que aquel abrigaba.

Educado en la perniciosa escuela del libre albedrío, su corazón, desde niño, fué paulatinamente adquiriendo una dureza que infundió pavor en sus pobres pero honrados padres. Sus juegos infantiles se significaban por su malignidad, hasta que de aquellos se sucedieron los más acentuados del jóven. En esta edad, León mostró algunos deseos de abrazar la carrera del marino; su familia, no pudiéndole dar la carrera y siendo, por otra parte, refractario á todo estudio, ocupó plaza en un buque de guerra en clase de grumete.

Aquella vida y disciplina bien pronto le infundieron la templanza á su genio feroz y á sus cualidades pendencieras y brutales.

Muertos sus padres, á su regreso desertó y se hizo hombre desalmado, odiando ya la sujeción: aquella fiera corría el mundo atropellando y destrozando por el afán de la riqueza fundada en el cinismo; el medro á costa de lágrimas eran todos sus deseos, porque por otros medios no podía obtener el logro de ellos. Ni el tiempo que estuvo encerrado en presidio, ni los sobresaltos que durante la vida le habían envejecido, fueron lecciones que aprovechó aquel infeliz loco, y extraviada su razón en busca de una censura interminable y una expiación eterna, le sorprendió esa edad en que sólo se piensa en la muerte y se hace un propósito firme para alcanzar, si hay contrición, una gloria consecutiva; pero tampoco el lobo marino apreciaba su estado, porque olvidándose de cuanto para consigo debía, secundaba proyectos y realizaba obras en abierta contradicción con las tendencias que pudiera hallar en sus últimos días.

Su carácter feroz y reservado, siempre le hacía vivir completamente solo y errante por el mundo; algunas veces, implorando la caridad pública por carreteras y casas de labranza, realizaba viajes de cien y doscientas leguas, para unirse á alguna cuadrilla de malhechores. Sin compañía jamás atacaba, á no ser teniendo plena seguridad de éxito.

Figúrense mis lectores un hombre de sesenta años, alto y seco, cubierto su cráneo por un bosque de cabellos blancos enmarañados; un rostro apergaminado con hondas arrugas negras en todas direcciones; vestido

con un pantalón de paño burdo achocolatado y remendado, unas medias de algodón azul, sujetas á las rodillas por una tira de cuero; unas albarcas de piel de vaca; una chaqueta y chaleco igual al calzón, apoyado en un nudoso garrote de fresno, y tendrán una idea aproximada del tipo que se presentó en la sala.

Ya se cansaba de esperar á que regresase Pedro, y mostraba su impaciencia con blasfemias y sacrilegios, cuando volvió Águeda de las habitaciones en que había dejado á Robustiano y á su hija, para que descansaran.

—¿Todavía aquí, Sr. León? preguntó á éste la joven.

—Aquí esperando á tu marido, y si no fuera porque es él á quien aguardo, juro que me pagaría con usura el tiempo de espera.

—Es particular que ya no haya vuelto.

—Es verdad; estando aquí el nuevo dueño del castillo y sabiendo que le aguardo, podría darse más prisa; pero ahora que estamos solos; ¿qué te parece el amo? Lo que es á mí excelente; aquella cara me ha dicho ha de satisfacer las aspiraciones de Pedro. ¿No has observado qué sortijas trae en los dedos y qué pendientes en las orejas la hija? Esta parece que no está nada alegre; pero en cuanto tu marido principie á contar algún chascarrillo, estoy seguro que se reirá á más y mejor.

--Pues lo que es usted maldita la gracia que les ha hecho.

—Toma, ya se vé; cubierto por estos harapos.....

—¿Y por qué no los tiras?

—¿Sabes acaso si tengo otros más nuevos?

—Bien dicen que está usted rico.

—Rico, lo fui y mucho, mi querida Águeda; pero lo que es hoy.. ..

—Vamos, siempre se pone usted triste cuando se habla de eso.

Efectivamente, el rostro de León afectó un decaimiento rápido al manifestarle Águeda las versiones que circulaban.

—¡Qué quieres! replicó León, luego de una breve pausa; soy ya viejo, y he gastado tanto en el mundo, que me arrepiento el no haber pensado en que llegaría a esta edad.

—Vaya, bajemos á nuestro cuarto, y allí, contándonos usted sus cosas y nosotras disponiendo el almuerzo de los amos, esperaremos á mi querido Pedro.

—Como quieras.

Águeda y León desaparecieron del salón, y Robustiano penetró de nuevo en él, sosteniendo un candelabro con seis bugías encendidas.

—Aquí esperaré el día; todo está rodeado de un misterio que me llena de zozobras y de temor, se dijo el exmayordomo, mirando á todos lados; Margarita, mi inocente hija, no concibe la existencia de la maldad, y se dormirá. ¿Por qué no pondría en mi conocimiento Benjamín cuanto aquí sucede, antes de rematarse la finca? ¿Qué poderoso móvil le habrá impulsado á deshacerse de tanta riqueza como aquí existe



por la vigésima parte de su valor, como le dí? Esto es raro; él, tan egoísta y tan meticuloso.

»Mañana, al despuntar el día, decididamente partiremos, y esta noche será para mí un tormento de ansiedad y sufrimientos. El extraño recibimiento que hemos tenido, la ausencia del jefe de la familia que aquí vive, la cena servida con abundancia y extraña aquí, son singularidades que me alarman. Además las ricas camas de caoba preparadas, las ropas finísimas y bordadas de ellas, me hacen concebir no sé que extraño presentimiento que me augura que estoy en un palacio encantado y fantástico.

—Así es, señor, replicó una voz fresca y jovial á espaldas de Robustiano.»

Éste, en extremo asustado, volvió instantáneamente el rostro y vió cerca de sí un hombre simpático, como de treinta años.

Pero no pudo ménos de exclamar:

—¡Ah! ¿Quién sois?

—Pedro el cazador, señor, respondió el presentado de aquella manera.

—¡Oh! ¿Con qué entonces es usted el esposo de la joven Agueda, á quien debemos el gusto de habernos recibido? preguntó el exmayordomo.

—El mismo.

—A fé que deseaba conocerle.

—Ante todo, replicó Pedro, siéntese usted, porque aunque peque de importuno y pesado á tales horas, debo hablar extensamente.

—No.... contestó maquinalmente el exmayordomo, ocupando un sitial de los del salón.

Pedro imitó al dueño de la finca, y sacando una preciosa petaca atestada de vegueros legítimos, ofreció uno al confuso y asustado Robustiano.

—Como usted puede observar, aquí de nada carecemos, y quizá seamos los más pobres del universo.

—No le comprendo á Vd.

—Vamos, allá va una cerilla y fumemos para poder charlar, señor de.....

—Robustiano.

—Es verdad; lo había olvidado ya, á pesar de la carta que usted firmó anunciándonos su visita.

Robustiano y Pedro encendieron cada cual su cigarro, y éste principió por preguntar al dueño del castillo:

—Ea, ¿y qué le parece á usted la finca? Acaban de decirme que renunció usted á visitarla toda por la hora y la obscuridad; pero aseguro á usted que sus piezas corresponden á este salón. Aquí, bajo este pintado techo, mi buen padre, que en gloria se halle, me ha contado que se han sucedido escenas raras y conspiraciones que asombraron al mundo por sus resultados. Este castillo fué construído por orden de Pompadour.

—No he oído..... contestó Robustiano.

—¡Como! ¿no sabe usted quien fué la marquesa de Pompadour?

—No.

— Pues una de las más distinguidas de la corte de Luis XV de Francia.

— Vaya, pues no dejó de tener buen gusto la tal marquesa, objetó el exmayordomo, mirando con escrupulosidad á su criado.

— Uno de los complots más formidables que, según la tradición, se han fraguado en este salón, añadió aquel, ¿cuál diríais que fué?

— No sé.... repuso Robustiano, á quien atormentaba la idea de que aquel hombre fuese un asesino; tal era su temor dentro del castillo y rodeado por el misterio que creía ver.

— Fué el que contribuyó á que los campesinos franceses, mientras Lutero y Nicolás Storck destruían la moral del pueblo, se sublevasen siguiendo á Tomás Munzer, verdadero iniciador de la revolución espantosa del noventa y tres. Pero, ¿quiere usted que le refiera la célebre entrevista que en este castillo hubo á fines del siglo XVIII?

— Gracias, amigo Pedro; pero lo que sí desearía averiguar es el régimen interior y demás circunstancias que deben observarse aquí para vivir, porque nada me interesa la historia de estos mudos y robustos muros.

— ¡Ah! ¿Conque entonces piensa usted quedarse entre nosotros? replicó Pedro lanzando una bocanada de humo que se deshizo al contacto del aire.

— Quién sabe.

— No fuera nunca mi consejo ese, señor, dijo el criado. Este terreno es húmedo en demasía; son exce-

sivas las nieves que en la comarca caen durante la estación del invierno, y aún cuando, como usted observa, en el castillo pueden fácilmente hallarse toda clase de comodidades, siempre es enojoso y triste el vivir bajo un cielo nebuloso y un suelo sembrado de pantanos y de innumerables lodazales. En fin, de todos modos, respeto las resoluciones que partan de mi señor y dueño, y voy á concretarme á dar respuesta á cuanto usted desea saber.

El castillo está perfectamente alhajado para poder vivir hasta un monarca; el judío Benjamín en sus diferentes excursiones por el Asia y América, ha traído cuantos objetos raros pudieran dejar absorto al más inteligente en materia de antigüedades y bellezas de arte. Por manera que, por este lado, nada hay que temer; respecto á los comestibles esa es ya otra historia más confusa y de difícil inteligencia, por cuanto aquí, solos, y sin campos productivos que nos rodeen, carecemos de ciertos alimentos que debemos procurarnos, si es verdad eso de que el hombre tiende á la conservación y dar más días de vida á su cuerpo que los que éste de por sí solo pueda alcanzar.

Robustiano interrumpió á Pedro con esta pregunta:

—Entonces, ¿de dónde ha sacado su esposa de usted las viandas que nos ha servido?

Pedro afectó una indiferencia superlativa, y con la mayor familiaridad, repuso:

—Y á cuanto ustedes han visto, ¿da el señor importancia?

El salmón, la lamprea y el mejor pescado circula por aquí como una bendición, para embarcarle embastado.

Verdad es también que por aquí las aves abundan y las corzas y el jabalí no dejan de presentarse, y hasta asoma la liebre; pero todo esto es tan vulgar, que cansa, y mucho más cuando no hay una buena cocinera que sepa dar variación á las salsas.

—Pues digo á usted que el pescado....

--Lo malo es que no quieren venderlo los traficantes. Además, el castillo tiene fama de que está desde muy antiguo habitado por el mismo diablo, y esto ha de ser un obstáculo.....

—Es una superstición vulgar.

—Tal creo, porque el único diablo que vive aquí, pueda ser lo sea yo solo, dijo Pedro, meciéndose en la silla.

—¿Pues tan malo se juzga usted? replicó Robustiano.

—Solo adolezco de una falta grande, censurada por esa sociedad incauta que todo lo mira bajo el prisma refinado de una censura ridícula y miserable.

—¿Y puede saberse?.....

—Como quiera que entre ambos, señor, debe mediar una manifestación sincera, y los secretos del uno (al menos los míos, pienso sean los de usted) han de pertenecernos á entrambos, dado el tiempo y las circunstancias, no tengo inconveniente alguno en que se sepa hoy. Tengo un afán desmesurado por la riqueza.



Robustiano, al oír esto de Pedro, frunció el entrecejo, y los nervios del rostro pusieron en movimiento sus facciones.

—¿Con qué.... rico?

—Pese á quien pese, señor.

—Pero, ¿en qué funda usted tal deseo?

—Lo ignoro; pero tengo sobrado corazón para todo, y soy en extremo sensible ante la desgracia.

Robustiano se dijo instantáneamente:

—Este hombre me conviene.

—Esa es mi falta atroz, y este mi solo pecado, añadió después Pedro.

Una breve pausa se sucedió antes de volver de nuevo la conversación entre amo y criado.

Robustiano luchaba entre la incertidumbre si podría echarse en brazos de aquel hombre tan á propósito para todos sus planes. Á pesar del tiempo transcurrido, amaba, con mayor locura si cabe, á Sofía, la hija de la baronesa, y de buena gana arriesgaría ocho ó diez mil duros á quien se la facilitara con objeto de unirse á ella; además, dominado por la idea de presentarse en París y hacerse paso entre la gente del gran mundo, á sus inícuas miras podría presentarse alguna ocasión favorable para realizar algún negocio de millones, y sobre todo, entrando en sus planes el casar á Margarita con un potentado, bien pudiera precisar de un hombre de corazón templado para cuanto pudiera sobrevenir.

Robustiano no dejaba pasar desapercibido ni el me-

nor movimiento de Pedro, que este observaba; pero se dejaba estudiar á placer de su amo, conociendo, como conocía, el efecto que habían causado sus palabras en la ambición, que no trataba de ocultar el exmayordomo.

Por fin, el mestizo interrumpió el silencio.

—No, pues esas mismas miras animan á todo el género humano. Enriquecerse ¿y quién no desea lo propio? Yo mismo, en muchas ocasiones, me dejo dominar por la ambición.

Pedro, frotándose las manos en señal de alegría, contestó á su amo:

—Veo que nos entendemos perfectamente.

—Quizá. Esta palabra fué pronunciada magistralmente por Robustiano. De otra suerte, la figura noble é interesante de Pedro cautivaba: su voz argentina y su despreocupación tenían un encanto irresistible, aumentando el conjunto de la simpatía una jovialidad en sus facciones y un modo de pronunciar tan sonoro que admiraba.

Tiempo es ya que pintemos del mejor modo posible los sentimientos y figura de este nuevo actor.

Pedro había nacido en el castillo; muerto su padre se dedicó con gusto y afán á la caza, sobresaliendo por su intrepidez de cuantos se dedicaban al oficio; daba muerte á osos y jabalíes como á la más tímida de las aves. Su musculatura con el ejercicio fué paulatinamente adquiriendo una consistencia robusta, y por consecuencia poseía una fuerza descomunal; su enten-

dimiento acogió más tarde alguna que otra lección científica, y para él desde entonces no hubo más vida que la caza y la ilustración. Educado sin maestro, y aprovechando con usura las horas libres de su faena diaria, se pasaba noches enteras embebido en estudiar la Física y Química, á cuyas ciencias mostraba particular afición y cariño. Su carácter era afable y dulce; comunicativo siempre con sus amigos, le apreciaban y querían, y sus sentimientos apacibles le habían grangeado toda suerte de cariñosas manifestaciones; así llegó hasta la edad de los veinte años, edad en que el corazón busca un afecto más cándido y satisfactorio encontrándole en la sencillez de una jóven con quien se unió, conceptuándose verdaderamente feliz sin vislumbrar un más allá de cuanto sabía y observaba. Águeda le hizo dichoso.

De negra y ensortijada cabellera, moreno cutis y correctas facciones, nariz aguileña, finos labios y modales distinguidos, alto y bien plantado, era Pedro la envidia de los rapazuelos de aquellos lugares, y después de casado el enojo de cuantas se creían con derecho á su amor, excepto Águeda, que cada día bendecía la hora en que el cura de la aldea había hecho su casamiento.

No por las atenciones que de suyo arrostra el casado, Pedro se olvidó de su afán por instruirse.

Llegó á su poder una magnífica Historia Universal que no conocía; en ella aprendió las alternativas sociales, fundadas en la política, observando los cambios

que en la marcha de la civilización se sucedían con vertiginosa rapidez, y fascinado por la lectura de cuadros conmovedores contra el poder tirano, produjeron en su fantasía tal conjunto de confusas ideas, que acabó por lanzarse y seguir la escuela de las reformas. Deslumbrado por el fausto, sorprendido por la ciega obediencia que un monarca merece, y anatematizando la ruina del pobre y las lágrimas de la desgracia, juró solemnemente emprender una nueva conducta que, á la par que remediase el mal, enjugase asimismo la precaria situación que le rodeaba, comparándola á la de los reyes y magnates. Su objeto predilecto al estudiar la Historia, fué la corte de Luis XIV y la revolución francesa, y comparando ambas épocas de la nación vecina, se decía:

—La primera, todo orgullo y suntuosidad; la segunda, expiación y pobreza.

Pedro, á pesar de todo, abrazó lleno de júbilo una idea triste y llena de irregularidades y utopías.

Se hizo socialista.

Desde que tal resolución había tomado y la practicaba con ventaja, su vida y costumbres diferían de sus primitivos hábitos, abandonándose á la mayor soledad y entregándose al recogimiento para obrar más á su sabor; penetraba en el bosque, y allí pasaba días enteros esperando á algún viajero, para repartir las riquezas de este con algún pobre que encontrase al acaso; muchas veces también traspasaba los Pirineos, faltaba semanas enteras del castillo y regresaba con

dinero, alhajas y ropas, que depositaba allí para entregárselas á León, á fin de que se vendiesen en el interior de España.

El castillo era á propósito para la industria que ejercía; sus habitaciones subterráneas no podían amoldarse mejor para ocultar á las pesquisas de la autoridad todo hecho consumado, al saberse la realización de algún robo y sospecharse en alguno de los criados; pero también precisaba de un amo que consintiese en partir el capital sustraído, porque, de otro modo, á la menor desgracia ó descubrimiento por parte de éste, quedaría perdido y sin la fuerza moral que presta un hombre millonario para con la sociedad, al sentir su poderosa influencia.

El antiguo judío propietario, único que Pedro había conocido, se sujetó á los caprichos de su criado, y enriquecido hasta la saciedad, abandonó aquel negocio y se retiró á *la vida privada* con una fortuna colosal.

Pedro había contribuido muy mucho á que Benjamín hubiese adquirido aquella riqueza, sin que por esto él dejase de favorecer, como decía, á *los desamparados*.

Por manera que entrando en sus cálculos aquel asentimiento que Robustiano demostraba á sus ideas, no pudo ménos de regocijarse.

—Pues ya sabe mi amo que estoy dispuesto á todo, dijo Pedro luego que el ex-mayordomo auguraba poder necesitar para planes futuros á un criado.

—Observe, replicó Robustiano, que es usted dema-



siado comunicativo y franco para obrar con la prudencia deseada.

—Eso depende de las circunstancias: con usted, por ejemplo, no me es posible ser hipócrita ni solapado.

—Es cierto.

Pedro miró luego á todas partes, y convencido y fingiendo que nadie podía escuchar, se acercó á Robustiano y con tono convencional le preguntó:

—¿Qué diría usted, amo mío, si yo pudiera ofrecerle un negocio que á la vuelta de algunos años ni el mismo Creso fuera tan rico como Vd. después de realizado?

—¡Cómo! repuso asombrado Robustiano y abriendo desmesuradamente los ojos.

—Sí, señor; está Vd. en el Castillo del Diablo, y el diablo es muy capaz de acumular montes de oro en torno de Vd., siempre que al diablo se le deje obrar y se establezca entre Vd. y él un mútuo contrato.

—Es decir que debo....

—Siéntese Vd. cómodamente cerca de esa mesa, y si Vd. quiere que el mundo entero se postre ante su planta y pueda triunfar de todos los obstáculos para alcanzar sus más fútiles deseos, escriba Vd. en ese papel sólo algunos renglones.

—Pero, ¿qué pretende Vd, Pedro? preguntó Robustiano lleno de la mayor zozobra.

—¿Qué pretendo? Pues tiene gracia la pregunta; dar á Vd. tantas riquezas y tantos honores como pudieran tener los monarcas del mundo.

—¿Será cierto?

—Vamos, escriba usted sin temor alguno, y por el contenido de cuanto usted vaya oyendo, verá que Pedro jamás mancha su lengua con una mentira.

Robustiano obedeció maquinalmente la exigencia de Pedro, y cuando, lleno de temor y de ansiedad, logró coger la pluma entre sus manos, se dirigió á su criado:

—Acabe usted, dijo.

Pedro se puso en pié á dictar á su amo de esta manera:

«Autorizo á Pedro el cazador para que, de las utilidades que dejen sus continuas correrías como jefe que es de la Sociedad de la Muerte.....

Robustiano levantó la cabeza para mirar atónito á su criado. Este repuso.

—Escriba usted., mi señor don Robustiano.

«Me entregue puntualmente todos los meses la cantidad de diez y seis mil duros, mas todas las joyas que puedan agenciarse por la Sociedad. Para ello consiento y cedo la finca de mi propiedad titulada El Castillo del Diablo para que continúe siendo el necesario albergue de los individuos que la Sociedad componen, mas de cuantos efectos, etc , etc., pueda convenir allí. Por este documento quedo, pues, moralmente afiliado á la Sociedad de la Muerte. Castillo del Diablo...

—Y la fecha y la firma, mi señor don Robustiano, concluyó por decir Pedro.

El mestizo quedó estupefacto ante la exigencia de

su criado; aquel documento raro y extendido sin forma alguna de validez causaron verdadero asombro al confuso exmayordomo.

Hubo de observarlo Pedro, porque tratando de garantizar su conducta ante las demostraciones de su amo, le contestó en el acto:

—No tiene usted motivo alguno para extrañar el que yo quiera y deba enriquecerle, señor don Robustiano.

—¡Con qué jefe de la Sociedad de la Muerte! repuso el mestizo, atormentado por una idea fatal.

—Sí, señor, contestó enorgullecido Pedro.

—¿Tendrá usted mucho dinero, y la Sociedad estará rica?

—Nada puedo responder á eso. Cubre tal misterio, se tiene tan prevenido en nuestros estatutos el silencio en todo aquello que á nuestra Sociedad se refiere, que son inútiles cuantas preguntas se me dirijan. Es cierto que al firmar usted ese contrato, queda usted afiliado á la Sociedad; pero solo de un modo pasivo, sin deberes que le sujeten á ella, más que para percibir mensualmente miles de duros. Ofrezco á usted, pues, una renta pingüe sin capital que la produzca, y ahora piénselo usted, para lo cual yo me retiro.

Efectivamente, al terminar este relato, Robustiano se halló solo en aquella pieza, teniendo ante sí el misterioso papel que contenía las letras que Pedro dictó.

Este extraño acontecimiento, no pudo menos de

preocupar al dueño del castillo. El recuerdo de que pudiera ser asesinado quizá por la Sociedad de la Muerte si no firmaba aquel documento, cuyo contenido para Robustiano era inexplicable, le asaltó instantáneamente, y hablando consigo mismo, se dijo:

—Sí, sí: á que dudar: ¿qué me importan los fines de esa Sociedad clandestina cuando se me ofrece una suma mensual que puede, después de algún tiempo representar una pingüe fortuna, con la cual realizo todos mis más fútiles deseos, como dijo Pedro, y sin que de mis arcas pueda salir un solo céntimo para nada? Pero, por otra parte, la firma en ese papel me somete de un modo bárbaro bajo ese hombre y esa Sociedad, á quienes no conozco aún lo suficiente. Pedro parece un hombre instruído, y cuando él me asegura la realidad de sus promesas, ¿no pudiera esto ser un lazo que me tendiera? Sin embargo, ¿qué puedo arros-  
trar firmando este documento? Por él las autoridades, ¿qué pudieran deducir? ¿Dejaré escapar este brillante negocio que se me presenta? Fuera, fuera escrúpulos de monja.

No obstante, el mestizo aún dudó, después de algunos paseos que emprendiera por aquella sala, al terminar su relato.

Por fin, pudiendo en él más la idea del oro y de la ambición que la de la responsabilidad y el crimen, cogió la pluma con que había escrito cuanto Pedro le había dictado, y bajo sus renglones firmó.

En el momento presentóse de nuevo Pedro en la sa-

la, y observando que Robustiano cumpliera cuanto le indicara, repuso:

—Muy bien, señor don Robustiano. Ahora duerma usted tranquilo, que desde mañana corre de mi cuenta el dar principio á la faena y dejarle á usted convencido hasta la mayor evidencia de que Pedro jamás miente á ninguno de sus amos tan confiados como usted lo es.

—No, Pedro; yo no quiero ver nada, yo no quiero presenciar..... me basta su palabra. Mañana al amanecer debemos ponernos en camino hacia París. Aquí están las señas de la casa en que pararemos.

—Corriente, repuso Pedro; allí todos los meses marchará el comisionado que lleve la parte que á usted corresponda, según los negocios que se realicen en los treinta días. El papel rubricado, aquí, en unión de la tarjeta; esta cartera es la llave que encierra el mayor secreto, y que, como usted comprende, señor don Robustiano, debe guardarse por lo que afecta á nuestra seguridad é intereses.

Pedro había sacado de uno de los bolsillos de su chaqueta una cartera, donde metió aquel extraño contrato que Robustiano firmó, y la tarjeta de sus señas, en París.

Luego, Robustiano, ya cansado, despidiéndose de Pedro, desapareció del salón, manifestándole que al día siguiente tenía que hacerle un encargo del mayor interés y conveniencia.

Mientras que se sucedía la noche y Margarita,



Águeda, su madre, Robustiano y criados del castillo se entregaban al descanso. Pedro y León conversaban amigablemente en una especie de sala destinada por la servidumbre para reunión.

León, á media voz, decía á Pedro:

—¿Conque tan buen negocio?

—Figúrate, replicó Pedro, que es doblemente mejor que aquel que realizaste tú en Madrid, asesinando aquella señorita de la calle de la Montera, por indicación del judío.

—Explicáte sin rodeos. Ya sabes que soy á propósito para todo, y que cuanto más peligro ofrezca el asunto, tanto mejor para que salga doblemente lucido.

—Se trata de que la hija de don Robustiano, mi amo, sea entregada en Londres á cierto vizconde que la persigue sin tregua, y á quien don Robustiano no quiere por yerno, porque es excesivamente pobre para poder abarcar los deseos de sus desmesuradas ambiciones. El vizconde, por nuestro comisionado de Madrid, ofrece diez y seis mil duros por tal rapto. Sé que eres el único á quien puede confiarse empresa semejante y negocio favorable, y no he titubeado en llamarte.

—¿Conque ocho mil duros?

—Esa es tu parte, si Margarita desde París es por tí conducida á Londres.

—¿Y por qué esta misma noche no queda el asunto terminado?

—Imbécil, ¿cómo quieres que aquí, en el castillo, se cometa tal acción, estando confiados á mi cuidado?

Mañana parten; las sospechas, una vez verificado el robo, no pueden llegar hasta aquí. París ofrece mayores proporciones, por aquella confusión: tú caracterizas soberbiamente cuantos tipos imaginas; te presentas á D. Robustiano; finges ser un barón ó un rico de aldea, ó cosa parecida; te introduces, exploras el terreno y aprovechas la oportunidad..... ¿Me entiendes, León?

—Mío es el negocio, contestó resueltamente el viejo. Mañana marcho tras de ellos. Y ese vizconde dices que se halla....

—Aquí tienes sus señas.

—¿Y el dinero?

—Depositado; pero mañana te estenderé en regla el compromiso.

—Corriente.

—Aquí debemos hacer á todo; tú eres un pobre, y por lo tanto, uno de mis más interesados protegidos.

—Bendito por siempre seas. Ya me decía que sólo un asunto urgente y decidido era el que te obligara á llamarme sin falta esta noche. Y la chica es una perla.

—Confíesote que aún no la he visto.

—Pues es una jóven que bien pudiera robar la hermosura hasta de los mismos claveles.

—Conque, León, ¿estamos decididos?

—Cuando me buscaste, ¿dejé sin efecto mis compromisos?

—Es verdad. Tú ya estás avezado á estas cosas; tú

ya has salido mil veces con orgullo de empresas más difíciles, y tienes vendida la piel al diablo, de la que me sospecho no has de hacer tiras para las abarcas de sus gentes infernales.

—Todo eso es cierto. Con que, Pedro, los gallos principian á entonar sus oraciones; es más de media noche, y necesito un costal de paja para los huesos.

—Ven y te acostarás en cama limpia, remojando antes las fauces con el enjuague que conoces.

—Andando

—Pedro y León pasaron á otra pieza inmediata; el primero dió de beber un jarro lleno de vino de Oporto al segundo, y más tarde entrambos se acostaron.

Las horas sucedidas desde la conferencia que Robustiano mantuvo con Pedro hasta que asomó la aurora, fueron terribles para el mestizo; el sueño que un momento se apoderaba de él, huía asaltado por las dudas que á Robustiano le ofrecían las promesas de su criado. Ya se acriminaba por haber firmado aquel pacto, ya se regocijaba por haberlo hecho, y ya, en fin, veía en toda aquella incertidumbre coronado el deseo de que obtendría la realidad de todos sus afanes, el casar á su hija con un Monarca.

La desmesurada ambición de esa fiebre latente que en el corazón de ciertos hombres existe, ¡qué desencantos no vienen á marchitar la flor de la esperanza, fundada en la sencillez de la inocencia y del trabajo! La ambición loca, basada en el cinismo, ¡qué de crímenes no encierra, y á cuantas víctimas no inmola para

obtener la desgracia que se conceptúa feliz! El lujo, la posición, pero todo comprado después de afanes y más afanes. ¿Á qué conduce, si más tarde se averigua que todo aquello es debido á la práctica de ciertos actos repulsivos ó inícuos? ¿Y la conciencia? Y ese juez severo que viene inculcado á nuestro organismo, y que cual la voz de Dios, nos revela que caminamos por la senda torcida de la vida, ¿no nos acusa y nos convierte en misántropos desdichados, haciendo del espíritu una causa enfermiza y del cuerpo su efecto abatido?

La ambición, madre de todos los vicios, arrastra al hombre hasta el capricho de solicitar el desvarío, sólo con el fin de que sus ridiculeces (siempre que sus crímenes queden ocultos) exciten la conmiseración del filósofo y la hilaridad del frívolo é indiferente. El cancer social que corroe y mata á las sociedades y hace hercúleos esfuerzos por anteponerse á la verdadera virtud y sencillez, es la ambición y el vicio. Los hombres, pues, que sienten tales desventuras y se precipitan por su abismo, se pueden conceptuar como plantas venenosas, cuyos miasmas contagian y matan á las robustas y salutíferas que crecen y se desarrollan en torno suyo.

La aurora, por fin, tendió su manto, y la brisa matinal, robando la fragancia del tomillo y de las hierbas, vino á refrescar la frente de Robustiano.

Se vistió, é hizo por que Margarita abandonase el lecho. Hasta tanto, penetró en el salón inmediato, desde el cual, y por una de sus altas ventanas, divisaba los

picos escarpados de los altos montes que dividen nuestro territorio.

Confieso ingénuamente que á toda alma dulce y sensible, el cuadro gigantesco que ofrece el cambio del día por el de la noche ha de llenar de asombro hasta lo más imperceptible de la naturaleza, observando que del estupor de las sombras y de la muerte, se pone en movimiento la claridad y la vida, bóveda inmensa que nos cubre al ir paulatinamente perdiendo la obscuridad para ser invadida por la luz, cambia, á la par que tal metamórfosis se experimenta, nuestras facultades, que nos consideramos rejuvenecidos y ágiles, sin explicarnos el motivo.

La animación que presta el sol al extender sus rayos de fuego sobre la tierra; el puro azul del cielo que cual dosel cubre á la tierra y refleja en los mares, da al mundo con su color y pulcritud que absortos reconocemos, su magestad y sencillez.

El día regocija á las inocentes aves que trinan en la enramada, arrullando sus nidos y saludándoles presta á las flores sus colores pálidos ó encendidos, da forma y contornos, y durante él, el hombre rinde justo tributo á la imposición del trabajo, fuente inagotable de salud y vida.

Robustiano, absorto, á pesar de sus manifestaciones antinaturales, con cuanto veía por la ventana, se olvidó por un momento de sus pensamientos ruines y bajos, para dedicarlos al sublime cuadro que admiraba, debido al Dios de lo creado.



—Esto es sorprendente, se decía; la fragancia purísima de esta brisa deleita y robustece; la vista adquiere su alegría infantil á medida que la claridad avanza, é indudablemente existe una mano bienhechora y poderosa que mueve esta máquina regeneradora que da movimiento y vida á este grano colosal de tierra sujeto en el espacio del universo. Las flores abren su cáliz para recibir el rocío de la aurora; el musgo ostenta toda la lozanía de que es susceptible, y los pájaros columpiándose en las ramas ó extendiendo su vuelo, entonan sus trinos en alabanza al Autor sapientísimo de cuanto me rodea.

¡Ah! Comprendo la vida vegetando entre las flores; aquí parece que una emoción natural nos obliga á recoger el pensamiento y á obrar en distinta contraposición de nuestros instintos; confieso que la conciencia me acusa. ¿Qué será de Pilar y de su hija? Por mí, pobres y miserables; por mí, expuestas á las eventualidades; por mí, el barón seguramente preso y manchado por el negro borrón del criminal, cuando soy el que verdaderamente merezco su castigo. Pero también era pobre; si no hubiera apelado á ciertos extremos, pertenecería á esa infinita comunidad de hombres oscuros que no logran jamás salir de la miseria y de la condición del ser vulgar y despreciable, y ahora puedo vanagloriarme, por cuanto tengo, á la menor indicación, lo supérfluo, las comodidades más costosas; pero en medio de todo, aquella penitencia severa que se me impuso en Toledo al hacer confesión de mis

flaquezas tortura de tal suerte mi corazón, que no halló goce ni tranquilidad posibles. Si Sofía me amase; si ella aceptara mi mano y participara de mis riquezas, parece que obtendría más reposo, más seguridad en mí mismo para no acriminarme; pero ella no me ama; me desprecia con toda su alma: loca: ¿No sabes que aunque vivas cien años he de perseguirte mientras exista? Preocupado con la satisfacción de tener á mi lado á Margarita me olvidé de tí; parece que el volcán, cubierto por cenizas, no ruge; pero la ausencia y el tiempo hacen que su cráter se ensanche, y al presentarse la ocasión, el fuego que espela ha de ser exterminador y terrible para consumirte.

Ensimismado Robustiano con tales argumentos, no reparó en que había penetrado en el salón Pedro el criado. Este estuvo algún tiempo observando á su amo hasta que principió á hablar:

—Buenos días, Sr. D. Robustiano, dijo.

—Á propósito, amigo Pedro; tenía, antes de emprender el viaje, que comunicar á usted un secreto, y espero la más decidida prudencia y de su resultado la más halagüeña de las satisfacciones.

—Anoche, lo recuerdo perfectamente, repuso el criado, manifestó usted deseos de hablarme de tal asunto.

—Se trata de un ángel.

—¡Diablo! contestó Pedro admirado.

—De un ángel que es preciso hacer mío á toda costa. No sé; pero la intimidación que al parecer existe en-

tre usted y yo, me obliga á ser franco, amigo Pedro; estoy enamorado y todo lo sacrificaría gustoso con tal de obtener la mano de la que adoro; ignoro los medios que estén á su alcance de usted para realizar tal proyecto; pero hasta aquellos apelo, aun sin conocerlos, con tal que en este punto obtenga la satisfacción de la victoria. Respóndame usted, pues, y tratemos el negocio, si hay medios de realizarle.

—Los hay, dijo tranquilamente Pedro.

—¿Los hay? Y entonces ¿qué se necesita?

—Señor, se necesita dinero.

—¡Ah! ¿Cuánto, cuánto dinero se necesita para que Sofía sea mía?

—Usted comprenderá, señor, que no he de ser yo el que ha de evacuar las diligencias indispensables.....

—Sí, sí, lo supongo; usted tendrá su gente.

—Pues han de necesitarse unos diez y seis mil duros.

—¡Diez y seis mil duros! repitió Robustiano.

—Qué, ¿le parece caro al señor el importe de un servicio arriesgado, y en el que se juega el pellejo, y cuando no, la libertad de algunos años?

Robustiano calló ante la observación de Pedro. La cantidad por éste exigida le parecía excesiva. Dar diez y seis mil duros equivalía para él á diez y seis mil tormentos.

Después de una corta pausa, repuso con calma:

—¿Y será seguro el resultado?

—Eso depende de las circunstancias, señor; pues si

el ángel se escapa al cielo, nada de lo dicho.....

—Me avengo al trato.

—Ese ahora es preciso que se extienda en toda regla.

Robustiano se doblegó á todo; reconoció una deuda por diez y seis mil duros, al casarse con Sofía de Santa Cecilia, á un tal León Montañez, y en otro papel secreto confesó por escrito todo el plan de aquella ingratitud. Pedro estaba loco de alegría, por cuanto su nuevo amo le había proporcionado tres negocios que, según él, eran lucrativos y favorables para los infelices inutilizados y enfermos, gentes á quienes protegía con mano pródiga y mejores sentimientos.

Margarita se presentó á poco que Robustiano dejó de escribir. Vestía una bata de seda y un peinador de encajes, y saludó á su padre y al criado.

Robustiano, al ver á su hija, la cogió de una mano, y con toda cortesía, se la presentó al *cazador*.

—Tengo sumo gusto en conocer á usted, amigo mío, dijo Margarita después de verificado aquel acto de etiqueta.

—Señorita poco valgo, nada tengo y todo lo necesito; pero no obstante, contándome entre los innumerables amigos de su señor padre, me ofrezco sinceramente á desempeñar cuanto cometido se me ordene en obsequio á usted. Luego añadió: Tenía razón León; esta chica es una perla, y el negocio se hace barato.

Águeda dispuso el desayuno en otra pieza, para aumentar el asombro de Robustiano y de su hija, que

se apoderó de ella, y grande, al observar el decorado y el mueblaje con que se adornaba aquella pieza.

El chocolate fué servido con lujo, y la leche de vacas con bizcochos, era exquisita; después que hubo sorbido el padre de Margarita un vaso de medio cuartillo, fué en busca de Pedro.

Ya no podía prescindir de él.

Le halló en el salón que más detalladamente conocemos.

— Vengo buscando á usted, Pedro.

— ¡Sí? También deseaba dar la última mano al asunto, mi señor don Robustiano, dijo el criado al hallarse frente á su amo. Pero ante todo debo dejar desvanecida cualquiera de las dudas que puedan asaltar á usted respecto á mi afirmación de anoche. Bajemos á los subterráneos.....

— No, no. repuso Robustiano; fío en su palabra y la especie de simpatía que me inspira; hablemos de Sofía; de ella exclusivamente hemos de tratar, toda vez que contamos con breves momentos.

— Es cierto.

— Sofía habita en Madrid.

— Adelante.

— Calle de la Encomienda.

— Muy bien.

— Vive en compañía de una mujer á quien llama su madre, y, según me han asegurado, ha pertenecido á la grandeza.

— ¡Ojalá también la madre.



—Es alta y esbelta.

—Me bastan estas señas, mi señor D. Robustiano

—¡Cómo!

—Digo á usted que me bastan. Dentro de algunos meses le tendrá usted en la calle de San Honorato, en París.

—¿Será cierto?

—Tan cierto como he de descontar á usted en el próximo año los miles de duros de cuanta ganancia dé de sí el pacto recíproco que observaremos.

—¡Oh! Es usted un hombre generoso; vengan esas manos.

—Señor ....

—Vengan esas manos, y desde este momento seamos una sola alma.

—Sí, una alma encerrada en dos cuerpos.

—Media hora después que hubo sucedido este breve diálogo, Margarita y Robustiano montaban á caballo, y se dirigían por la carretera en busca de la estación de Perpiñán.

Margarita, antes que su padre la indicara que se dispusiera para el viaje, suplicó la satisfacción de ver las habitaciones del castillo y rogó á su padre con lágrimas que la dejara allí; todo fué inútil; cada momento que permanecía en la finca, Robustiano creía que eran otros tantos que le robaban de hallarse al lado de Sofía, no dejando en libertad á Pedro para que cumpliera su palabra; así es que las inocentes exigen-

cias de Margarita no fueron oídas, y tuvo que montar á caballo y obedecer á su padre.

Mientras los viajeros y dos criados que les precedían se ocultaban en los repliegues del camino y por los espesos bosques de pinos que al márgen de la carretera extendían sus ramas. Pedro y Leon, ante un cañaveral que se levantaba á espaldas del castillo, sostenían el siguiente diálogo:

—Otro negocio te ofrezco, amigo Leon, dijo Pedro.

—¿Otro? preguntó éste.

—Otro idéntico al del vizconde; otro rapto, y otros ocho mil duros. El invierno, como ves, no se presenta del todo malo.

—¿Y se trata?

—Se trata del robo de una muchacha de Madrid para mi amo D. Robustiano.

—Eres el mismo diablo. Aceptas el negocio de robar á su hija y el de robar otra de familia quizá, para satisfacer sus caprichos.

—Así es. Por manera que la acción del robo de Margarita, estando compensado con el de Sofía, como se llama la víctima nueva que se te ofrece, quedamos en paz; solamente que tú con dieciseis mil duros, y mis queridos pobres con otros tantos, para remediar sus muchas y apremiantes necesidades.

—Por aceptado también ese segundo negocio.

—No, Leon; éste debe ser el primero, para acreditarme ante los ojos del amo.

—¿El primero? Convenido.

—Pues entonces á Madrid.

—Esta misma tarde partiré de nuevo para allá.

—Te pondré por escrito cuantas señas te sean necesarias, y el contrato del negocio.....

—Eso es, repuso León; ante todo, formalidad en los asuntos.

Pedro se sentó y escribió exteusamente todo el itinerario del viaje que debía Leon emprender hasta Madrid, y el regreso con Sofía hasta París, teniendo que detenerse en el castillo.

Luego dió al viejo un papel que contenía estas palabras.

«Soy en deber á Leon, el hermano, la cantidad de ocho mil duros al presentarme á Sofia de Santa Cecilia, en el castillo.»

Dado en este en mil ochocientos.....

—La firma ahora, dijo, rubricando Pedro esta obligación. Ahí tienes todo en forma. Sabes que nuestra policía hará cumplir semejante contrato.

—Lo sé perfectamente y esto me basta, añadió León, recogiendo cuantos papeles Pedro le entregaba.

—Ahora hazlo visar por la Junta.

—Voy inmediatamente y esta tarde salgo sin falta para la Corte, á fin de regresar cuanto antes con el negocio ultimado, amigo Perico.

—Dios te favorezca.

—Favoreciéndome tú, ó el diablo, que es lo mismo, ¿á quién debo temer?

Mas tarde León se despedía de Águeda y de la vie-

ja, manifestándoles que un negocio urgente le llevaba á la Corte, prometiéndolas que las traería un par de cortes de vestido á cada una.

Aquella noche Pedro, solo en el centro de un bosque, daba un recio silbido, y aparecían en torno suyo como una docena de hombres armados y enmascarados. Momentos antes, él también se había cubierto el rostro con un antifaz rojo, y cargaba su carabina.

Uno de los enmascarados preguntó:

—¿Qué hay, hermano?

—Que esta noche debemos reunirnos en el castillo para distribuir la cantidad perteneciente á la Sociedad y abrir discusión sobre los medios de extender nuestros asuntos

—¡Al castillo! replicaron unánimes aquellos enmascarados.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

---

## SEGUNDA PARTE

---

### CAPÍTULO PRIMERO

#### **Lazos eternos.**

Terminada la primera parte, y olvidándonos de nuestros protagonistas en fuerza á la marcha de los acontecimientos, toca ya á aquellos volver de nuevo á salir á la escena, pero de muy distinta manera que lo hicieron al principio.

Pilar y Sofía, arruinadas, despreciadas y escarnecidas, sin más apoyo que el excesivo cariño de Andrés y de su hijo Miguel, pues María se había ya casado y se separó de su padre y hermano, necesariamente que en ellas tendría que efectuarse un cambio aparente y social que menoscabase su alegría y su tranquilidad.



y así era en efecto. Pilar, ignorando el paradero de su esposo, viéndose rodeada, sino por la miseria, por el aislamiento absoluto de un *mundo* en el cual había sido educada; viéndose á merced de un criado y expuesta su hija, que con la resignación de un mártir, sabía sobrellevar aquella existencia, á sufrir los rigores de una posición anómala y triste, sus hábitos característicos adoptaron una metamórfosis espantosa.

El palacio había sido sustituido por una humilde casa en uno de los barrios más modestos de Madrid; aquellas alfombras, butacas, terciopelos, damascos y sedas, tuvieron que reemplazarse por esteras ordinarias, sillas de Vitoria, lana y algodón, que era lo único que el bueno de Andrés y su hijo pudieron ofrecerles.

Así es que madre é hija las encontramos atravesando un periodo de carencia que contrastaba con el primitivo en que habían nacido.

En uno de esos días de invierno en que parece la capital de España abrumada bajo el peso de hinchados nubarrones, y que dan con su color plumizo el aspecto de la melancolía, se hallaba Sofía en una habitación blanca y sencilla, como pensamiento sublime de un ángel, examinando las cartas de César, de su querido amigo el vizconde. Al desatar aquellos papeles perfumados, en donde el amante había transmitido los impulsos de su corazón por hacer sentir iguales latidos en el de su amada, alguna lágrima vino á asomarse á las pupilas de Sofía, que, como castigo arrostrado en

aras de un recuerdo, hizo que quedasen pegadas y secas en el acto sobre el esmalte de sus mejillas.

—Ni el sólo recuerdo debe existir ya, decía la jóven mirando compasiva aquel manojito de cartas; se han sucedido años despues de aquella entrevista fatídica en que murió para siempre mi esperenza y en que él, matando en su alma todo el amor, se dejó arrastrar por el qué dirán. Sería un crimen si conservase un sólo recuerdo de César; le pereció un anatema fatídico emparentar con la familia de un presidiario; así es que, sabiendo sus padres cuanto acontecía, además de haberle yo notificado aquella desgracia, recibí el último adios ha seis años, sin que por esto dejase de amaros, pensamientos míos, dichos por él en estas cartas. Perdido el primer amor, no concebía la existencia de otra esperanza facisnadora: pero, ¡cuánto me engañé! El agradecimiento, la simpatía, ese efecto santo que tan arraigado está en mi alma, llamado sensibilidad, se antepuso al primitivo que sintiera, y creo hoy amar más á Miguel, que entónces amaba al vizconde. Miguel, pundonoroso, caritativo, angelical, que cuida de nosotros todos con asiduidad y dulzura, por sus atenciones y cariño, despertó en mi corazón un amor que creía muerto. Sí, sí: estas cartas quemar ya mis manos; deben desaparecer para no tener que sentir, el día más inesperado, el desvío y la censura de los celos en el bueno del hijo de Andrés. Adios, pues, para siempre, halagüeñas esperanzas de mi niñez; adios, juramentos de fidelidad y constancia; hoy, si bien me atesti-

guais que un día sonreía con la esperaza de ser dichosa, no puedo miraros de otro modo en este instante que con el desprecio de que he sido objeto por vuestro autor, desprecio acarreado en fuerza á las circunstancias fatales por que hemos atravesado.

Sofía lloraba, y despues de titubear por breves momentos, se dirigió al brasero que templaba la atmósfera de la habitación, y arrojó á las brasas aquellos papeles. Pronto fueron devorados por el fuego, y á medida que se verificaba aquella descomposición, añadía:

—Cenizas son ya tus juramentos, César: más tarde ni aun tendré idea que los tales existieron, para crear de nuevo el motivo de que vive una realidad.

Más tranquila Sofía, fué interrumpida por Pilar.

¡Ah! Cuán distante estaba del lujo que la rodeó; la baronesa de Santa Cecilia ya no se presentaba majestuosamente en sus salones, envuelta por la seda ni el damasco; ya no adornaba su preciosa cabellera diadema alguna, ni su alabastrina garganta collar, ni en sus dedos brillaban diamantes; Pilar vestía una falda de lana obscura, sin más adorno que un volante, una chaqueta de satén negro con trencilla y un pañuelo de seda al cuello color violeta. En sus facciones habían dejado impresa la huella del dolor, todos los sufrimientos de que era presa, y por lo tanto, Pilar había envejecido. Al ver á su hija llorosa comprendió el motivo de su llanto y la interrogó:

—Sofía, hija mía, ¿no bastan mis continuas lá-

grimas, para que velen las tuyas tus hermosos ojos?

—¡Ah! mamá, repuso la jóven, al ser sorprendida por su madre.

—¿Qué tienes?

—Que acabo de arrojar al fuego las últimas cartas de César, y con ellas todas mis esperanzas de niña.

—Ese es el mundo; de jóven se acaricia en la mente una dicha fundada en la mayor de las trivialidades, para luego, al comprender el desengaño, sufrir la tortura de aquel recuerdo que nos enloquecía: sí, has obrado perfectamente, hija de mi alma; conceptúa á César perdido para tí; él pertenecía á una familia distinguida; la nuestra, si bien lo era también, cayó sobre ella todo el ludibrio susceptible con que la sociedad maldice al ser que olvidó sus deberes, y no podía jamás quebrantar por un momento los preceptos á que se hallaba sometido. Solas, abandonadas de todo el mundo, únicamente hoy nos toca alabar á aquel Dios lleno de piedad y de mansedumbre, para darle gracias por los beneficios que nos dispensa, sobrellevando nuestra desgracia, y siendo objeto de las mayores consideraciones por parte de nuestro querido amigo Andrés, y las de su cariñoso y cumplido hijo Miguel, á quien ya amas.

—¡Oh! Sí, sí, mamá, le amo sin comprenderlo él siquiera.

—¡Pobre hija mía, qué buena eres! Pues mira, Miguel es un muchacho honrado, capaz de hacer feliz á cualquiera mujer.

—Eso mismo creo.

—Él tiene su genio y sus costumbres; pero tú, con talento, podrías llevarle por el mejor camino, porque posee un excelente corazón y unos sentimientos magníficos que le ennoblecen.

Pilar, mientras ponderaba á Sofía las cualidades de su amado, lloraba sin pestañear y tratando de ocultar el llanto á su hija. Esta, no obstante, reparó en las lágrimas que vertía su madre; comprendía que eran producidas por el sentimiento que le causaba tener que asentir á que su hija querida diese su mano á un artesano, cuando había sido admirada y codiciada por la aristocracia, y exclamó, llena de la mayor vehemencia:

—¡Es que si no es del gusto de usted Miguel, mamá mia, él nada sabe y continuará ignorándolo mientras viva!

—Hija de mi alma, no veas en estas lágrimas otra cosa que tu heroísmo y el agradecimiento por tu modo de conducirte. Repetidas veces te he hablado de Miguel; siempre te he dicho que es un excelente joven; que tú, á pesar de sus recomendables cualidades, no vas á obtener mas que una mano amiga más acentuada, sin otro mayor bienestar que el que disfrutas. Sí, esto te he dicho: si piensas que al casarte con Miguel vamos de nuevo á entrar en el gran mundo y tu situación ha de cambiar, es un sueño quimérico del cual quiero que despiertes á tiempo antes de nuevos desengaños que vayan á truncar tales risueñas espe-



ranzas. Por otra parte, á Andrés y á Miguel les debemos la vida. ¿Qué sería de nosotras sin su apoyo? ¿No se han pasado años y más años sin que Carlos nos haya escrito, haciendo interminable esa serie de desventuras, sin que del padre ni del hijo haya salido ni una frase de desprecio ni una decepción que viniera á aumentar nuestras congojas? ¿No nos aman y respetan como si nosotras continuáramos rodeadas por el oro y el fausto en que siempre nos conocieron? ¿No mandas aquí tú como si fueras la verdadera dueña de todo? ¿No se muestran complacidos en obsequiarnos y hacernos sobrellevar con la mayor alegría nuestros dolores? ¿Qué nos ha faltado en todo este tiempo? Es verdad que sus facultades son limitadas; pero su heroísmo es mayor. Pues si todo eso es cierto, y si ello ha venido á despertar en tu angelical corazón un sentimiento más sublime que el infinito agradecimiento que les debemos, ¿cómo quieres, Sofía querida, que me oponga y que mire indiferente la resolución que puedas tomar con respecto á tu casamiento? No, no, si le amas, casate; de este modo, por un lado rindes justo tributo á cuanto les debemos y das expansión cumplida á tu pasión. Ya ves como estamos; nosotras jamás volveremos á la superficie de la sociedad; el crimen de tu padre es horrible, y nos ha sumido para siempre en el abismo del olvido; todos nuestros intereses agotados; yo puedo morir, hija de mi alma; yo puedo abandonarte el día en que ya no pueda luchar, agotadas, como ya lo están,

todas mis fuerzas, y entonces ¿qué sería de tí sin un apoyo más admitido que el débil que hoy nos sostiene? ¡Oh, Sofía, Sofía! Si Miguel te brinda con su honrada mano, debes aceptarla, porque con ella, además de enorgullecer al anciano Andrés, colmas de frenética alegría á tu madre, que morirá más tranquila dejando asegurado tu porvenir.

Sofía oyó á su madre con religioso silencio: en sus facciones se veía pintada la mayor satisfacción, á medida que argüía y veía el más decidido beneplacito á sus ideas; así es que, resolviéndose á terminar el asunto que la preocupara, exclamó:

—Estoy, pues, decidida á que Miguel sepa mi resolución, mamá mía.

—¡Oh! De eso yo me encargo, Sofía, contestó Pilar, y nada temas por él, porque también por sus palabras no he dejado de comprender que sus intenciones estaban sujetas á causa del respeto que nos debe; por manera que es seguro el más lisonjero triunfo, y además, ¿no eres tú un ángel? Tu educación ¿no te pone al abrigo del mejor comportamiento por tu parte? ¿No sabe que tus sentimientos son exquisitos y que has de hacer una madre cariñosa y una esposa modelo? Si no eres rica en dinero, lo eres en virtud y caudidez, por cuyas dotes ha de comprender la verdadera felicidad á tu lado. Hoy mismo quedo yo en hacer la revelación á mi querido Andrés, á fin de que, si es posible, esta misma noche todo esto se termine. ¿No te parece, Sofía?

—Sí, cuanto antes. Pero y el consentimiento de papá, mamá mía, ¿cuándo vamos á obtenerlo?

—Te bastará con el mío, toda vez que se ignora el paradero de tu padre. ¡Ah! esto es inaudito; tanto tiempo sin acordarse de nosotras, tanto tiempo sin escribir; quizá haya perecido en aquel viaje que nos manifestara emprendía desde Barcelona. Y este solo pensamiento me horripila de tal modo, que temo me sobrevenga la muerte, porque tú, que ahora vas á ser esposa, ahora que vas á conocer el cariño más grande y la afección más expansiva que una madre tiene á sus hijos, y aún más á un esposo honrado, ha de hacerte comprender todo el intenso dolor que en mi alma experimento al asaltarme la idea de la muerte de aquel por quien hemos abandonado á los padres, de aquel á quien debemos el santo nombre de madre, y para quien vivimos llenas de alegría, sacrificando gustosas todos nuestros caprichos en satisfacción la más expresiva á los razonamientos fundados de nuestro marido. La mujer, por encumbrada que se halle, por grandeza que le hayan legado todos sus ascendientes, al encontrar esos lazos eternos que solo en el mundo la muerte deshace, siempre con dolor y lágrimas, por el placer y felicidad con que atan á dos corazones, debe la mayor dulzura, la mayor dicha y la obediencia significativa del cariño, al hombre con que Dios la unió ante su Trono en la tierra. Carlos, en su juventud, me quiso; sin embargo de sus acciones nada satisfactorias, le obedecía ciega porque le ama-

ba; no tenía más ojos que los suyos para mirarme á mí misma á fin de complacerle; luego, aquellas acciones fueron tomando tales proporciones, que á otra mujer menos virtuosa le hubiesen hecho sentir sus locuras; pero yo, á pesar de todo, lloraba, sí, pero no cesé un solo día de quererle como en el momento en que me casé. Más tarde fui madre: sus calaveradas ridículas, dada su edad, confieso que en momentos, desesperada, me hicieron mella en el alma, y creí que no era ya digno á tanto amor ni á tanto cariño como le profesaba, é hice con que tales manifestaciones de mi alma fueran depositadas en tí, querida Sofía; pero no por eso me olvidé de los deberes de esposa; no por eso me entregué á la práctica de consejos ruines que fascinan, dan plena satisfacción al orgullo, sí, pero que acarrearán mayor desgracia porque envenenan esa esencia purísima por la cual siempre la mujer ha de morir, si es que desea subir honrada á los cielos. Sé virtuosa y obtendrás justificada y meritoria recompensa, me decía, y esta voz de mi conciencia fué el prudente consejo que seguía y seguiré hasta el fin de mis días; esto no obsta para que sienta una frialdad glacial en el alma, que me desespere el comportamiento de tu padre, su abandono tan obstinado y su falsa conducta para nosotras. ¿Qué motivo poderoso le ha arrastrado hasta alcanzar nuestra perdición? ¡Aht ese amor impúdico, producido por el crimen en el adulterio y por las miras lascivas de una de esas mujeres miserables que se complacen en deshacer ilusion tras



ilusión, como desharían hoja tras hoja las flores que constituyen la aureola gloriosa de una virgen, con la impasibilidad desesperada de un goce momentáneo, sin comprender nada de santo en la tierra más que el cieno ruin de un egoísmo que acumulan para presentarse al mundo que las ridiculiza á pesar del oropel que las cubre. ¡Ah! Sofía del alma; quiera Dios que jamás experimentes en tu alma el aguijón de los cielos; cuando estos están fundados en el desprecio de tu marido, son las más agudas espinas que existen, las cuales, con sus aceradas puntas, van hiriendo paulatinamente las fibras de nuestro sensible organismo hasta que, consumido por los dolores el cuerpo, sucumbe bajo el sufrimiento que experimenta. Dios á pesar de tales tormentos, me ha hecho superior á la vulgaridad, y sin duda me tiene reservada para mayores dolores, cuando me conserva la vida; pero me lisonjea á la par con la esperanza que ha de ser mayor la gloria que pueda reservarme, viéndote á tí dichosa.

La baronesa, al concluir este relato, estaba pálida y demacrada. Su argumento, fundado en el principio más lógico, encerraba todo un poema social de transcendencia, sujeto al derecho que presta la razón y asiste á la virtud.

La esposa, mártir de su marido; complaciéndose éste en seguir los impulsos de una errónea convicción, lleva hasta el extremo su cínico atrevimiento de olvidarse de los deberes contraídos al pié de Cristo, al



unirse para siempre á un ángel de ventura por atractivos locos que se venden y por falsas caricias que no se sienten; sacrificando intereses y afectos sagrados en que ha de encontrar la madre y la esposa ofendida toda la fuerza de la ley que la ampare, al ser ciertos, como lo son, los fundamentos sociales de una comunidad progresiva y civilizada.

—¿Qué ilusiones se avivan trocando por la mentira que se sabe existe, la verdad más pura? ¿Qué tranquilidad puede experimentarse cuando en el seno de la familia ruge sorda una tempestad promovida por el desvío? El temor, la duda, los gastos que tales locuras acarrearán, aun cuando el crimen no sea conocido, son infinitos, para más tarde volver á los brazos de la esposa, siempre amable y cariñosa, en busca del lenitivo que en vano ha de hallarse en otra parte.

Pilar tenía razón: esas mujeres que arrebatan con hermosura estudiada, con medales aprendidos y llenos de odiada coquetería, con lujos debidos á las lágrimas y al dolor de innumerables familias, que quizá mueren por falta del necesario alimento que aquellas les roban, tienen seco el corazón y no comprenden nada de santo en la tierra.

Pero el hombre se entrega sin mirar consecuencia alguna, sin comprender el inmenso perjuicio á que condena á sus hijos y á su madre; cree encontrar mayores placeres fundados en lo que observa, y seducido por un afán de nuevos sentimientos, cae, sin tener idea de ello, en el más hediondo de los lodazales.

Aquella mujer que un momento turbó la mente, ha de llegar un día en que se la mire con espanto y horror, infundiendo en el ánimo de un decaimiento moral que ansíe el vigor que solo la verdadera esposa puede prestarle; el recuerdo de sus hijos, el cariño y dulzura que siempre la madre ha de emplear con su marido, aumentarán sin duda las luchas de éste, las cuales darán infaliblemente por resultado el que se descorra el velo tupido que al esposo velaba, para presentarse el cuadro conmovedor que lo componen los hijos abrazados á su madre, pidiendo al esposo y al padre una caricia de amor y un beso de arrepentimiento.

La dicha verdadera, esa cadena de flores tejida por Dios y respetada por las leyes de la fraternidad, que debemos á la mujer al contraer el compromiso de hacerla nuestra, y mientras aquélla sepa responder á todos sus deberes, estriba en el amor á la familia.

El matrimonio tiene mucho de celestial, cuando no se conoce entre los que lo componen la discordia; pero encierra maldiciones y crímenes sacrílegos cuando el hombre ó la mujer siguen distintas veredas.

Sofía consoló á su madre; pero el corazón de Pilar estaba transido por el dolor, y no había fuerza posible que lo curase.

Andrés vino en ayuda de la hija de la baronesa.

El criado no había sufrido el menor cambio respecto á su físico, si bien en el semblante se dibujaba una franca alegría y una expansión característica de la jovialidad.

—Vamos, ¿cuándo V. S. va á estar divertida? dijo el antiguo criado penetrando en la sala que ocupaban Pilar y su hija, al observar los ojos de la que había sido su señora.

—Mucho me complace que venga usted en mi defensa, repuso Sofía. ¿No es esto ya demasiado, señor Andrés?

—Sí, señorita; esto ya no tiene nombre; vamos, supongo que vuestra señoría no tratará de enfadarnos, y que sabrá cumplir con su palabra. Hoy es domingo.

—Calle, pues es cierto, dijo Sofía con alegría.

—Y los domingos tenemos aquí prohibidas las lágrimas; vaya, pues no faltaba más.

—¡Ah! mi querido Andrés, cuán merecedor no se ha hecho usted de mi cariño.

—Bueno, sí, eso ya está conocido; pero si todo el día de hoy vemos á V. S. triste ó llorosa, el baile no se realiza, y esto ha de disgustar á nuestra querida señorita.

—No, ya no lloro; ¿yo querer privar á Sofía de su mayor expansión? qué tontería. ¿por qué? Atormentándome por un recuerdo perpétuo que no merece á quien se le tributa.

—Así; eso es verdad; el barón ha sido un sujeto apreciableísimo. sí, pero indigno de tanto amor y cariño como siempre V. S. le profesa. Conque, señorita, están tocando en San Lorenzo á misa, y cuidado con penetrar en la tienda, porque Miguel está concluyendo un grabado que hay que entregar en breve, y con

la presencia de V. S. pudiera retrasar el cumplimiento de su compromiso.

—Hasta luego, mamá.

Sofía besó á su madre, y desapareciendo de la sala dijo sonriendo á aquel anciano venerable y honrado que se había abrogado las facultades de padre:

—Es usted muy malo, señor Andrés.

Pilar y el criado quedaron solos.

—Tengo que hablar á V. S., señora baronesa

—Siempre lo mismo; siempre dándome ese título, que me recuerda mi antigua grandeza. ¡Ah! Andrés, yo no soy tal baronesa, ya no soy sino una de las últimas hijas del pueblo, y ese título con que usted me favorece ya no puedo aceptarle.

—¿Qué no es V. S. baronesa? preguntó Andrés á Pilar con la mayor candidez, y luego añadió: Es verdad, no es V. S. baronesa, porque no tiene coches, palacios y gentes aduladoras que mientan una sonrisa una frase delicada y llena de intención, ni una corte de criados solapados y traidores que la vendan y calumnien; pero en cambio, V. S. tiene siempre nuestro más desinteresado cariño, nuestro cariño, más grande que todo aquel que en su inmensa mayoría decían profesaban á V. S. la generala, la ministra, la duquesa, y los engomados aquellos que se pasaban las noches enteras sorbiendo rom y jugando á cuenta del incauto barón en los salones del palacio.

—Ya lo sé, mi querido y fiel Andrés, ya lo sé. ¡Y

qué nueva viene usted á comunicarme? ¿Cree usted que yo ignoro cuanto acontece?

—¿Cómo, V. S. sabe...? Balbuocé Andrés, lleno de sorpresa.

—Todo, repuso impasible Pilar; todo cuanto desea usted decirme, y áun algo más.

Una pausa prolongada se sucedió á aquella afirmación de la exbaronesa, durante la cual el pobre Andrés sufrió lo que no es decible.

La duda de que Pilar no quisiera asentir á la unión de Sofía con su hijo, le torturaba para poder con libertad, después de lo que había oído de los labios de su antigua ama, exponer argumentos en favor de su idea, ya descubierta y prevista por la exbaronesa.

Algunas lágrimas vinieron á asomarse á los ojos de Pilar, las que fueron motivo para que Andrés dudara en el éxito de cuanto se prometía.

—¡Ah! Lloro V. S., dijo también llorando el infeliz anciano. Lloro V. S. porque entrambos se quieren; yo asimismo siento conmoverse el corazón al solo sentimiento de que esa boda no pueda jamás realizarse.

Pilar sacudió la cabeza, y miró de hito en hito al viejo Andrés.

—¿Qué me dice usted? le preguntó.

—Que Miguel ama tanto á Sofía, que temo y con razón que concluya por ausentarse de nuestro lado; V. S., señora baronesa, no puede figurarse lo que sufre, siempre callado, taciturno y melancólico; apenas sale de su taller para distraerse. Muchas noches pude



sorprenderle que pronunciaba con verdaderos arranques de frenesí y de pasión el nombre angelical de la señorita. ¡Ah! V. S. puede creerme; aquel secreto que le arrebaté, sin pasármelo por la imaginación tal cosa, me hace mucho daño, y aunque á Miguel jamás le indiqué que sus dolores tenían por objeto los que produce siempre en el corazón de la juventud la hermosura de unos ojos como los de la señorita Sofía, estuve siempre esperando una ocasión favorable para poder hablar con V. S. de que mi Miguel no fuese tan infeliz y desdichado como lo es en la actualidad.

Pilar calló; en su corazón, en aquellos supremos momentos, se libraba una lucha eucarnizada. Si algunos minutos antes parecía estar resuelta á que Sofía se casara, ahora la duda y el temor, y más que nada el ridículo puritanismo de razas, la martirizaba. Prometer su hija única á un hombre honrado, pero de humilde condición, le parecía repugnante, cuando Sofía había sido mimada con esmero y rodeada por el lujo, y tener después que unirse á un hombre falto de trato y hasta de educación, era para Pilar un sacrificio que debía arrostrar, pero que no tenía suficiente entereza para resolverse á aceptarlo.

Por su parte, Andrés todo lo conocía: observaba á la baronesa, y aun cuando Miguel no autorizara á su padre para dar aquel paso, no pudo el criado resistir un momento más sin lanzarse á indagar si le era factible llevar el consuelo á su hijo del alma, y sorprenderle con la noticia más agradable á su felicidad.

Por fin, Pilar, acatando el rigor con que el hado la castigara, exclamó resuelta y suspirando:

—Sofía no puede aspirar á riquezas; mi hija, Andrés, ya no pertenece sino á Miguel que la adora.

El viejo dió un paso atrás, lleno de sorpresa.

—¿Conque entonces, esto es cosa ha? dijo.

—Sí, sí; que se casen cuanto antes.

—¡Ah, señora baronesa! repuso Andrés. Bendita mil veces sea usía, porque con su consentimiento viene á sembrar la dicha y el consuelo en el corazón de esos dos ángeles que ya no pueden vivir el uno sin el otro. ¡Oh! corro, corro á participar á Miguel esta nueva; yo creo volverme loco de alegría; casarse, casarse mi hijo con la hija de toda una baronesa.

— ¡Miguel!

—Dispéñeme V. S.; pero es tal el gozo que experimento en este momento, que parece que lloro y río á la vez.

—Yo también estoy afectada. Perder á una hija....

—¿Cómo perderla, señora baronesa?

—Sí; después que los hijos se casan, su cariño no es tan intenso para sus padres; tienen que repartirlo entre los nuevos vástagos de la familia, y tiemblo sólo al considerar que Sofía no me ame tanto como me ama.

—Qué tontería; al contrario. Ayudádoles nosotros á que crien sus hijos, arrullándolos, se acrecentará más y más su amor hacia los pobres abuelitos. Señora baronesa, un momento; yo no vivo ni sosiego hasta

que Miguel sepa que por remate de todos sus afanes, va á obtener la mano de la que adora. Hasta luego, y bendita sea usía mil y mil veces.

El antiguo criado desapareció de la sala, dejando á Pilar preocupada por el disgusto interior que le causaba tener que resolverse á dar á su hija.

—Pobre Sofía, se decía; y parece que no sólo el agradecimiento es el móvil de su resolución; parece que es cierto que le ama, ¡Oh! sí, sí, es verdad; su inocente corazón se interesó por Miguel. Pues entonces, ¿por qué dudo? Él la hará feliz, y vivirán dichosos; de esta manera recompensó todos los sacrificios de Andrés y los hago felices. Ya no cabe otra cosa. Pero, ¡Dios mío! si algún día apareciera Carlos; si las circunstancias nos fueran favorables; si llegásemos á posar la antigua grandeza que tanto nos ha ennoblecido, ¿no sería una vergüenza que Sofía se hallase casada con el hijo de uno de nuestros criados? El hijo de uno de nuestros criados, es cierto, pero es sobradamente honrado para hacer callar los gritos de la maledicencia y el sordo roer de la crítica; pero, ¿y el mundo? ¡Ah! la sociedad, la sociedad no puede anatematizar á la madre sola, perdida y abandonada, que entrega á su hija en matrimonio para hacer feliz al ídolo de su vida, por riquezas y títulos que más tarde la enorgullezcan, aun cuando el hombre que por los lazos eternos se haya unido á ella sea un mendigo, si es honrado y virtuoso. Sofía se casará con Miguel; estoy ya resuelta.

Ya más tranquila después de esta observación, Pilar se sentó.

Dejémosla esperando el regreso de Sofia, y vamos nosotros á bajar unos cuantos tramos para penetrar en un modestísimo taller de grabador que se abre al lado de la puerta principal de la casa en que habita la exbaronesa.

La tienda era de cortas dimensiones; un escaparate ocupaba la mitad del dintel de la puerta de entrada y allí, en confuso desorden, se veían sellos terminados, chapas grabadas, planchas de metal preparado, y cuantos objetos constituyen la vida del arte de grabar. Dentro de la tienda sólo la dividía un mostrador estrecho con una infinidad de pedazos de latón, cobre, plomo y otros minerales, y detrás de aquél, á Miguel, con un buril en la mano, trabajando en un sello próximo á rematarse.

El hijo de Andrés estaba entretenido con ilimitada atención para no poder observar que un hombre anciano y decentemente vestido, se paseaba por delante de la puerta de su tienda.

—Vaya, ¡gracias á Dios que caíste! decía el artista limpiando el precioso mango de nácar del sello que tenía entre las manos.

—Veamos si ha salido perfecto.

Miguel se levantó, y cogiendo una hoja de papel blanco después que hubo empapado en una bayeta mojada de tinta la plancha del sello, la estampó en aquella.

—Perfectamente, añadió luego. «La Sociedad de la Muerte.....todo para el pobre,» dijo leyendo en el papel sobre el que el sello se había posado.

—No, pues la Sociedad esta no es que digamos agradable; pues sea de ello lo que quiera, lo cierto es que me vale media ouza el trabajo de esta mañana. Ya no podrán tardar en venir á recogerlo. Ea, por hoy está el trabajo terminado, y pensemos sólo en que estamos en pleno domingo para divertirnos. ¿Divertirnos? Pobre Miguel, ¿desde cuándo piensas así?

En estas reflexiones estaba el hijo de Andrés, cuando el caballero que paseaba por delante de la tienda penetró en ella.

—¿Está ya ese? preguntó al encontrarse el desconocido ante el hijo de Andrés.

—Sí, señor; en este mismo momento acabo de terminarle.

—No sabe usted cuánto lo agradezco.

Miguel entregó el sello que acababa de trabajar al recién venido, y éste lo examinó atentamente.

—Pruébelo usted; pero aseguro que está perfecto.

—Sí; ya se que es usted un artista de verdadero mérito; pero aun para estos les están cerradas las puertas de la gloria, si no poseen una llave de oro que pueda abrirlas.

Miguel se sonrió.

—¿Digo verdad ó mentira? Júzgue usted por sí mismo; un pobre es el ente más despreciable del mundo, por mérito que le sobre.



—No tanto como eso....

— Es decir..... Vamos, voy á pagarle á usted lo convenido, y á más deseo tomar con usted un café, si le es posible.

—No puedo dejar la tienda.

Apenas había Miguel terminado estas palabras, cuando Andrés penetró en la tienda taller.

—Vea usted; cien reales en oro y tres duros antiguos de buena plata.

—Mil gracias, caballero

—Vainos, tengo empeño decidido en obsequiarle á usted.

—Padre, mortifíquese un instante mientras acompaño á este caballero hasta el inmediato café de la calle de Mesón de Paredes.

—Anda con Dios, repuso Andrés. No porque tú no estés aquí han de salir descontentos los parroquianos.

—Guarde usted ese dinero, y hasta luego.

Miguel dejó pasar delante al caballero desconocido y Andrés, aprovechando un momento, dijo á su hijo:

—Tengo que hablar muy extensamente contigo antes de la noche, con que, despáchate á volver, y no me hagas esperar hasta la tarde.

En la fisonomía del viejo se retrataba una alegría singular.

—Bueno, padre, contestó Miguel; daré la vuelta cuanto antes, y miró al anciano con satisfacción por observar en él una alegría extremada.

Poco tuvieron que andar Miguel y su parroquiano

para llegar á uno de los cafés inmediatos á la calle en que el artista se hallaba establecido.

Servidos entrambos por un camarero, el caballero principió á hablar al grabador.

—Necesariamente que la vida en Madrid debe ser corta, si atendemos á los alicientes que aquí existen para acelerar su curso.

—Sí, no faltan, objetó Miguel.

—Y luego el afán por disfrutar de todo, el lujo que se observa, las diversiones infinitas, á cada momento nos brindan con sus excéntricos caprichos.

—¿Ha nacido usted en la corte?

—Sí, señor.

—También aprendería usted el oficio aquí?

—Después que me licenciaron del ejército.

—Hola; ¿con que también ha sido usted militar?

—Muchos años.

—La vida del soldado ofrece un conjunto de agradables alternativas; pero la juventud apetece luego entrar en el verdadero período de la moderación y de la cordura. Yo fui también soldado, pero pedí mi cuartel al Rey al obtener el grado de coronel; serví en caballería, y después me dediqué á los negocios, los cuales me han favorecido con una fortuna más que regular para tener durante mis cortos días, cuantas comodidades pueda apetecer. Sin embargo, no estoy satisfecho; soy viudo, estoy solo en el mundo y entregado en manos mercenarias, siento un vacío que me mata; echo de menos el cariño de una familia honra-

da, á la cual dejaría cuanto poseo, si aceptaran mi breve compañía. Y á propósito, una idea viene á asaltarme: usted vive en unión quizá de su padre; será usted casado, y nadie mejor que con todos ustedes pudiera acomodarme.

Miguel miraba al caballero que tales proposiciones acababa de hacerle, sin explicar el móvil que le impulsara á la simpatía que ya le profesaba. Dos militares se aman siempre. Existe entre ellos una comunidad de miras tan afectuosas, aun cuando no se hayan visto jamás y estén exentos del servicio, que habla muy alto en favor de aquella respetable clase.

¡Cuántos heroísmos no nos cuenta la historia del militarismo, debidos, en su infinita mayoría, á ese cariño recíproco que entre todos los soldados existe! Miguel, al saber que su parroquiano había sido militar, y que se hallaba solo, sin familia, principió á interesarse por él.

—Vivo en compañía de mi padre, y no me he casado todavía, contestó el artista después de una breve pausa y con cortedad.

—¿No se ha casado usted todavía?

—No, señor; pero lo raro es que no pienso jamás contraer matrimonio.

—¿Pues en dónde existe mayor felicidad que la unión de dos almas que fraternizan en la tierra hasta por una sola mirada, para subir al cielo á recibir entrambos el galardón glorioso de una dicha eterna? Yo me he casado dos veces, y nunca me he arrepentido

de ello; verdad es que mis esposas eran dos modelos perfectos de virtud. Yo espero que, en fuerza de mis argumentos, variará usted de opinión; ¿no ha estado usted nunca enamorado?

Miguel palideció después de escuchar aquella pregunta.

El desconocido hizo un movimiento imperceptible, y repuso en el acto:

—¿Se pone usted malo? Mozo, mozo, traiga usted ron.

—No es necesario, caballero.

—Vamos, no es posible que usted niegue lo que salta á la vista; usted está enamorado.

—Pues bien; si, es cierto, contestó Miguel con entereza.

Un camarero se acercó á la mesa en que el grabador y su parroquiano tomaban dos vasos de café, y les sirvió copas de ron y marrasquino.

—Vaya; sorba usted y reanímese, ya que su cara ha quedado lívida á consecuencia de mi inocente pregunta.

Miguel obedeció.

Solos de nuevo el desconocido y el artista; preguntó aquel:

—¿Y puede saberse en qué consiste su repentina afectación? ¿No es usted correspondido por la mujer á quien usted adora?

—¡Oh! si; creo que ella también me ama; pero existe entre ambos una distancia tan ilimitada, que es un imposible nuestra unión.

— Comprendo ahora su dolor de usted, amigo mío, contestó el caballero desconocido.

— Así es que el hastío que la vida me inspira, hace que la odie y la aborrezca.

— Pues el dolor á causa del hastío de la vida es el puñal más agudo que puede arrebatárnosla; pero felizmente, estoy yo á su lado para salvarle. Vamos, ¿esa joven será rica?.....

— Pobre, pobre como yo....

— ¿Pues entónce?.....

— Pertenece á una de las familias más ilustres de España; es hija de una exbaronesa.

— Y usted industrial, hijo del trabajo, contestó el desconocido á Miguel; pero eso no es obstáculo para ella.....

— ¡Ah! pero lo es para mí, porque aún existe otro motivo tan poderoso como el que le acabo de manifestar para que no pueda alimentar ni la más remota esperanza. Mi querido padre, y hasta yo mismo, hemos sido criados de los padres de mi Sofía.

— Sofía, ¡oiga! ¿se llama Sofía? Bonito nombre, añadió el parroquiano de Miguel.

Tenga usted más calma, joven, dijo después aquel hombre con el tono más convencional del mundo. Yo, yo, como usted ve, soy ya un viejo y puedo prever los desenlaces más inesperados para la mente impresionable de la juventud. Ya he referido á usted quién soy yo y hasta creo que mis aspiraciones con relación á una familia que pueda cuidarme y asistirme en



la hora postrera de la muerte; pues bien, nadie mejor que la familia que usted sostiene, según creo, pudiera acogerme y ampararme. Por otra parte, cuento con un capital más que respetable para que tenga tiempo de gastarlo, y según cálculos que doy por más acertados, bien pudiera hacer feliz á aquella familia que se apiadase de este pobre viejo. Si ustedes aceptasen y cerramos los tratos que no han de proporcionarnos riñas ni mucho menos, podría muy holgadamente legar á usted hasta la suma de cien mil duros, con los cuales pudiera realizar sus ensueños de felicidad....

Miguel contemplaba á aquel hombre, no ya con asombro, sino con estupor. Las proposiciones que había oído de sus labios le habían sumido en encontradas suposiciones, por más que le halagaba el fondo de todas ellas.

—Caballero, repuso después Miguel, no puede usted imaginarse hasta qué punto agradezco sus ofrecimientos; pero debe usted tener en cuenta que nuestra posición, la vida á que un artesano debe acomodarse, no ha de guardar la menor armonía con lo necesario y habitual á un caballero tan distinguido como lo es usted para mí.

—¿Qué tontería! ¿Acaso cree usted que yo vivo como un monarca? Por lo pronto, sí, desearía que ustedes se mudasen de habitación y á otra calle más céntrica y concurrida, y más grande, porque me sospecho que la que ustedes ocupan hoy ha de ser harto pequeña para todos. Verdaderamente, no quisiera avergonzar-

le; pero movido por mi mucho cariño hacia usted, y mi disposición decidida á protegerle, ha de dispensarme si para la muda de cuarto le entrego estos dos billetes del Banco de España, que desde luego pongo á su disposición.

El parroquiano de Miguel extrajo de una cartera el papel que acababa de nombrar.

Miguel no sabía lo que le pasaba; tan pronto se vió encendido como la amapola á causa de la vergüenza, como pálido por la emoción que la palabra y demostraciones de su parroquiano le producían.

El caballero, á quien con tanto respeto miraba el grabador, pudo conocer la situación que atravesaba su protegido; así es que instantáneamente se levantó de su asiento, y apretando las manos al artista, pagó el gasto que en el café se había hecho y salió á la calle, después de despedirse de Miguel, con su «hasta mañana.»

Miguel apenas tuvo tiempo para asomarse á la calle, recogiendo antes los dos billetes, que su parroquiano había dejado en sus manos, cuando había ya desaparecido aquel anciano tan misterioso como incomprendible.

El grabador principió á reflexionar.

—¿Quién podrá ser este ángel bendito que de tal modo me favorece? se preguntó.

Lo que más me sorprende es su afán por nuestra compañía. ¡Ah! qué idea; ¡si será este hombre alguno de los antiguos conocimientos de la baronesa, que sa-

biendo su estado, piensa indirectamente protegerla para que no sufra privaciones? ¿Si será algún comisionado por los parientes de doña Pilar, para protegerla por este medio? Pero todo esto no es posible; los amigos no se portan así en esta Babel del lujo y de la apariencia, en donde todo es poco para figurar; los parientes tampoco se desprenden de cien mil duros cuando los de la baronesa apenas cuentan con este capital. Y este caballero es franco y venerable. ¡Cuánto habrá sufrido en el mundo, porque los años y las penas le tienen ya vencido, á juzgar por lo gastado que se encuentra! El dolor, á causa del hastío de la vida, es el puñal más agudo que puede instantáneamente arrebatárnosla, según decía el coronel, y este mismo dolor es el que precipita á mi parroquiano.

¿Y Sofía? ¿Qué dirá Sofía y su madre al saber que puedo en breve ser millonario? Voy á contárselo todo á mi padre, porque ha de volverle loco, él que es tan impresionable y tan bueno.

Miguel, con estas reflexiones penetró en la tienda.

Dejémosle refiriendo á su padre lo que acababa de sucederle, y que aquél le cuente minuciosamente la escena que había tenido con Pilar aquella mañana respecto á la licencia de la baronesa para que se casara con Sofía, é ir nosotros siguiendo al incógnito personaje que había mostrado interés tan extremado en vivir en unión del artista y de su padre.

El caballero que había abandonado á Miguel en el café, vestía decentemente, y nadie hubiera conocido

en él á León, aquel viejo que se había prestado á Pedro para realizar el *negocio* que le propusiera Robustiano en el castillo del Diablo.

El viejo, lleno de harapos, era todo un elegante caballero.

Ceñía su cuerpo una preciosa levita de chinchilla oscura, un pantalón de patén claro le bajaba hasta la configuración del empeine de unas rizas botas de piel de búfalo con doble suela y un sombrero de copa, construido con arreglo al último figurín, completaban las prendas mayores del traje que vestía.

La corbata, de seda, fondo claro con ramos verdes y sujeta á un alfiler con diamante montado al aire, así como una insignia condecorativa que se veía en uno de los ojales de la solapa izquierda de la levita, daban cierta preponderancia á su figura; su paso mesurado y aristocrático hubiera engañado al más perspicaz.

Sin embargo, el lector le reconocería.

Aquel rostro enjuto y arrugado, aquel bosque de canosos cabellos le delataban ante la perspicacia del observador.

León conocía perfectamente las calles de la Corte: así es que, después que hubo salido de la de Mesón de Paredes y atravesara la plaza del Progreso, rodeando el pedestal que sostiene la bien acabada fundición de la estatua de Mendizábal, volvió hacia la del Duque de Alba, y más tarde llegaba á la que el Municipio tiene bautizada con el nombre de Rivera de Curtido-

res; pero que vulgarmente se le conoce con los de Rastro ó Américas Viejas.

Esta calle, interceptada en los días de fiesta mucho más que en los laboriosos, por miles de objetos que allí se exponen para su venta, León tuvo que ir salvando obstáculos y sufriendo pisotones, hasta que dió con la puerta de una casa de sucia apariencia. Subió los tramos de la estrecha escalera, llegando al fin al cuarto tercero, y enorgullecido del feliz resultado de su arribada á aquella habitación, penetró en ella.

—No dirá Perico que me descuido, dijo. Estas prendas son excelentes para el negocio; y es necesario que las cuide y no deseche su excelente novedad: para ello las guardaremos en esta arca.

Quitándose la levita y demás prendas que vestía, las dobló con esmero y las guardó.

—Vamos; hace solamente días que estoy de nuevo en Madrid, y el asunto del rapto se prepara en condiciones tales, que antes de fin de mes Sofia estará en el castillo y yo habré poseido los ocho mil que se han prometido. Ahora lo que importa es mi instalación con ellos; el viejo Andrés es el más terrible de mis enemigos; pero bah, ¡es tan fácil también engañarle! Las lecciones de la Roma me han valido mucho en este caso, y sería una ingratitud si yo no se las recompensara.

Este monólogo que León sostenía, iba acompañado de nueva faena; ya guardada la levita, pantalón, camisa planchada, sombrero y corbata, ya se ataviaba



con distinto ropaje. La levita fué sustituida por una chaqueta de paño, el pantalón por otro negro ordinario, el sombrero de copa por uno de anchas alas de fieltro, pero ya muy usado, y la camisa planchada y blanca por otra de color y ordinaria.

Ya en esta disposición, llamó.

—Chata, tía Chata.

La tía Chata era sin duda la dueña de aquella vivienda.

—¿Qué quieres, condenado? respondió una voz gangosa y débil desde el fondo del cuarto.

—Que se venga usted para acá.

Pronto se dejaron percibir las pisadas y el refunfunar de una vieja. Lo era en grado superlativo la que, penetrando en el departamento que ocupaba León, le saludó de este modo:

—¿Qué demonios quieres, maldecido?

—Toma, explicar á usted su nueva obligación para hoy; yo tengo que irme á los novillos esta tarde; antes debo comer en casa del tío Sapo, el de Puerta Cerrada, y si desea usted continuar prestándome sus buenos servicios, tiene usted que escucharme.

—Dí y acaba: porque me tiene pesado haberte admitido en mi casa por esta vez.....

—Pues tiene usted que tragarme.

—Bien lo sé, hijo de Satanás.

—Antes de las cuatro irá usted en casa de la tía Roma, y de mi parte se vendrá usted con el recado de de si la han convidado para esta noche.

— Bueno, objetó la tia Chata con un humor infernal.

— Si el asunto se vence sin dificultad, voy á prometerme el que usted se acuerde de mí para mientras viva.

— Esto siempre será como lo otro; si tú eres un maldecido y un tacaño, que ni pagas como Dios manda el agua que bebes.

— ¿Y usted?

— De mí no se trata; yo estoy por encima de todo el mundo.

— Es cierto; usted trabaja en negocio limpio. Así bien puede usted engordar; pero parece que un vampiro le chupa la sangre, porque está usted hecha un esqueleto.

— Bueno, bueno; cuando vuelvas de los novillos sabrás cuanto deseas saber respecto á la Roina. Esta si que engorda. Ya se ve, como que se dedica á capitanear á los rateros.

— Es natural; y usted á todos los mendigos que, sin serlo, pasan por ello en Madrid.

— ¿Y cuál es más lucrativo?

— Qué se yo.

— ¿No lo sabes, hijo de una centella? preguntó á León la vieja, encendida por la cólera; pues eso corresponde á tu negocio.

— ¿Á mí negocio? bueno estaría si yo me dedicara á esas menudencias.

— ¿Llamas menudencias á *dar garrote* á cuantos relojes se presentan al alcance de la mano? ¿Á escamo-

tear en las iglesias cuanto se pueda de pañuelos, rosarios, libros y bolsas de las devotas? ¿Llamas menudencias el engañar al pobre provinciano que por vez primera se presenta en la Puerta del Sol, para llevarle á los sitios ménos concurridos, y allí amenazarle con un puñal si no entrega todos los billetes que constituyen su vida durante su permanencia en la corte? El día que un *guante blanco* (1) eche la zarpa encima de la Roma, no va á parar hasta encima de la horca; mientras que á mí nadie puede tildarme para nada. En cambio, ella se presenta como una princesa; ella vende ricos pañuelos de Manila, y en fin, todo cuanto durante la semana le ha tocado del botín; pero teñido y vuelto al revés, no sea que se conozca; y yo, preparando *llagas*, vendando ojos, más sanos que los tuyos, y pintando heridas asquerosas, apenas puedo vivir. Es natural; desde que ese San Bernardino. (2) existe, no puede uno ganar ni para ir viviendo.

—¿Y esto acaso no es un delito como el que comete la Roma?

—No, señor. La Roma manda robar; yo solo obligo á mis chiquillos á que pidan limosna.

En todos los tiempos han existido en Madrid sociedades de la naturaleza de las que por el diálogo que

---

(1) Agente de orden público.

(2) Asilo en donde la naturalidad alberga á la pobreza de Madrid. Hoy existe además otro en el sitio Real del Pardo, en donde ingresan todos los pobres que piden limosna por las calles.

nos ocupa, va conociendo el lector. Las sentinas del vicio y el foco inmundo de todo lo malo se alberga en las capitales populosas. La nuestra, querida, relativamente supera á las mayores de Europa en estudiar los medios de sorprender al incauto y al inocente, sin embargo de que también se halla la virtud ostentando todas sus fases misericordiosas y honradas; pero los vagos, tahures, mecheras, rateros, jugadores de oficio y ladrones, se marcan más por cuanto sus acciones se hacen siempre públicas, mientras que los que practican el bien, lo efectuarán entre el silencio y el olvido, por más que Dios les ve y los premiará en su día. Por aparecer aquellos fluctuando en la superficie, creemos que predominan á estos. No obstante, el anatema con todo su rigor condena esa *industria* baja y miserable, que muchas veces (desde niños) conduce á ejercerla la impiedad de un malvado que crea y funda, reglamentando, agrupaciones de gente vaga y holgazana, para sustraer, por medio de la sagacidad, los bienes ajenos y burlando la vigilancia de las autoridades y el decoro público.

Muchas sociedades de ladrones y mendigos nos han significado su competencia en Madrid; de ellas han salido perfectos criminales que han sido el terror de comarcas enteras, y originales han sido los medios puestos muchas veces en juego para llevar á cabo sus maldades. Hoy ya, afortunadamente, después de la persecución incansable que sufren, después de las vicisitudes de una vigilancia escrupulosa, los tales van

desapareciendo, si bien todavía de vez en cuando eclipsa algún borrón el faro de la justicia. ¿Pero esto puede remediarse? Ninguna sociedad ha llegado á ser perfecta; el día que esto pudiera suceder, sería la vida y la ley que la impulsa á su desarrollo un continuo bienestar y su norma divino.

Después que se hubieron sucedido algunas preguntas y respuestas más, por parte de León y de la Chata, aquel volvió á bajar la escalera y aquella desapareció del cuarto que ocupaba, y que era el destinado para el viejo raptor.

Volvamos á la tienda de Miguel.

Andrés se hallaba ante su querido hijo profundamente preocupado; la nueva que su Miguel le había explicado le sumía en la reflexión más absoluta.

—¿Pero tú no le conoces?

—Anteanoche le ví en la tienda por primera vez, padre.

—Todo cuanto acabas de contarme es raro.

—Aquí tengo los dos billetes que me ha dejado encima de la mesa.

—¿Y qué vamos á hacer?

—Padre, es necesario ya, antes de tomar una resolución en este caso, que usted sepa nuestro verdadero estado.

—¿Qué quieres decirme, Miguel? ¿estás apurado!

—Tanto como eso no, señor, pero es preciso que pensemos en mañana. Todo cuanto gano es bien poco; las cosas están muy malas; no se halla el trabajo que



uno quisiera, y como usted sabe, he despachado al oficial que sostenía, ante la necesidad de no poder hacerlo por las obligaciones que sobre nosotros pesan. Pues bien; esto, ahora que la ocasión al parecer nos presenta una oportunidad para abrigar la esperanza de que pueda variar, opinaría que la aprovecháramos. ¿A quién podemos temer? ¿Por qué? El caballero que muestra una obstinación extremada en vivir con nosotros puede hacerme feliz; prometió legarme un capital soberbio, con lo que bien pudiera dar á la baronesa y á Sofía los goces y lujo, por el que suspiran. Además, padre, qué dicha para mí el decirla; «Todo, todo me lo debéis; he sido un pobre artesano, pero ya soy un rico y distinguido caballero, porque en el mundo se juzga por la apariencia, nada ó muy poco por los sentimientos del alma. ¿No es cierto, padre?»

—Dices verdad, Miguel, pero antes que demos un paso, es necesario consultarlas, oír las observaciones que pudieran hacer. Por de pronto, hijo mio, te aconsejo que no abandones el trabajo, porque de él han brotado todas las riquezas más positivas de la tierra. Ese caballero, á quien conoces de un modo trivial, y su conducta para contigo inexplicable, bien pudiera ser la mano invisible de Dios, que nos la tendiese para enjugar nuestras lágrimas, ó bien un castigo del cielo por nuestras muchas desgracias. En Madrid, Miguel, bien sabes que hay que desconfiar de todo el mundo.

—Sin embargo, padre, aquellas canas respetables y

su acento sonoro y cándido me pronostican que ha de labrar nuestra felicidad.

Como se ve, Miguel no aspiraba á otra cosa que abrigar en su pensamiento la idea benéfica para él de alcanzar la mano de Sofía, salvando las dificultades que para ello se le opusieran. En la promesa de un parroquiano veía el colmo completo de su dicha, por prever que en la riqueza que el anciano le prometiera reportaba infinitos goces que deseaba participaran cuantos le rodeaban, especialmente la hija de la baronesa, á fin de que su madre viese que no por la falta de medios en él y su padre, dejaban de verse ellas envueltas entre los perfumes de la grandeza. Pero el consentimiento por parte de la madre de su amada, le inundó de gozo, fundando en él toda la realidad de sus más apremiantes pretensiones. Estas fueron completamente satisfechas al oír la donación que en su obsequio estaba dispuesto á legarle su amigo y parroquiano.

Respecto á Andrés, veía en cuantos acontecimientos se sucedían una interminable felicidad: observando á su hijo contento, cifraba en ello la mayor dicha, no obstante que la promesa desinteresada del amigo de Miguel no podía satisfacerle, por cuanto los años le aconsejaban la prudencia.

El domingo aquel todo fué regocijo en la casa de Andrés. La baronesa, por vez primera, desde que vivía en unión de su antiguo criado, hasta había reído en la mesa, y su hija Sofía, ya generalizada la conversacion de sus amores ante Miguel, expresaba en su

semblante toda la alegría susceptible en un ángel al verse rodeada por la existencia de la inocencia. El hijo de Andrés, ya servidos los postres y según había convenido antes con su padre, fué el que tomó la palabra para manifestar á Pilar y á Sofía el nuevo método de vida que era preciso adoptar en vista de que un señor anciano y amigo suyo venía á vivir entre todos; adujo los propósitos del huésped y terminó manifestando que éste le había asegurado la probabilidad de hacerle feliz, entregándole cien mil duros para poder unirse á Sofía.

La baronesa se estremeció al escuchar de los labios de Miguel la última parte de su discurso.

Sofía, mirando á su amado, se dibujaba en sus facciones la expresión de la candidez, antitesis de la ambición en aquellos supremos momentos.

Andrés, enorgullecido, por más que nunca había concebido la idea de que su hijo fuese millonario, el amor de padre le llevaba á aquel extremo, fundado por un momento en la realidad del deseo.

Andrés sorprendió una mirada de esas, las más inteligentes que se suceden entre los amantes para comunicarse todo cuanto de delicado siente el corazón.

El amor casto y sucesivamente sensible es una virtud que trasciende y que Dios bendice, así como el impúdico engendra una afección extremada y deleitosa, y es un crimen cuya víctima sucumbe ahogada por la fuerza misma de la *razón*, que se orienta para defender su causa.

Ya habían sonado las cinco en la campana de San Cayetano, cuando llamaron á la puerta del cuarto en que habitaban nuestros buenos amigos.

Sofía abrió.

—Somos los músicos del domingo, señorita, replicó una voz debil desde la escalera.

—Entren ustedes, señores, dijo Andrés, yendo á recibir á los filarmónicos.

Las personas que atravesaron el dintel de la puerta eran seis, todas ellas ya en el estado de la senectud: los pobres viejos, envueltos en raidas capas, ocultaban bajo ellas antiquísimos instrumentos de metal, y fueron descubriéndose y saludando á Pilar, que acercaba sillas y hacía con que tomaran asiento.

—Muy buenas noches.

—Caramba, que día más horroroso.

—Es cierto, objetó Andrés, Miguel, trae el frasco del aguardiente, para reanimar á estos caballeros.

—Pero, señor Andrés, todavía no ha llegado nadie.... añadió Sofía.

—Como que es muy temprano. ¿Acaso no hemos de cenar?

—Pues es cierto que aún no se ha cenado. Jesús, qué cabeza la mía.

—¡Ah! señorita, cuán feliz es usted.

—Mamá, vamos á cubrir la mesa

—Sí, hija mía, contestó Pilar.

—Yo también voy á ayudar á ustedes, porque estos

pobres ancianos vienen desfallecidos, interpuso Andrés.

—Aquí está el aguardiente.

—Sirveles, en tanto preparamos nosotros lo conveniente en el comedor.

Pilar, Sofía y Andrés desaparecieron de la sala en que los murguistas (1) habían sido recibidos. Al ver á Miguel con un frasco de anisado en la mano derecha y un vaso de medio cuartillo en la izquierda, aquellos verdaderos hijos del arte se pusieron en pie.

—¡Ea! Del mejor de los almacenes de Madrid. Allá va un vaso para dar fuerza, á fin de que el aire todo de los pulmones se introduzca en la boquilla de los instrumentos y estos suenen á más y mejor.

Miguel vertió hasta los bordes de la vasija que sostenía el líquido que encerraba el frasco, y alargándolo al primero que quiso tomarlo, exclamó:

—¡Advierto á ustedes que es anisado del superior!

A pesar de esta prudente observación, el murguista que recogió el vaso de la mano de Miguel, apuró más de la mitad del contenido que encerraba.

—¡Já, já! esto parece que da vida.

—Y muerte cuando se abusa. Ea, allá va otro vaso.

Los músicos fueron bebiendo, y cuando todos estuvieron satisfechos y convinieron en que el aguardiente

---

(1) Nombre dado en Madrid á ciertos ancianos que dan serenatas en bautizos y bodas.



era de superior calidad, principiaron á hablar de los grandes maestros.

—Nada más bello que la música, dijo; ella nos sorprende con su extremada dulzura, y alhaga nuestros sentidos con delicados sentimientos. He oído á nuestros primeros maestros de Europa en sus obras cantadas en el teatro Real, y tengo hecha mi elección, Verdi es mi favorito.

Miguel, para hacer tiempo á que todo se dispusiera, tomó la palabra.

—No crea usted, interrumpió un murguista, á mí también me entusiasma Verdi; pero donde está una partitura de Donizetti, una partitura religiosa de este maestro profundo, todo lo trivial y relumbrón de Verdi no es más que una pastorela ó una mala tarantela napolitana.

Pues yo estoy por nuestros aires nacionales, dijo otro viejo, precisamente el que tocaba el cornetín.

—Y yo por el himno de Riego.

—Sí, pero todo eso, afirmó otro murguista, no quiere decir que Verdi y Donizetti sean malos.

—¿Y quién dijo eso? preguntó el amante de nuestros cantos populares. Verdi caracteriza sus notas; crea, á fuerza de estudio y de observaciones, melodías que expresan el sentimiento de la acción que se desarrolla en la obra; una buena prueba de ello es su *Aida*.

—¿La ha oído usted? preguntó Miguel.

—De cabo á rabo, como suele decirse, y á fé que

buenos empellones y excelente pesateja me costó. Pero, á pesar de todo, aquella marcha que tanto aquí en Madrid se ha popularizado y aquellos ritos brahámaticos de la pagoda, para mí no tienen el encanto de una malagueña, muñeira, jota aragonesa ó zorcico.

—¿Y qué opinan ustedes de Gultosó, Meyerbeer, Rossini y Wever.

—Yo no conozco nada de esos señores, exceptuando la célebre misa de Rossini y un *Barbero* que me han parecido superlativamente soberbios, contestó el músico que tocaba el obús.

—Pues es el tal Rossini...

—¿Qué?

—Es lo más pesado en sus motivos, y en su conjunto lo más incomprensible....

—Eso lo será para tí tan sólo, gritó el que acababa de hacer la pregunta; pero donde está Rossini todo el mundo boca abajo.

—Pues yo sigo sosteniendo que nada como unas manchegas ó unas habas verdes.

—Ya se ve, como es lo único que tocas en el repertorio.

—Basta, señores, interrumpió Miguel: cada cual aprecia al maestro según el gusto.

—Joven, una sola observación para acabar. Ve usted estos antiguos músicos viejos que censuran, critican y hablan sólo por la facultad con que para ello están dotados, pues no saben ni solfear unas malas semi-corchas.

Estas palabras del más anciano de los seis murguistas, fueron acogidas con una verdadera explosión de vituperios. El amor propio de los músicos había sido herido de muerte; tal censura de un cofrade ensobreció los ánimos de la mayoría, sucediéndose vocablos y apóstrofes más ó ménos acentuados para el calumniador, que se defendía sosteniendo cuanto había dicho.

La voz de Sofía puso término pacífico al tumulto.

— Á la mesa, señores, dijo.

Y ante semejante invitación, olvidándose de la ofensa los más agraviados, pasaron risueños á la pieza predestinada.

Acomodados los murguistas, Sofía y Miguel se sentaron la una tan unida al otro que sostenían particular conversación, mientras que Pilar, á la cabecera de la mesa, los observaba y Andrés servía.

Durante la comida, los murguistas, no imaginándose que más bien que un compromiso, una deferencia delicada les había acogido en aquel momento el amoroso seno de una familia, principiaron á disputar sobre motivos que algunos aducían acerca de la excesiva glotonería de los otros. Y así era, en efecto; dos de los artistas devoraban sopa, cocido y principio, como verdaderos caníbales sobre un cuerpo humano, después de quince días de abstinencia; los cuatro restantes se miraban sin dar muestras de disgusto, hasta que al sacar Andrés los postres y observar la ansiedad con que aquellos energúmenos, inducidos por el ham-

bre se avalanzaban á las pasas y al melón de cuelga, estalló todo el furor de los que se habían sentado con los estómagos vacíos y veían acercarse el instante de abandonar la mesa tan vacíos como al sentarse.

—Esto es insoportable, dijo uno pegando tal manotada en la mesa, que una botella hizo añicos un plato, derramando el vino que contenía aquella, sobre el blanco mantel, en el que quedó una gran mancha morada.

—No tiene nombre, replicó otro.

—Eso es excesivamente ridículo y escandaloso.

—La ambición es el peor de los vicios.

—¿Y la glotonería?

—¿Y la educación?

Pilar, Sofía y Miguel, no pudieron menos de reirse oyendo las justas observaciones de los que no habían podido comer. Pero la cosa se formalizaba; el rencor encerrado aumentaba con características muestras de una explosión inmediata. Algunos de los murguistas empuñaban las botellas y copas para lanzarlas contra las cabezas de los dos impávidos compañeros que engullían las pasas con furor, cuando apareció en el comedor Andrés con el servicio del café, lujo excesivo que se permitían aquel día para obsequiar á los músicos.

El viejo Andrés atemperó los ánimos con la promesa de que al final del baile se daría á los descontentos una cena.

Los dos músicos que eran causa del disgusto gene-

ral aplaudieron aquella promesa, demostración que les valió de sus compañeros el que fueran lanzados de la casa, por más que Pilar, Sofía, Andrés y Miguel, hicieron valer todos sus derechos.

Ya había llegado la hora del baile: la sala del cuarto preparada al efecto, se invadía por instantes de vecinos y convidados á la modesta fiesta que preparaba aquella familia honrada.

Pilar y Sofía, sin mirarse siquiera al espejo, como en casos iguales en otros tiempos hicieron, bien pronto se encontraron rodeadas por la reunión, fomentada por Miguel para hallar el pretexto de significar una vez más todos sus obsequios y deferencias á su adorada. Miguel gozaba lo que no es decible, viéndose al lado de Sofía, y para disfrutar de sus más favorecedores encantos y de la admiración de sus compañeros de oficio y amigos más íntimos, llevó á cabo el pensamiento de bailar; pero aquella idea se rodeó de obstáculos para realizarla; la habitación que ocupaba era estrecha; no contaba con la suficiente capacidad para la diversión, pero obtuvo licencia del dueño de la finca para tirar un tabique, y logró, después de mil afanes y disgustos, unir dos piezas excesivamente chicas para contar con otra que, sin ser grande, lo fuera relativamente á la predisposición de la casa.

Pilar y Sofía, educadas en la escuela refinada de la buena sociedad y el gran mundo, cautivaban con su amabilidad á la reunión que las favorecía con su asistencia, y de domingo en domingo era aquella más



numerosa; amigos de Miguel, artistas en su mayor parte, eran todos los hombres que en casa del grabador se veían; las mujeres, en su inmensa mayoría, lo eran de aquellos, y la que no participaba de aquella distracción y recreo podía muy bien entretenerse con cualquiera de los concurrentes. Alguna que otra mamá también estaba representada en el baile por esos tipos que en todas las épocas de la vida son causa de la risa mal fundada en jóvenes libertinos y de sentimientos repulsivos. Ninguno de los asistentes á la primera reunión había dejado de asistir á las sucesivas, y todas aquellas individualidades formaban una familia aparente en las felices horas que trascurrían veloces, salpicadas por más de cien notas discordantes que hacían sonar los murguistas en sus instrumentos,

Aquel Domingo, pues, era sin duda el más infeliz que había clareado para alumbrar la dicha del buen hijo, del cariñoso amante y del mayor consecuente en la reciprocidad que nos impone el agradecimiento.

Miguel no perdía un solo baile; Sofía, por su parte, no se cansaba tampoco, y como sucedía siempre, eran el objeto predilecto de todas las miradas y la base de la conversación, digámoslo así, de las mamás. Las niñas, si bien participaban de satisfacción, muchas de ellas, allá en los recónditos arcanos del pensamiento asomaba una pequeña ráfaga de envidia que en el acto desvanecía al compararse con la bella y distinguida Sofía.

La fiesta estaba en su esplendor; todos bailaban al

*descompasado* sonido de aquella orquesta de instrumentos de metal abollado, los que producían tal discordancia y tal diversidad de disparates, que más de un chusco desde la calle había increpado al que empuñaba la batuta, y se lo veía por entre cristales.

Pilar gozaba observando el risueño semblante de su querida Sofía. Andrés estaba lelo, viendo entre las demás parejas, la que formaba la hija de su antigua ama y Miguel.

En un ángulo, sentados Pilar y Andrés, seguían, con los ojos inundados por las lágrimas, aquellos dos seres entregados el uno para el otro con la vehemencia más extremada.

La satisfacción de un padre al ver rebosar la dicha en sus hijos es ilimitada; pierde su tranquilidad porque obtengan aquellos la dicha; y aun á trueque de amarguras, las aceptan con placer, por dar vida á sus adorados vástagos.

Ya se había bailado una habanera, una polka y unos rigodones, cuando se presentaron en la sala de aquella *soirée* de confianza, una mujer á quien todos llamaban la Roma y un caballero desconocido (por más que no lo es así para los lectores).

Dispensados los primeros cumplimientos y saludos por parte de la Roma, Miguel se acercó al caballero, á quien nadie conocía; al verle, se dibujó en el semblante del artista el rubor de la vergüenza, y exclamó:

—¡Usted aquí también, caballero!

—Sí, señor; aquí, guiado por mí buena amiga, por aquella señora á quien rodean en este instante dos de los músicos y una amiga.

Excusamos manifestar que aquel desconocido era León.

—Pues no sabe usted cuánto me alegro.... de este modo quedará hoy mismo terminado cuanto hablamos en el café de la calle de Mesón de Paredes, objetó el hijo de Andrés.

—Precisamente, contestó León, esto es lo que me indujo á presentarme en donde no me han llamado; pero mi carácter es una singularidad excéntrica, y atropella por todo, sin conocer fórmulas ni exigencias para lograr mi objeto; criado desde muchacho en los campos de batalla, no puedo transigir con las cortapisas que impone la ridícula sociedad. Una vez ya hablado, quiso mi buena suerte que me presentase de visita esta tarde en casa de la señora aquella, la contertuliana de ustedes, y manifestándome su deseo de asistir á la reunión que aquí se celebraba, aproveché la circunstancia de acompañarla, para ser impertinente antes de tiempo. Pero, vamos, présteme usted el obsequio de tener la honra de saludar á su apreciable familia.

El pobre Miguel estaba perplejo: por una parte, la sorpresa que había experimentado viendo en su casa, y en tal situación, á una persona á quien respetaba sin conocerla, y por otra, la excesiva pobreza que se imaginaba le rodeaba, para ser vista por caballero tan

cumplido y militar tan elevado, le sumían en confusión y temor.

León, conociendo cuanto su joven interlocutor experimentaba, y no deseando sostener en aquella materialidad é impresión, añadió:

—Pues á fé que me congratulo el haber llegado á tales horas y en tal noche, para disfrutar de una satisfacción ajena años hace de mí. Esta sencillez me encanta; aquellas cuatro luces son lo suficiente para alumbrar la virtud de cuantas personas aquí se hallan, y no torrentes de rayos para iluminar la belleza adulterada, la ancianidad ridículamente rejuvenecida y las sedas y piedras, acaso obtenidas en ilícito comercio.

—Mil gracias, caballero; pero bien puedo asegurar que cuantas personas usted ve, son honradas y pundonorosas; artesanos, hijos del pueblo, pero sublimes por sus obras y excelentes ciudadanos. Ahora tenga usted la bondad de acercarse.

Miguel condujo á León hasta el corro, que formaban Sofia, Pilar y Andrés; la Roma se había unido á algunos amigos de su confianza también.

León, con el sombrero en la mano, se llegó á todas aquellas personas, y Miguel lo fué presentando á ellas con la delicadeza que hubiera envidiado un diplomático.

El hijo de Andrés, desde su regreso del servicio, había aprendido lo que su oscura educación le negaba; viendo, observando y queriendo ser útil, supo á la

perfección un oficio; después de hombre, adquirió el indispensable trato social, en cuyos actos más solemnes no desperdiciaba un sólo detalle de la *ceremonia puesta en juego para alcanzar simpatías*; supo escribir, leer de corrido y estudió por Galdo lo que no comprendía, y se hizo con furor aficionado á las representaciones dramáticas. Conocía todo el teatro antiguo que apreciaba, conociendo las bellezas que encierra; sabía de memoria medio libreto del drama de Zorrilla, *Don Juan Tenorio*; recitaba un millón de versos de otras tantas obras del mismo género de aquella, y tarareaba el *Miserere de El Trovador* y una tercera parte de la gran sinfonía de *Guillermo Tell*; por manera que Miguel, en lo concerniente á su educación, progresaba, y estos deseos le hacían esclavo, porque al conocer á los infinitos que le superaban en todo, tenía que obedecer y afirmar, por más que su contrincante disparatase siendo atrevido, ó realmente adujese argumentos científicos que no admitiesen controversia con él.

Tocó su turno á Sofía, y Miguel, después de inclinarse ante ella, dijo:

—Mi querida Sofía, tengo sumo gusto en presentarte á este caballero amigo mío, y de quien te hablé, para que desde este momento le cuentes en el número de los tuyos más distinguidos.

—Caballero.... objetó Sofía, mirando primero á su madre y después á León; mucho me complace la lisonjera acogida que usted dispensa á mi buen amigo



Miguel, y crea usted que desde este instante me haré digna á todos sus favores y deferencias para con nosotras.

—Señorita, observo que á mí se me trata con demasiada etiqueta, y como buen soldado, no puedo menos que llamar á la franqueza y á la confianza en mi auxilio.

Pero, ante todo, y contestando cortesía por la de ustedes (todas para mí tan satisfactorias) debo principiar dando gracias por su buena amistad, de la que también me haré digno en todos los actos.

Después de esta contestación prosiguió el bandido.

—Señores, me llamo D. León de Salvatierra, y soy de la Alcarria; cuento ya con edad bastante para cargar la conciencia; tengo un capital más que regular, que pienso legar á mi querido amigo Miguel; por manera que mi compañía no es que digamos sospechosa. No se me desconoce que quiero que el pinar brote grosella, en fin, el que ustedes á primera vista me demuestren un cariño que no existe; pero fío en el tiempo, y este ha de venir á demostrarme el sentimiento cariñoso que apetezco de todos ustedes.

Los músicos volvieron á ocupar sus asientos, y principiaron en aquel momento á tocar una cosa que se asemejaba á un schotis.

Sofía y Miguel no bailaron aquella pieza.

León se sentó inmediato á la hija de Pilar.

Andrés contestó á León:

—Caballero, mi hijo nos impuso de todos los pro-

yectos que usted ha concebido para labrar su felicidad; pero yo, como padre, hasta lo excesivo en toda la extensión que tal palabra representa, no puedo ménos de hacer algunas observaciones, que usted apreciará en lo que puedan valer y significar.

Pilar y Sofía estudiaban en las facciones del traidor Leon algún movimiento que correspondiese á la duda que abrigaban respecto al espontáneo desprendimiento de aquel hombre desconocido.

—Diga usted, amigo mío, contestó el raptor al padre del artista.

—Primeramente, la donación que usted trata de legar á mi hijo es superior á toda recompensa que pueda esperar de nosotros, por cuanto siendo pobres, como somos, no hallaría aquí otra cosa que una veneración mientras usted viva y un agradecimiento perpetuo y una memoria inquebrantable después de muerto; demostraciones insignificantes ó inapreciables por la mayoría de los hombres. En segundo lugar, nosotros no estamos en el caso, á pesar de nuestra pobreza, de aceptar quizá una conmiseración que no inspiramos, toda vez que mi Miguel posee un oficio, que aunque no muy lucrativo que se diga, no por eso deja de proporcionar lo indispensable para poder vivir; ahora, si usted se resigna con nuestra veneración, agradecimiento y eterno recuerdo si le sobrevivimos, aceptando nuestra ingrata compañía en clase de amigo, estos brazos honrados y una alma generosa se abren para usted.

Andrés no podía expresarse mejor.

León respondió:

—No me era dado esperar otra cosa de usted, ni más honrado amigo.

—Pues entonces no se hable más del asunto, dijo Andrés; pero, no obstante, debe usted conocer que esta señora y esta señorita, de quien ya usted estará informado por Miguel, viven en nuestra compañía y habrán de vivir para que obtenga el único consuelo de que sus lágrimas sean enjugadas por todos nosotros.

Esta señorita es la joven predestinada para unirse á Miguel.

—Pues, señor, repuso León, nunca más honrado que en este instante. ¡Oh! Y es encantadora; la belleza de esas facciones angelicales bien claros indicios me demuestran que ha de hacerle feliz.

—Tal crecimos, contestó Pilar, que hasta este momento no había aventurado palabra alguna desde la presentación con León. Mi hija, caballero, aunque pequeña de inmodestia, es un angel.

—Sí, sí, afirmó Andrés; la señorita Sofía todo se lo merece.

—Gracias, mi querido protector.

—No, aquí no pueden admitirse esas gracias, cuando es justicia estricta la que predomina. Pues, señor, y volviendo á nuestro tema, añadió León; usted, Miguel, habrá manifestado ya mi pensamiento de tomar otro cuarto, aun cuando éste, y con esta pieza, creo

sea lo suficiente para que vivamos todos unidos, porque yo estoy resuelto á ello.

—Sí, todo está hablado.

—¿Y qué contesta usted, amigo Andrés? preguntó León.

—Que creo que aquí mismo podemos acomodarnos. De lo contrario, Miguel tendría que andar mucho para venir á la tienda.

—¿Pero usted cree que debe trabajar?

—Toma, pues está claro.

—¡Oh! sí, señor.

—En fin, no puedo oponerme á ello, porque el trabajo es fuente de virtud. Y estas señoras, ¿aceptan mi compañía? preguntó León, dirigiéndose á Pilar y Sofía.

—Con toda nuestra alma, repuso Pilar; nosotras no tenemos otra voluntad que la de nuestro protector y bienhechor.

—Pues queda sabido que mañana á las ocho mandaré mi equipaje, y con él esta pobre humanidad.

El schotis se había terminado en aquel acto.

Los músicos abandonaron sus asientos, y las parejas pululaban por aquí y allí, confundiéndose todos y hablando de promesas, juramentos, fidelidad y desengaños; parecía que la reunión tomaba ya el carácter verdadero de una noche arrobadora y voluptuosa.

León se puso en pie y más tarde se confundía (en lo que permitía la estrecha pieza) entre modistas y obre-

ros; para dar con la Roma, que exigía de los músicos tocasen un wals rápido.

—Lo tocaremos enseguida.

Los murguistas desaparecieron preguntándose el uno al otro:

—Tú tendrás sed, ¿no es cierto? Pues bajemos á la calle y echaremos un par de copas, hasta que llegue la cena ofrecida.

La Roma, al observar que León se le acercaba risueño, dijo:

—Vaya, no dirás que esto es espinoso y de difícil resolución: te he dejado el campo libre para que despliegues las guerrillas.

—Habla más bajo.

—Cana al aire y á vivir. La chicuela es vivaracha y endemoniada; como puedes observar está loca por el grabador hasta perder todo el sentido; pero tú déjate guiar por mis prudentes consejos, y saldrá á las mil maravillas.

—Sí, en tí confío.

—Toma, pues está claro, y sino bien puedes asegurar que si tú no hubieses confesado, ni áun llegabas á esta situación en un año. Ya sabes que yo soy para tí una buena amiga.

—Y más que eso.

—Ya lo creo; hubo un tiempo en que te quiso más ... pero entonces en tu cara no había asomo de arruga alguna; tus cabellos eran castaños y no blancos como ahora, tenías el cuerpo *echao pa* adelante y no eras



corcobado: y una *jasa vé...* ¿Te acuerdas del último negocio? aquel era más terrible que éste, ¿no es verdad? En aquel era necesario matar.

—Y matar á una belleza más sorprendente....

—Tá, tá, tá; ¿acaso te acusa la conciencia?....

—¡La conciencia! ¿Y qué demonios es eso?

—Fuera pensamientos tristes, y á reunirlos todos para salir del asunto cuanto antes. Ahora, como supongo que ya habrás quedado en todo para venirme á vivir con ellos, es preciso ir haciendo los últimos preparativos. Sofía, como te he dicho, es muy aficionada á las flores y al teatro. Tú debes no olvidarte de estas dos circunstancias para realizar el plan; la compras un ramito todos los días aunque te cueste un ojo de la cara; en este tiempo, trata por este motivo de ganar su mejor voluntad; de noche y después de la comida (procurando antes enterarte de las representaciones teatrales del día), principias á hablar de comedias y de dramas; ensalzadas las proporciones literarias de cualquiera de las obras, les muestras empeño en obsequiarlos á todos; ellos aceptarán sin remisión, y cuando ya no dejes duda alguna de que la profesas una amistad desinteresada, y cuando observes que la chica tiene falta de algún vestido de lujo y de muchos *zimbomborios*, como siempre sucederá, porque Miguel apenas gana para mantenerlos, tú, cualquier tarde te muestras dispuesto á comprar á Sofía el traje de novia como quien dice: ¿qué mujer de las cualidades de Sofía se resiste, cuando se la manifiestan de-

seos de comprarla un vestido de novia, para que no salga de casa en unión de un huésped, y un huésped nada dudoso por la edad, y ya conoció lo por sus sentimientos? Su misma madre, y hasta Miguel, la obligarán que salga á tiendas contigo.

—Eres una joya, repuso León ébrio de alegría.

—Entonces tú tomas un coche, te vienes directo á la sucursal de mi casa, al cuarto que tengo alquilado en la calle de Ministriles; como la apariencia de esta casa no es nada favorable, quizá ella muestre repugnancia en subir, pero tú la dices que allí vive una amiga preñada que tiene por docenas los mejores cortes de vestidos y más baratos de Madrid. No tengas cuidado, que ella subirá si le dices esto. Ya arriba, y yo dispuesta en el cuarto inmediato, me hago la encontradiza, la convidamos, y en el vaso en que beba se le echan un par de gotas de aquello que tú sabes, y asunto concluído. De noche al tren con ella, y cuando recuerde y vuelva en sí, la tienes inmediata al Castillo, contando, como contamos, con Perico en el ferrocarril.

—Perfectamente.

—No te olvides de las flores. Pero silencio; el baile principia de nuevo; yo me retiro, porque esta madrugada tengo que pagar á la gente. Hasta mañana, y piensa en el compromiso que tienes contraído conmigo.

—¿Te he faltado jamás?

—Pero bueno es recordate que me vas á deber dos mil duros.

—Te serán pagados por tus servicios en cuanto yo me halle en salvo.

Sofía y Miguel no habían reparado en el diálogo que acabamos de oír, ensimismados el uno con la otra.

Ya bailando Miguel, le preguntó á su adorada Sofía.

—Y ¿qué te parece nuestro protector?

—Amable y fino hasta la exageración. Me sospecho que él viene enviado por la Providencia para acelerar el día de nuestro casamiento.

—Y tu mamá ¿qué dice? ¿No es cierto que hoy parece que aquella acostumbrada tristeza marcada en su semblante va huyendo?

—Mamá, viéndome feliz, conociendo que su hija idolatrada está risueña y contenta, también sacrifica sus disgustos para no acibarar la alegría de la que ama y respeta.

—Desde mañana, ya nuestro protector vivirá en nuestra compañía.

—Y desde mañana trataré de quererle y respetarle con mayor veneración, si cabe, que la que me inspira el más anciano y amigo tuyo, el bueno de Ambrosio.

—Bendita y bendita seas, ángel de mi alma. Dios, que vela siempre por las almas sin ventura, nos confía una dicha inagotable de placeres.

—Ya verás lo felices que seremos, añadió Sofía. Yo, cuidándote con esmero, cuidando de nuestros hijos, y tú trabajando para obtener lo necesario, tejéremos la mejor aureola para la frente de nuestros dos pobres viejos, que ya no viven hasta unirnos cuanto an-

tes. Yo tengo para mí que la vida de casada, esa vida íntima en que se confunde la sangre en un solo vaso, ea el de la dicha y placer de los hijos, ha de ser el mejor sendero sembrado por los purísimos aromas con que Dios se complace derramando sobre los que contraen aquel vínculo y le siguen, con la armonía y la paz de los angeles. ¡Amarse eternamente, adivinar en la mirada la precisión de un deseo, satisfacerlo con verdadero cariño, y aun el más minucioso estar en el acto representado con la mayor dulzura! ¡Ah! Miguel, la fuerza de dos almas unidas para siempre, pero dos almas candorosas y puras, no pueden jamás dudar de la misericordia de Dios. Si no podemos salir de este estado, acomodándonos á él y resignándonos con tal suerte, contentos y felices, sin exasperarnos nunca ni arrepentirnos, sobrellevaremos con paciencia, entre caricias y besos de los hijos, las lágrimas que podamos derramar al observar las faltas que puedan torturarnos; si cambiamos, mejorando de posición; si algún día cesa la parca del destino su rigor extremado para con nosotros, con idéntico amor, con frenesí igual, con que el uno viva para el otro, procuraremos que el mundo nos mire con envidia, y procuraremos que la sociedad nos señale con el dedo diciendo: «Esa es la pareja más venturosa de la tierra; se idolatran con el sagrado amor de la más tierna inocencia. No tienen ídolos más venerados que sus hijos; van formando de ellos hombres científicos para que en su día nos ilustren con el talento que cuidadosamente van cultivan-

do; dejadles paso á través de la maledicencia y del engaño, y tributémosles la consideración y simpatía que se merecen la caridad y la virtud.» ¿No te alegraría, queridísimo Miguel, que representases en el mundo el modelo perfecto de un ejemplo refulgente, y tus descendientes te recordasen para dirigir una oración por tu alma?

—Tú, sola tú, repuso Miguel, puedes hacer que realice tan justas aspiraciones.

Pobre Sofía, al expresarse en aquel sentido, al dejar en toda su extensión que hablara el sentimiento, ¡qué poco se imaginaba que momentos antes la traición y el crimen fragnaban contra su inocencia el plan odioso de un rapto!

Por lo demás, en la dicha que concebía, amándose dos seres unidos ante el ara del altar, no podía ser para ella más extremada ni más llena de encantos, y en efecto, la comprendía con verdadera realidad.

¿En dónde existe mayor expansión de sentimientos? ¿En dónde existe mayor consuelo, reclamado por las vicisitudes de la vida, que en los amorosos brazos de una compañera solícita ó de un hombre sensible? El lazo del matrimonio, santificado por Jesucristo, respetado por los hombres sociales y pundonorosos, no puede jamás, sino apelando á la calumnia, presentarse ante nuestros ojos como una coyunda humillante y de castigo.

Respetado el principio que nos proponemos desde el día en que sentimos la unión como medio autoritativo—



rio y justo para cambiar de estado: persistiendo en aquella idea, expresión del alma enamorada, y robusteciéndola con mayor orgullo, no puede en la tierra la esfera de nuestro bienestar ensancharse, porque ha llegado á todos los límites.

Mientras Sofía y Miguel, bailando, se hablaban de la felicidad futura que entreveían para colmo de todos sus afanes, Pilar y Andrés, que no habían perdido ni uno de los movimientos de la Roma y de León, recibieron á éste con marcadas señales de complacencia, pero ya Pilar con cierto presentimiento nada satisfactorio.

La Roma se había despedido y abandonado la sala del baile.

León fué interrogado por la madre de Sofía.

—¿Hace mucho tiempo que está usted en Madrid, amigo mío?

—Desde que pedí mi cuartel en el año 49, contestó impasible León.

—¿Y desde esta fecha conoce usted á doña Filomena?

—¿Quién, la señora que acaba de despedirse? Sí... es decir, no precisamente desde hace tanto tiempo, pero poco menos.

Aquella respuesta no satisfizo la curiosidad intencionada de la baronesa.

La amistad de la Roma con la familia de Andrés no descansaba en base de la mayor confianza. Sofía la había conocido en un baile, al que concurrió con Mi-

guel y su padre, y desde aquella noche la tal mujer se llamaba amiga de la casa. Sofía, por demás inocente, le confiaba algunos secretos sobre sus futuros pensamientos respecto al hijo de Andrés, secretos que la Roma vendió á León al presentarse en Madrid y manifestar el objeto de su presencia en la corte.

Pero, á pesar de aquella franca alegría, de aquellas repetidas protestas de aprecio con que doña Filomena (nombre con que Andrés y demás llamaban á la Roma) significaba su consideración á Sofía, la madre de ésta, por ese misterio incomprensible que sentimos, mostraba siempre cierta repugnancia al trato con aquella mujer. Nadie había averiguado cómo vivía; sólo sabían por ella que había quedado viuda y se dedicaba á la compra y venta de ropas, tráfico que no la satisfacía por el escaso rendimiento que la reportaba. Por este motivo doña Pilar, mirando consecutivamente con prevención á aquella mujer, dirigió la pregunta á León extrañando que la conociera y promediara una amistad antigua con el coronel. Andrés, algún tanto susceptible, y celoso en extremo por la ventura de sus hijos, participaba asimismo de las opiniones de su antigua ama, y afirmaba, cuando de la Roma se argüía, cuantos argumentos á la baronesa le asaltaban.

—Pues á nosotros, amigo don León, no nos parece la tal señora muy simpática que digamos, respondió Pilar, después de la respuesta que diera aquel á la pregunta de la baronesa.

—Sí; no crea usted que para mí lo es más; la doña Filomena es un verdadero logogrifo.

—Oiga, ¿también para usted es un misterio su vida, después de tantos años como usted cuenta con su amistad? repuso Pilar.

—Verdaderamente que es extraño; pero qué quiere usted, señora, la encuentro siempre tan de tarde en tarde.

—¿Pues no frecuenta usted su casa?

—Sí, pero voy á ella de año en año, repuso León después de una brevísima pausa.

Andrés miraba de hito en hito al supuesto militar, y á pesar de la sangre fría con que León contestaba, pudo observar en él una pequeña alteración en sus facciones que no le revelaron desde aquel momento la mayor confianza.

Pilar, no queriendo perder aquella ocasión que le proporcionaba el deseo de ver confirmadas sus sospechas, contestó:

—Es particular; pues voy á serle á usted franquísima, como siempre acostumbro. Doña Filomena podrá ocultar los más sanos pensamientos, ella observará una conducta intachable, sabrá cumplir hasta la exageración con los deberes que á toda mujer decente impone la sociedad, pero no me merece sino repugnancia.

León se apresuró á preguntar.

—¿Y por qué, señora?

—Sus maneras poco cultas y por demás vulgarísimas, aquellos ojos atravesados y su modo de mirar, la

delatan. Usted dirá que aventuro un pensamiento sin visos de realidad, fantástico, si usted quiere; pero tengo aferrada tal idea y mi corazón me augura que su amistad es perjudicial. Dispénseme usted si yo exagero; pero se lo tengo dicho á Sofia y hasta á mi querido Andrés y á su hijo.

León se mordía el labio inferior, diciendo para sí:

—Principian á sospechar, y esta señora verdaderamente es aún más temible que el viejo.

Luego que hubo terminado la baronesa, León como para desvanecer aquel presentimiento fundado en lo poco halagüeño que era el juicio formado por Pilar de la Roma, repuso:

—Efectivamente, señora.

Después de esta lacónica respuesta y deseando dar distinto giro á la conversación, aprovechó la feliz circunstancia de que el baile iba á terminarse para decir:

—Esto parece que se acaba.

—Sí, creo que los músicos tocan el cotillón, objetó Pilar, no sin hacer ciertas reflexiones acerca de la conducta de aquel hombre, cuyas ambíguas respuestas la sumía en mil dudas y mil contrariedades.

Las parejas, impulsadas por los acordes que formaban las rápidas notas que hacían sonar los murguistas, se confundían y no hallaban suficiente espacio para todas las evoluciones precisas en aquella danza. Los unos atropellaban á las otras; risas inocentes de ellas demostraban que la embriaguez de la más loca alegría rebosaba de sus corazones; los músicos, á pesar de su

edad, entusiasmados por el efecto que producían sus soplidos, se esforzaban en que los sonidos fueran más rápidos para que igual efecto produjeran en las parejas que bailaban, si nó volaban.

Pilar, Andrés y León tuvieron que abandonar las sillas en que estaban sentados para dejar más terreno á los bailarines.

La sala, ya de suyo invadida por una atmósfera pesada, lo fué instantáneamente más á causa del polvillo que, á través de la estera ordinaria, subía desprendido de los ladrillos. Las luces fueron paulatinamente perdiendo su intensa claridad, para envolver á todos los concurrentes en una especie de velo rojo y sutil que daba á aquel animado cuadro el aspecto que concibe la mente al recordar una fantasía agradable. Allí todo era confusión; las mujeres, bailando el cotillón, se olvidan de sí mismas, ignoran si existen, son en muchos casos cuerpos excesivamente llenos de vida, pero muertos.

Más tarde, aquella sala era ocupada por el más sepulcral silencio, y la más profunda obscuridad.

---



---

## CAPÍTULO II.

### **La isla desierta.**

Entre las tres mil millas que separan á Liverpool de Nueva-York, hacia el S. E. del Banco de Terranova, y como brotado de un mar agitado constantemente, se alza un islote, ó mejor dicho, un extenso promontorio de peladas rocas como de una extensión de media legua. Allí la naturaleza depositó toda suerte de ingratitudes, y la economía del cuerpo animal pierde su fuerza, en rigor á la carencia de alimentos fructíferos y eficaces para el desarrollo de la vida.

Aquella isla, porción de tierra quizá aposentada encima de millones y más millones de pólipos, plantas de coral y conchas de mariscos desconocidos, oculta á la vista del navegante, no era habitada sino por un sinnúmero de monos que amenazaban invadirla con la procreación de un conjunto superlativo. Á la vista de esta isla desierta hubo un día que apareciera una nave.

¿Qué móvil poderoso guiaba la mano callosa que

empuñara el timón para hacerla virar hacia ella? ¿Qué impulso de extraño misterio ordenaba que las velas desplegadas se sujetasen en dirección del aire sutil que soplabá hacia allí? La vía para Londres tenía marcado su derrotero algunos cientos de millas más allá. Una nave tan ligera, navegando por aquellos mares borrascosos casi siempre, y más aun en las estaciones del año más fatídico para el marino, era extraño y sorprendente.

Á no ser que una borrasca la desviara del camino, no podía dirigirse hacia aquella isla desierta, á cuyas peñas no se encaminaba buque alguno jamás, por el temor de zozobrar y perecer. Por otro lado, aquel punto seco é inmóvil no ofrecía conveniencias de ningún género; el primer marino que desde cubierta pudo apreciar el estado en que la isla se encontraba, la declaró despreciable é inconveniente, y desde entonces no había sido vista otra alguna embarcación en torno al circuito del promontorio. Sin embargo, la goletilla aunque distante aún algunos nudos, parecía como afanada por arribar allí.

Ni una sola esperanza podía alimentarse de ver jamás tras aquella aglomeración de peñas que nacían una sola colina de fértil ladera y poblada cumbre; mar y solo mar inmenso, inconmensurable, abarcaba la mirada por todos lados.

El ser humano abandonado en aquellas soledades bien pudiera llamarse infeliz.

Sólo los monos con sus chillidos turbaban la paz

que allí reinaba, lúgubre y fatídica. De vez en cuando también el agua, en gigantescas olas, venía á azotar con ímpetu y fiereza las rocas de los costados, rocas cubiertas por ese moho resbaladizo, y en donde se aferra la ostra y sobre el que vive el cangrejo y se desarrolla el molusco.

En aquella latitud del globo, las brumas son harto frecuentes y los chubascos temibles, y por consecuencia experimenta cambios tan rápidos la atmósfera, que los marinos, aun cuando nunca se aventuran á salir de su derrotero para inclinarse hacia el Sudoeste, tiemblan siempre al observar en el cielo el anchuroso manto que por allí la cubre con colores harto tristes y tenebrosos. Días hay en que la brisa juguetona refresca el ardoroso semblante con placer, en que la calma renace de repente para dar descanso al fatigado marinero de las maniobras empleadas momentos antes, á fin de librarse de una inminente catástrofe burlada por su afán y su pericia; pero la calma aquella, el éxtasis de alegría y de ventura es más terrible, si cabe, que la tempestad misma. La brisa benéfica, aquel soplo regenerador que alienta y vivifica, de pronto se trueca en huracán formidable; la nave mecida con amor, es lanzada cual paja débil, de ola en ola que la remonta y la sumerge. Las nubes negras que flotan por el espacio se abren y dejan caer el agua que más allá chuparon; el rayo atraviesa recto en todas direcciones; la borrasca se hace imponente y la débil embarcación, despedida por el viento, per-

dido el timón y la indispensable brújula, va á estrellarse quizá contra algún escollo ó promontorio.

La velocidad con que navega un buque impelido por el huracán de una tormenta, la compara un escritor á la cuádruple marcha de una locomotora á todo vapor.

Infeliz marinero, solo, en lucha constante con los elementos, y por recompensa acaso, después de años y más años, la tumba anchísima de los mares, la desesperación eterna de volver á encontrar tus miembros, sin la dicha siquiera de adornar tu sepulcro con la siempréviva del amor, expresión sincera de un recuerdo; sin esposa que en áquel trance fatal te acaricie, sin padre que te cubra de besos, ni madre que te consuele, es digno de general aprecio: tu valentía y tesón son nobles cualidades que te enaltecen, porque ensanchas las vías de la riqueza, das sostén á la industria, desarrollas el comercio, y aunque mueras entre tinieblas, aunque tu cuerpo desaparezca, allá en la memoria vives, allá en el pensamiento brota siempre una plegaria para que se salve tu alma.

Ya el sol extendía sus débiles rayos sobre el espejo inmenso en donde se refracta el color ténue de las nubes, cuando en lontananza se presentó á la vista de la isla, como llevamos dicho, una nave, que, á juzgar por su aparejo desplegado, carecía de hélice: surcaba sin violencia la tranquila agua del mar caprichoso que promedia mucho antes de Liverpool, saliendo del puerto de Hudson y hacia el fin del faro de Sire Irland, sa-

liendo de la costa de Log Island. Aquella nave era una estrecha goleta, como de unas veinte toneladas, sus dos mástiles robustos y seguros, su cangreja, mesana, trinqueté, cuchillos, foques y botalones, parecía se alzaban del agua con majestad para perfilarse con todos sus halagüeños contornos y dejar ver sus vaivenes como linda coqueta en medio de un salón.

Esta parecía la risueña perspectiva que ofrecía el mar; tal era la tranquilidad de la brisa que lamía suavemente el agua sin fuerza para moverla apenas, y aquella calma, en medio de su bienestar, infundía pavor por la velocidad de los elementos.

La goletilla tenía izada la bandera inglesa, y orgullosa de su buena construcción, apenas hendía su ligera quilla el líquido que la sostenía, y por lo cual parecía inmóvil, cual blanca gaviota sobre la superficie.

A continuar la bonanza del tiempo primoroso en el rigor del invierno, que la goleta alcanzara al salir de Liverpool para Londres, hubiera tenido un viaje feliz; pero fué sorprendida por la tormenta y el huracán; la costa ofrecía una rada que ganó diligente, y al reinar de nuevo la tranquilidad, se hizo á la mar; navegó felizmente hasta que otra vez presentándose un tifón maldito, estuvo á punto de sumergirse, y fué desviada del derrotero, alcanzando cientos de millas hacia la isla de Sudeste.

El día favorecía á la tripulación de la goleta; la calma vigorizaba despues las fuerzas perdidas, y desplegadas las velas para su seca, marineros y clases, es-



peraban el viento indispensable para volver al camino que se había perdido.

La isla, iluminada por los rayos vivificadores del astro rey, dejaba de aparecer tan melancólica en su perspectiva como se creía en días nebulosos y aun en los de claridad; aquellas pobres plantas, ajenas á todo sentimiento humano y de cuidado, reverdecían con el tinte de la esmeralda. Allá, á lo último de una escarpada peña, eminencia que dominaba el promontorio, el día en que la goleta se presentara en sus inmediaciones, parecía desde lejos que se agitaba un sér extraño. Tal era su figura, que hubiera motivado la curiosidad, aun del más indiferente. Un tronco alto, cubierto todo él por un conjunto negruzco y raro, sin participar de género alguno de la especie viviente, unas formas disformes en su estructura, daban á aquel animado cuerpo cierto terror infundido por lo sorprendente, que le hacían repulsivo y temeroso. Sin embargo, algo predisponía á creer que hombre ó fiera marina era aquella masa subida á la peña, porque se movía con inusitada violencia hacia la pequeña nave que tenía ante sí.

Hombre no era creible. ¿Cómo hubiera podido sobrevivir en aquella isla? Fiera no era probable que lo fuera, porque, sin razón para poder apreciar el valor de la goleta, no trataría de llamar á sus tripulantes.

¿Qué era, pues, aquello?

Un ser de la especie humana; un desgraciado naufrago transformado por la carencia de lo indispensa-

ble en la última y degenerada clase á que pertenecía.

Con la cabeza hinchada, el cuerpo negro por los golpes que en una noche de tempestad recibiera contra las aceradas puntas de aquellas rocas malditas y bienhechoras, sus brazos escuálidos y extenuado todo él por el hambre, sin ropas y cubierto solo por anchas hojas secas, que le preservaban del frío y de la lluvia torrencial, inducía á caer en la duda más obstinada, conjeturando sobre su origen.

Muchos días aquel hombre viviría así, porque, ya aclimatado, curtido entre aquellas rocas, lo superficial de todo ser habituado á la sociedad, había sufrido un cambio tan acentuado, que no dejaba huella alguna de haber nacido entre los demás de su especie. Sus comodidades lo eran las que puede proporcionar una peña horadada y carcomida quizá por la chispa eléctrica; un hueco de la longitud de tres metros escasos, por cinco de latitud, era la casa predestinada por el infortunio para vivienda de aquel infeliz, sin más abrigo que hojas y más hojas. Á pesar de aquella soledad espantosa, veíase en el centro de la vivienda un producto de la inteligencia humana, un objeto raro en aquel sitio y vulgar entre la sociedad; al lado de aquel nuevo Robinsón, y sirviéndole de asiento, tenía un barril vacío. Lo desconocido de aquellos lugares abandonados y de aquel morador solitario, merecen un detenido estudio.

Todos sabemos cómo van formándose esos islotes que brotan de los mares; cómo suben de su fondo á la

superficie, que llegan á dominar, esos millares de indefinidos seres animales, plantas, los que jamás cesan de trabajar para ofrecer al hombre nuevas regiones habituadas á su condición y organismo. La Australia, en nuestros días, es una prueba la más inequívoca de la grandeza y de lo sorprendente de la actividad de tales seres. Antes que el hombre llegue á habitar las nuevas islas, el reino vegetal, producto mismo de su estructura, se apodera de la corteza terrestre para desarrollarse en ella; las aves marinas inician al animal, y reformando sus clases, llegan á ser diversas é infinitas, y también los reptiles desde los primeros momentos aparecen, constituyendo todo el primer periodo de existencia.

En la isla de que nos ocupamos los monos eran los verdaderos dominadores de ella; el chimpanzés, ó trogloditas (como lo llaman los griegos), era la especie de mamíferos más abundante. No por esto dejaban de habitarla los sapajús con todas sus divisiones, como nos los presenta el naturalista Gozlan; los titís con su preciosa piel amarilla, dorada y gris por debajo; pero estas distintas especies sufrían una horrible persecución por los chimpanzés, raza de hombres salvajes (nombre con que los antiguos los designaron) que bien pudiera decirse que eran los verdaderos dueños de aquella pequeña extensión. Geoffroy Saint Hilaire y Pizzeta dan á los chimpanzés, la superioridad á todos los irracionales, porque su figura y organización está más en contacto con la del hombre.

El parecer de estos dos sabios está demostrado hasta la evidencia; los infinitos ensayos y observaciones lo atestiguan cada vez más: el chimpanzés tiene tan largos los brazos como los del hombre, aun cuando le bajan hasta las corvas; las piernas, con sus pantorri-llas, los dedos de las manos y de los piés guardando las mismas dimensiones relativas que en el racional y las uñas aplastadas, le hacen aparecer con organiza-ción de miembros perfectos. Además de estas circuns-tancias, su postura vertical más que la de los otros monos; su cara, orejas y palmas de las manos sin pelo alguno y sin callosidades en las nalgas, son vivos re-flejos de la más sorprendente imitación. Por otro lado, la inteligencia del chimpanzés es sobrenatural, atendi-do su linaje.

Muchos historiadores afirman que el chimpanzés es un enemigo formidable del elefante, á pesar de su es-tatura (cerca de cuatro piés).

Aun cuando estos animales habitan las selvas del Congo y de la Guinea, en África es donde habitan en mayor número.

Una mañana, mucho tiempo antes que la goleta que ligeramente hemos descrito hubiese aparecido ante la isla, aquel pobre náufrago, abandonado y sólo entre escarpados riscos, hubo de ser acometido por cientos de chimpanzés, que, gesticulando, trataban de devorar-le para con el festin que se prometían, dar rienda suel-ta á su apetito desordenado.

El hombre así envuelto por sus enemigos, temblaba

conceptuándose perdido, sin armas para defenderse, cuando, apelando á un recurso extremo y desesperado, pudo alcanzar la superioridad en aquella contienda que pudiera haberle sido fatal.

Un montón de piedras se encontraba providencialmente á su lado, que pudo asir con vertiginosa rapidez, y apuntando á uno de sus feroces enemigos, la disparó con la mayor fuerza sobre él, el cual dió un grito desesperado y cayó bañado en sangre, huyendo los demás cobardemente y señalando con la victoria completa, el triunfo del Robinsón.

Los chillidos se perdieron entre las cavidades de las rocas; poco después volvió á quedar todo en silencio, silencio interrumpido por el aleteo de las aves que se disponían á devorar el cuerpo del herido chimpanzés. Lo hubieran conseguido sin dificultad alguna si no saliese tras la peña que guarecía al náufrago y no lanzara este un guijarro entre ellas. Al estrépito que causó la piedra al dar contra otras amontonadas, aquellas aves remontaron su vuelo y quedaron ocultas en los confines del horizonte. Soledad y espanto reinaron de nuevo en torno del débil enfermo, que, fatigado y doblemente rendido, cayó á los pies del chimpanzés.

La muerte del náufrago era inevitable; la calentura inundaba con el fuego mas devorador todo su cuerpo; la frente sudosa y pálida pronosticaba la evidencia de una catástrofe para su existencia. Los auxilios de la ciencia le salvarían, porque no habia sufrido



ningún detrimento, sólo la debilidad, sólo el temor y el sobresalto le iban á privar de la vida.

Entre el ruido propio en una respiración violenta, el pobre enfermo y abandonado oyó la misma que aun conservaba el animal que tenia al lado.

Olvidándose de sí mismo aquel hombre, procuró, arriastrándose, aproximarse hasta llegar á observar al chimpanzès.

—Tiene aun vida, dijo aquel hombre. ¡Oh! salvémosle, salvémosle: quién sabe si su agradecimiento será causa de que yo pueda conservar la existencia que principia á abandonarme.

El náufrago despedazó una porción de sus ropas, la suficiente para comprimir el cráneo del animal, que respiraba con fatiga, y luego, levantándose convulso y llegando á las plantas de cuyas hojas comió sin detenerse á reflexionar las consecuencias, formó un manojo, acercándolo á los labios del mono. Este también, comiendo todas ellas y abriendo sus ojos ensangrentados, dió principio á su agradecimiento por lamer las manos bienhechoras que se las habían traído.

Esta situación precaria y afflictiva hubo de prolongarse durante todo aquel día de fatigas y de angustias, reproduciendo el hombre la misma operación de atar la cabeza y restañar la sangre del chimpanzès y llegarle á su boca las hojas alimenticias. Aun cuando la substancia que contenian no fuera lo suficiente para sostener el vigor de un cuerpo humano, después que su masa caía en el estómago, el náufrago observaba un

alivio relativo, que trataba de afianzar mascando y comiendo de aquel providencial alimento.

La noche, con sus sombras, vino á cubrir el horizonte, y con ellas también á aumentar el temor de nuevas desgracias en el ánimo sobreexcitado del hombre. Así es que concibiendo el pensamiento de ponerse él al menos á cubierto contra cualquiera otra tentativa de los monos, ó de un golpe de mano de gentes extrañas y feroces, pudo llegar á una cavidad que observó muy cerca de un charco de agua dulce inmediato al sitio en que se hallaba. Bendijo á Dios que tal vivienda, aunque por demás lóbrega é incómoda, le ofrecía, y después de haber amontonado piedra sobre piedra en la boca de aquella cueva, y convencido ya de hallarse oculto á las pesquisas de cualquiera de los enemigos, se durmió. Su sueño fué angelical; en su pensamiento aparecieron risueñas figuras fascinadoras y llenas de un encanto sin igual para él. Las veía abrazadas y ante sí en súplica de una caricia que mitigase el dolor y la pena que le tenían consumido. Una mujer, tipo perfecto de la virtud y del heroísmo, se destacaba de un fondo de raso azul: una vírgen de las que rodean el Trono en que se sienta María, cubierta por el cendal de la pureza, le invitaba á que se acercase á aquel grupo celeste. La presencia de aquellas mujeres hubo de fascinar al náufrago, porque en sus facciones pálidas se dibujó una sonrisa que se estuvo hasta que, abriendo los ojos y queriendo correr hacia aquel grupo, echó de ver la realidad del estado

que tocaba y la ilusión producida por un sueño benéfico y consolador.

—¡Ah! todo mentira, dijo; soy sólo un miserable que me creía rodeado por éllas, por éllas sensibles y generosas, y me encuentro preso entre estas rocas ásperas é ingratas, castigo justo y merecido por la perversidad que loco abracé sin pararme á examinar los razonamientos que se me argüían.

El día viene de nuevo á iluminar mi desgracia. Estoy sin calentura; desharré estos montones de piedras, y veremos en qué estado se halla mi compañero. ¿Qué islote será este? ¿En dónde me hallaré? Si algún buque se acercase á estas peñas, podría creerme en salvo; pero aquel huracán no cesó en cuatro días; el capitán maldecía al observar lo rápido que se desviaba del derrotero, y esta isla debe alzarse sobre una latitud de muchos grados. La claridad penetra por entre las hendiduras de estas piedras, desenterrémonos.

El hombre aquel, á quien el lector conocerá sin duda, toda vez que era Carlos, el barón de Santa Cecilia, principió á deshacer las rocas que obstruían su paso, llegando más tarde al lugar en que dejara al chimpanzé herido.

El mono presentaba señales de un mejoramiento increíble; mostró deseos de volver á comer de aquellas hojas que tenía frente á sus ojos, y Carlos, que así lo comprendió, fué en busca de ellas, mascándolas también sentado junto al paciente y mirando hacia el mar, que aparecía tranquilo. Llegada la noche, sin di-

visar una sola vela en lontananza, cogió Carlos al chimpanzés entre sus brazos, después de hacerle beber en el charco y lavarle la herida; entrambos se durmieron bajo la influencia de un estado benéfico dentro de la gruta. ¿Qué plantas eran aquellas con cuyas hojas obtenían los enfermos la salud? Nunca pudo saberlo el barón.

Pasados algunos días, y cicatrizada la herida del mono, éste no volvió á separarse de su verdugo y bienhechor. El animal poseía un instinto sobrenatural, que le aconsejaba obedeciese ciego las órdenes de Carlos. Tuvo éste, después de algún tiempo, tanto ascendiente sobre su compañero, que con sola una mirada bastaba para que el mono se posara ante sus plantas. Lo más sorprendente y raro que el naufrago observara, fué el que no le acometieran los chimpanzés en las infinitas excursiones que hizo por la isla; los veía en numerosos grupos, trataba de llamarlos, pero todos huían. El que cuidara, realmente fué para él un salvador. Entre los dos hicieron un regular acopio de hojas, y les sirvió de lecho dentro de la gruta; el animal descendía por las rocas hacia el mar; traía infinitos cangrejos y ostras, que entrambos comían con unos tallos filamentosos y carnosos con que los chimpanzés se alimentaban. Pero á pesar de las substancias de que el cuerpo de Carlos se nutría, no bastaban su solidez para sostenerle. Su vida había adquirido un hálito ficticio, que iban perdiendo gradualmente sus miembros, ya de suyo enflaquecidos.

Un día, en que el mono había salido de la gruta, el cielo se cubrió de horrendas nubes y estalló una tempestad fulminante. Cien relámpagos seguidos se sucedían sin el menor intervalo, y en las rocas heridas por una chispa eléctrica hubo de encenderse un montón de leña y hojas, cuyas llamas voraces amenazaban destruir las plantas benéficas. Bien pronto vió Carlos al chimpanzés deshacer aquella hoguera maldita, desviando el fuego con ayuda de un fuerte palo del centro de las plantas, y correr en busca de alguna de las brasas para tostar con ellas seis aves que cazara la noche antes, sorprendiéndolas en su guarida con la cooperación del náfrago.

La carne era fina y agradable aun cuando su sabor fué el propio del marisco. Carlos no dejó extinguirse el fuego bienhechor, alimentándolo con el mayor cuidado cada día con cuantas retamas podía recoger para que no cesara aquel elemento de prestarle su efecto provechoso en sus miembros entumecidos.

El charco de agua dulce que por encanto brotara á causa de la lluvia, y con la que llenaba un barril para guardarla, en más de alguna ocasión estuvo á punto de desaparecer de nuevo. Entonces Carlos se conceptuaba perdido.

Entre la ansiedad que presta una esperanza desvanecida y el recuerdo consolador que viene á calmar la pena acerca de una ilusión que se entrevé, pero que impone sacrificios, pasó el barón seis años; en el deplorable estado en que volvemos á encontrarle, mil



veces estuvo resuelto á quitarse la vida para acabar con aquellos días amargos y sin ventura.

—Morir, se decía; sí, acabar para siempre de sufrir este indecible tormento que me martiriza sin piedad, es el mayor consuelo que puedo darme. ¿Qué es el morir? Tocar el resultado de la causa efecto de la vida; desprendernos de la materia inmunda y libertar al alma del pecado. Pues entonces, ¿por qué vacilo? ¿Por qué dudo, cuando el morir solo es el condenar el cuerpo á un sueño perpetuo para que despierte el espíritu en la gloria? ¡Ah! pero yo suicida..... yo asesino de mi propia existencia, es idea que me horroriza, y tiemblo al pensar que puedo, exaltado por la fiebre, realizar tan mezquino sentimiento ajeno á toda sensata criatura. No, nunca; prefiero soportar toda suerte de martirios; prefiero una y mil veces que Dios disponga de mi vida.

Ante estas reflexivas consideraciones, Carlos concluía por desechar de su pensamiento toda idea contraria á la lógica del razonamiento. ¿Qué maligno engendro aconseja al hombre para que él mismo se quite la existencia, la existencia debida á la munificencia del poder Supremo? Los suicidas jamás legan á la posteridad el convencimiento de su acción harto repulsiva. El hombre que pone fin á sus días no ha de encontrar salvación, porque priva de su facultad al autor de aquellos, sin justificación bastante que le redima.

Por manera que el barón, lleno cada vez de mayo-

res zozobras, fué soportando su existencia sin la menor tortura; días hubo en que despertó riueño al observar en el horizonte la esperanza de divisar una nave; pero las horas de claridad huían, la noche, de nuevo, con su tenebroso manto le hacía derramar amargas lágrimas, lágrimas que consideraba expiatorias y merecidas.

El mono era su inseparable compañero; los dos, siempre unidos, recorrían en toda su extensión la isla; entre Carlos y Palí (nombre del mono), llegó á engendrarse tal afecto y tal cariño, que el uno ya no andaba sin el otro. ¡Cuántas veces, al sentirse Carlos débil y enfermo, el mono le lamía! ¡Cuántas aves le buscaba con que alimentarse dentro de aquella caverna, y cuántas veces había expuesto su vida por salvarle de los reptiles! Durante la noche, aquel chimpanzé agradecido vigilaba, mirando hacia el mar, con la propia expresión que Carlos lo hacía, á fin de avisar si reparaba en la opaca luz de algún farol ó de cualquier peligro.

El barón retribuía aquellas acciones con caricias, buscándole y prodigando al mono mil muestras de extremada simpatía.

Cruel fué para Carlos el día en que Palí murió. Los años con que el mono contaba, dejaron sumido en la mayor tristeza al barón. Ante el cadáver de su Palí querido, las lágrimas se hicieron más seguidas, los suspiros le ahogaban, y un sentimiento profundo le imposibilitó de todo movimiento. Su cabeza, abati-

da; los ojos abrasados por el fuego del llanto, demostraban el intenso dolor que le consumía.

—¡Ah! murió, dijo ante los restos del animal; solo de nuevo. No he expiado todavía lo suficiente mis desvaríos, que tengo que gustar aún el acíbar de esta soledad. ¿Qué es la pérdida de mi Pilar y de mi hija? ¿Qué fueron mis temores en Cataluña? ¿Qué ha sido todo lo horrible del naufragio del *Concordia*? ¿Qué es ahora la muerte de este animal cariñoso sino el misterio incomprensible de mi vida, haciéndome aparecer asesino, asesino de una víctima que más tarde ví y toqué lleno de marchita lozanía, pero con la fuerza y el vigor del cuerpo vivo? Dios me tiene separado de los hombres, es cierto; me castiga con justo y legítimo motivo; quebrante los lazos que El unió al pie del ara bendita, y no merezco más que baldón, oprobio y soledad.

Ninguno de los lectores podrá apreciar todo lo desconsolador que es para un hombre que desde niño se ve halagado por las comodidades de la riqueza, y viene luego al estado precario en que Carlos se encontraba. ¿Qué triste no será para el ser humano que pudo apreciar por su vista toda la grandeza de esa Omnipotencia Divina, haciéndole conocer hasta los arcanos de su sabiduría, aun cuando sea sólo en conjetura muchos de ellos, y de repente sus ojos, espejo de claridad, se cierran para encontrar sombras profundas, nubes espesas y compactas? Carlos, después de dar satisfacción cumplida á su justo dolor,

enterró el cadáver de Palí en la boca misma de la cueva en que se albergaba. Desde aquel momento, creyéndose próximo también á exhalar el postrer aliento, pensó en construir con dos troncos la figura de la Cruz. La faena le duró la tarde, buscando los maderos necesarios, y ni uno solo pudo hallar entre las rocas ni en las esplanadas del terreno. Ya entrada la noche regresaba á la caberna melancólico, cuando un ruido extraño le detuvo. Aquel era producido por un cuerpo que chocaba con las rocas, que apenas asomaban por el agua. La luna esparcía su pajiza claridad por intervalos, á causa de un celaje interpuesto que determinaba en el horizonte figuras extrañas y colosales.

Pasados que hubieron unos minutos en que Carlos observara, la luna quedó limpia de toda mancha que robara su claridad, y el barón vió una masa que trataba de posarse en las primeras peñas, por aquel lado de la isla.

—¿Qué será aquello? ¿Qué nuevo acontecimiento vendrá á aumentar mi intranquilidad? Si, la masa que se mueve es un animal; su figura claramente me lo demuestra. ¿En donde estaré, Dios mio? No, pues no es otra cosa que una gigantesca foca. La confusión dentro del agua es grande; se oye también ruido allá abajo, cerca del lugar del siniestro; sí, allí, allí fué; quizá los tiburones estén devorando los cadáveres de los que fueron mis compañeros de viaje, y este animal será desde lejos perseguido. No queda duda; trata de ganar las primeras peñas, y yo, sin armas, sin medios

de defensa.... ¡Ah! saltó ya; rápido asciende, ocultémonos.

Temblando Carlos corrió veloz á esconderse entre las rocas, creyendo que no le daría tiempo la ligereza de aquel animal para encerrarse en la cueva.

Efectivamente, una foca huía con furor; en su marcha acelerada no reparó en el cuerpo del barón, que tuvo que saltar para proseguir su incierta carrera. Aquella noche fué sin duda la más horrible que pasó Carlos; comprimiendo el aliento y sin moverse, ansiaba el día para examinar el extraño fenómeno que había observado en las aguas. Vino por fin la tan deseada claridad, y después de convencido de que no se turbaba en torno suyo el silencio, se puso en pié y tendió la vista hácia el lugar causa de su extremado sobresalto. Nada; el agua serena no inducía á creer que se hubiese turbado su limpia superficie. A pesar de no existir la menor señal que viniese á demostrarle á Carlos la evidencia del temor, escaló la más alta roca del promontorio para quedar satisfecho. Desde ella dominaba una buena porción de millas, y cuando ya se disponía á descender de aquella altura, convencido y tranquilo, divisó un punto blanco en lo último del horizonte que le hizo estremecer. Fijó los ojos en él, y conoció que no era sino la nave suspirada. Todo el día, ya en pié, ya de rodillas y rezando, permaneció encima de la peña sin cuidarse del preciso alimento que el cuerpo con insistencia reclamaba.

La calma era excesiva; las olas apenas se agitaban;



solo allá en lontananza cruzaban rápidos y espesos nubarrones negros.

El punto blanco se acercaba; Carlos no cesaba de bendecir á Dios que tan feliz momento le reservara; sus pupilas se clavaban en la vela con tal insistencia que pugnaban por saltarse de las órbitas.

—No es otra cosa que un buque perdido, desviado de su rumbo por el huracán y los remolinos del agua, decía Carlos observando cuantos movimientos la vela efectuaba. Quieren detenerle; parece que sus lonas están plegadas. ¿Si será ilusión? ¡Ah! No, no; diviso claramente sus palos; es un buque, es un buque; haced Señor que sus tripulantes puedan verme antes que el día se acabe.

De nuevo el silencio aterrador, al concluir el barón este relato, se apoderó de su circuitó. Cada movimiento de avance del buque que se veía producía un nuevo efecto en el corazón del náufrago, que latía con una palpitación extremada.

Es tan terrible la ansiedad de un náufrago al ver desde el punto de apoyo, si llega felizmente á alcanzarle, la nave salvadora que cruza ante sí, que no puede pluma alguna tan mal cortada como la mía el pintarla. Todos los sentimientos se reconcentran en el pensamiento de la salvación; el temor, la duda, la incertidumbre, promueven la agonía de la más desesperada de las muertes. Si por acaso el buque cruza impávido sin que sus tripulantes hagan el menor movimiento sobre cubierta, ni respondan á las voces des-

aforadas del que les pide socorro, es disponerse a morir, porque desencantada la ráfaga de la esperanza, esta se acaba, vencida por la desesperación y el más cruel martirio. ¡Y cuántos, cuántos casos sucedidos en que un náufrago quedó abandonado! ¡Qué de inmenso remordimiento no cabrá en el corazón de los hombres que, insensibles al eco de la desgracia que pide favor, parten indiferentes por no querer *virar*, ó detenerse á que el bote llegue hasta el infeliz que demanda el socorro que necesita.

Sin embargo, también justísimos laureles caben á infinitos marinos que, exponiendo sus vidas y comprometiendo sus intereses, han logrado arrancar de las garras de la muerte á muchos de sus semejantes.

De estas dudas obstinadas se hallaba poseído Carlos, cuando le vimos ante la pequeña goleta que se divisaba.

Mil contorsiones, á cual más significativas y acentuadas, ponía en juego el cuerpo del barón para atraer hacia sí una mirada de los tripulantes de la nave. Mas todo parecía infructuoso. El día entraba ya de lleno en toda la potente plenitud de su claridad y no se observaba que el buque acelerara su marcha en busca del náufrago que agitaba sus brazos extenuados desde lo alto de la peña. Algunas horas se sucedieron en aquella situación hasta que ya se percibieron en las gavias tres marineros que extendían sus mojadas ropas. Las voces de Carlos fueron instantáneamente más desaforadas. Como el aire era por demás suave, el ronco

sonido que articulaba pudo llegar hasta los oídos de los marinos, que señalaron bien pronto el objeto que lo producía. Uno de ellos descendió por las escalas, y pronto asomó por la proa cerca del bauprés un catalejo de extraordinarias dimensiones. Los rayos solares herían su cristal y se convenció Carlos que ya podía conceptuarse salvado. Mientras le examinaron, dirigió una sentida y fervorosa oración al Señor, acompañada por las lágrimas expresivas del reconocimiento, toda vez que sólo á su inmensa misericordia era debida aquella felicidad providencial.

Apenas el infeliz barón hubo terminado de expresar su alabanza, la goleta fué virando paulatinamente hasta quedar la popa en dirección á la isla. Si de pronto arreciase el aire é hinchase el velámen, la goleta se perdería de vista. Este acerbo temor sumió á Carlos en amargo desconsuelo, por manera que nuevamente con voces instaba á que ejerciesen piedad los hombres que tripulaban la goletilla.

De una de sus bandas fué con rapidez *botada* una lancha é invadida por seis marineros, que á todo remar se dirigían hácia el promontorio.

—¡Ya puedo creerme en salvo, gracias, Dios infinito! exclamó el náufrago observando la velocidad con que la quilla del bote hendiendo el líquido que la sostenía, trataba de amarrar en los primeros escollos de la isla.

No se hizo esperar tal resultado; mucho antes de acercarse la proa de la lancha á la distancia de un vue-

lo de gaviota de las primeras peñas, los marinos que remaban cesaron en su faena y se pusieron en pie, empuñando largos garfios para precaver el choque. Todo el conjunto de la sencilla maniobra fué ejecutado felizmente, y la lancha quedó amarrada por una fuerte cadena, á cuyo extremo se agitaba su ancla.

— Un náufrago, un náufrago, prorrumpieron en inglés los seis marineros, viendo á Carlos arrodillado. Uno de aquellos hijos de las islas británicas, el más fornido y rubio, sin detenerse á examinar el peligro que ofrecía el laberinto de infinitas rocas, se arrojó al mar, y nadando unas veces y saltando otras por las peñas escondidas por el agua, pudo llegar hasta Carlos.

Un abrazo prolongado y mil frases de cariñoso agradecimiento por parte del barón, fueron las muestras primitivas de su regocijo. Mas el inglés, flemático por naturaleza é impasible, sin comprender quizá en Carlos su manifestación, y descendiendo cargado con él por las peñas, entrambos se sumergían en las aguas. La tarde luchaba ya con las sombras; el horizonte se cubría por el tinte ténue de una neblina que iba invadiéndolo para preparar la noche; cuando el marinero que nadaba con Carlos á la espalda, llegó á la barca de la goleta, entre los entusiastas «hurras» de sus compañeros.

Todo fueron solícitos cuidados y muestras de cariñosa deferencia para el infeliz barón en los primeros momentos, pasados los cuales, y observando que la

noche no se hacía esperar, levaron los barquerillos la débil amarra, y sentando á Carlos cerca del timonel aquella embarcación, impulsada por la fuerza de los remos, se deslizó con rapidez vertiginosa. Al sobrenadar por el sitio en que el *Concordia* se había hundido, observó Carlos, aun en medio de su preocupación, que un enjambre de verdosos y amarillos tiburones coleaban y aparecían.

Los maderos podridos del bergantín eran en lo profundo de los mares nidos de diversas fieras marinas.

La lancha arribó felizmente á la banda de la goleta cuando la luna pugnaba por extender sus plateados rayos sobre las olas.

Carlos era esperado en la cubierta de la nave salvadora por todos sus benéficos tripulantes. El capitán y la marinería rodearon al náufrago, haciéndole mil preguntas respecto á su estado deplorable y mirándole con ojos de piedad, observando la débil voz de sus articulaciones y lo extenuado de su cuerpo.

Carlos lloraba; creía que su sueño fantástico y por demás halagüeño ocupaba su exaltada imaginación.

—Tranquilizaos, repuso el capitán de la goleta, tratando de consolar al atribulado náufrago. Aquí se os guardará toda clase de consideraciones y seréis restituído al seno de vuestra patria. ¡A ver! que se baje este hombre á mi camarote preferido, y que se pongan á su disposición todas las botellas.

—¡Ah! capitán, exclamó Carlos; usted es el único á



quien entiendo, porque habla Ud. perfectamente el español. ¿Cómo podré remunerar tantos beneficios? Soy deudor de la vida, y esta me impone todo un tributo hacia usted.

—No se trata de vuestro agradecimiento, sino de vuestro cuidado. Nosotros esperamos el viento necesario para arribar á puerto. Hemos abandonado, en rigor y fuerza á la tempestad, el derrotero; pero me congratulo de cuantos víveres gastamos infructuosamente, porque la Providencia nos ha deparado el poder salvaros. La isla que ocupásteis mis compatriotas la conocen demasiado, y todos sabemos lo ingrata que es para la vida. Los periódicos también anunciaron la catástrofe sufrida por el bergantín *Concordia*, que salió del puerto de Barcelona en la misma fecha que habéis dicho, al sucederse el tiempo sin que noticia alguna se supiera; por manera que tengo la seguridad de vuestras palabras. Ahora lo único que me resta manifestaros es mi deber, al cual someto y sacrifico toda la debilidad del corazón, de identificar vuestra persona en cuanto haya la debida oportunidad de verse ante el embajador ó cónsul de España.

Carlos tembló azorado. Identificar su persona equivalía á que la autoridad le hiciese cumplir con la ley, porque aparecía haberla quebrantado. No obstante su rostro sereno y tranquilo nada inducía á temer por aquella justa prueba á que deseaba someterle el capitán de la goleta.

—Estoy á vuestras ordenes, capitán, dijo el barón.

—Me habéis dicho que pertenecéis á una elevada familia.

—Sí, señor.

—Pues, amigo mío, vengan esas manos, y á descansar de las innumerables fatigas de un destierro prolongado. Tengo víveres para más de un año, por cuyo motivo nada puede arredrarnos. Acostaos, que yo voy á proseguir la lectura de una de las famosas tragedias de Shakespeare, que interrumpí al darme aviso el vigía que un náufrago se agitaba encima del promontorio.

El inglés, dando media vuelta y dirigiéndose á un camarote de popa, dejó a Carlos en poder de los marineros. Dos de estos le condujeron bajo cubierta, y después de haberle despegado aquellas hojas adheridos á su cutis y lavado, Carlos experimentó la satisfacción que produce en el cuerpo rendido la beneficiosa comodidad de una mullida hamaca. Quiso dormir, pero no pudo; una agitación extraordinaria y un desvelo, sobrenatural en aquella ocasión, le hacían pensar en su estado, si no tan afflictivo como hasta entonces, en las consecuencias que pudieran sobrevenirle.

—He caído en manos honradas y voluntades decididas. Si fueran piratas ó negreros; pero la predisposición de la goleta no sería esta, ni lo ordenado de los útiles correspondería á la precisión con que están aquí colocados. Sin embargo, el capitán parece un niño y una fiera; ha de ser uno de esos hombres que antes de empañar con la falta de su deber su larga historia

inmaculada, prefieren que una loba marina triture sus cráneos.

»¿Á qué me conduciría el haberle engañado, tomando otro nombre? Además, mi agitación era tal, que no recordé que pudiera sobrevenirme incidente alguno desagradable negándolo.

»Por otro lado, quién sabe si el capitán se condolerá de toda la hecatombe de mi vida y me salve de la degradación. ¿Me creerá? ¡Ah! esta duda me mata. No, no me atrevo á revelarle toda mi desgracia; sería quizá cruel conmigo mientras permanezca á su disposición, viendo en el pobre náufrago un asesino, como la sociedad me apellida. ¿Y si al identificar mi persona, al saberse que soy aquel barón de Santa Cecilia, que, loco en su juventud, y con antecedentes violentos y reprochables, está sentenciado á presidio por un tribunal de justicia, el embajador ó cónsul me entrega al Gobierno para que expie el delito que se me imputa? ¡Dios mío, ahora que me preservaste de todo el rigor de una muerte desesperada, haz por salvarme de nuevo!

Así se expresó Carlos descansando en la hamaca, después que quedara solo. Hasta bien entrada la noche sus párpados no se cerraron para conciliar el sueño. Cuando volvió á abrirlos, ya el sol se mecía en el espacio difundiendo sus rayos brillantes sobre la anchura de las aguas. El viento daba principio á hinchar las lonas de la goleta, y esta se balanceaba con mayor agitación; también las olas, fernando avalan-

chas espumosas, corrían por la superficie dejando rizado encaje que las unía.

El aire soplabá en dirección á la isla, pero las órdenes del capitán, secundadas admirablemente, predispusieron las velas para evitar desgracias.

Carlos, durante los siete días que duró aquel estado, fué objeto de las mayores distinciones; pasadas las horas del tiempo de revuelta, cambió el viento é impulsó la goletilla hasta perderse de vista el fatídico promontorio.

El barón no había tenido valor para revelar toda la amargura de su historia al capitán del buque en que navegaba por el temor que le infundía el carácter de hierro de aquel hombre. Á medida que la nave corría veloz en busca del perdido camino para dirigir su rumbo hacia el puerto que buscaba, mil y mil contradictorias ideas asaltaban la confusa mente de Carlos, invadida por conjeturas fatídicas y pronósticos desconsoladores. Á la verdad no le faltaba razón para argüir en contra suya; tenía más que suficientes motivos para ello, por cuanto el capitán, bajo cuyas órdenes quedara, tenía una voluntad decidida y un carácter inquebrantable en todo aquello que se relacionaba con el mejor cumplimiento de sus deberes.

Había recogido un náufrago á bordo, y así lo tenía consignado en su libro de diario; había aumentado el número de la dotación del buque que mandaba, sin tener pruebas justificativas que acreditasen que su protegido no era un malhechor de los muchos que to-

man pasaje con nombres supuestos en cualquiera de los buques que se disponen á emprender viajes á lejanos países.

Ninguna relación existía entre él y la casa consignataria del bergantín *Concordia*, por cuyo motivo estaba dispensado de aquellas consideraciones que se deben los marinos y armadores. Por otro lado, también dejaba entrever su deseo de que su benéfica acción fuese públicamente aplaudida por la prensa, para dar plena justificación á su orgullo, y todas estas circunstancias, que analizaba escrupulosamente el barón de Santa Cecilia, le hacían, si cabe aún, más desgraciado que ocupando el estado afflictivo que le rodeara en la isla desierta.

Llegó taná su colmo el arrebató y desesperación, que estuvo á punto de maldecir la hora en que fué salvado. La nave tan deseada por seis años, era objeto de anatema y desprecio, después de arrebatarle de la muerte.

Nunca vemos satisfechos nuestros deseos; anhelamos un fin que apetecemos como medio de llenar las aspiraciones que nos creamos, ya en virtud de nuestra conservación, ya en aras de dilapidaciones contradictorias, para más tarde censurar la causa que poco antes reclamábamos para conceptuarnos felices.

El tiempo se sucedió benigno para los marinos; Carlos ni reparaba en él, causándole indiferencia hasta el vivir.

Es tan grande la aversión á la vida de los que se



conceptúan desnaturalizados, que bien por tal crimen demuestran lo seco de su corazón.

Por fin, después de aquellos días de dudas y desesperaciones, ya Carlos subía á cubierta y admiraba el panorama majestuoso que ofrecían las aguas. Reanimado algún tanto de su debilidad, en fuerza á las bebidas confortantes y al abrigo de ropas de paño excelente, su cuerpo ágil, sus maneras desembarazadas se predisponían para entrar de nuevo en sociedad. El día en que la goleta penetró en el grado que con afán sus tripulantes buscaban, fué el más loco de alegría para los filántropos marinos, que lo celebraron con canciones y sendos tragos de exquisito rom de Jamaica y Ginebra del superior.

Ya la nave encauzada, y el viento favorable, Carlos volvió á aquel estado de misantropía, estado que echó de ver el capitán.

Una tarde, cuando ya el sol principiaba á sumergirse en el ocaso y el crepúsculo débil centelleaba, dando el adios postrero al día, para preparar lo sorprendente del nuevo que sucediera, Carlos fué interrogado por el capitán al ver éste al primero triste y abatido, sentado en la proa y encima del *bauprés*

—¿Qué teneis? le dijo.

—¡Ah! es usted, capitán, respondió Carlos levantando la cabeza.

—Observo, amigo señor barón, que no participáis de nuestra alegría hace días, y especialmente desde que por fin la goleta encontró el derrotero y el tiempo

que necesita para llegar cuanto antes á Londres; que estáis triste y melancólico, cuando nuestro viaje es hoy más feliz que nunca. ¿Qué recuerdos vienen á torturar vuestro pensamiento, para deducir fatales resultados que expresa el rostro decaído por la desgracia? ¿No deseáis volver al seno de los hombres, después de prolongado cautiverio? Londres es una capital bellísima, y estoy seguro que vuestro embajador ha de hacer por que lleguéis á España rodeado por el lujo que vuestro rango reclama. Ya veis, esta pobre goleta no está construída para transportar viajeros, ni menos de vuestra posición; pero aquí dísteis con hombres toda voluntad, todo corazón.

—Lo sé, capitán, repuso Carlos; sé que debo á todos ustedes la vida: no ignoro también que la capital de la nación de usted está á la cabeza de la industria europea; que sus suntuosos jardines y paseos son el encanto de lo bello y de lo deleitoso; que sus magníficos teatros son soberbios por su coste y lujo, que su cielo, aunque plomizo y triste, da una austera severidad armonizada con el carácter de los que cobija; no me sospecho siquiera que el embajador de mi nación deje de considerarme; pero, queridísimo capitán, son tan excéntricos los fines que muchas veces nos propónemos, que en esta ocasión no puedo menos de vituperarme.

—¿Y por qué?

—Porque ya no amo la sociedad. El cariño que la profesaba se ha extinguido de tal manera en mí, que

temo volver á ella, porque dudo pueda transigir con sus leyes y sus costumbres.

—Imposible.

—No, capitán, no es imposible; hay seres tan malditos, hay criaturas tan dignas de la muerte y de la gloria, que parece que el misterio inexplicable de lo desconocido se complace en que permanezcan en una perpétua agonía entre los hombres.

—¡Niego todas esas consecuencias! exclamó el inglés; la sociedad es la conservación de la vida, la unión de la familia, la fuerza y el bienestar.

—Es cierto, para las almas que no tienen por qué reprocharse.

—¿Entonces, es decir que vos....?

—No, yo vivía feliz; de nada puedo acusarme; pero la soledad en que sume la desgracia á las criaturas, familiarizándolas con aquel estado de vida, las hace ya invulnerables á toda agresión que turbe la tranquilidad. Yo me creía uno de los seres más infelices hace pocos días; me conceptuaba el hombre más miserable, abandonado de Dios y de los hombres, y hoy, que ya puedo creerme con derecho á la consideración inagotable del Señor y al aprecio desinteresado de los hombres, soy, si cabe, más infortunado que antes.

—¡Ah! señor barón, vos sois un sacrilego.

—Perdóneme Vd. capitán, contestó Carlos avergonzado por cuanto acaba de decir, estoy apelando á los argumentos del insensato.

—Y á los del loco, añadió con entereza el inglés.

—Bien, pues dispenseme Vd. en gracia á la piedad que reclama mi estado.

—Está Vd. dispensado, y haced porque se desvanescan ideas tan disolventes y dudas tan obstinadas.

El capitán dejó de nuevo á Carlos, no sin echarle una mirada escudriñadora y hacerse esta reflexión:

—Este hombre ha de ser un tunante, y es necesaria mucha vigilancia con él.

Durante el viaje no volvió á entablarse entre el barón y el jefe de la goleta conversación alguna; al encontrarse ambos sobre cubierta, se inclinaban y nada más.

La conducta poco comunicativa del capitán exaltaba el ánimo de Carlos. En medio de sus luchas, concibió el proyecto de arriesgar el todo por el todo y suplicar á cualquiera de los marineros, al que le inspirase mayores simpatías, que al llegar á Londres y aferrar el ancla en el puerto, le proporcionara la huida, para no someterse al interrogatorio del embajador.

Ya la mañana estaba bastante adelantada, y el ayuda de cámara de Carlos (si tal nombre merece un jóven grumete puesto á su servicio) daba el último cepillón á un capote ruso con que al náufrago se le había abrigado, cuando, volviéndose el barón hacia el criado, le preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que sirves al capitán?

—Cuatro viajes, contestó el marino en español muy chapurrado.

—Cuatro viajes, ¿y á dónde?

—Desde Escocia á Calcuta y Bombay, el primero.

—Famosa travesía. ¿Y los otros?

—Desde las posesiones holandesas del cabo de Buena-Esperanza hasta Atenas.

—¡Hola!

—Y este último desde Nueva-York á Londres y Burdeos. Yo ofrezco mis servicios al capitán, pues me conviene, hallándome en donde me encuentre.

—¿Y de dónde eres?

—De la isla de Santa Elena.

—¿Quieres ganar una buena prima por un negocio para tí sumamente fácil?

—Si el tal asunto es de suyo fácil, como decís, no tengo inconveniente.

—¿Cuándo arribaremos á Londres?

—Tengo entendido que dentro de pocos días, soplando la brisa como hasta ahora.

—Pues bien; si durante estos te sometes en un todo á mis órdenes, al encontrarme ante el Palacio imperial te ganarás mil libras esterlinas.

—¿Nada más que eso?

—Nada más.

—Pues aceptado

—¿Y cómo te llamas?

—Jorge Lambley.

—Pues bien, Jorge; ahora que ya eres todo mío, exijo de tí un juramento,

—¿Qué queréis decir?



— Júrame que el capitán no ha de saber jamás nuestra alianza.

—¿Y por qué?

— Júrame que no revelarás á nadie cuanto he de confiarle.

— Qué capricho.

— Júrame que el capitán ha de tener menos poder que yo sobre tí.

—¿Pero á dónde vais á parar?

— Escúchame, Jorge; soy muy desgraciado.

— ¡Pobre señor barón!

— ¿Te dispones á jurarme por la vida querida de tu madre que has de serme fiel?

— Un inglés siempre lo ha sido.

— ¿Has de venderme?

— Nunca.

— Pero, júramelo.

— Os lo juro todo cuanto queráis; pero decidme por qué sois tan desgraciado.

— Gracias, Lambley; tú eres mi único bienhechor.

— ¿Y el capitán?

— Los dos, sí, los dos. Pero sir Fonsón después de tí.

— Me tenéis impaciente.

— ¡Ah! cuanto voy á deberte.

— Las libras que me habéis prometido.

— Pero es necesario que me secundes en el plan de que se trata.

— ¡En el plan!

—Sí, en el plan.

El grumete quedó mirando fijamente al barón. Después de una pausa de cuatro minutos, replicó:

—Caballero, recojo todos mis juramentos.

Cárlos quedó perplejo oyendo aquella respuesta inesperada; Lambley prosiguió:

—Si el señor barón ha creído encontrar en mi un traidor para apoderarse de la goleta....

Carlos no le dejó concluir.

—¡Miserable! repuso. ¿Cuándo has sabido que un español paga con la muerte una acción benéfica?

Una nueva pausa se sucedió, durante la cual el grumete se contrajo de tal modo, que aparecía confundido por el pecado.

Carlos, encendido por la ira, dió expansión á su furor.

—¿Acaso has creído que pueda yo ser algún pirata? dijo. Si no distara tanto tu condición á la mía, hubieras recibido en pago de tu sospecha el fin de tus días en este momento.

—Entónces, ¿de qué se trata? preguntó Jorge temblando.

—Se trata de que me salves y aumentes la caridad que conmigo se hizo, dijo Carlos con tranquilidad.

Entonces vuelvo á juraros que seréis ciegamente obedecido.

—¿Aunque para ello tú te expongas á algún peligro?

Jorge, antes de contestar, dudó.

—¿Qué dices?

—Hasta á eso.

—Escúchame ahora.

—Decid.

—Dentro de algunos días, según me han dicho, anclaremos en Londres.

—En el pueblo de Chatham, que es lo mismo.

—¿Pero aquí saltaremos en tierra?

—Indudablemente; la goleta viene cargada de cáñamo y algodón, y algunas balas de éste se han consignado para una casa de Chatham, otras para Londres, y....

—Pues bien; durante nuestra permanencia en el puerto de Chatham, yo debo disfrazarme de marinero.

—Eso lo conseguiremos con mucha facilidad.

—Ni sir Fonsón ni nadie ha de verme salir de la goleta con semejante traje.

—Entonces ya es más que difícil.

—Atiende.

—Soy todo sentidos.

—Al anclar en Chatham, tú tendrás por precisión que dedicarte á la descarga.

—No sé los tratos de la casa consignataria, por lo tanto ignoro...

—De todos modos, demos por supuesto que lo hagas ahora instado por mi.

—Bien; ayudaré á descargar.

—Pues no lo harás.

—No os entiendo.

- Quien lo hará por tí, seré yo.
- ¡Vos!
- Qué duda tiene, si me facilitas tu traje y si dura la faena hasta la noche.
- Toma, eso está claro.
- Yo será más que probable que no vuelva á la goleta.
- Lo supongo.
- Te preguntará sir Fonsón por mí.
- Yo diré que no os he visto.
- Echarán de menos tu traje; ¿y si te exigen que presentes las prendas que te pertenezcan?...
- Yo diré que durante la calma las puse á secar y se rompió el cabo que las sujetaba.
- Veo que me entiendes perfectísimamente.
- Eso no tiene duda. Pero, ¿y las libras?
- Las libras esterlinas te serán entregadas la misma noche en que yo pueda huir, y momentos antes que la goleta desocupe las balas de algodón consignadas para Chantham.
- Y ahora, ¿me diréis quién soís?
- Todo lo desgraciado que un hombre puede serlo en el mundo.
- ¿No tenéis familia?
- ¡Ah! sí; familia, y ahora es para mí lo más querido que hay en la tierra.
- Entonces.....
- Pero aún no puedo unirme á ella.
- ¿Por qué causa? ¿Estáis perseguido por los tribunales?

—Silencio, Jorge; si alguien te oyese.... Sí, me encuentro sentenciado injustamente, á causa de un delito que no he cometido, que no pude cometer, porque yo no he nacido para ser asesino.

—¡Asesino!

—Calla, calla; si sir Fonsón te oyese, sería perdido.

—¡Oh! tranquilizaos.

—¿No es cierto que tú no me crees con tanta maldad como los demás hombres me creen? ¿No es verdad que soy perseguido injustamente? Mirame, y responde. Puede esta frente altiva inclinarse nunca por el peso fatal de lo inhumano? No; tú eres sencillo en demasía, y tu misma inocencia, ese gran sentimiento que siempre augura y pronostica con acierto, no puede en esta ocasión equivocarse. Respóndeme. ¿Puede haber quebrantado las leyes de Dios y los preceptos de los hombres?

—No lo creo.

—¡Ah! ven, ven á mis brazos, que te los abre un hombre honrado para demostrarte todo mi agradecimiento.

Carlos lloraba con verdadera amargura.

Jorge Lambley abrazó al barón.

—Ahora silencio, amigo mío, repuso Carlos: ahora ni el menor movimiento por el cual se venga en sospecha de nuestro pacto, porque por lo más imperceptible que pudiera observarse, sería encerrado en presidio, en presidio. ¿Tú sabes lo que esta palabra significa?



El grumete hizo con la cabeza un signo negativo.

—Pues significa todo lo horrible del dolor que pueda un hombre sufrir en la tierra; significa, cuando el presidiario lo es por delitos comunes, la muerte más ignominiosa de la honra inmaculada que nos legaron nuestros padres; significa la agonía perpétua de una reputación adquirida después de años y más años de la más acrisolada virtud; significa, en una palabra, la maldición de los hombres y el castigo implacable de Dios.

—Eso es horroroso.

—Pero cierto. ¿Y cómo quieren los hombres que pueda sujetarme á tales rigores, por más que Dios no me castigaría cuando soy inocente?

—Tenéis razón.

—¿No es verdad que sí? ¿No me asiste la justicia más extremada, poniéndome en salvo y huyendo cuando no soy culpable?

—Sí.

—Pues á pesar de ello parece como que mi conciencia me acusa: parece que interiormente suena una voz ronca que me pronostica que debía pasar por el sacrificio de los mártires.

Mientras se sucedía este diálogo, otro, á espaldas mismas del débil tabique del camarote, se sostenía por el capitán y el contra maestre de la goleta.

—Cuando yo os decía, capitán, que el naufrago era uno de esos tiburones endemoniados que siguen la banda de una nave meses y más meses para devorar el cadáver del primero que quede sin vida.

—Prudencia, Rul.

—Creo que no hay ya duda alguna.

—Ninguna.

—Vos hacéd vuestros deberes en Chatham, que yo me encargaré de Lambley.

—¿Qué piensas hacer?

—Nada; que desde esta misma noche quedará amarrado á la cureña del cañón de popa, para más tarde publicar su conducta en los boletines de la marina mercante, á fin de que nadie utilice sus malos servicios.

—Eso previenen nuestros deberes.

—Conque, capitán, ahora que lo habéis oído....

—Obraré con toda ley, por más que ese pobre barón me inspira lástima, y á la verdad, no le conceptúo asesino, como acaba de decir que los hombres le califican.

—Escuchad, repuso Rul, al oír cómo Carlos hablaba.

—Entendidos, dijo el barón en su camarote y dirigiéndose á Lambley; desde este momento, como si nada hubiera hablado. Ten predispuesto el traje que me destinas y sítveme cuanto antes de almorzar, porque tengo un hambre canina.

—Voy al momento, señor, contestó Jorge desapareciendo del camarote y subiendo á cubierta para dirigirse á la cocina.

Carlos estaba contentísimo; su plan, sencillo, era dificultoso tratándose de sobornar á un inglés.

—Puedo ya otra vez decir que escapo de nuevo de las garras de la justicia; de Chatham me planto en Londres *in continenti*, y una vez en la capital de Inglaterra, en aquella babel de gentes, ¿quién podrá dar conmigo? Verdaderamente que, en medio de mi desgracia, he sido afortunado. Si hubiese divulgado mi secreto á sir Fonson, ¿quién sabe si á estas horas estaría metido en una de las bodegas de la goleta, y cargado de hierro?

Apenas Carlos había terminado la última sílaba del monólogo que antecede, cuando se presentó el capitán en su camarote.

Sir Fonson demostraba en su semblante, curtido por la brisa marina y las luchas libradas contra la borrasca, toda la tranquilidad que puede afectar un hijo de Irlanda ante los actos más solemnes de la vida.

—Muy buenos dias, dijo al hallarse ante el barón.

—¡Capitán!

—Sí, el mismo, el mismo. Como mis servicios en cubierta no se hacen por ahora necesarios, he pensado venir á que vos me dispenséis el favor de un momento de conversación.

—Con mucho gusto, capitán; pero, tome usted asiento.

—Sí, es verdad; me sentaré, porque me precisa.

Con una flema y una sorna peculiar suya, sir Fonson se sentó ante el barón.

Este preguntó:

—Conque, ¿tan buen tiempo tenemos?

—Admirable, amigo mío, admirable, y en prueba de que lo es, quiero demostrarlo fumando en vuestra presencia una pipa de verdadero tabaco.

El capitán extrajo de una bolsa de hule una rica pipa de ámbar y espuma de mar.

—¿Y vos, no fumáis?

—¡Há ya tanto tiempo que no gasto!

—Vaya, pues también.... sería injusto privaros de un vicio que para ciertos hombres es tan necesario como el vivir.

Jorge Lambley entraba entonces en el camarote con platos y mantel.

Al ver al capitán, se descubrió.

—Lambley, da tu pipa, dijo el capitán al grumete. Este se apresuró á entregársela á sir Fonson.

—Señor barón, aquí tenéis mi pipa, y podéis fumar, que yo lo haré con la que éste acaba de prestame; repuso el atento marino alargando su preciosa boquilla á su protegido.

—Capitán, yo no debo....

—Señor barón, pensad que estáis viajando en una goleta inglesa, y que es su capitán quien os manda le obedezcáis.

—Siendo así, me resigno.

—Enciende, y sirve al señor barón, Lambley.

El grumete puso fuego en la pipa del barón, y luego en la de su capitán, y salió de nuevo del camarote para ir en busca de las viandas para que Carlos almorzara.

—La vida del marino es amarga, dijo el náufrago.

—Hay de todo; se pasan días fatales y días felices.

—¿Hace mucho que usted viaja?

—Toda mi vida; amo tanto á las aguas, que no podría vivir si no me mecieran constantemente.

—Yo también las quiero; pero las tengo mucho respeto.

—Es natural; un señor barón, con demasiadas comodidades en la tierra, no puede arriesgarse á las ingravitudes del mar.

Pronunció tan recalcadamente esto sir Fonson, que Carlos palideció.

El capitán, siempre inmutable é indiferente, no quiso terminar su pensamiento, y añadió:

—Además, son tan fascinadores los encantos de la familia, de la mujer y de los hijos, si Dios los da, que se tiembla á la sola idea de poderlos perder, envuelto uno por las olas gigantescas y aterradoras. Yo, en vuestro lugar, jamás me hubiera embarcado en el bergantín *Concordia*, á no ser que fuese perseguido por algún tribunal que me hubiese sentenciado á presidio por asesinato, pongo por ejemplo.

—¡Gran Dios! exclamó Carlos poniéndose de rodillas ante el capitán y cubriéndose el rostro con las manos. Soy perdido.

Sir Fonson, levantándose del asiento y tomando una mano de Carlos, dijo:

—Levantaos.



— ¡Ah! todo lo sabéis, todo lo sabéis, capitán; pero os juro por mi honor que soy tan inocente como vos lo sois, del crimen de que se me acusa.

— Lo que vos sois, es un engañador.

— ¡Dios mío! vos, que conocéis cuán grande es mi dolor, volved por mi.

— Acabo de escucharlo todo; pasado mañana, si el tiempo sigue siéndonos favorable, anclará en Chatham y seréis inmediatamente conducido á Londres y entregado á las autoridades españolas.

— Pero ¿no me creéis que pueda ser inocente? ¡Ah! yo debo confesároslo todo; ved mis lágrimas; compadeceos de esta situación que ocupo; tengo una esposa y una hija que me adoran con demasiada idolatría para sobrevivir á mi encierro indebido, quizá me lloran muerto; pero muerto yo, aún para ellas sería un consuelo; pero sabiendo que arrastro las cadenas del presidiario, sabiendo que me he confundido con los verdaderos asesinos y salteadores más repugnantes, es su muerte inevitable. Herid, aquí está mi pecho; pero no hagáis porque sea conducido á esos indispensables y odiados establecimientos infamatorios, sentina del vicio y del pecado.

— Vos estáis loco. No puedo desconocer toda vuestra amargura, añadió sir Fonson, algún tanto turbado, toda la pena que pesa sobre vos; pero antes que un marino inglés pueda faltar á sus deberes, debe hacerse superior á sus fuerzas y arrostrar por toda clase de generosos sentimientos, para dar cumplida satisfacción

con la norma invariable é inquebrantable que se ha propuesto. Verdaderamente os creo; no me parece que bajo ese semblante, siempre propicio á demostrar los impulsos de un corazón sano, se oculte en él una ira reconcentrada que obligue á desconocer leyes que han de ser ciegamente obedecidas; pero, amigo mío, eso no arguye en vuestro favor para conmigo. Sé que se os tiene por criminal, y como á tal he de presentaros.

—¡Ah! piedad, piedad, sir Fonson.

—No me es posible hacer otra cosa que la de haberos librado de la muerte.

—¡Cuánto mejor hubiera sido que antes de haber ordenado se me sacase de aquella isla desierta, me hubieran devorado las fieras!

—Aquí, á bordo, no obstante, se os guardarán las mismas consideraciones; no podéis temer nada; sólo tenéis prohibida la salida de este camarote, y al efecto veréis noche y día un centinela ante esta puerta, que habrá de vigilar vuestros movimientos. Lambley.....

—¡Ah! ¿ni para ese muchacho generoso ha de haber consideración?

—Yo os fío que nada tampoco se le hará, sino que al llegar á Lóndres será despedido sin ulteriores resultados, por más que Rul, el contra maestre, se empeña en que su conducta se publique en los boletines de la marina mercante de Inglaterra. Desde este momento queda al grumete prohibido, bajo pena de cien pa-

los, penetrar en esta habitación, y á vos el mandar recado alguno para hablarme. Señor barón, tenéis suerte en vuestra desgracia. Mandaré que os sirvan el almuerzo.

El capitán se ausentó del camarote, dejando al pobre Carlos confundido y anonadado por la fatalidad.

No se hizo esperar el constante centinela á la puerta de la habitación del infortunado náufrago.

—Pilar, Sofía, prendas queridas de mi alma, ¿cuándo volveré á veros? Bien me decía que el carácter del capitán es de hierro, por cuanto no pude someterle al sentimiento que presta la caridad. ¡Dios mío, yo en presidio, yo sin poder gozar de la libertad, yo entre espesos barrotes de metal y á merced de un cabo de vara, verdadero asesino, por un crimen sin notoria justificación. Esta es la fatalidad de todas las mayores desgracias.

De este modo razonaba, viéndose solo Carlos, cuando preocupó su mente el recuerdo fatal de su concubina.

¿Y Magdalena? ¡Cuántas y cuántas veces te he visto en mis ensueños fatales debajo de aquella peña carcomida, imágen risueña de mi esperanza! No he vuelto á saber de tí; quizá te halles en Nueva-York, como te anunciaba lo hicieras en la carta que entregué á Marta el día de mi salida del puerto de Barcelona. Quizá hayas vuelto á abrazar la vida airada de la vergüenza y del desprecio, debida tal acción á lo que juzgues desvío y engaño; pero no, no, la desgracia es

solamente la que nos ha separado, porque yo no he dejado de amarte un solo momento, y parece que el mismo Satanás se complace más y más en torturarme, haciendo mi cariño vehemente hacia tí cuando más vicisitudes me obligan á poner mayores distancias para no poder verte. Necesitaría todo el inmenso amor que me demostraste para que fuera llevadera mi agonía; si pudiera tenerte á mi lado, soportaría hasta con resignación el vilipendio que me amenaza; pero sin tu amor, y años y años de encierro, han de amenguar mis fuerzas y he de venir á la muerte.

Durante los días sucesivos á estas escenas, Carlos no pudo comer ni dormir; era tan grande su aflicción, que lo que pudo haberle repuesto, volvió á sumirle en el estado deplorable de su debilidad.

Por fin, después de inauditos esfuerzos hechos por los tripulantes de la goleta, ésta ancló en el puerto militar de Chatham. Al experimentar el ruido de la maniobra y al saber por el centinela que se había fondeado, el desdichado Carlos no pudo contener sus lágrimas.

Ya hacía algunas horas que no se percibían pisadas en cubierta, cuando se oyeron con suma precisión los golpes producidos por algunas armas. Á poco descendieron por la escalera dos hombres, que al momento se presentaron ante la puerta del camarote.

El uno era un oficial del ejército inglés y el otro un soldado

El oficial preguntó en idioma sajón al centinela, lo que Carlos no pudo entender.

Mas tarde el militar se dirigía al barón con este interrogatorio, en castizo español:

—¿Sóis vos el caballero barón de Santa Cecilia?

Carlos no pudo contestar al momento; tal era la inmovilidad de su cuerpo.

El oficial le volvió á preguntar:

—Os he dicho si sóis vos el caballero barón de Santa Cecilia.

—Sí, señor, replicó por fin el náufrago.

—¿Es cierto que los tripulantes de esta goleta os han recogido de una isla desierta entre Nueva-York y Liverpool?

—Es cierto.

—¿Sóis español?

—Si señor.

—Pues habéis de tener la bondad de seguirme, porque tengo orden de conducirlos con escolta hasta la presencia del embajador de vuestra nación en Lóndres.

—Pues cuando gustéis.

—En este momento, si no disponéis que espere vuestras órdenes, objetó el oficial.

—Al contrario, estoy á las vuestras.

Carlos subió á cubierta, y entonces vió una larga fila de soldados dispuestos para conducirle. Tuvo que resignarse á sufrir por vez primera en su vida las miradas irónicas de aquella gente uniformada, y desplegando mayor fuerza para doblemente acriminarle.



También se hallaba un bote amarrado á la escalerilla con una especie de jaula de hierro en el centro, en donde fué encerrado Carlos, para más tarde subir á un magnífico vapor que partió con él, con rumbo hacia la capital de Inglaterra. En honor á la verdad de los hechos, debo confesar que la educación inglesa está superlativamente á una altura que honra á la nación que la cuida y ejercita hasta por aquellos que en otros países ignoran que pueda existir. El marino rudo, el labriego sin medios para instruirse, el pobre jornalero que consume su vida en honrados talleres, descendiendo á tan minuciosos detalles cuando se trata de rendir culto á la deferencia, que verdaderamente sorprende; y no se diga que la educación se examina en los que se deban recíprocas atenciones; la educación en Inglaterra se ve en todas partes, hasta en sus establecimientos penitenciarios, en donde se albergan los mayores piratas y los asesinos muchas veces producidos por el vicio asqueroso de la bebida.

En la corta travesía recorrida por el vapor que conducida al barón hasta Londres, Carlos no se vió ni siquiera importunado por una mirada desdeñosa, ni una risa provocativa que viniera á recordarle su desgracia.

Toda la tripulación del buque se componía de viejos soldados que, ya en corros, ya en parejas, referían las peripecias del viaje efectuado por el *Príncipe de Gales*, al Asia; y á decir verdad no les faltaba razón para ocuparse en obsequio al futuro Emperador de la

India; pocos días antes había regresado á Inglaterra, después de recorrer las principales capitales pertenecientes á la Corona de su augusta madre en regiones lejanas y visitado los mejores Estados de Europa.

Carlos ni sospechaba siquiera que iba preso. Aunque poco, comprendía algo el inglés, y no dejaba de entender el fundado orgullo de los ingleses, según las palabras que escuchaba.

Por fin aparecieron entre espesa niebla los contornos arquitectónicos de la confusa capital; más allá altas cumbres desafiando con sus erguidas crestas las elevadas torres, y por todas partes gigantes de piedra que parecían salir de una isla para prestar auxilio al mortal. El barón se estremeció ante aquella perspectiva. Londres era para él desconocido; además, iba á visitarle para quizás desde allí ser conducido entre bayonetas á España.

No era posible que le halagase lo que aparecía ante sus ojos, porque tenía prohibido el disfrutar de las comodidades que encerraba.

El Támesis, encauzado por magníficos palacios y caprichosos hoteles, más bien parece un inmenso espejo donde mirarse, que un río turbulento que amenaza devastar á quien lo aprisiona. Aquellas fábricas grandiosas, y que elevan sus cien chimeneas á alturas de respetabilidad, por cuyas bocas brotan mil fantásticos torbellinos de espeso negruzco humo, armonizan y sintetizan el génio industrial de los vecinos de Londres, que el que por vez primera visita aquella capital, aun

en medio de sus anchurosas calles, se cree trasportado á una región desconocida, pero agradable, á causa del incesante movimiento de todo género de manufacturas que en miles de carros atraviesan direcciones infinitas.

Otros barrios más solitarios y ajenos al ruido que se promueve en los mayores, y formados por agrupaciones de elegantes *chalets* y caprichosos jardines adornados por fuentes esbeltas y estatuas de mármoles legítimos de Carrara, atraen el pensamiento al estudio para deducir el más delicado gusto y los adelantos de la época armonizados con la conveniencia.

¡Cuántas eminencias en todas las esferas de la ciencia depuradas en el crisol de la lógica, y cuántos filósofos industriales, inspirados por lo agradable de los anchos paseos, sembrados por sorprendentes macetas, estanques y bóvedas de follaje, han concebido ideas grandes transmitidas al mundo entero más tarde para gloria y eterna vida de los que las acogieron y realizaron!

Londres, severa matrona que se levanta de los mares, lamida por un río caudaloso, es el arca en donde se guardan caudales fabulosos, raros objetos y antiguos recuerdos de las tradiciones de todos los siglos. La apatía afectada por sus moradores y su carácter de hielo, bien demuestran la trivialidad de lo superfluo para razonar con visos de base, las importantes deducciones que pueden beneficiar. Distan tanto unas calles de otras en la capital que nos ocupa, que mientras algunas se abren de par en par al movimiento y la vida

con sorprendentes talleres, en otras se cierra el paso por su soledad al que busca bullicio y sensación.

En unas se ejercitan las fuerzas del trabajo; en otras reside el precioso reposo al más tranquilo descanso.

Carlos, desde cubierta, quedó atónito examinando el puerto de Londres. Miles de buques de todas las naciones y países formaban en la bahía otra ciudad flotante con sus calles y paseos. Las banderas diversas que agitaba el aire por encima de los mástiles en que se prendían, ofrecía un golpe de vista sorprendente, y aquel bosque de gigantescos palos, siempre interminables y unidos entre sí por embreadas maromas, recordaba uno de los bosques vírgenes del Amazonas, cubriéndole de margen á margen troncos seculares, ligados con débiles y trasparentes lianas.

Héme ya en Londres, dijo Carlos, observando la agradable perspectiva que se le ofrecía. Pero me hallo preso; preso cuando nadie me lo haría creer, por cuanto ni un solo soldado ni policía me siguen, ni me encuentro atado. ¡Ah! pero á pesar de todo, no me queda duda que algún ojo avizor está siempre vigilándome y espiondo hasta mis más imperceptibles movimientos. La organización del cuerpo de seguridad pública aquí, dista tanto de la que allá tiene, que habla muy alto en obsequio á los ingleses. ¡Dios mio, si fuera alguno de mis amigos el enviado español, qué nueva vergüenza vendrá á herirme!

Aterrado con semejantes pensamientos el pobre Carlos, se acercó el oficial que había penetrado en el



camarote que el barón ocupara en la goleta, con la mayor finura y confianza.

—Caballero, tenga usted la bondad de seguirme, dijo.

—Siempre á las órdenes de usted, contestó Carlos, bañado por un sudor helado, por cuanto prevía se acercaba la hora de la expiación.

El detenido, el oficial y una sección de soldados, ocuparon una lancha de descarga, y después de atravesar algunas calles interminables sin que la curiosidad pública se fijase en el preso por la escolta que le rodeaba, llegó Carlos y los soldados ante el soberbio palacio del embajador de nuestra querida nación, acreditado cerca de la potencia inglesa.

---



---

---

## CAPÍTULO III.

### **Dos presidiarios.**

---

Por mero estudio y curiosidad hace años que el autor de estas líneas ha visitado alguno de esos establecimientos odiosos, pero indispensables á la salud de la sociedad en que vivimos. Muchos de los tales edificios, llamados presidios entre nosotros, han encontrado acogida tan llena de recuerdos producidos por escenas más ó menos desgarradoras, que el alma sensible no puede menos de estremecerse, el sentido repugnar y el pensamiento encontrar motivo para la meditación.

En España, en donde tan justamente predomina el derecho y la razón afectando las más halagüeñas frases, encontramos en aquellos establecimientos un motivo de censura que viene á disponer nuestro ánimo en favor de una reforma eficaz y pronta, á fin de en-

mandar males previstos por la sensatez y la cordura.

En España, los edificios que nos ocupan no guardan la mayor parte de ellos la higiene indispensable que venga á garantizar la vida de aquellos seres infelices que los habitan, arrollados por el vicio y el crimen.

De este modo interpretada la ley, se agravan los dolores morales del confinado por los físicos á que se halla expuesto.

Pero abrigamos la más completa esperanza de que en breve ha de ser un hecho la reforma, respondiendo á los lamentos y á la conveniencia.

Dos confinados en uno de los patios del presidio de Ceuta disputaban entre sí, promoviendo más tarde un alboroto que puso en movimiento á toda *la fuerza* del establecimiento penal.

De pronto creció el tumulto y la confusión por los centenares de confinados que tomaron parte en aquella lucha sangrienta que amenazaba destruirlo todo y ahogar los gritos de la justicia que reclamaba el cumplimiento de las condenas.

Á los lectores no debe sorprenderles tamaño acontecimiento, sabiendo que no hay recurso á que no apele el penado para evadirse, sin comprender las consecuencias, que promueve riñas y asesina, haciéndose doble criminal. Pero ¿qué importa?

Si prevé que acaso pueda verse libre instantáneamente, pesando, como muchas veces acontece, sobre él seis ó más causas, cuyos fallos componen dos y trescientos años de encierro.

Perdida la esperanza de volver á sus antiguas fechorías, á todo se arroja el rebelde, y arrastra en pos de sus utopías á aquellos para quienes la dicha es el volver al seno de la sociedad, cumpliendo sus condenas con resignación y en paz.

De esta índole era la batalla que se libraba.

Dos confinados, sentenciado el uno á cadena perpetua y el otro á cincuenta años de encierro, promovían el suceso.

Toda afección de dulzura en aquellos hombres la miraban con horror y hastío, creyéndose con fundamento sin medio alguno legal que les restituyese á la vida de la familia; muertos en sus corazones todos los sentimientos, vinieron á las manos por la trivialidad más insignificante; el medio para matarse había sido el solo papel de un cigarro, bastante causa para encender la ira reconcentrada. El uno había negado al otro una tira de papel para poder fumar.

Los rematados, al observar una riña, dando rienda suelta á sus esperanzas de que con el tumulto puedan evadirse y quebrantar sus condenas, aplauden siempre las feroces escenas, sin que en un principio puedan los funcionarios públicos poner justo coto á los desmanes. Pero estos toman instantáneamente voraz incremento; los ánimos, ya de suyo soliviantados, se encienden ante la pelea de sus compañeros que, cual lobos ante la res muerta y que abandona el pastor, se lanzan unos contra los otros, siempre guiados por la facilidad de un cambio de posición, alentados por la

idea de quebrar barrotes y salvar vallas á fin de lanzarse de nuevo en busca de frescas víctimas.

Movidos por tan réproba malignidad, los penados de uno de los cuarteles de Ceuta combatían.

Dos cadáveres tendidos en la arena del patio, á causa de profundas heridas, eran pisados por los asesinos.

El orden, tan necesario como el aire para la vida en semejantes establecimientos, parecía que jamás volvería á restablecerse, tal era el furor de los malvados.

El hombre embriagado por la sangre de sus semejantes es peor que todas las fieras juntas en la más potente de sus ferocidades.

Sin embargo, y aun en medio de los incalificables excesos de los penados incorregibles, estos son débiles y pusilánimes, por cuanto la conciencia viene con sus voces, por intervalos más ó ménos seguidos, á recordarles sus torpezas y sus liviandades. Por maligna que sea la tendencia humana, siempre hay un momento en que se inclina hacia el bien, y aunque este pronóstico queda olvidado las más de las veces por el recluso y no se cumple satisfactoriamente, en medio de la efervescencia de todo el furor del penado maligno y el delito repulsivo que le induce á proseguir por el camino escabroso del crimen, puede fácilmente detenerse por el momento, apelando á las fuerzas más obstinadas.

Así pudieron comprenderlo las autoridades de la plaza.

Cuando ya algunos penados de los que combatían

se encaramaban para alcanzar el lomo de la tapia del Norte, que cerraba el patio, penetró por la puerta, que á aquel local conducía, un fuerte pelotón de soldados.

Hechos al aire algunos disparos, los presos se confesaron vencidos. El jefe del pelotón pudo hacerse oír, é intimó á los alborotadores á que entregasen las armas que empuñaban. Á poco tiempo se vieron allí el gobernador militar, el comandante del presidio y demás empleados subalternos del establecimiento, é instantáneamente quedó el orden restablecido. Las únicas providencias que en tales momentos pueden dictarse, lo fueron puntualmente, y se encerraron un par de docenas de revoltosos en diferentes calabozos y se procedió á las primeras diligencias por el juzgado en averiguación de los culpables en los siniestros sucesos y de las cabezas de aquel motín sofocado.

Mientras sucedía la pelea referida, un presidiario era instado por otro para que tomara parte en la contienda.

—Déjame; eres un vil asesino y no puedo por tí dejarme seducir, decía el recluso que trataba de abandonar el patio.

—Bien se coñoce que eres novicio en semejantes *broncas*, le respondía el otro con el mayor descaro y con voz ronca.

—Seré lo que quieras.

—Eres lo que yo, un ruin asesino; por eso te encuentras á mi lado.



— ¡Infame! ¡Infame! Mientes una y mil veces.

— Vaya, no me exasperes con tus humos de inocencia. De esta *bronca* puede resultarnos la fuga. ¿Acaso tú no quisieras fugarte?

— No; lo que yo quiero es cumplir con la ley que, según la sociedad, cree he quebrantado.

— Mira, mira. Ahora aquellos se disponen á traspasar el paredón; llegarán á verse libres dentro de un cuarto de hora; quizá mueran dos ó tres detrás de la tapia, á causa de los disparos de los centinelas; pero el que tenga la fortuna de salir ileso, se encontrará pronto al lado de sus amigos y de su familia. No seas lo que quieres parecer; sígueme.

— Nunca.

— Pues que el infierno te confunda.

El penado rebelde se mezcló con los que formaban la masa revolucionaria, y el prudente, que anteponía su mayor gloria al deber á que estaba sometido, se dijo para sí:

— ¿De qué me serviría escapar, cuando me es imposible vivir entre los hombres, hasta tanto que no purgue mi supuesto delito?

El lector ya supondrá que nadie podía hablar de esta manera en aquella situación más que el pobre Carlos, y en otros tiempos más felices el barón de Santa Cecilia, á no ser que existiese en el penal otro confinado en idénticas circunstancias á las de nuestro desdichado héroe

Desgraciadamente no era así. Carlos, después de su-

frir el terrible interrogatorio por el embajador á quien ya desesperado, confesó toda su ruina y todas sus amarguras, por más que se condoliera de la posición anómala del detenido, el representante de nuestros intereses y autoridad en Londres no pudo dar plena satisfacción á su sensibilidad, y Carlos fué entregado al tribunal que lo sentenciara para las resoluciones que de él habían dimanado justamente, sin patentes pruebas de su inocencia el acusado.

El tribunal confirmó su fallo, al elevarse á consulta el acontecimiento de la prisión de un español en Londres, llamado Carlos N., barón de Santa Cecilia, y éste fué embarcado para Ceuta con recargo en su condena, por haberla quebrantado desde que le fuera impuesta.

Por manera que Carlos vestía el uniforme del presidiario, que tanto temía usar; constaba su nombre en los registros del presidio de Ceuta; arrastraba el vil grillete del malvado, y se confundía en las cuerdas inmundadas de un penal con los asesinos más perversos y descorazonados.

El ruido de las voces le sacaron de su melancolía, y se dirigió al patio de donde salían. Hacía unos ocho días que ingresara allí, y ni aun conocía siquiera á sus jefes. Andaba, pues, por aquellos corredores y patios observándolo todo y averiguando los deberes que su estado le imponía.

Cuando su compañero era ya uno de los tantos alborotadores y vió el desatino de su hermano en el in-

fortunio, no pudo menos que aducir el argumento fundado: «¿para qué escapar de aquí, si no me es posible vivir entre los hombres honrados?»

—«Esto ha de traer fatales consecuencias, añadió luego; la autoridad no puede dejar sin justo castigo tamañas infracciones de la ley, y yo, en todas ocasiones, debo ya, durante el período de mi vida, hacerme dignísimo de la consideración que merecen los obedientes. Marchad; sois lobos carniceros que aun después de ofreceros la sociedad un refugio en donde encontrar las lecciones que necesitáis, la despreciáis y escarnecéis.»

Apenas las últimas sílabas de estas palabras se escapaban de los pálidos labios de Carlos, cuando fué bruscamente acometido por seis cabos de vara á la vez que exclamaban:

—Ríndete, ó te matamos.

—¿Sois ciegos acaso? ¿Veis que tenga yo en las manos arma alguna? Soy inocente de cuanto sucede.

—¡Al calabozo, al calabozo! gritaron los cabos, y obligando con fuertes empellones á que Carlos andara.

Mientras obedecía con la mayor resignación, sin proferir una sola amenaza, uno de aquellos verdugos levantó el palo que empuñaba y lo dejó caer con fuerza sobre el hombro izquierdo del que se enorgullecía en otros tiempos con un título honrado.

Por vez primera, desde que había ingresado allí, se asomaron las lágrimas en los encendidos párpados de

Carlos. Su color cadavérico y amoratado por la ira y la vergüenza, demostraban la lucha que sostenía para contenerse, y pudo al fin lograrlo, dirigiendo una piadosa mirada al cielo en súplica de fuerzas que necesitaba y la resignación más santa que le convenía observar.

Llegó, pues, á las puertas del fatal calabozo sin exhalar la menor queja. Un hombre, vestido con igual uniforme que el que usaban los demás, abrió una estrecha cavidad, cerrada por robusta plancha de hierro, y Carlos fué empujado con violencia hacia aquel sitio, donde quedó cerrado con fuertes barrotes. ¡Ah! los lectores no pueden saber lo que es el calabozo de uno de los presidios; no pueden, á más de lo que significa toda la degradación que cubre al ser que traspasa sus umbrales, concebir la idea más aproximada de todo el horror que inspiran aquellas paredes salpicadas por la sangre de muchos de los desesperados criminales que prefirieron morir á soportar un encierro interminable; atentan una y mil veces contra sus días en aquellos sitios, hasta poder lograr sus criminalísimos deseos.

La lobreguez de aquellos parajes insalubres patentizan con demasiada crueldad todo el castigo á que el hombre queda sujeto al reincidir en el delito.

Si sentenciado el facineroso á un encierro más ó menos limitado, se le obliga á respirar miasmas pútridos, el castigo es doblemente más severo que el dictado, por cuanto se le quita paulatinamente la vida, rodeado

por todas partes de elementos perniciosos y nocivos para el desarrollo de su organismo y conservación.

Ajenos todos los sentimientos á tamañas desventuras, que implican una cuestión de razón y de derecho, no puede menos el autor de estas páginas que censurar el modo con que se consienten los verdaderos pudrideros que en muchos presidios existen con el nombre de calabozos.

Solo Carlos en aquel encierro degradante, lleno de esa pena aflictiva que enerva la facultad de pensar, se hallaba convulsivo, clavando su vidriosa pupila en la amortiguada claridad que penetraba á través de unos barrotes dispuestos sin simetría alguna en lo alto de la pieza, cuando observó que los goznes de la puerta, al girar sobre sí, daban paso hasta él á otro de sus desventurados compañeros.

Pero el confinado que penetró no reunía la misma calma que al pobre Carlos le disculpaba; el nuevo desdichado que penetrara en el calabozo en que Carlos había sido encerrado, venía completamente ensangrentado, con sus ropas hechas girones y expresando en su arrugoso semblante toda la más desesperada ira en la plenitud de un delirio terrible.

Aquel hombre, momentos antes había sido herido por sus compañeros de pelea en el centro del patio fatal, al observar que, ciego, acometía con navaja á cuantos estaban al alcance de sus manos. El furor de amigos y adversarios se unió contra él por la mira humana que tiende á la conservación, cuando principian



los detalles de la medida después, y aun en la misma pelea, á alumbrar el entendimiento un momento ofuscado.

Había herido á diez y ocho presidiarios, y dos de ellos acababan de fallecer.

Él también, á pesar de su heroico valor, no por eso dejó de salir con infinitas heridas, que aun abiertas, le daban todo el aspecto feroz susceptible en el asesinato más encarnizado.

Carlos comprendió instantáneamente que el nuevo presidiario que con él se encerraba era sin duda uno de los cabecillas del motín, y lleno de temor por la presencia allí de aquel hombre, se fué ocultando á los ojos ensangrentados del asesino hasta quedar cubierto por las sombras que proyectaba un ángulo del calabozo.

Un tumulto de voces desesperadas se sucedió por la parte de afuera al penetrar en el encierro el compañero de Carlos.

Cien gritos de «¡muera!» se repitieron, acompañados con fuertes golpes en la plancha de hierro, que daban otros tantos confinados, deseosos de la vida del que tan mal parados los había dejado en la contienda del patio: el amenazado, quizá por vez primera, principió á temblar ante el peligro.

Las palabras benévolas y cariñosas de los funcionarios del penal, pasado algún tiempo, pudieron templar la efervescencia sobreexcitada de los reclusos, y conseguir que reinara el más profundo silencio y el orden más completo.

Nada se oía desde el exterior del calabozo; pero dentro de él, se producía el ruido anheloso de una respiración cansada y dolorida, que agitaba al nuevo huésped de aquel local maldito.

Carlos no se atrevía ni á moverse; adoptada una posición harto incómoda para huir el menor contacto con el criminal, sufría los dolores producidos por algunos clavos que, embotados en la pared en donde se había arrimado, se introducían en sus carnes.

Por fin, el verdugo de la librada pelea se incorporó con bastante trabajo, y miró en torno suyo.

—En el calabozo del presidio me encuentro otra vez; dijo—sí, ahora merezco este castigo; pero lo que me mata y me consume es no haber tumbado á media docena de todos aquellos miserables para abrirme paso á través de quien pudiera oponerse á mi fuga. ¡Condenación! Soy un cobarde, porque me han herido; aquí.... aquí es donde el sufrimiento mayor se experimenta. Tengo una sed devoradora, y en estas sólidas paredes no hay siquiera un jarro con el líquido que necesito, ni un banco para recostarme. Ahora tendremos que volver á declaraciones y majaderías; ¡cuánto mejor sería que me subiesen al patíbulo para agarrotarme, que hacerme sufrir tanto como estos dolores me martirizan!

—¡Infames! prorrumpió en grandes voces de repente aquel hombre. ¡Infames una y mil veces los seres pusilánimes y palaciegos que se someten con ciegas miras á la obediencia de hombres audaces, siguiendo

las corrientes de una estabilidad social que aburre y cansa! ¿Y venís á castigarnos á los que nos apellidáis asesinos? Si la vida hastiada, si la existencia, después de disfrutar de toda clase de goces, es una carga pesada para el individuo, ¿por qué no bendecís al que trata de libraros de semejantes dolores? Si muertos los goces sensuales, si muerta la materia, quedáis sin responsabilidad, á ¿qué esas luchas en la vida, conjeturando un premio ó un castigo falaz y erróneo con que pronosticáis al bueno y amenazáis al malo en el mundo eterno que aseguráis existe? ¡Qué hay otra vida, decís! Si la hubiera, desaparecería con el espíritu el cuerpo, por cuanto es preciso éste para asegurar que viva el primero.

Los lectores, sin duda alguna, habrán de reirse y despreciar los vagos argumentos aducidos por el criminal para disculpar sus acciones ante las voces con que la conciencia le acusa. Si muerta la materia no hubiera de obtenerse la recompensa gloriosa de un cielo en donde mora el Dios de las venturas, equivaldría á una justificación sin visos de lógica, toda vez que la más rotunda afirmación, pese al más adicto de los propósitos materialistas y de todas esas escuelas infames é idólatras, está mirándonos á nosotros mismos, perfección de todos los seres, inteligencia sublime, y esencia y potencia que Jesucristo reparte con los hombres, para que sepan apreciar toda su más grande misericordia con las almas santas educadas en el bien.

Si ciertas creencias, con débiles argumentos y sacrílegos espíritus, niegan que el alma existe, asegurando que muerto el cuerpo se evapora para siempre el sentimiento sublime encerrado en el corazón, es sin duda porque el cuerpo y el alma, desfallecidos por el vicio, repugnan creer que lo que puede halagar sus hábitos rebeldes ha de tener castigo interminable.

La vida hasta al que, consumiéndola por el vicio y el pecado, se amedrenta, no pudiendo hallar en lo sucesivo los primitivos y dulces goces de una inocencia perdida.

Después que hubo de expresarse de aquel modo el compañero de Carlos, éste fué visto por aquel.

—¡Ah! pero no estoy aquí solo, dijo el herido alargando su mano ensangrentada hacia el náufrago.

—¿Quieres ayudarme para que pueda cambiar de postura?

—Me das miedo, se atrevió á objetar Carlos.

—Miedo, ¿tienes miedo á un presidiario como tú?

—Sí.

—Eres un mentecato.

—Seré lo que quieras, pero no asesino.

—Entonces, ¿por qué te han sentenciado?

Carlos no pudo menos de contestar con un llanto estrepitoso.

—Lloras, ¿y por qué? ¿te acuerdas de tu familia? Pues yo ni aun puedo satisfacer el deseo de regocijarme con semejante idea, porque no existe vínculo alguno en la tierra que pueda hacerme más desgracia-

do. ¡Ah! pero estas losas malditas me maceran los miembros; ayúdame por favor.

Carlos, en cuyo corazón latía el bello sentimiento de la piedad, se acercó á su compañero.

Este repuso:

—Eres un viejo como yo, pero no tanto para que el curso de la vida fuese tan borrascoso como lo fué en la mía. Ayúdame á que me vuelva de este otro lado.

Gracias; veo que tienes un excelente corazón, y es fácil el conseguir en tí una favorable enmienda; pero te aconsejo que la desprecies: estudia aquí, únete á los verdaderos hijos del crimen, si quieres concluir tu vida nadando en el oro y adulado por los demás hombres; yo, desgraciadamente he de morir aquí; soy ya muy viejo para soportar quince años de condena; pero tú, aunque viejo también, no estás tan acabado, y si el castigo que te impusieron no es la perpétua, puedes aun tener esperanza de mejores días; pero, siéntate, siéntate á mi lado; estamos solos en este calabozo, y nadie vendrá á interrumpirnos; deseo satisfacer el favor que acabas de prestarme, revelándote los secretos precisos para alcanzar la verdadera dicha de la vida, imponiéndote á los demás por medio del crimen.

Carlos obedeció maquinalmente.

Pero, ¿qué quieres decir? preguntó luego.

—¿Cómo te llamas? interpuso el otro.

—Carlos. ¿Y tú?

—Yo me llamo León. ¿Y de dónde eres?



—De Madrid.

—Pues yo soy de todo el mundo; ¿y te han sentenciado?....

—Por asesinato; ¿y á tí?

—¿Á mí? Vergüenza me da hasta el confesarlo; por rapto.

—¡Por rapto! repuso Carlos.

—Por rapto de una linda joven que estaba para casarse.

—¡Qué dices! ¿Y tú, con los años?....

—No trataba de hacerla mía; la joven á quien debía robar era comprada para otro.

—¿Y en dónde pudiste cometer semejante delito?

—En esa Babel de Madrid.

—¡En Madrid!

—Sí, en la corte,

Carlos estaba intranquilo; mil ideas cruzaron, rápidas como la centella, por su mente.

Luego preguntó:

—¿Y era joven la mujer que se te pagaba?

—Joven y hermosa. ¡Oh! era verdaderamente un angel.

—¿Quieres contarme?....

—¡Ah! pero no puedo, porque los dolores de estas malditas heridas me atormentan demasiado para tener el gusto y el humor de recordar la hora fatal en que pude comprometerme para entregar á Sofia.

Carlos, movido como por un resorte, se puso en pie, y exclamó:

—¡Sofía has dicho!

León levantó la cabeza, y dirigiendo la mirada hacia Carlos por la actitud que éste había tomado, contestó:

—Sofía, sí, Sofía; la que fué hija de cierto perdido barón desgraciado, y que vivía con su madre, el viejo Andrés y su hijo el grabador Miguel, en la calle de la Encomienda; pero qué, ¿acaso tú la has conocido?

Carlos, fuera de sí, se abalanzó hácia el raptor de su hija, y amenazándole, exclamó:

—¡Gran Dios! ¡Habla, habla, ó mueres ahora mismo, asesino!

León, con una calma y sangre fría espantosa, añadió:

—Hablaré. Pero, ¿quién eres tú, que de tal modo?...

—¡Soy el padre de tu víctima, vil ladrón de mi honra inmaculada; soy el Génio del mal en las postrimerías de tu vida, que se presenta aquí para acibararla, si no hablas del infame proyecto que te ha conducido á estos lugares!

—¿Con que tú eres el padre de Sofía? Hablaré, hablaré; no tienes por qué incomodarte, repuso León.

—¡Dios mío! ¡Esto más, es el colmo de mis desdichas!

Verdaderamente que, para el desdichado Carlos, aquel encuentro equivalía, en el estado en que se hallaba, á los mayores sufrimientos que le habían sumido en la desesperación y el dolor.

Careciendo de noticias referentes á su familia durante tanto tiempo, la nueva que escuchara de los labios de León no era otra cosa que un envenenado puñal que se le hundía en el corazón.

Por su parte, el viejo raptor se mostró indiferente ante la sorpresa experimentada por Carlos, y se dispuso á dar cumplida satisfacción á la exigencia de su compañero.

—Pues voy á revelártelo todo.

—Eso exijo de tí.

—Cálmate y serénate, porque tienes una hija varonil y virtuosa como pocas, en los tiempos que corremos. Debo principiar, repuso León', manifestándote que desde hace algunos años me encontraba yo semiafiliado á un bando secreto y obscuro, del que no tiene nada de particular te hable; pero sí debes saber que tal agrupación la componen muchos de los que han pisado estos sitios; pues bien, cuando uno de los jefes deseaba realizar particularmente algún *negocio*, según el reglamento de la sociedad, se valía de uno de sus individuos escogidos, según la confianza y el valor conocido del que se predestinaba para el *asunto*.

—Pero eso, ¿qué tiene que ver?.. dijo Carlos, lleno de la mayor ansiedad.

—Calma, calma, amigo mío, contestó León con sorna y sonriendo.

—Pues bien; hubo de ser que la finca en que habitara uno de los jefes de la Sociedad de que te llevo hablado, fuese vendida á cierto señor á quien todos llamaban D. Robustiano.

—¡Don Robustiano!

—Cómo, ¿también tú conoces á don Robustiano?

—¡Ah! ¿Pero no era este un hombre de mucha más edad que la mía, moreno, alto?

—Y con una hija soberbia, sí, sí, el mismo.

—¡Gran Dios! ¡Cuántos sinsabores! ¡Oh! ¡Pero tú eras pagado?...

—Precisamente, pagado por D. Robustiano, el mestizo, para que tu hija Sofía le fuese entregada en París.

—¡Esto más! ¡Oh! ¡Infame! ¡Infame!

—Debo manifestarte que jamás *negocio* alguno me proporcionó el temor del maldito rapto. ¡Ah! pero estas condenadas heridas no me dejan sosiego, la sangre parece que no cesa de brotar y siento una debilidad espantosa.

Carlos también sufría horriblemente. ¿Qué padre, por desnaturalizado que sea, no siente la ira al tener ante sí al que atentara contra el honor de su hija?

Pasado que hubo un buen espacio de tiempo sin que Carlos hiciera otra cosa que meditar y sufrir en silencio, exclamó por fin:

—La justicia divina no puede dejar de ejercer el castigo que impone por sus fallos soberanos.

—Tienes razón, contestó León. Pero los dolores que experimento son mayores á la culpa que acabo de confesarte; la ley de esos fallos que acabas de nombrar, parece que hace extensivos sus efectos hasta castigar el mayor crimen de mi vida; un horrendo asesinato que cometí también hace años, y en la corte precisamente.

Carlos ni oía siquiera á León; tal era el estado convulso de todos sus sentidos.

— Pero aquel crimen quedó impune, prosiguió León: pude evadirme de la justicia, porque, todo perfectamente predispuesto, se hacía necesario recayesen las sospechas en otro á quien no conocía para perderle; y á pesar de mi tranquilidad, ahora, que me hallo sumido en este calabozo, ahora que acabo de manchar otra vez mis manos con sangre humana, y que estas heridas parecen abrirme la fosa que recoja las cenizas pestilentes de mi cuerpo, parece que el grito de un misterio me obliga á reconcentrar el pensamiento para elevar á Dios una mirada, á pesar de todo.

— ¿Has dicho que cometiste un crimen?... preguntó Carlos lleno de ansiedad, después de haber oído á León.

— Sí; un crimen horroroso, y también pagado, pero no se por quién. Era una hermosa joven, una virgen al parecer; ¡estaba tan encantadora!... Parece que el recuerdo de aquella inocente figura mitiga algún tanto mis dolores. Era rubia como un arcángel; vestía, en el acto en que yo penetré en el gabinete en donde estaba, un linda falda de seda; al verla, me abalancé ciego de furor, clavé con fuerza la hoja de un puñal en el seno virginal de aquella criatura, y cayó sin exhalar la menor queja, brotando sangre encendida de su herida; pude asirla sin que me manchara, y la metí en un soberbio lecho dorado que en aquella habitación había; la tapé con la sábana y salí; ni un obstáculo se opuso á mi marcha; la prima ofrecida por el *negocio* la hice efectiva en el Castillo del Diablo, á



donde llegué cuatro días después de cometido el asesinato.

Carlos, durante el relato de León, ni pestañeó; inmóvil como la estatua más severa, veía á su compañero retorcerse por el sufrimiento de los mayores y agudos dolores, sin moverle la piedad.

Después de luchar consigo mismo el desdichado Carlos, porque no podía creer que aquel hombre fuese el verdadero autor del asesinato que se le atribuía, exclamó con voz ronca y lleno de amargura:

—Respóndeme. ¿Cuándo y en dónde pudiste asesinar á la joven que has nombrado, ruin miserable?

—Hará muy cerca de siete años, si no pasa.

—¿Y en dónde, en dónde?—preguntó Carlos con la mayor vehemencia, pálido como un cadáver.

—Ya te lo he dicho; en Madrid, en la calle de la Montera

Carlos no pudo sostenerse en pie al oír la última frase de León, y cayendo desmayado sobre las heladas losas del calabozo, dejó escapar de sus labios una exclamación.

—¡Dios mío! articuló.

León, creyendo á su compañero muerto, pudo incorporarse para convencerse de la realidad que presentaba, observando que la agitación producida por sus palabras en el ánimo de Carlos lo sumían en un desmayo, y adoptando una postura menos incómoda á la que había alcanzado hasta entonces, murmuró:

—Procuraremos conciliar el sueño reparador que

necesito para alcanzar algún alivio antes que vengan por mí para atolondrarme con enojosas declaraciones, que este imbécil ya volverá en sí cuando mejor le parezca.

Efectivamente, León, sin preocuparse lo más insignificante por las circunstancias que pudieran sobrevenirle á causa del efecto producido por sus palabras, y rendido por la lucha que había sostenido, y débil por la sangre que perdiera, ya entonces restañada á causa de coagularse encima de las cicatrices, se quedó dormido profundamente.

Los pesados párpados del asesino cayeron, y sus ojos se cerraron cuando el infortunado Carlos abrió los suyos espantados.

Un débil quejido dió muestras de que aún alentaba.

—¡Ah! me había ya olvidado de que estabas aquí, dijo: aquí, y al lado del asesino verdadero del que se cree fuera víctima Magdalena. No, esto no es sueño; estas son las paredes negras del lúgubre calabozo de presidio; este traje de paño burdo que me cubre, la vestimenta del criminal; este grillete que sujeta mi tobillo, la cadena que oprime á los ajusticiados; el hombre éste, después de la revelación que sin saberlo acaba de confiarme, el más encarnizado de mis enemigos. ¡Ah! duerme, duerme, y ahora podría fácilmente apoderarme de su vida, como él se la quitó á la inocente víctima..... pero no tengo arma alguna. ¡Dios mío, perdóname si quebranto de hecho tus preceptos de misericordia! Tú bien ves la razón que me asiste.

Tú, que todo lo puedes, pon fuerzas suficientes en mis manos para estrangular á este asesino y raptor.

Carlos, convulso y cadavérico, dió tres ó cuatro pasos hacia el inmóvil cuerpo de León. De pronto se detuvo.

—¿Y ha de morir este miserable sin que yo sepa el nombre de la víctima, ignorando todas las circunstancias del crimen? No; es preciso revele cuanto ha promediado en el acontecimiento; es preciso que yo sepa á quién debo el ser convertido en el más degradado de los hombres; á quién debo, en fin, el horroroso nombre de presidiario.

—León, León, despiértate, porque, de lo contrario, quedas dormido para siempre, añadió Carlos, moviendo con los piés el cuerpo de su compañero de calabozo.

Este se despertó lleno de estupor.

—¿Qué, venis ya por mí para ahorcarme? Preguntó.

—Pocos instantes, efectivamente, tienes ya de vida.

—¡Ah! ¿Eres tú?

—Sí, yo, Carlos, el dueño de tu vida miserable y sembrada por crímenes los más alevosos; yo, que te exijo y mando dar verdaderas y terminantes respuestas á cuantas preguntas te dirija. Como ves, estamos solos; esos muros son espesos y esa puerta de hierro robusta no permiten se oígan los desesperados gritos que puedas dar para pedir socorro; por manera que soy completamente dueño de tu vida, postrado y enfermo como te hallas.

—Es verdad, repuso León aterrado, y mirando de hito en hito el cadavérico rostro de Carlos.

Este prosigió.

—Pues bien; si quieres morir tranquilo, si aun en tu alma existe una sola esperanza en la fiel creencia de tu salvación eterna, respóndeme.

—Habla, dijo con débil y temblorosa voz el herido presidiario.

—¿Quién era la joven asesinada por tu mano en la calle de la Montera?

—Lo ignoro.

—¿Su nombre?

—No lo sé.

—Vas á morir.

—No lo sé, volvió de nuevo á contestar León.

—Entonces, ¿tú mataste, sin saber á quién?

—Así fué.

—¿Y quién te ordenó tal fechoría?

—Mi jefe, el del Castillo del Diablo.

—¿En dónde está ese castillo?

—Cerca de los Pirineos franceses, en los montes del Monseny.

—¿Y cómo se llama tu jefe?

—Pedro, el cazador. En la época á que te refieres, el Castillo pertenecía al judío Benjamín; hoy es dueño de él D. Robustiano, á quien conoces, según sospecho:

—¿Y tú no?

—Le ví la noche que pernoctó con su hija en el Castillo, cuando fué á visitarlo por primera vez.

—¿Por manera que tú no te entendiste con Robustiano para nada?

—Para nada. Pedro el cazador me propuso dos negocios aquel día de la misma índole.

—¿Dos?

La incertidumbre de Carlos había aumentado, temiendo otros nuevos acontecimientos.

—Sí; el uno, el rapto de tu hija Sofia, y el otro el robo de su hija en París, para entregarla en Londres á cierto vizconde.

—Pero. ¿quién es ese hombre miserable á quién el infame de Robustiano hizo tamañas proposiciones?

—Un criado del dueño del Castillo, el amo de él, mejor dicho.

—¡Ah! No me cabe duda alguna que el miserable del mayordomo fraguó el plan que dió por resultado mi perdición, y no contento con haberme sumido en este calabozo, ahora, lejos de mi hija, trata de deshonorarla.

Luego Carlos añadió:

—Y cuando asesinaste á la joven de la calle de la Montera, al huir, ¿llevaste el arma contigo?

—No, porque Pedro el cazador dispuso que la arrojase ensangrentada, despues de consumado el asesinato, en medio del gabinete.

—¿Y el puñal ostentaba algun escudo, el puño era de marfil?

—Sí, y por cierto que fué encargado del acero mejor templado de la fábrica de Toledo.

¿Y dónde fuiste impuesto de todo eso?



—¿No te lo he dicho ya? en el Castillo del Diablo.

—Y ¿cuánto te valió tu arrojo y alevosía?

—Una suma respetable que me entregó Pedro el cazador en los bosques de las laderas del Monseny.

—No hay duda alguna exclamó Carlos para sí; ¡Robustiano, siempre Robustiano en contra mía!

—¿Tienes algo más que preguntarme? repuso León impaciente por los dolores de sus heridas.

—Sí, mucho, mucho más. Y mi hija y mi Pilar, ¿cómo siguen?

—Viviendo honradamente en unión de un viejo á quien llaman Andrés, y que, según tengo entendido, en otros tiempos fué criado tuyo.

—¿Viviendo con Andrés?

—Sí, y con su hijo, un jóven virtuoso, el cual, cuando yo caí preso, estaba para casarse con Sofía.

—¡Dios mío! exclamó Carlos; ¡casada con el hijo de un criado!

—Pero un criado dignísimo, y su hijo Miguel, uno de los primeros grabadores de Madrid.

—¡Oh! Mi buen Andrés, perdóname, perdóname cuanto pude un día ofenderte; pero mi arrepentimiento y mis lágrimas me harán merecer tu respeto y consideración!

—Hablas como un hombre honrado, dijo León.

—Nadie se atrevió jamás á ponerlo en duda más que los que me han conocido en la desgracia, y aun cuando mi conciencia me acusa, no deja de acriminárseme con crueldad por los hombres. Escúchame.

—Sí, porque tu conducta me mueve á la mayor curiosidad.

Carlos, reflexivo y pálido, repuso:

—Después de la revelación que acabas de confiarme, después de hacer que mis sospechas se coronasen con la verdad, debo revelarte á tí (que según demuestras, estás al borde del sepulcro), toda la pena que me aflige para que por mi desdicha, si es que la respetas aún, porque la tocas también, la oigas y hagas fervorosamente el acto de contrición que necesitas y puedas alcanzar la gloria, reconociendo las maldades de tu vida.

¡Felices los que se arrepienten é impetran perdón.

—Acaba, repuso León.

—¿Qué dirías si vieras ante tí, cubierto de hierros y vestido con el uniforme presidial al asesino de la joven muerta por tu mano en Madrid y en la calle de la Montera?

—Eso no puede ser: el culpable lo fuí yo tan sólo, yo el verdadero asesino, dijo León con la mayor entereza.

—¿Y eso mismo declararías ante el juez, si la vida te lo permitiese?

—Y ante el mismo diablo; pero ¿por qué dices eso?

Carlos, ébrio de alegría y con una ansiedad desmesurada, preguntó luego á León.

—¿Y serías tú capaz de reivindicar ante la faz de la sociedad mi nombre, mancillado á causa del horrendo delito de que se me acusa, por la muerte dada por tí?

—No te entiendo si no te explicas....

—Pues León, yo fui sentenciado por el asesinato que tu alevosía consumó hace años en Madrid, repuso Carlos llorando.

—¡Tú! replicó León con asombro.

Carlos sollozaba; todo su cuerpo, tembloroso y convulso, se sumía en el primer período que antecede á una maligna enfermedad.

León hubo de conocerlo y trató de tranquilizar á su compañero.

—Cálmate, dijo.

—¡Que me calme, que aparente la lozanía de la vida, cuando el fatal destino de una horrenda desventura me la quita paulatimente! Yo fui siempre honrado, amaba en los primeros momentos de mi juventud á la mujer á quien me uní para siempre; cifraba en el casamiento la esperanza más fascinadora de una dicha interminable, de perfumados encantos: confieso que amé mucho á mi esposa, pero pasado el primer arrebato, aquel éxtasis de dulzura que no supe apreciar, me dejé seducir por una pasión loca; quién sabe si aún en el día la rindo un tributo infinito; pero no puedo dominarlo: pues bien; pasado aquel período para no producirse jamás, la sensibilidad del efecto cándoroso se trocó en repulsión. Pilar no fué ménos venerada; sus virtudes no las apreciaba y me entregue, sin mirar á las consecuencias que produce el exceso de la maldad, en brazos del crimen; creía hallar otra realidad más llena de regocijos, y me olvidé de mi esposa

y de mi hija. Comprendo que entrambas me idolatrabán; pero su amor y cariño no me eran tan fascinadores como el edem inagotable que creía hallar en Magdalena, la hija de mi más honrado y virtuoso criado Andrés. Después de mil excesos y calaveradas, que ahora deploro, hice mía en comercio ilícito y miserable aquella inocente niña, sirviéndome para ello de uno de mis servidores entonces, el ladrón miserable de Robustiano.

Magdalena bien pronto pudo olvidarse de la sencilla oscuridad en que la humilde posición de su padre la condenara, y abrazó frenética la vida del fausto, la vida resplandeciente, mejor dicho, de la miseria, que yo la dí. Ignorando el lazo que se me tendía, fuí, como siempre á la calle de la Montera, en donde Magdalena habitaba y la encontré asesinada; el puñal homicida encima de la alfombra del gabinete, con la hoja aún manchada en la fresca sangre de la víctima; dí voces empuñando el arma maldita; penetró la autoridad y se me sentenció. Traté de huir, alentado por la inocencia, y me encuentro viva y en lo más lozana de su robusta juventud á Magdalena, en Barcelona.

León no pudo menos de preguntar:

—¿Qué dices?

—Me embarco, sufro mil penalidades espantosas, prosiguió Carlos, hasta que vengo conducido desde Londres á este presidio, á fin de que expie un delito que no he cometido. Y ahora, que creo encontrar la tranquilidad que puede prestar toda la resignación de

un mártir, ¿no quieres que lllore y tiemble al saber que tú, aquí, los dos solos en este lúgubre calabozo, has confesado haber sido el verdadero autor de mis desdichas y del proyecto, felizmente sin realizarse, de mi deshonra?

León no contestó ni una sílaba sola al cadavérico Carlos. Este dió rienda suelta á su más acerbo dolor. El infeliz verdaderamente atravesaba por la prueba más amarga de las fuerzas humanas.

León le preguntó:

—¿Y los tribunales?

—Los tribunales, sin pruebas que me justificasen, obraron con razón y justicia.

—¡Infeliz!

Carlos sin dejar de llorar, contestó.

—Tienes razón, estas son las fatales consecuencias que se tocan existiendo en el mundo hombres empedernidos que venden sus conciencias por un puñado de oro al primero que precisa de sus instintos malvados y criminales; pero existe un Dios, un Ser Supremo que sin cesar vela y juzga. El algún día exigirá estrecha responsabilidad á los malvados de sus acciones perniciosas, y tú, que por el estado en que te encuentras, has de hallarte con el juez severo que aquilata el bien y el mal en las balanzas de su inquebrantable justicia divina, has de oír bien pronto la sentencia más horrible que hayas escuchado de los labios de los hombres. Si estos encadenan, si presentan al criminal como baldón, oprobio y deshonra de una existencia pútrida que



separan para no contaminarse con la impureza. Aquel sumerge por los siglos de los siglos el alma, origen de la vida, en los insondables abismos de las tinieblas, en cuyo centro se alimentan las más terribles y devoradoras llamas, que avivan sin cesar los ángeles rebeldes y sus secuaces malditos.

La muerte va á venir en pos de tu cuerpo; cerrarás los ojos para el mundo mortal, pero despertarás en la vida eterna; arrepíentete y sálvame, León. Declara ante los hombres que solo tú fuiste el asesino de la supuesta Magdalena, como Dios lo sabe, si quieres merecer en la hora postrera de tu vida el consuelo que presta una acción meritoria y digna.

—Declararé cuanto quieras, y eso con mayor motivo, porque es verdad: pero yo no puedo salvarme; son muchas las acciones vandálicas que he cometido. ¿Cómo puede Dios, á quien jamás me dirijo, perdonar toda una vida de crímenes inauditos en un momento de contrición y recogimiento? preguntó León algún tanto afectado.

Carlos entrevió en la respuesta de León el lisonjero efecto que habían producido sus palabras en el corazón de su compañero, y se apresuró á contestar:

Todo misericordia y bondad inagotable, perdona al impío si con verdadero dolor en el alma, antes de la muerte, reconoce sus doctrinas sagradas é impetra perdón de culpas que pudieran cometerse.

—¿Con qué es decir que aún puedo alcanzar la gracia que de niño mis padres me enseñaron existe en el cielo, para premio del justo?

—Sí, sí, y mil veces sí.

—¡Pues entonces, ayúdame á reconciliarme con el Señor de tanta piedad y tan bienaventurada filantropía, porque estas heridas me consumen! exclamó ya desfallecido el reconciliado presidiario.

—Arrodíllate si puedes, y dirige al cielo una mirada, que aun es tiempo, y bendita la hora en que Dios tocó tu corazón llamándote á la enmienda.

—Sí, sí, repuso León; pero es imposible arrodillarme; los dolores que sufro son demasiado crueles para sujetar mi cuerpo á la actitud respetuosa que me exiges.

—¡Ah! Yo te ayudaré.

Carlos cogió en brazos al contrito presidiario, y ayudándole en cuanto sus fuerzas se lo permitían, hizo que León pudiera hincarse de hinojos en el centro de la prisión.

Una plegaria sentida y con acento entrecortado, á causa de suspiros y abundantes lágrimas que brotaban de los ojos de aquellos dos hombres, fué encaminada al Trono del Omnipotente.

Al terminarla y dejar caer Carlos el cuerpo herido de León sobre las losas del calabozo, la puerta de hierro que lo cerraba se abrió con estrépito, y aparecieron varios presidiarios.

—¡Que salga ese terrible asesino! repusieron algunos de los confinados que se asomaron.

—¿A quién buscáis? preguntó León.

—A tí respondió un cabo de vara; sal inmediata-

mente, que ya se halla constituido el tribunal en las habitaciones de la Comandancia para que prestes las....

—No puede si no le ayudáis, dijo Carlos; sus heridas le imposibilitan de andar por sus piés.

—¡Calle, repuso uno de los nuevos interlocutores, también está aquí otro de las buenas piezas!....

—Sí, pero este es inocente, contestó León; yo solo soy el único autor de los crímenes de esta mañana.

—Pues andando los dos, que los señores jueces están impacientes.

Carlos logró, auxiliado por un cabo, poner derecho á León, y entrambos se dirigieron á las habitaciones en que estaba constituido el juzgado.

Después de un interrogatorio breve á Carlos, le fué ordenado que se retirase, y que no se adoptara medida alguna de represión, conociendo la ajena culpa con que fuera encerrado en el calabozo.

El juzgado se ocupó únicamente de ir oyendo las declaraciones del verdadero asesino.

Este, al escuchar la primera pregunta, dijo:

—Señores, en balde se trata de instruirme nueva causa por los acontecimientos de esta mañana. Estoy herido, como usías ven; siento acercarse la muerte á mi cuerpo, y es de todo punto innecesario el fallo de la pena á que me sujete, por cuanto no podré cumplirle. Por manera que, hallándome convicto y confesando que yo, y solo yo, fuera el único que matara á los que en este momento yacen depositados en la capilla, promoviendo una *bronca* con objeto de fugarme

y proporcionar la evasión á los que tuvieran la dicha y suerte de ello, han de permitirme, señores, que antes de morir, antes de llegar ante el Dios poderoso de los hombres, que confiese otro crimen horrible con que se mancha mi vida, y cuyo borrón cubre aparentemente la honra de un infeliz inocente, que expía un supuesto delito en este mismo presidio, y á quien milagrosamente acabo de encontrar en el calabozo.

Efectivamente, el estado de León se agravaba por instantes. Sus mejillas, cubiertas por un tinte cárdeno, sus pupilas encendidas y su piel áspera, y rígida su musculatura, eran síntomas fatales para que dejaran de ser desconocidos por los jueces y escribanos, que observaban al delincuente.

—Eso que pides nos es imposible concederte. La ley no puede admitir semejantes proposiciones. Declara, en forma, los crímenes de esta mañana, y luego, si es que vives, te confesarás culpable en cuanto en razón y ley debas hacer.

Asintió León, y hasta bien entrada la noche no la fué posible declarar que el había sido el autor del crimen cometido en Madrid.

La calle de la Montera fué repetida varias veces en el interrogatorio, hasta que fué llamado Carlos á instancias del moribundo.

Leídas que le fueron las declaraciones de León á Carlos, éste contó con toda municiosidad lo sucedido entre lágrimas, y con la expresión incontrastable de la verdad.

Era ya la una de la madrugada cuando el juzgado salía del presidio, y León se trasladaba á una de las camas de la enfermería del establecimiento.

Carlos no pudo dormir. Un regocijo inexplicable, á más de la satisfacción que experimentara, vindicado ante el tribunal, le privaba del descanso.

—¿Qué podrá resultar de todo eso? se decía. Ahora que el verdadero criminal ha confesado el delito que se me imputa ¿permaneceré un solo momento en estos lugares? ¿Qué tribunal castiga á un inocente? ¡Ah! Pero si se precisan más declaraciones de León, y éste muere quizá antes de prestarlas, no tendré más remedio que extinguir la condena tal como me fué impuesta. Sin embargo, todo me induce á creer que pronto voy á verme en libertad, que voy á verme en camino de ese maldito castillo en donde se fraguó el infucio plan en contra mía. León me dijo que pertenecía á Robustiano, pero que el verdadero dueño de él es un criado á quien llamó Pedro, el que propuso á León el rapto de mi Sofía.

Al siguiente día fué en busca de León, el cual ofrecía ya pocas esperanzas de vida, no obstante, reconoció á Carlos, el cual aspiraba el mismo aliento que en el enfermo se extinguía, á fin de obtener de él nuevas revelaciones para en su día proceder á la venganza, único sentimiento que germinaba en su corazón con un rencor ilimitado.

—Sí; seréis puesto en libertad, porque mis declaraciones han manifestado la verdad de vuestra inocen-



cia, decía León con acento dolorido. Pronto abandonaré la vida, y debo reclamaros, D. Carlos, uno de esos favores que sólo allá en el cielo, que me enseñasteis á reconocer, pueden pagarse.

—Habla, habla, repuso Carlos, creyendo que la última sílaba que salía de los labios de León, la unía al postrimer suspiro.

—Si algún día os encontráis frente á frente de Pedro el Cazador, huidis de él sin hacerle el menor daño.

—¡Ah! eso nunca, contestó resueltamente el desdichado Carlos.

—Os lo aconsejo tan solo por vuestro bien. Pedro es hombre que dispone de fuerzas astutas y previsoras, que han de acarrear algún día vuestra muerte. La Sociedad, de la que es uno de sus activos jefes, es terrible para cualquiera de los individuos que á sus miembros pueda causarles el menor perjuicio.

—¡Ah! sí, me has hablado de una Sociedad....

—Tenemos hecho un juramento solemne de no descubrir sus estatutos jamás; pero no olvidéis que nadie conoce su existencia sino los afiliados á ella, gentes viciosas y no pocas criminales.

—Pero, tú ahora, á las puertas de la tumba....

—No me obliguéis á que falte á lo que prometí, extendidas las manos, ante un Crucifijo.

—Tienes razón.

La hora de repartirse el rancho obligó al recluso á abandonar á su compañero y Carlos pasó al patío en que la comida se distribuía.

Aquella misma tarde, y después de mil dudas y luchas, resolvió escribir á Pilar.

Sentado sobre el *petate*, y en la cuadra en que dormía, puso una carta dirigida á su mujer, concebida en estos términos.

«Querida Pilar: Te escribo la presente encerrado en un presidio, del que pronto pienso salir, tan ilesa mi honra como el día en que en él penetré. Es ya hora de revelarte todo el más terrible arcano de nuestra desgracia. Mis sospechas se han confirmado plenamente. Robustiano es cómplice del delito que se me achaca, y el verdadero autor de la muerte dada á la hija supuesta de Andrés, ha sido un hombre que en estos momentos quizá muera, y que me encontré aquí por sólo un misterio de la Providencia.

»Nunca, como en aquel día te dije, pudo mi mano mancharse de sangre de mis semejantes; pero interesado sin duda en que así fuera por Robustiano, gimo en el presidio de Ceuta. Sé también cuanto ha acontecido respecto al rapto de mi querida Sofía, porque el asesino de la víctima de la calle de la Montera fué el mismo que, pagado por nuestro antiguo mayordomo, intentó tamaña felonía para entregársela á él en París. Ya ves que Robustiano, y sólo Robustiano, es el autor verdadero de nuestras desgracias.

»Tengo deseos de reconciliarme con todos vosotros, pobres víctimas inocentes, inmoladas en aras de mis devaneos y caprichos; pero estas lecciones que recibo, empapadas en lágrimas, han de ser mi más segura

promesa de una enmienda ejemplar. Estoy ya muy viejo, porque he sufrido mucho, y no me sería posible en una carta reseñarte ni sucintamente lo que he experimentado. Calma ya tu llanto, Pilar de mi alma; consuélete la esperanza halagüeña de que pronto, muy pronto, habréis de verme, para jamás separarme ya de vuestro amoroso lado.

»Di á Sofía que no me olvide ni me maldiga, y que he de hacerme digno de su perdón; contéstame para poder aquí, á mis solas, besar mil y mil veces tu letra, que ha de encerrar indudablemente la dulzura de tu olvido, porque tú eres un verdadero ángel y no conoces el rencor.

»Adios, adoradas prendas de mi alma; recibid el testimonio de mi más vivo recuerdo en esta carta, bañada por las lágrimas del arrepentimiento, y asegurad á Andrés y á Miguel que solo el fatal destino de la desgracia pudo hacer que adorara con locura criminal á su hija y hermana; pero que semejante pasión ya no existe, que ya se apagó para siempre, á fin de alcanzar la tranquilidad de mi espíritu y su caridad hácia este desgraciado, cuyo corazón es de todos.—CARLOS.»

El recluso mentía asegurando á su esposa que ya se hallaba extinguida en su alma la fatal pasión que sintiera por Magdalena; pero expresándose de aquel modo, abrigaba la certeza de obtener de Pilar un inmediato perdón.

El más fatal desengaño vino de nuevo á torturarle en este punto.

Sucedidos algunos días recibió carta de Pilar, la cual contenía los párrafos siguientes:

«Querido Carlos. Tu revelación nos ha sido fatal; el secreto de la pasión que aseguraste te consumió algún día por la hija de nuestro criado Andrés nos ha dejado á todos confundidos: el pobre padre llora, quizá con más amargura que el día en que Magdalena desapareció de su lado, sin duda obligada ó engañada por tí; su hijo Miguel calla, pero en su calma revela todo el furor y disgusto consiguientes en un joven que se ve deshonorado. Dios te premie con mayor gloria que sentimientos á todos no acarreas.

»Se hace precisa una manifestación clara de cuanto te haya acontecido, porque dejaste muy imperfectamente la historia aquella que me revelaste el día de tu partida. En nombre de Andrés y de Miguel te lo exigimos.

»Providencial fué, en efecto, el que hubieses encontrado ahí el asesino de la supuesta Magdalena, como dices, y supieses fuera él el mismo que trató de robarnos á nuestra hija.

»Día de luto fué para nosotros aquel, pero ya pasó y debo anunciarte el efectuado enlace de Sofía con Miguel; van á ser pronto padres y yo me hallo contenta porque son felices, si es que pueden serlo en la tierra los que viven.

»Voy creyendo en tus palabras y promesas de enmienda, y no he de esforzarme en asegurártelo, porque esta carta se prolonga demasiado y dejo para mejor ocasión cuantas salvedades se me ocurren.

»Desde tu ausencia vivimos con lo que Miguel gana, primero de aprendiz á la escultura y luego en el grabado, en donde ya puede considerársele como verdadero maestro; estamos pobres, pero nadie hace otra cosa que compadecernos.

»Recibe cariñosos recuerdos de Sofía, y desea verte pronto, PILAR.

Al terminar Carlos la lectura de esta carta, maquinalmente se le escapó el papel de las manos.

—Todo está descubierto, dijo. Todo sabido, por mi torpeza y debilidad.

Absuelto por los tribunales, debo temer ahora una venganza horrible por parte del viejo criado y de su hijo.

Además, el contenido frío y lacónico de esta carta, ¿no me revela que aquel encanto y dulzura de mi esposa han desaparecido? No me ama ya; seco en el corazón de Pilar el sentimiento de cariño que naciera, se encuentra trocado aquél por una repulsión que en estos momentos me acrimina más y más que mi propia conciencia.

¡Amenazado aún después de sufrir los tormentos que experimento!

Y la lucha dispuesta á librarse por el viejo Andrés en mi contra, no podrían anularla ni las lágrimas ni el perdón que le impetre, porque su alma, purificada en el crisol en que se aquilata la pureza de la honra más inmaculada, al sentirla hoy cubierta por el borrón de la muerte, avivarán en él todos los sentimientos de fuerza y de soberbia empleados en contra mía, único autor de aquel censurado vilipendio.



La lectura de la carta me hace doblemente desgraciado; ¿qué adelantaría saliendo á respirar las suaves auras de la libertad si mi familia me rechaza? ¿Qué espero yo en el mundo sin aquel cariño santo que los hijos buenos deben á sus padres? ¡Me hallo muy viejo! ¡Los sufrimientos morales envejecen tanto....!

Ya se habían sucedido algunos días desde que hubo Carlos recibido la carta de Pilar, cuando fué llamado por uno de los *voceadores* del establecimiento para que se personara en las habitaciones de la Comandancia. Hízolo así el recluso, y se vió ante un señor juez y escribano, á presencia de los que tuvo que prestar declaraciones aclaratorias á las que á León y á él se les exigiera respecto á la criminalidad del primero en el acontecimiento de la calle de la Montera en Madrid.

Grande fué la alegría de Carlos viendo que la causa seguía todos los trámites para fallar de nuevo, caso raro, pero previsto por la equidad y justicia en el orden social y civilizador de los pueblos cultos.

Una vez el juzgado satisfecho de las pruebas á que á Carlos se le había sometido, pasó á interrogar á León, que en el lecho se retorció presa aún de acerbos dolores, que paulatinos le quitaban la existencia.

Aquel día se sucedió para el infeliz barón con vertiginosa rapidez, porque hubiera deseado permanecer ante el juez durante él, asegurando mil veces cuanto había declarado, para que el fallo fuera más concluyente de lo que apetecía.

Largo fué el tiempo que de nuevo empleó el juez en

las declaraciones de León, por cuanto ya se había tocado al rancho de la tarde cuando abandonaba el establecimiento.

Érase una mañana de esas en que el espacio desplegaba toda su majestuosa grandeza, cubierto por el manto azulado prendido del botón de fuego que le irradia y trasparente, cuando se avisó en las dependencias del presidio que iba á suministrarse el pan de los Angeles á uno de los reclusos que se hallaba al borde del sepulcro.

Muchos penados se dirigieron á la capilla.

Carlos preguntó si era León al que iban á administrarle la sagrada Forma, y obtenida la respuesta afirmativa, se encaminó al templo del Señor.

Nada más sublime que el cuadro que ofrecían aquellos patios sombríos invadidos por seres desgraciados, á quienes repudia la sociedad por desconocer sus deberes, besando las losas, y de hinojos ante el Supremo Señor del Universo.

¡Quéde elocuencia no cabe ante espectáculo tan halagüeño, dando muestras de humildad y arrepentimiento los que años antes, quebrantando el dique interpuesto á las pasiones y al crimen, se hicieron merecedores del escarnio público, de la vergüenza de su misma acción y las lecciones morales que tendían á dejar sin huella aquellos hábitos refractarios que anatematiza la razón y la ley! La base fundamental de todo principio armonizado por las derivaciones de la escuela progresiva, descansa en la práctica que nos enseña la mansedum-

bre del Ser infinito. Autor reverenciado y piadoso, ante quien las almas ensobrecidas por el pecado se inclinan y purifican. Así como la luz invade y se apodera del espacio, desterrando las tinieblas, de igual modo la esencia divina bajada á la tierra para consuelo y esperanza, devuelve la tranquilidad y presenta los fulgores que iluminan el sendero de la gloria.

El acto de la comunióm fué imponente y conmovedor. León que apenas podía articular palabra, se hizo sin embargo entender de los demás penados, que, con hachas encendidas, rodeaban el lecho del dolor, expresando lo que presentían sus corazones, y por consecuencia lo arrepentido y contrito que moría aquel infeliz compañero.

El ministro del Señor, aprovechando la oportuna circunstancia que le ofrecían semejantes momentos, se dirigió á los confinados y dió á su voz toda la majestuosa entonación necesaria y propia en aquel sitio, expresándose de este modo:

—Como veís, un hermano vuestro acaba de reconciliarsé con el Dios Soberano de los cielos, y le ha admitido en su pecho para purificación de su alma. Si los crímenes apartan de la vida al malvado, ajeno á la dulzura desu estabilidad en la tierra, y ruín y despreciable se muestra hasta para Satanás, el hombre que haciendo confesión de sus horrendas culpas, siente en su corazón la tortura del remordimiento y verdaderamente eleva una mirada de perdón al Trono Omnipotente en donde administra para justicia el Autor del alma y de lo

creado, se despojará de aquel ropaje, empapado en la sangre de su víctima, hediondo y fétido. para revestirse con la gracia.

»Pero no basta que el arrepentimiento nazca en los últimos momentos de la existencia, por cuanto muchas veces en aquellos no se tienen los sentidos libres del mal, y entonces, sin poder apreciar toda la vehemencia y dolor contrito necesarios, la perdición del alma es inevitable. Vosotros tendréis hijos, madres y esposas, que lloran vuestra ausencia, debida á vuestros pecados; reconciliaros todos con Dios y caerán por encanto del alma las trabas que oprimen su ascenso á la gloria, y del cuerpo las gruesas cadenas que le martirizan, para presentaros ante los séres queridos que constituyen vuestras familias.

»Un hermano vuestro va quizás dentro de breves momentos á arrodillarse ante el trono del Señor: allí se le exigirá cuenta la más estricta de sus acciones, y ¡ay de él si no hubiese reclamado la fortaleza de la religión....»

Una vez terminado aquel acto, todos los concurrentes acompañaron de nuevo hasta la capilla al Señor Omnipotente y á su ministro.

Carlos deseaba dar el adios postrero al moribundo León; pero al llegar al lecho en que yacía, acababa de exhalar el postrimer suspiro. Entonces instó á los enfermos y encargados de aquella dependencia que murmuraran una oración.

Al dia siguiente y horas después que el cadáver del

contrito confinado fuera encerrado en la fosa, Carlos obtenía su licencia absoluta de presidio.

Dominado por la consiguiente emoción, y sintiendo en su alma el temor de nuevas indagaciones, que pudieran conducirlo á soportar mayores dolores que los que había experimentado, temió abusar de su misma libertad, y con vehemente regocijo, exclamó:

—Ya, por fin, han terminado mis desdichas; ¿para qué quiero obtener mayores datos respecto al minucioso conocimiento de cuanto pudo acontecerme, si ya voy de nuevo á entrar en el mundo social y reconciliarme con los hombres! El Castillo del Diablo, como León nombró, dista de estas costas algunas leguas, y el tiempo empleado en recorrerlas se me haría harto prolongado para mí, que, sin medios ni fuerza para andarlas, tengo hambre por volver al seno de Pilar y Sofía. Sí, debo ahuyentar de mí toda idea de venganza. Dios, inmensamente justiciero, castigará al verdadero culpable; por otra parte, ¿qué adelantaría en mi mejor tranquilidad dando muerte miserable al que tantos sinsabores me ha hecho gustar? Lo importante será reconciliarse con Andrés; pero, ¿y Magdalena?

Una pausa prolongada se sucedió al recuerdo de la hija de Andrés.

La idea de su concubina, de aquella mujer, que aún en medio de los trabajos sufridos, brillaba en su mente como recuerdo pasado de sus extravíos, le atraía por la pendiente de un destino fatal.

—¿En dónde se hallará? se preguntó luego Carlos á



sí mismo. Debe haber vuelto, falta de apoyo, á aquel camino horrible. ¡Pobre mártir! ¡Pobre tórtola arrebatada del nido por el astuto gavilán, para devorarte en silencio!

Uno de los cabos de vara manifestó á Carlos, que se hallaba preocupado por aquellos recuerdos, fuera á presencia del comandante para que éste dispusiera en el acto su libertad.

Dos horas después de sucedida la visita que Carlos hiciera al jefe del establecimiento, el antiguo barón de Santa Cecilia se hallaba embarcado en un bote atravesando el Estrecho de Gibraltar.

El corazón de Carlos latía con violencia y aún no se había decidido hácia dónde debía dirigirse.

La idea de encaminarse á las faldas del Monseny había sido abandonada. Dos eran las que torturaban su imaginación; si dirigirse á Barceloua, ó llegar desde luego á Madrid.

Como podrán observar nuestros lectores, aquel hombre, á pesar de los cambios bruscos y violentos que sufriera en su vida, parecía que un hado fatal le inculcaba más y más en la pasión devoradora que por grados le consumió, la cual dedicaba á la hija de su antiguo criado.

Pocos, en verdad, no dejarían de desmayar convirtiendo en frías cenizas el volcán que se alimentara, si por una mujer de vulgares sentimientos se sintiera cualquiera de los impulsos á que el corazón está sometido, y sufriendo los verdaderos martirios que Carlos

realmente por Magdalena experimentaba. Pero el barón era tenaz; su carácter y sus hábitos juveniles habían adquirido una inquebrantable constancia, si bien es verdad que la lección recibida tenía forzosamente que dejar huella de enmienda en su alma.

Después de alguna lucha, librada á consecuencia de los remordimientos y de aquel amor fatal, triunfó el recuerdo fascinador y del mejor cariño con que Pilar y Sofía habían endulzado algunos instantes la existencia de aquel hombre desgraciado por la ingratitud.

Carlos escribió de nuevo desde Málaga, á cuyo puerto había arribado, y Pilar, con esa solicitud de esposa cándida, con el cariño jamás extinguido de agradecida compañera, contestó á Carlos llena de júbilo, á la par que remitiéndole el importe para ultimar su viaje hasta la córte. Carlos besó aquella carta bienhechora, y re-negó mil veces del cariño de Magdalena. Por vez primera, desde que por esta había sentido un volcán, dejara escapar de los labios la maldición para aquel amor fatídico, impúdico y criminal.

---

---

## CAPÍTULO IV.

---

### **Magdalena.**

París dormía, á pesar de la hora que nos alcanza. Las encapotadas tinieblas que le cubrieran horas antes, huían avergonzadas por la claridad que aparecía por Oriente. En las calles de la capital, y ocupando sus puntos estratégicos, solo se veían varias parejas de gendarmes é infinitos traperos y perros, buscando los unos, con su capazo á la espalda y gancho en la mano, los artículos que constituyen su industria, y los otros los despojos de algún festín de la vispera.

Adormecido aún París á causa del bullicio pasado, reanimaban sus fuerzas para volver de nuevo á emprenderlo, si cabe, con mayores locuras.

Excluidos sólo de poder participar de la general alegría con que en todo tiempo se solaza el parisiense, dormía también el ser triste y abandonado, que en las

horas primitivas de la mañana reposa, para olvidar sus desdichas, en alguno de los lugares menos frecuentados de los boulevares.

El silencio que reinaba en la ciudad de los hijos de San Luis, era interrumpido por el estrépito que se promovía al abrir las puertas de algunos de los almacenes.

El reloj de Nuestra Señora dejó vibrar de su campana la hora de las cuatro.

Los serenos fueron desapareciendo, y los inmensos faroles apagándose.

Sólo á través de un precioso trasparente que pendía del interior de uno de los balcones principales, perteneciente al más suntuoso palacio de la calle de Enghien, se dejaban percibir los rayos luminosos que despedían bujías encendidas.

¿Quién, á semejantes horas, pudiera en aquella calle y en aquel barrio estar en vela, á no ser la existencia en la casa de un enfermo, ú otro motivo anormal y desdichado? Sin embargo, nada de esto ocurría; el trabajo, y solo el trabajo que produce el desasosiego y el combate constante que se libra en un cerebro volcanizado por la llama de los celos, pudo hacer que en aquella habitación permaneciera desvelada una mujer, á quien los lectores conocerán desde luego.

Reclinada en una butaca de terciopelo color violeta, y ante un precioso velador de palosanto, con la vista fija en la llama que consumía una aromática y sonrosada esperma, se encontraba aquella mujer.

La concubina de Carlos sufría en París cuando, al parecer, la halagaba la fortuna; tal era el fausto que la rodeaba en los momentos en que volvemos á encontrarla. La hija del criado Andrés, que habitaba un palacio en la calle de Enghien, no era ya aquella niña arrastrada al precipicio por la fatal voluntad de un raptor; era una verdadera mujer del gran mundo, en donde navegaba por cuenta propia, con pleno conocimiento de la exposición y del crimen.

Carlos ya no existía en la mente de aquella mujer; mil y mil alternativas había experimentado, y otros tantos incautos cayeran en sus redes, para que dejara de interesarse por ninguno. Además, los viajes, el conocimiento y trato de una vida que se le abría de nuevo á poco de desear su abandono, borró de su corazón todo sentimiento que pudiera apreciar como exquisito, y se entregó á los placeres, á ese foco frenesí que enerva las fuerzas, que embriaga la inteligencia y que concluye el mortal que los abraza por sucumbir bajo el peso que lo tritura.

Magdalena, envuelta entre las redes del vicio, arribó á Marsella desde Barcelona; en aquel puerto francés pudo conocer á un almirante alemán, hombre poderoso y derrochador, y de él la hija de Andrés consiguió la protección que ansiaba, la cual consistía en verse rodeada por un fausto deslumbrador y envuelta por una orgía continua.

La vida de París la enloquecía cuando llegaba á ella ponderada por alguna de sus compañeras de desdicha



y de pecado; los Campos Elíseos, el Bosque de Bolonia y los teatros la hacían suspirar con insistencia, hasta que el débil almirante se trasladó á la capital de Francia más bien para dar cumplida alegría á la protegida, como llamaba á Magdalena, que por el placer de nuevos goces. Una vez en París ambos amantes, él no podía presentarse á la faz de la sociedad como tal, porque el ridículo que aquella situación pudiera acarrearle á consecuencia de los años con que contaba, le imponía el deber de buscar un motivo que atenuara en parte su cinismo y desvergüenza; así es que Magdalena pasaba para todo el mundo como sobrina del almirante Gocpent.

Magdalena penetró, por fin, auxiliada por el viejo marinero, en todas partes; los teatros, los paseos, las giras de campo y un sinnúmero de amigos y amigas, pasados los primeros años, la fastidiaban ya. En el gran mundo la hija de Andrés era admirada, no sólo por la elegancia de sus ricos trajes y estudiadas sonrisas, sino por la apostura desenvuelta de sus modales. Magdalena había estudiado mucho, y no perdía la ocasión más insignificante para aprender algo nuevo.

Por este tiempo, el almirante estaba verdaderamente enamorado; para él, Magdalena no pasaba de ser una sirena que, con sus cantos melodiosos y fantásticos, le adormecía en medio de la borrasca de la vida para soñar con las dichas inagotables de un placer y felicidad infinitos.

Magdalena también llegó á querer á su amante más

con el sentimiento de la gratitud que con el puro y acendrado de un alma virgen, si bien es cierto que esto en ella hubiera sido raro y anómalo.

Por complacer á su dueño y señor, la hija de Andrés pudo una noche presentarse en un palco del teatro de la Ópera. La noche aquella Magdalena estaba radiante de hermosura: los afeites de su tocado habían presentado á la concurrencia del salón un rostro verdaderamente cándido, angelical é inocente. Todos los gemelos se dirigieron á Magdalena, apenas penetró en su localidad, acompañada de Gocpentr un murmullo de satisfacción y un saludo afectuoso por parte de desconocidos y amigos, significó á la hija de Andrés el triunfo que se la dispensaba sobre las demás por lo bella y elegante.

Esto al almirante le enloquecía:

—Sí; hoy estás como nunca, querida Magdalena. Esa diadema de perlas y ese collar de diamantes sobre tu ensortijada cabellera y sobre el esmalte de tu cuello, te hacen doblemente hermosa, repuso por lo bajo el almirante á Magdalena, después que ésta se hubo acomodado en el antepecho del palco que ambos ocupaban.

—Pues bien; sabes que por tí, y sólo por tí, me adorno de este modo, repuso la hija de Andrés.

—Vamos, séme franca; ¿no te halaga también el verte cubierta de ricas piedras y admirada por todos? Eres un vivo retrato de la mujer á quien en mi juventud profesé un cariño de esos locos y fugaces, pero que también metodizan la razón.

—Hoy está esto soberbio, contestó Magdalena, dirigiendo sus gemelos hacia los palcos del proscenio.

—Efectivamente, veo allá á las de Ramurt y á las de Sandropolis.

—Jesús, y con qué poco gusto.

—Para eso el tuyo es excelente.

—Dicen que la pequeña de Ramurt se casa, por fin.

—Sí; eso he oído anteanoche en la reunión de Alfredo Perrier.

—Vaya, ya penetró en su palco el vizcondito español con la hija del banquero. Cuidado si es peregrina la historia de este casamiento.

—Creo habértela contado.

—Sí, sí, afirmó Magdalena, y por cierto que el raptor no fué habido.

—Pero lo más sorprendente del caso es que el vizconde de Peña Santa se haya casado con tal mujer.

Yo opino que todo ello no pasó de una trama urdida por el enamorado vizconde para hacer suya á la hija del banquero. Ya se ve, estaría arruinado, y tal casamiento le volvió de nuevo á abrir las puertas de la opulencia. ¡Oh! este París es una verdadera anomalía; aquí cualquiera se pierde en conjeturas, y por más que se crea dar con la piedra de toque, no se hace más que divagar.

—¿Y á nosotros qué nos importa eso? ¿Acaso tenemos relación alguna directa ni con él ni con ella?

—No; pero la aventura sucedida ha dado pábulo á miles de habladurías, y no deja de ser chocante todo

euanto se relaciona con ese misterioso matrimonio.

Magdalena, á pesar de su desvío hácia aquella conversación, no dejaba de dirigir los gemelos al palco que ocupaban Margarita y el vizconde.

Ahora debemos conocer el misterio de que era objeto aquel matrimonio en la capital de Francia.

Años antes habían anunciado los periódicos de Londres, el rapto de la hija de un opulento banquero español, avecindado en París, y en todos los círculos financieros franceses se había comentado aquella nueva y aquel crimen. Bien pronto la enfermedad repentina de Robustiano el mestizo, hizo que la maledicencia y las sospechas recayesen sobre la víctima, hija de aquel. Vieron confirmados los presentimientos, y no se habló de otra cosa en París que del rapto verificado por un hombre desconocido en la persona de la cándida y bella Margarita.

Las autoridades rivalizaron en procurar la captura del criminal, pero fué inútil,

Desconcertado Robustiano, no alcanzaba á prever el motivo que hubiera inducido al raptor, á no ser el secuestro, para proceder con su hija de aquel modo villano. Pasado algún tiempo sin recibir ni el más insignificante aviso que pudiera orientarle sobre el paradero de Margarita, se decidió á viajar por Inglaterra y Alemania, á fin de obtener, por medio de la distracción, el eficaz remedio á su triste desconsuelo. De regreso á París, sin la alegría y tranquilidad relativa de otros tiempos, el padre de Margarita enfermó; su mal

era una terrible misantropía que amenazaba su existencia.

Mientras esto sucedía, Margarita fué arrastrada al pie del altar en una capilla reservada, y en presencia de varios testigos unida con el vizconde de Peña Santa. La posición de aquella pobre niña era hartó anómala para que dejara un solo momento de impetrar auxilio á los cielos en busca de piedad y misericordia.

Sucedido el tiempo, padre severo que todo lo comprende y que á todo alcanza con su castigo, el vizconde, pesando en su conciencia la fuerza de los consejos de varios de sus amigos que conocían el móvil desesperado que le obligó hasta pagar á un raptor, para hacer suya la mujer con quien había soñado desde que en su corazón prendiera la llama voraz de una pasión avasalladora, se fué con Margarita de incógnito á París y principió á estudiar los medios que le pusieran en contacto con su padre político. Lo primero que juzgó oportuno fué escribir á Robustiano después de haberse instalado en un elegante palacio inmediato á las Tullerías.

Robustiano recibió la carta del vizconde de Peña Santa con alegría; un amigo antiguo, y que había conocido á su hija, era un hallazgo inesperado y que le proporcionaba departir el recuerdo de Margarita con la más entera satisfacción. El vizconde, sin dar tiempo á Robustiano á que contestara, le anunció su próxima visita. En ella se habló de todo, hasta del casamiento de Sofía, acontecimiento que ambos sabían ya.



Alcanzados estos preliminares, en la hija de Robustiano principiaba á despertarse un amor para ella desconocido hasta entonces, y que se dirigia hacia su esposo el vizconde.

Al entrar César en los salones del mestizo, comprendió lo fácil que le era alcanzar un inmediato perdón por el cariño excesivo que Robustiano tenia aún á su hija. Comunicada esta nueva á Margarita, y conocedora de cuanto pensaba su padre respecto á ella á pesar de que el vizconde de un modo confuso le había presentado como fuerza mayor la situación de su hija en brazos de un marido que la amaba y que obcecado por la ilusión preparó el crimen, combinaron entrambos cónyuges en que una noche Margarita fuese á suplicar á su padre el perdón para el hombre que se había unido á ella, y á quien amaba con todo su corazón.

Al ver ante sí Robustiano á su hija, lloró, abrazándola, y al escuchar de sus lábios el nombre de su esposo no pudo ménos de estremecerse.

—¿César, el vizconde de Peña Santa, dices? replicó.

—¡Oh! sí, padre mío, á él y sólo á él pertenece ya mi alma.

—¡Dios mío! exclamó abatido Robustiano.

—¿Acaso va usted á vituperarle? ¿No conocía su insondable red de ostentación y de riquezas para presumir que le hubiera usted negado mi mano? Pues entonces no ha hecho otra cosa que alcanzar violentamente lo que por grado de usted jamás obtendría. Yo, padre mío, le amo. Él, deferente, cariñoso siempre

desde los primeros momentos en que á él me entregaron, no procuró sino merecer mi amor y el perdón que vengo, padre mío, á impetrar de su bondad. ¡Es tan bueno; me ama tanto, que después de Dios y usted, padre mío, no quiero nada más que mi César! ¡Ah! pero usted llora, usted hubiera deseado un príncipe ó un rey para mi; pues es justo que se acate la voluntad soberana para no mostrarse rebelde á los mandatos divinos. ¿No me adora usted ya como antes? Ese corazón paternal, que tantas y tantas pruebas de sinceras manifestaciones me tiene dadas, ¿negará en esta ocasion, quizá la más superior á las demás, un solo raudal de misericordia y de absolución general por el motivo de mi rapto? Yo juro á usted, padre mío, que soy honrada; que el hombre que pudo venderse al capricho de mi esposo, no traspasó jamás los límites de su audacia para conmigo. Perdone usted á César, y perdóneme usted á mí también porque soy la causa de esas lágrimas vertidas en aras de ese afecto santo, innegable á sus hijos por el padre á quien siempre se bendice y se le adora.

—¡Hija de mi corazón! prorumpió Robustiano abriendo los brazos á su hija, en los que Margarita halló el consuelo y perdón que para su esposo esperaba.

Después de esta escena, Margarita y el vizconde fueron el objeto predilecto de Robustiano. De la una eran los pensamientos de los otros, y todos juntos pudieron considerarse felices. Muchas habian sido las conversaciones que entre el mestizo y César se suscitaban refi-

riéndose al enlace de Sofía y de la desgracia inmensa del barón de Santa Cecilia; pero Robustiano, sin descubrirse jamás ni dar indicios siquiera para sospechar que en semejante acontecimiento pudiera él haber tomado la menor parte.

La vida que aquella familia en París le era habitual llegó á ser hasta envidiada. Siempre juntos, en diversiones, paseos y banquetes, se ensanchaba de un modo prodigioso el número de sus conocimientos y por consiguiente de sus visitas. La casa de banca de Robustiano hacía negocios asombrosos, é ingresaban en su caja grandes capitales y remesas, que muchas veces eran ignoradas sus procedencias de los dependientes y hasta del mismo César, jefe superior en la casa de su padre político, á fin de no abrumar á Robustiano con el incesante trabajo de la administración de sus intereses.

Una tarde que Robustiano se paseaba por los Campos Elíseos, á caballo, en unión de sus compañeros de alta banca, hubo de pasar por cerca de él una elegantísima carretela tirada por rico tronco de pura raza inglesa, y en ella, cómodamente sentada entre preciosos cojines de seda color grosella, una dama que atrajo su atención. Absorto el mestizo siguió con la vista la dirección en que marchaba aquel carruaje, y poco después, y cuando el vehículo se perdía entre un laberinto de altos y corpulentos árboles, se despidió de sus amigos, picó al galope hasta encontrarse con aquella señora, cuya presencia le había motivado recuerdos de otros tiempos.

Así era, en efecto: la dama muellemente reclinada en los asientos del carruaje, y que había Robustiano visto poco antes, no era otra que Magdalena. Ni los años ni el lujo que le rodeaba fueron bastantes para que el mestizo dejara de conocerla.

Al estar cerca del estribo del coche de la hija de Andrés, Robustiano exclamó:

—¡Magdalena!

Esta volvió instantáneamente la cabeza hacia el gineete, y contestó, clavando la vista con interés en aquel hombre que la conocía.

—Dispensad mi torpeza, pero no recuerdo en este momento quién podáis ser, caballero.]

—Cómo, ¿tan viejo me encuentras que pudo la figura de Robustiano haber sufrido metamorfosis tan radical hasta el extremo de no conocerla?

—¡Dios mío, Robustiano!

—El mismo, queridísima Magdalena.

—¡Ah! ¿y Vd. en París?

—Sí; en París, é inmensamente rico: pero tú, á juzgar por...

—Es necesario que tengamos una entrevista, se apresuró Magdalena á interponer, reparando en lo atentos que estaban el cochero y lacayo á la conversación que sostenía con su interlocutor.

—En donde quieras, contestó Robustiano.

—Pues mañana, y á esta misma hora, en el restaurant de Banvilliers, del Palais-Royal.

—No faltaré.

Esta cita para Robustiano fué verdaderamente el primer paso que motivó su perdición. Sus millones fueron el cebo más poderoso para la inconstante Magdalena, la cual se sujetó incondicionalmente á los caprichos del mestizo.

Después de mil y mil preguntas por Magdalena y el ex-mayordomo, y en la cita del día siguiente, concluyeron entrambos por reirse de la aventura del crimen supuesto en la primera, de la desgracia sobrevenida á Carlos y á la familia de éste, y aceptando un convenio mútuo por el cual Robustiano se obligó á depositar en el Banco de Londres mensualmente la cantidad de mil libras esterlinas á favor de Magdalena, á condición de que ésta había de aceptar de aquel sus galanteos y sus ridículos y criminales caprichos.

Robustiano, al efecto, lo dispuso todo, y el pobre é incauto almirante con quien Magdalena vivía, no sospechaba, ni llegó jamás á enterarse de aquel plan que tanto le ridiculizaba.

En esta situación se encontraban nuestros héroes la noche en que Magdalena se presentara en la Ópera con el almirante Gocpent.

Hemos dicho que á pesar de la conversación que el marino sostenía con su concubina, ésta no dejaba de dirigir sus gemelos al palco que ocupaban Margarita y el vizconde.

La expresión que las facciones de Magdalena adoptaban y los movimientos de su cabeza, demostraban que un poderoso motivo de inquietud la sobrecogía.



Robustiano no se hallaba con sus hijos en el teatro.

Él no ignoraba que Magdalena asistía al debut de la prima donna que se anunciara, y era sospechosa la conducta del mestizo para la hija de Andrés por aquella ausencia que la sumía en mil confusiones y pensamientos henchidos de despropósitos. El telón, por fin, después de una brillante sinfonía, se alzó majestuosamente, y Robustiano no se había asomado por ninguna parte, ni daban Margarita ni el vizconde señales de esperarle.

Magdalena, inquieta, ansiaba el momento en que Robustiano la viese henchida de hermosura, para poder asegurarle con una mirada llena de fuego que su corazón, no obstante el viejo almirante, era suyo, y por este medio enredarle entre las más espesas mallas de la perfidia y el crimen.

¡Pobres mujeres que para vivir sostenidas por la mentira de un exquisito sentimiento de puro afecto y de idolatría, apelan á una sonrisa en que muere extasiado el pobre incauto que la traduce en aroma celestial y embriagador deleite de un placer encarnado en las delicadas fibras de un corazón cándido y virgen!

¡Desgraciadas criaturas las que compráis con el oro el don sensible de una caricia estudiada, para más tarde recibir en pago de vuestro sacrificio el azote y el desengaño!

El acto primero del espectáculo se concluyó, con muestras de desagrado por parte de infinitos concu-

rrentes, á causa de las escasas facultades artísticas de la actriz, que aquella noche por primera vez se presentaba en París, y por otros con manifestaciones de franca complacencia, asegurando que la vocalización y la seguridad de la diva garantizaban un éxito completo.

Magdalena ni siquiera se apercibió de aquel antagonismo, ni de las conversaciones acaloradas que se suscitaban por los espectadores entre butacas y en los pasillos; tal era su irónica inquietud y sus continuas miradas en busca del banquero.

Éste, no obstante, la había visto.

En el entreacto, Gocpent salió del palco, no volviendo á él hasta poco antes de principiarse el acto segundo de *La Africana* que se cantaba.

—Vengo á anunciarte, querida Magdalena, se apresuró á manifestar el almirante, sentándose al lado de la hija de Andrés, que mucho me temo ó esta noche vamos á presenciar una verdadera derrota en la artista que ha debutado. He recorrido el escenario, que se halla invadido por curiosos y abonados, y aquella infeliz mujer tiembla por su reputación y por su honra artística. En vano la animaba M. Valterro, el empresario y cuantos han tenido la buena dicha de conocer su talento, porque, francamente, lo que M. Valterro ha traído de Nápoles no pasa de una vulgaridad y de lo más extremado; en fin, querida mía, la artista, llorando entre un corro inmenso de hombres y de coristas, negándose á volver á presentarse en escena y la autori-

dad suplicándola finalmente acepte con resignación el fallo que el público pueda imponerla en la representación; salí de allí con el presentimiento de un desastre que ha de formar á la cabeza de las manifestaciones ruidosas y de disgustos.

—¿Sí? pues no he reparado, contestó distraidamente Magdalena.

—Es natural; como quiera que tu imaginación no se fija sino en el adorno que pueda llevar prendidola marquesita B. ó la baronesita C., en moda, que pueda desorientarte de semejantes preocupaciones, te distrae y te divierte.

—Tienes razón.

Magdalena, en venganza de aquella reconvención del almirante, le volvió la espalda como pudiera hacerlo una niña á quien por un momento se la contradice ó se la niega un capricho en que funda toda su gloria y esperanza.

Sucedió entre ambos amantes luego un silencio har- to pesado para la vehemencia del almirante.

Este, por fin, y después de algunas dudas, tocó con los dedos en los hombros de Magdalena, y con cara risueña la preguntó:

—Vamos, ¿no quieres perdonarme?

La hija de Andrés permaneció indiferente.

Gocpent se formalizó.

—¡Magdalena! repuso, dando á su acento alguna entereza.

Aquella entonces se volvió.

—¿No merezco ni el favor de que me contestes?

—Sí, pero has estado duro en calificarme de vanidosa y hasta de tonta.

—Líbreme Dios de semejante cosa.

El telón volvió de nuevo á ascender para dar principio al acto segundo de la ópera.

En este momento penetró Robustiano en el palco de sus hijos, y Magdalena, que no descuidaba ni el detalle más insignificante de cuanto sucedía en el palco que ocupaban Margarita y el vizconde, exclamó por lo bajo, aun cuando fué oída por el almirante:

—¡Allí está!

—¿Quién? preguntó inocentemente Gocpent á Magdalena.

—Una de mis más íntimas amigas, y á quien conocí postrada por la desgracia en Marsella, repuso Magdalena con la mayor sangre fría.

—Pobre chica; se habrá casado, dijo luego el marino.

Pero no descuidemos en ir recogiendo las menores impresiones que pueda ofrecernos el espectáculo de esta noche.

—Sí, repuso Magdalena volviendo la cara y expresando la mayor alegría á su compañero.

Un silencio sepulcral reinaba en el espacioso salón del teatro desde que la cortina se corriera. Todos los ánimos, sobrecogidos por la ansiedad, esperaban los unos el momento en que la nueva tiple diese motivos

para aplaudirla, y los otros pábulo para sus ruidosas manifestaciones de desagrado.

De esta opinión era el almirante, y de aquella el vizconde y Robustiano.

Llegó, por fin, la escena en que la artista tenía que ser juzgada con verdadero conocimiento, aun cuando la pasión de algunos fuera exagerada y la falta de benevolencia en los más hubiese sido tenaz y hasta nada galante con una señora, aun cuando su mérito no correspondiera á las esperanzas y fama con que se la acogiera.

Un murmullo de todo lo alto del coliseo dió la señal de alarma para dar principio á centenares de protestas por parte de espectadores del patio, y que en medio de las filas de butacas se dirigían con denuestos á los del gallinero ó paraíso.

La artista seguía con voz entera y sonora dando á conocer las notas, combinadas, cuando un silbido unánime y atronador hizo que la cantante perdiese la serenidad y diese algunos gallos, que fueron remedados por sus enenigos.

Robustiano desapareció en el acto de su localidad, y el vizconde se puso en pie dirigiendo á los alborotadores palabras y protestas con imperio.

Fué todo un momento de confusión y desorden en aquel teatro, en donde más parecía una plaza pública que un templo de cultura y una escuela artística y de recreo.

De pronto, y en medio de las voces, salieron algunas



*de silencio, dejad que concluya, dejadla que concluya.»*

El vizconde había gritado como un desesperado, subido á una silla de un palco, contra el almirante Gocpent, que desde el suyo argüía en favor de los que silbaban.

El orden se restableció á instancia de la mayoría de los concurrentes; pero fué para alterarse con mayor incremento que al principio por la desafinación y temblor de la cantante, poseída del consiguiente temor y sobresalto. Mas esto no pudo tenerse en cuenta por el público que pagaba su dinero, y en este caso fué cuando la pobre artista recibió la más terrible prueba de su escasa simpatía y de su talento nulo para luchar con gentes que se preciaban de entendidas y cultas.

Ya muchos individuos habían abandonado las localidades para ir en busca de sus adversarios, y todas las señoras se preparaban á salir del local, cuando Robustiano atravesó la escena y cogiendo á la artista por una mano, la obligó á que inmediatamente se retirara.

Magdalena, al ver á Robustiano interesándose por aquella mujer hasta el extremo de pisar las tablas para librarla del desdén del público y de la vergüenza á que se la condenara, rugió de furor y celos, y sin apercibirse de que el almirante no se hallaba á su lado, abandonó el palco, encontrándose sola en un ancho pasillo que conducía á la escalera.

El telón se había corrido, y la autoridad penetrado

en el teatro para apaciguar á los descontentos y suplicar la moderación á todos.

Mil confusas ideas cruzaron por la mente exaltada de la hija de Andrés, apostrofando la conducta ridícula del banquero y asegurando que acaso aquella mujer por quien de tal modo Robustiano se había interesado, tuviera motivos poderosos para obedecerle.

Dada la situación de Magdalena en los primeros momentos, no notó la ausencia de Gocpent; mas luego que hubo reparado en la falta de su amante, se dirigió al patio del coliseo en el cual se habían formado infinitos grupos de espectadores revolucionarios, y buscando con la vista al almirante, pudo convencerse que se hallaba éste seriamente comprometido con el vizconde de Peña Santa, que le apostrofaba, llegando más tarde hasta amenazarle.

¿Dónde se encontraban Margarita y Robustiano?

Nadie los había visto.

Algunos disgustos se produjeron á consecuencia de aquella fútil reyerta, y un desafío formal para el día siguiente entre el almirante y el vizconde.

Magdalena salió sofocada después de enterada de cuanto á su amante el marino le sucedía, y ya con un pie en el estribo de su magnífico coche en la puerta del teatro, la detuvo la voz argentina de Margarita que, llorando y sola, la dirigió la palabra.

—¡Ah, señora! dijo, no tengo el honor ni el gusto de conocerla á usted, pero creo sea la misma que durante la fatal representación de esta noche ocupaba

un palco principal en unión del adversario de mi marido. Acabo de ser impuesta de cuanto sucede por un amigo, y marchó desconsolada sin la promesa de que Vd. ha de influir poderosamente con el caballero y marido de Vd. para que el duelo entre él y el vizconde de Peña Santa no se realice. No sé que presentimiento me augura que semejante desafío ha de traernos á entrambas muy fatales consecuencias.

—Señora, repuso Magdalena, conociendo á Margarita: no puedo negar á Vd. mi mediación en ese asunto, porque también en ello estoy interesada, como usted puede comprender. Es cierto, porque he presenciado entre la confusión, el duelo concertado entre el almirante Sir Goeppent y el señor vizconde; y crea usted señora, que me sería altamente satisfactorio el que por mi mediación recibiéramos la alegría de que los adversarios pudieran estrecharse las manos. Pero aquí estamos solas y salen las gentes en confuso tropel, y mucho me honraría Vd. aceptando mi carruaje hasta dejarla instalada en sus habitaciones.

—¡Ah! mil gracias, señora, mil gracias, pero el mío debe estar esperándome en esas avenidas.

—Entonces que el lacayo llame al cochero.

El criado de Magdalena dió voces llamando al cochero de Margarita, que bien pronto se acercó con el carruaje hasta la puerta del coliseo en donde, como hemos dicho, se sucedió la escena que acabamos de describir.

Al penetrar la hija de Robustiano en una magnífica

berlina, á cuya portezuela se hallaba Magdalena, recibió ésta de aquella la tarjeta que manifestaba las señas de su domicilio. La hija de Andrés correspondió de igual modo con la vizcondesa entregándole la suya.

Magdalena llegó á su lujosa habitación, y después que sus doncellas la hubieron despojado de los aderezos con que se había presentado en el teatro, mostró deseos de que la dejarán sola, y penetrando en su gabinete principió á reflexionar.

—Gocpent desafiado á muerte por los denuestos que dirigiera al vizconde, y Robustiano quizá en brazos de aquella artista á quien el público silbó por sus escasas facultades. Margarita ya como amiga y á quien sin duda alguna tendré mañana aquí de visita para buscar el consuelo que entrambas precisamos.

¡Dios mio, qué situación más comprometida! Si ella llegase á sospechar la menor causa de mi disgusto por la acción de su padre! El desafío se llevará á su debido efecto, sí, no me cabe duda; el almirante es tenaz y ha de lavar con sangre el despropósito que el vizconde, acalorado, en público le dirigió. ¡Cuánto sentiría que ahora fuera á morir mi pobre viejo! Al parecer no ha venido aún á casa y andará arreglando su cuestión de honra. ¡Qué hombres, Dios mío! Ir á matarse por cuatro palabras que, dichas en cualquier sentido, no equivalen á lo que un solo día de vida representa.

En este momento una de las doncellas de Magdalena entregó á su señora una carta. Era de Gocpent, y la hija de Andrés recogiendo el lema, leyó:

«Querida Magdalena: Esta noche, quizá la primera desde que te conozco, debo pasarla ausente de tí. Nada temas; sabes lo mucho que te amo para faltarte en nada; pero circunstancias en la vida obligan al hombre de delicadeza á aceptar la muerte antes de aparecer á la faz de la sociedad como un vil cobarde. Creo que cuando el vizconde de Peña Santa llegó á insultarme y desafiarme estabas cerca de mí en el patio del teatro de la Ópera esta noche. Pues bien; mañana, al romper el alba, quedará uno de los dos en el campo. Si muero, si la desgracia viniese á entorpecer mis planes futuros respecto á tí, quiero que los sepas y que por medio de esta carta quedes autorizada para realizarlos. Te nombro heredera de cuanto poseo. En el secreter de mi gabinete hallarás legalizado en forma un testamento á tu favor: si muero, podrás contar con algunos millones que te serán inmediatamente entregados, presentando los documentos que te indico. Esta donación, sin embargo, requiere por tu parte un juramento que desde aquí te exijo, y creo que cumplirás, porque Dios ha de pedirte en su día estrecha cuenta. Júrame que te arrepentirás, y haciendo caso omiso de compañías perversas, has de ser honrada; júrame que si muero vendrás á mi tumba á dedicarme una oración.

Magdalena lloraba; luego continuó:

»Si no muero, mañana tendremos que huir de Francia; está condenado aquí el duelo por las leyes, y éstas, en aquel caso, me alcanzarían con sus rigores.

»Dedícate, pues, esta noche, si te encuentras con



fuerzas suficientes, á prepararlo todo, y manda mañana al cochero Simón á Versalles á saber si no existo, ó en su defecto dónde hemos de vernos, fuera de las fronteras.

»No me olvides nunca. Adios,

GOCPENT.»

Magdalena quedó atónita y con los ojos llenos de lágrimas cuando hubo concluido la lectura de aquella carta.

Sin embargo de su indiferencia al almirante por lo que respecta al materialismo de su compañía, Magdalena le quería, como hemos dicho ya, por su bondadoso corazón para con élla. Además, el sincero desprendimiento de todos sus bienes en obsequio á aquella desgraciada criatura que conociera envuelta por el mayor y más depravado de los crímenes, tan grande y extremada generosidad elevó á Gocpent á los ojos de Magdalena á la categoría de la superior amistad y aun nació en su alma instantáneamente un afecto más respetuoso y sincero que el que ella jamás había sentido por nadie.

—¡Ah! este hombre es un ángel, y yo le estaba engañando. No, no es posible que muera, ahora que me ha demostrado hasta dónde pudo llegar su verdadero cariño. Es necesario que impida ese duelo; ¿qué voy á hacer sola en el mundo con ese inmenso capital, en caso de que Gocpent sucumba? Sí; juro ser honrada, juro arrepentirme.

A las cuatro quizá ha de verificarse ese inaudito lance

de honor, que debo impedir con mi presencia en el lugar en que se efectúe. Sí; pero, ¿en dónde será? En esta carta me habla de Versalles, y á esta hora no sale ningún tren que pueda conducirme allá, porque el último que por la noche se dirige desde París á aquel hermoso pueblo parte muy cerca de la una, en cuanto los espectáculos se terminan. Dios mío, ¿qué haré? Sin embargo, es preciso tomar una resolución, porque mi inquietud no tiene límites.

Pero, ¡qué ideal! aquí tengo la tarjeta de la vizcondesa, la cual, si no se halla en mi caso, ha de obedecerme; sí, sí, voy á ponerla cuatro letras, aconsejándola que entrambas debemos partir al momento para Versalles en busca de Gocpent y el vizconde, y con nuestros ruegos y lágrimas evitar el que uno ó el otro muera.

Magdalena, en la resolución que adoptó escribiendo á Margarita para resolver el compromiso á que la vizcondesa la obligara en el vestibulo del teatro de la Ópera, demostraba poseer un bellissimo corazón, por cuanto estaba en el caso de influir y provocar mayor furor entre los adversarios, mirar con indiferencia aquel duelo, y hasta la muerte de su amante, toda vez que por esta circunstancia quedaba libre de toda tutela y con algunos millones para entregarse en brazos del crimen con mayor frenesí que hasta entonces. Pero la hija de Andrés era agradecida; en el fondo de su corazón existía la ráfaga de una sensibilidad exquisita que la inducía á compadecer extremadamente

al almirante, mucho más en la situación comprometida en que se encontraba, y por su generosidad, que cuando contaba con un cariño tan sólo abrazando una vida sin emociones y tranquila hasta donde ella pudiera conceptuarla.

La vizcondesa Margarita, al recibir el billete de Magdalena, se decidió en el momento á visitarla y aun á partir en busca de su marido á Versalles, en compañía de aquella mujer á quien no conocía.

¿Qué esposa no hubiera hecho otro tanto?

Al ver la hija de Robustiano á la de Andrés, se echó en los brazos de ésta.

—¡Querida amiga! ¡cuántas y cuántas lágrimas he vertido!

César no parece por casa; mi padre tampoco se encuentra en sus habitaciones, y es tal el tormento que me tortura, que creo morirme antes que amanezca.

—No debemos perder momento, señora. Tengo dispuesto un carruaje con cuatro caballos hermosos y jóvenes, que nos conducirán en breve al lugar del siniestro que se organiza. Nuestra misión es caer de improviso sobre ellos, arrancarles las armas de sus manos, arrodillarnos y suplicar á los padrinos nos auxilien con sus ruegos.

—Sí; me parece perfectamente bien, mi querida Magdalena. Vámonos, vamos cuanto antes.

—Son las tres escasamente; aun podremos llegar antes de las cuatro, en cuya hora creo hemos de dar con ellos.

Aquellas dos criaturas, medidas por la fortuna y los regalos de una comodidad inapreciable, salieron á las tres de la madrugada de la casa, en cuya puerta las aguardaba un carruaje de invierno. Una vez instaladas entrambas en su fondo, el vehículo principió á rodar y, abrazadas y llorando, entre la espesa oscuridad que todo lo invadía con su opaco crespón, salieron de París en busca la una de su marido y la otra guiada por el sentimiento de la gratitud y del afecto.

Los caballos del carruaje de Magdalena eran magníficos y arrastraron el coche con violencia durante los diecinueve kilómetros que separan á Paris de Versalles, y tanto, que las viajeras llegaron á aquella ciudad unos doce minutos después de las cuatro de la madrugada.

Como quiera que no sabían con certeza el lugar en que el duelo se realizaría, las viajeras dieron á andar á la ventura por las calles, que permanecían silenciosas y solitarias, á causa de la hora temprana, y penetrando más tarde en una tienda de bebidas que á su paso se abrió, se dieron al mayor desconsuelo preguntando por los duelistas. Nadie, como es natural, pudo satisfacer sus preguntas, por más que las consolaron.

Durante esta escena extraña para los moradores de aquel establecimiento, el cochero que había conducido á las damas hasta Versalles, se bajó del pescante y principió á indagar por la ciudad, avistándose para ello con un gendarme, á quien hizo las primeras preguntas. En parte de estas y por lo que el agente de

orden público contestara al cochero, pudo el criado llevar la nueva á las señoras que algunos caballeros habían arribado á la ciudad en el último tren que salió aquella mañana de París, y que se habían dirigido hacia los últimos jardines del Palacio.

Con las lágrimas consiguientes, y transidas por el dolor, Margarita y Magdalena ocuparon de nuevo el carruaje, y se dejaron conducir en busca del lugar que el cochero había insinuado.

Sonaban entonces en un reloj las cuatro y media de la mañana, hora en que ya las calles de Versalles principiaban á ser invadidas por multitud de obreros y campesinos que se encaminaban á sus quehaceres cotidianos.

El carruaje de la hija de Andrés atravesó multitud de calles y plazas, hasta que se hallaron frente al magnífico Palacio que se alza encima de una pequeña colina, y á cuya presencia aquellas mujeres temblaron, ya por el sobrecogimiento que se apodera al observar la majestuosa grandeza de su fachada, que mide seiscientos metros, ya por el presentimiento de encontrarse con el cadáver de un ser querido en los jardines de aquel edificio.

Desgraciadamente, al temer un mal, el corazón de la mujer no se equivoca jamás. Su sensibilidad misma le conduce por una senda misteriosa á presumir lo cierto, si augura una infausta desgracia.

Margarita y Magdalena llegaron á las cinco al lugar en que el duelo se había verificado, con arreglo á



esa ley que en los hombres constituye el principio de su entereza mal entendida y de su honor considerado con indiferencia.

Si la pública satisfacción no es susceptible de la precisa franqueza, y herido el orgullo se apela á medios reprobados para vindicarse, no nos es dado creer que semejante anatema obtenga el premio y el beneplácito que se pide á costa de sangre y de lágrimas.

No obstante, Gocpent y el vizconde no buscaban más que dolor y muerte, y entrambos los encontraron, sin que el mundo pudiera justipreciar en ellos más que un acreditado valor, y el Dios de las misericordias una acción reprobada y condenada por sus fallos, alcanzada por hombres sin virtud y sin conciencia.

Dos cadáveres tendidos bajo un corpulento álamo, fueron los restos que, locas por el dolor, abrazaron la vizcondesa y Magdalena.

El almirante tenía el pecho atravesado por una estocada, y el desgraciado César una herida descomunal bajo la barba.

Un pequeño grupo de campesinos rodeaba á los muertos al llegar las damas á aquel campo llamado del honor. Margarita se arrojó sobre el cuerpo yerto de su marido, con arranques verdaderos de ternura y de dolor; Magdalena se postró á los piés del almirante y murmuró una oración.

Larga pausa se sucedió después de las manifestaciones de la viuda Margarita, en que el sentimiento

obraba con mayor crueldad, y era más latente en el interior de las almas.

Los labriegos, al ver á aquellas señoras afligidas, procuraron á su manera consolarlas, y desaparecieron. Margarita estaba hecha una verdadera estatua al lado del cadáver de su marido; las lágrimas permanecían pegadas á sus párpados, y un temblor persistente y fatal se apoderó de su cuerpo.

—¡Ah! ¡Vizcondesa, usted se pone enferma! exclamó enjugándose el llanto Magdalena al observar la mortal palidez de Margarita.

—No lo crea usted, amiga mía, repuso la viuda; me encuentro tan bien aquí; siento en mi alma, en medio del crudo dolor que la atormenta, un bienestar que no lo trocaría por nada ni por nadie.

De pronto Margarita dió un grito atroz, y un copioso llanto inundó sus mejillas.

—¡Ah! No podré contemplarte jamás como ahora lo ago, César de mi alma. Eras tan bueno, poseías un corazón tan noble y desinteresado, que nunca más ha de latir. ¡Oh, amiga Magdalena! Apenas puedo ya tenerme; las fuerzas huyen de mi cuerpo, sin duda para que este se confunda con estos restos inanimados, y vaya mi pobre alma volando hacia ese espacio infinito que acaba de atravesar mi pobre César; pero no, no quiero separarme de su lado. ¿Le veis? Está aquí; le tiene su Margarita; ¡no me robéis, asesinos! Dejádmele.... dejádmele.

La vizcondesa parecía que principiaba á perder la

razón. Sus ojos se movían con velocidad dentro de los párpados, y un baño sanguinolento los cubría ya.

Magdalena temió por la salud de la vizcondesa, é hizo que instantáneamente se aproximara el carruaje á aquel lugar del desconsuelo y de la muerte.

Ya habían logrado separar á Magarita del cuerpo del que fuera su marido, cuando se presentó un guarda de campo uniformado.

—Dénse Vds. presas en nombre de la ley, señoras; aquí existen dos cadáveres, y por más que me consta que en nada directamente hayan ustedes intervenido para arrebatár la vida á estas tristes cenizas, debo cumplir con el deber que me impone el cargo que desempeño.

El guarda aplicó un pito de metal á sus labios, y bien pronto fueron rodeadas las damas y el carruaje por media docena de compañeros del vigilante.

—Señores, replicó Magdalena, seguiremos hasta donde sea necesario ir; pero respetad la situación que esta señora atraviesa. Los cadáveres que todos observamos ahí son de personas harto queridas por nosotras, para que dejáramos de tributar á sus almas el último homenaje. Un duelo, siempre loco y anatematizado por la razón, ha dado por resultado los fines que desgraciadamente presenciarnos. Ahora, llevadnos á presencia del señor juez.

—No es necesario, señoras, replicó una voz á espaldas de la hija de Andrés.

—Señor magistrado, prorrumpieron los guardas de

campo, á la par que respetuosamente se descubrían.

—De todo me hallo impuesto, objetó á Magdalena el representante de la justicia. Á ver, señor facultativo, examinad los cadáveres y extended el legal certificado que acredite cuál de los dos ha sido el rematado después de herido, por el preso que se halla en nuestro poder.

—¡Cómo! añadió Magdalena asombrada.

—¿Qué, vienen por mi César? preguntó arrebatada la vizcondesa asomando la cabeza por una ventanilla del carruaje, la que guardaba el lacayo, para que su señora no se precipitara fuera de él.

—Pero ante todo, que ese coche se aleje y esa señora desaparezca de estos lugares.

El carruaje de Magdalena, por indicación de ésta, se puso en marcha en dirección á París, conduciendo á Margarita que hacía esfuerzos hercúleos por abandonarle.

Luego que el vehículo se perdiera entre los espesos troncos de los árboles, Magdalena se acercó al magistrado para que este satisficiera la curiosidad que en ella habían despertado las disposiciones y palabras del jurista.

—Señor magistrado, dijo; ahora ya podrá usted hablarme con toda franqueza; he sido testigo presencial del lance que motivó estos crímenes; quería con singular afecto al hombre que fué mi protector más decidido y que yace cadáver allí, aquél, y como creo haber escuchado que existe un criminal que, después

de herido uno de los contendientes, tuvo la avilantez de rematarle, quizá hundiendo un puñal ó un proyectil en su cuerpo, mucho, muchísimo tendría que agradecer á su benevolencia que antes de separarme de este sitio, fuese impuesta de cuál de los dos cadáveres fué el herido por la mano del asesino.

—Éste, repuso súbitamente el facultativo, el cual, durante la súplica de Magdalena, se había entretenido en el exámen de los cuerpos inanimados.

—¡Dios mío! ¡El del vizconde! exclamó Magdalena.

—El mismo, contestó el magistrado.

—¡Ah! ¿Y el nombre del criminal, el nombre del asesino?

—Señora, eso es imposible. Datos que es preciso ir indagando y declaraciones de acusación más acentuadas que los que hoy se tienen, no pueden aún señalar con certeza á la persona presa como autora del hecho consumado.

—¿Con que usted opina, señor don Mauricio, que esa herida fué la que verdaderamente arrebató la vida al cuerpo del que fué vizconde de Peña Santa? preguntó el magistrado al médico, dando por terminada la conversación con Magdalena, vista su exigencia.

—La que el cadáver ostenta bajo las mandíbulas y que atraviesa la yugular y ha interesado la masa encefálica. Esta herida no es posible que el adversario que fué del vizconde se la haya hecho á su adversario: además, todo nos demuestra que fué producida por una arma de fuego.



—Sí; pero los guardas nada han oído.

—Ni la menor detonación en toda la madrugada, señor.

—Es que el criminal pudo haberse valido de una de esas armas infames que se usan por medio de la presión del aire, ó se cargan con pólvora sorda.

—Señora, mucho siento tener que molestar á usted en declaraciones y demás incidentes á que el proceso ha de sujetarse á fin de depurar los hechos en sí; por manera que, apelando ahora á su bondad y discreción, sírvase usted indicarnos las señas de su domicilio y las de la señora que acaba de ausentarse en mal estado, según pude observar.

Magdalena dejó cumplida aquella natural exigencia, y más tarde, y á instancias del magistrado y del facultativo, abandonó á Versalles.

Ya de vuelta en la capital, desencajada y lacrimosa, su primer pensamiento fué el de visitar á su amiga la vizcondesa; pero la idea que le asaltó de poder encontrar en las habitaciones de aquella á Robustiano, le hizo que se dirigiera á su palacio de la calle de Enghien.

Todo aquel día fué para la hija de Andrés de lágrimas y desconsuelo, sorprendiéndola la noche arrodillada y pidiendo al Dios de los justos hubiese acogido en su seno el alma del desdichado almirante.

Restablecida algún tanto, después de dar libre rienda al sentimiento, le preocupó el que ni una sola letra a hubiese escrito Robustiano anunciándole el lugar

en que la visita aquella noche entre ambos debería celebrarse, según costumbre.

—¡Qué es esto, Dios mío! exclamaba. Robustiano, sin duda, me ha olvidado ya, mereciendo todas sus atenciones aquella funesta artista que anoche fué causa de lágrimas y muertes. Pero no es posible que de pronto haya cambiado de opinión, porque su voluntad es de hierro y su constancia es de roca. Le conozco, le conozco; quién sabe si esta noche misma, sabiendo la desgracia acontecida á Gocpent, venga aquí á visitarme. Esperemos. Ahora lo importante es procurarnos noticias de su hija; esta joven puede serme útil, y, amparada por su amistad, quién sabe hasta qué punto, siendo inmensamente rica, el mundo pueda perdonar mi mala cabeza y las excesivas calaveradas que siempre hice.

La hija de Andrés apretó el botón de un timbre, después de haber escrito una carta, y apareciendo una doncella de su servicio, le entregó el papel, manifestando lo urgente que aquella misiva debía llegar á manos de la persona á quien iba dirigida.

Cumplido este sincero testimonio de fiel amistad, corrió Magdalena en busca de los documentos que, según lo manifestado por el difunto almirante, la designaban como heredera de él. Abrió con mano trémula, el secreter indicado y, efectivamente, el marino, hombre previsor, tenía asegurada en forma su última voluntad. Magdalena era millonaria.

Aquella fortuna, no obstante, imponía á la coqueta

el tributo de someterse á la condición de la mujer honrada, de querer complimentar los deseos del hombre que se condolió de su estado.

En los primeros momentos, el corazón de Magdalena latió á impulsos de semejante sentimiento, pero sucedidos aquellos, aún pensaba en añadir un nuevo borrón en su ya muy criminal conducta.

La Providencia, sin embargo, la libró de todo ello.

Los periódicos de aquel día ocuparon grandes columnas reseñando las acaloradas versiones que motivaron en el teatro de la Ópera el talento y facultades de la artista, y aun dejaban entrever alguno que otro el lance desagradable que tuviera lugar en Versalles; pero ninguno era lo suficiente expícito en asegurar que pudiera haber un asesino en el acto del duelo verificado.

Magdalena leyó con avidez la prensa, y dió por terminada la lectura ya muy entrada la noche en que ni el sueño podía rendirla, ni las emociones que recibiera la obligasen al descanso.

El silencio de la obscuridad, su imaginación volcánica y vehemente la hicieron de nuevo dirigir sus pensamientos hacia el banquero y antiguo amigo, cuya conducta encendió en el corazón de la entretenida una llama voraz alimentada por los celos.

Daban las cuatro, como digimos, en el reloj de Nuestra Señora, y Magdalena luchaba buscando en su cerebro una satisfacción que pudiera atenuar la indiferencia del mestizo para con élla.

Reclinada en una preciosa butaca de terciopelo, Magdalena no pensaba en otra cosa que en la visita de su amante, aún apenas sucedidas las primeras horas en que el bondadoso Gocpent dejara de existir.

El corazón de la mujer ¡cuánta dulzura encierra, cuánta ternura lo forma y cuánta ponzoña puede esconder!

La última campanada que vibró en la torre sobreco-  
gió el ánimo varonil de aquella mujer, venida á la vida para testimoniar la existencia de la repulsión y del vicio.

—Las cuatro, repuso; las cuatro, y sin aparecer siquiera dos renglones de Robustiano. ¡Quién sabe si á esta hora estará gozando de las lascivas caricias de aquella cómica sin gracia ni talento que fué silbada en el coliseo! Si supiese la habitación en que para, iría sin detenerme á sorprenderla; entonces ¡cuánto me reiría del banquero y con cuánta ironía me vengaría de su loco devaneo! Pero juro que con mi desprecio he de hacerte sufrir más de lo que crees, ruin Robustiano, infame delator y vil asesino; pero mi cabeza arde; siento en el pecho una intranquilidad que me molesta demasiado para que pueda preocuparme por él; pensemos un solo momento en mi estado; de nuevo sola, de nuevo en el centro de esta sociedad que me vilipendia, ¿quién me impide ahora dejar sin efecto la última voluntad de Gocpent? Sí; yo debo transigir y hacerme buena; soy lo suficiente rica para poder presentarme á mi padre, si es que vive, como me aseguró el antiguo mayordomo

de la casa del barón de Santa Cecilia; tengo lo necesario para sacar á mi familia del precario estado en que siempre ha vivido; pero, ¿quién puede adivinar hasta qué punto pudiera ser considerada esta determinación? No se diga que muchas veces he dejado de acordarme de mi querida María y de mi buen hermano Miguel. ¿Qué será de ellos? Cuántas y cuántas veces me he acriminado á mí misma por no haberme vuelto en busca de aquella familia adorada, en cuyo seno amoroso hubiera encontrado la paz del alma que no conozco y el aprecio y consideración del mundo que falsamente hoy me demuestra. ¡Ah! Pobre padre mío, ¡cuántas lágrimas habrás vertido por esta hija infame que te ha abandonado, sin que ni una sola vez te haya demostrado que vivía!

Magdalena no podía detener las lágrimas.

—Resolvamos, sí; es ya necesario, añadió después, volver á mi querida España, reconciliarme con los vínculos á que la Providencia me unió y besar aquella frente honrada de mi padre, cubierta hoy por la mancha criminal de mi comportamiento. ¿Qué dirán al verme? ¿De qué modo me presento á ellos, después del tiempo trascurrido?

Mi padre me rechazará de su lado como triste flor marchita por los huracanes de la vida, y entonces habrá de ser mayor el sentimiento para precipitarme á la tumba. ¡Ah! pero aquí, en el corazón, ahora que la mujer ha trocado sus instintos de niña por los más reflexivos de las amarguras y los desengaños, un secreto



inexplicable me aconseja huir de esta vida que, á medida que por ella avanzo, me horroriza. ¿Qué es Robustiano, y qué representa en este gran concierto en que alentamos? ¡Dios sabe de qué modo habrá adquirido sus riquezas, quizá bajo sus talegos se hallen ocultos los cuerpos ensangrentados de las víctimas inmoladas por sus acciones y su cinismo! Este hombre verdaderamente fué mi perdición; él me sedujo, él halagó mis vagos sueños de afán y de lujo, me entregó atada por sus promesas al barón, quien hizo de aquellos sueños la realidad más extremada. Por otra parte, Robustiano es viejo; su vida disipada, el vicio, la usura, han de arrebatarme del mundo; cuento con millones para despreciarle y mofarme de él; adios para siempre, pues, y obedezcamos los consejos de mi más leal amigo el bueno de Gocpent y de mi pobre corazón. Mañana liquidaremos con la Caja sucursal del Banco de Londres, y haré efectivos los créditos que me legó el almirante, más los que Robustiano me tiene regalados, y marcharé á España; allí haré por reconciliarme con mi querido padre, con María y Miguel, porque ellos son buenos y han de perdonarme. Sí, sí; aun puedo ser feliz y dichosa.

Concluía Magdalena de argumentar lo más sensatamente, cuando penetró en su gabinete una doncella con una carta en la mano. Era de la vizcondesa viuda de Peña Santa.

El contenido de aquel papel era el siguiente:

«Mi muy querida amiga: Me hallo aún poseida por la

más abrasadora calentura, y he resuelto para pasado mañana abandonar á Paris, llegaré á mi querida España en busca de la vida tranquila que siempre ha sido mi más deseado sueño de felicidad. Gracias mil por su interés, y si aun puede á usted serle útil esta desgraciada viuda, disponga de ella como guste. Pero la desgracia poco vale para servir de apoyo á quien de mí necesite.

«Mucho me resta aún que sufrir, porque otra nueva desventura ha venido á torturar mi alma: el padre que Dios me dió, se halla preso en Versalles á consecuencia de no se qué delito; pero me temo sea de resultas del malhadado duelo que me robó el esposo amable y cariñoso á quien se me unió.

Magdalena no pudo menos de exclamar:

—¡Robustiano preso en Versalles! ¡Dios mío, qué idea!

Luego prosiguió en la lectura:

«Adiós, querida amiga; usted de nada tiene culpa; el infortunio también amarga el curso de su vida, y á mí no me es posible volar á consolarla y despedirme como quisiera de todo corazón su inolvidable amiga,

LA VIZCONDESA VIUDA DE PEÑA SANTA.»

—¡Gran Dios, preso el mayordomo! Preso en Versalles, y el magistrado que allí nos hizo comprender á todos que había existido la mano oculta de un asesino, también nos reveló que este se hallaba en poder de la justicia y preso. Del reconocimiento facultativo resultó ser el cadáver del vizconde el herido por una arma

blanca. ¿Si el asesino del vizconde será Robustiano? Todo me hace sospechar en él; sus palabras violentas, aun cuando las encubría con la forma más delicada; sus deseos de que Margarita se hubiese casado con el mayor de los magnates; lo extraño del casamiento de su hija; la ambición desmedida que le dominaba. ¡Dios mío, no me cabe duda! El vizconde fué la víctima de su padre. Margarita, sin embargo, nada sabe de la información que da por resultado gima su padre. ¡Oh! es necesario indagarlo todo, porque de ser el mestizo quien remató al vizconde, después de estar éste herido, la vindicta pública sólo puede quedar satisfecha haciendo que suba el criminal desalmado las gradas de la guillotina.

—Señora, dijo la doncella á Magdalena; un magistrado, con todo el aparato que á su autoridad revisite, espera merecer de su complacencia desempeñar un cometido que le impone su ministerio, y aguarda en el salón.

La hija de Andrés titubeó al escuchar de los labios de su servidora aquella visita tan inesperada.

—Voy enseguida, y suplique usted que tenga la bondad de esperar un momento, replicó luego Magdalena bien afectada en sí.

La criada salió del gabinete al mismo tiempo que su señora se preguntaba:

—¿Qué querrán de mí?

Las indagaciones judiciales para poder resolver con

verdadero conocimiento en asuntos de ley y derecho, fueron escrupulosas en la casa de Magdalena.

El magistrado expuso los motivos de su presencia en aquella casa, manifestando que se había verificado un duelo en Versalles, y que las declaraciones primitivas de un preso, á quien Magdalena conocía, según de las mismas se desprendía, eran los motivos que á la justicia impulsaban para molestar á la señora en aquellas horas.

El interrogatorio de Magdalena fué larguísimo, y sus declaraciones terminantes.

Al saber, por la revelación primitiva del magistrado, que uno de los padrinos del vizconde había delatado el crimen de Robustiano, y que éste era, efectivamente, el preso, Magdalena hizo en sus declaraciones la historia del crimen que se suponía realizado en su persona, y que le manifestara Carlos en Barcelona; su seducción por Robustiano, sus relaciones con éste en París, el modo de su proceder, mas cuanto de público se había dicho respecto al matrimonio de la vizcondesa, y aun las palabras que Robustiano vertiera respecto á sus miras de ambición y deseos de que su hija se hubiese casado con una notabilidad francesa.

Todo cuanto la hija de Andrés manifestara movió el interés de los circunstantes, y se consignó minuciosamente en las páginas del proceso que se instruí.

Ya era muy entrada la mañana cuando el magistrado se dispuso á abandonar la morada de Magdalena;

---

ésta preguntó al juez si le era posible dejar la corte de Francia, para unirse en Madrid á su familia.

La contestación fué negativa, por cuanto sus revelaciones habían de ser de gran utilidad á la autoridad en lo sucesivo.

Sucedidos dos meses, después de estos acontecimientos, Margarita profesaba en el convento de Carmelitas, cerca de Toledo, y Magdalena llegaba á la corte de España.



---

## CAPÍTULO V.

---

### **El Castillo del Diablo.**

Fuerza es ya que conozcamos aquella Sociedad secreta de la que, á juzgar por las palabras de Pedro el *Cazador*, élera su jefe, y la historia de aquel viejo castillo que pertenecía á Robustiano.

Las revueltas políticas sucedidas en España durante periodos de amargo recuerdo, dejaron siempre en pos de sí desdichas; desolaron ellas los campos, y mancharon de sangre las calles hombres que, ajenos al sentimiento que presta la estabilidad social, soñaron con rancias utopías ó fomentaron desconciertos que jamás prevalecen, y viven para agruparse entre sí y sentar un principio de anomalía, á fin de caer en el desprecio, la deshonra y la persecución.

De este componente fatal se derivaba la Sociedad conocida entre sus afiliados por la de la *Muerte*.

Hombres sin fé que, afiliados á un partido, conocie-

ron los desengaños después de mil descabros y que se reunieron para hacerse *fuertes* al poder de la ley, buscando amparo en la voracidad y la rapiña, eran los que extendían sus correrías en torno á las altas tapias y profundos fosos del castillo.

Esta guarida, segura contra las persecuciones, fomentaba la *industria* lucrativa á que la sociedad se dedicaba, y nadie mejor que Pedro, que tanto ascendiente tenía sobre el viejo Benjamín, pudo ser de los malhechores y asesinos que cobijaba.

Propuesto el *negocio* al usurero judío, no pudo éste ménos de aceptarlo después de una reyerta habida en la nación española, en que, según él, le era ya insuficiente su riqueza para poder vivir. Aceptada por el entonces dueño del castillo aquella proposición, el mismo Benjamín organizó la Sociedad dando un reglamento terminante y conciso que exigía como base un juramento de obediencia ciega, y un secreto profundo en todas las determinaciones, aun cuando alguno de los afiliados fuera preso en *el desempeño de sus funciones*.

La Sociedad hizo rápidos progresos en sus primitivos años de existencia, sin que *desgracia* alguna personal viniese á interrumpir el curso de *las operaciones*.

Todas estas se realizaban en las gargantas de los Pirineos ó en los despoblados lejanos, á no ser que *el negocio* acertara las distancias. El reglamento ordenaba que únicamente podían ser cuatro juntos los asociados para atacar á los viajeros en distintos para-

jes, y pena de muerte para aquellos que no presentasen el botín completo del *negocio*.

Lo robado se distribuía de la manera siguiente: una mitad para los socios, y la restante para el depósito, á fin de atender á los gastos de prisión, en caso de captura y de desgracia, y para socorro de las familias.

A trueque de semejante desprendimiento, la Sociedad facilitaba medios para *ejercer* la huída, y ocultación en caso necesario, aun cuando en los primeros tiempos no fuera preciso, como dijimos, por la novedad y estudio particular de aquella Sociedad de ruina y de perdición.

Bien pronto los subterráneos del castillo fueron llenándose de mil efectos, que iban saliendo de ellos con sagacidad y periódicamente para ser embarcados por el judío Benjamín, que atravesaba los mares para conseguir su venta, realizar una fortuna y traer cuanta preciosidad pudiera satisfacer su orgullo en el castillo, al que demostraba un singular cariño, como siempre decía á todo el mundo.

Muchas habían sido ya las fechorías escandalosas que la Sociedad tenía realizadas, cuando *la desgracia* vino á sembrar el desconcierto entre aquella bandada de vampiros.

Una noche horrible, en que cuatro ladrones se hallaban apostados y ocultos entre un espeso pinar, cerca de una carretera, en los desfiladeros del Monseny, fueron hechos prisioneros por las valientes parejas de ese cuerpo benemérito llamado Guardia civil, y más

tarde agarrotados en la plaza de uno de los pueblos comarcanos.

Desde entonces cundió el pánico entre los asociados; pero más tarde un partido se alzó en armas contra el poder constituido en Francia, y aquellos hombres, llevados en aras de su deseo de fuego, rapacidad y exterminio, se dirigieron en busca de lo que sus instintos les obligaban á abrazar.

Los vínculos contraídos con el jefe Benjamín se rompieron desde que se abandonó por algunos socios el castillo, y esta oportunidad obligó al judío, que ya contaba con riquezas infinitas, á deshacerse de aquella finca, que para él pudiera acarrearle inauditos compromisos.

Por otra parte, el viejo Benjamín era uno de esos seres aborrecibles, que todo lo miran bajo el prisma material del oro. Seco su corazón al sentimiento, su afán, su ansia devoradora le aconsejaba sin cesar buscarse el medio para satisfacer deseo de caudales.

Por los medios más anatematizados pudo lograrlo, y el predilecto objeto que le proporcionara la realidad de sus ensueños fué para el causa de mil demostraciones de aprecio; pero que también fundó en su orgullo y en su conveniencia.

El castillo, que había sido comprado al joven heredero de un descendiente de un rico home de la Edad Media, como por encanto quedó alhajado y enriquecido con cuanto de notable pudiera excitar la curiosidad; de este modo, el viejo usurero alejaba toda sospecha y en

caso de presentarse la autoridad, se comprendiera la sinrazón de su visita en palacio tan suntuoso y enriquecido; además de que así la presunción de Benjamín quedaba satisfecha, disfrutando de comodidades que le elevaban al rango de un monarca.

La Francia ardía en belicosos deseos de llevar al Poder un principio político de anatema por la sensatez y la mesura, defendido solo por créditos sin verosimilitud; y los afiliados á la Sociedad, engolfados con la aspiración de más recompensa, no regresaban á España, y las autoridades de aquende los Pirineos redoblaban su vigilancia, cosas que acabaron de resolver al judío á deshacerse del castillo y retirarse de él con el mayor botín.

Se vino á Madrid, á este centro en que se bulle y se agita lo más selecto de nuestros días en los ramos de la ciencia, de la banca, de la industria y de la maldad.

El proverbio vulgar de que *Dios los cria y ellos se juntan*, se confirmó plenamente, y Benjamín conoció á Robustiano, que entonces desempeñaba la mayordomía en la casa del barón de Santa Cecilia.

Las relaciones que mediaron entre ambos fueron estrechas y cariñosas. Robustiano demostró al judío sus propósitos de enriquecerse, y pasados algunos meses concibieron el plan de perder al barón para sentar la base de la fortuna del mestizo. Este realmente aspiraba á perder á la hija de Andrés, y partiendo de este resultado, se dió principio á la fechoría por engañar



á Magdalena, lo que se consiguió fácilmente en el instante mismo que por orden de Carlos depositaba varias cartas en el buzón de Correos.

Notada la ausencia de la hija del criado, acentuó Robustiano las dotes de aquella, á fin de que en el ánimo de Carlos se encendiera una pasión vehemente; después de conseguir su objeto, é impresionable, como se le conceptuaba y era realmente, bien pronto el mestizo juzgó llegada la hora de presentar á Magdalena al incauto barón que, al verla y saber por Robustiano su acción con el objeto exclusivo de hacerla de Carlos, se lanzó éste por el derrotero de sostener criminales relaciones, ocultando el paradero de la desdichada Magdalena á toda su familia.

Robustiano veía resuelto el plan que concibiera en unión del viejo judío.

Más tarde, y cuando ya Carlos enloquecía en brazos de su concubina, el israelita tuvo que ausentarse de Madrid á consecuencia de la terminación de las revueltas francesas y por asegurarle Pedro que muchos de los afiliados á la Sociedad volvían en busca de su antigua guarida, y que fácilmente podría dar de nuevo comienzo al *negocio*.

Sin embargo, Benjamín partió al castillo con el ánimo de deshacerse de aquella finca.

Robustiano, impulsando más y más la voraz llama que prendiera en el corazón de Carlos, abrigaba la esperanza de alcanzar con seguridad el satisfactorio resultado del plan concebido. Cuando ya el mestizo

pudo comprender llegada la hora de dar el golpe final que le librase de Carlos, para apoderarse de sus riquezas y unirse á Sofía, con quien soñaba, una vez que el barón desatendió sus deberes de padre y de esposo, entregado á Magdalena, escribió á Benjamín, su más íntimo consejero, anunciándole su deseo de que le mandase persona de confianza para que ésta hiciese desaparecer á la hija de Andrés, quedando él, según manifestaba en la carta, en que las sospechas del crimen recayesen en el barón para perderle, y que la deshonra viniese á sumergir en la miseria á la familia de Santa Cecilia.

Benjamín ordenó que un afiliado á la Sociedad partiera á Madrid, y León fué el designado para ello por consejo de Pedro.

Una vez en la capital de España el asesino, Robustiano concibió la idea de salvar á Magdalena, y, al efecto, hizo el mismo día en que el crimen tenía que verificarse, que desapareciese ésta de la corte, consiguiéndolo por el engaño, y haciendo que la hija de Andrés partiese para Barcelona.

Así fué, en efecto.

León cometió el crimen de la calle de la Montera sin conocer á Robustiano, y obedeciendo las órdenes del judío y de Pedro, toda vez que este último veía en ello una acción beneficiosa para que aquella Sociedad maldita, á quien servía ciegamente, aun cuando ignorase el nombre de las personas que pudieran *impulsarla á su desarrollo*, y fueran los protagonistas en los sangrientos dramas que ejecutaban.

Sucedido el tiempo, constante enemigo del hombre, porque merma sus días y acaba por convertirle en polvo, y estando funcionando aquella sentina de la depravación y del escándalo, fueron de nuevo capturados algunos malvados, que murieron á manos del verdugo sin confesar los nombres de sus encubridores; tal era el temor de la ira de sus compañeros, si por acaso pudieran librarse de la muerte, y obedeciendo los juramentos solemnes y las promesas que á sus familias respectivas daba el reglamento de socorrer, durante la vida del último de los vástagos del que muriese ahorcado, sin confesar el lugar y existencia de la Sociedad de la Muerte.

Aquella nueva contrariedad acabó por resolver al judío para deshacerse de su finca, y al efecto se trasladó á Madrid é hizo proposiciones á Robustiano, si bien ocultándole la especie á que desde antiguo estaba destinado el Castillo del Diablo

Estando en la corte Benjamín, otra desgracia sobrevino de improviso sobre el personal maldito de la loggia del crimen y del infierno. Uno de los jefes más acreditados en la destreza y en el valor fué preso, y este golpe final acabó por resolver al judío á entregar, poco menos que de balde, á Robustiano (al cual conocía sus vehementes deseos de enriquecerse), aquel castillo tan suntuoso como fatal.

Hecha la venta, el judío abandonó á España, y Robustiano, sin imaginarse lo más mínimo que la finca que había comprado fuera la guarida de los malhechores

más encarnizados, miró aquel negocio hasta con indiferencia.

Pedro, después que hubo conocido al nuevo poseedor de aquellas paredes en donde vejetaba, cumplió escrupulosamente con lo estipulado en la entrevista que tuviera con el mestizo, y éste recibió con puntualidad las cantidades que aquel se obligó á entregarle en París.

Pero obraba lealmente con Robustiano, y por él supo el fracaso del rapto de la hija de Pilar, asegurándole que haría por enviar *otro individuo* á Madrid para dejar realizada la pretensión que le expusiera.

Las autoridades, vistos los continuos robos y asesinatos que en muchas leguas á la redonda del Castillo se efectuaban, principiaron á sospechar en la existencia de alguna banda de bandoleros, y agotaron las fuerzas de su carácter para dar con el nido verdadero de aquella canalla. ¡Inútiles vigiliass para los encargados del humanitario servicio!

Una noche amanecían, á cinco ó seis leguas de distancia del pueblo, dos hombres molidos á palos; otro día se daba parte de que entre las gargantas del Monseny habían sido asesinadas cuatro personas; y cada semana que se sucedía, mayores eran los temores de los tranquilos moradores de aquellas comarcas, y mayor el celo de los alcaldes y de los civiles.

La Providencia, por fin, vino en auxilio de lo justo y racional.

La misma noche que Robustiano, en París, se pre-

sentó en el teatro de la Opera, llovía estrepitosamente en toda la vega que se extiende bajo los montes escarpados del Monseny, y á las nueve de la misma se observaban infinitos bultos que se deslizaban entre los pelados troncos de un bosque que presta su abrigo á la aldea en cuya jurisdicción se enclavaba el castillo.

El aire y el frío eran insoportables; la lluvia había principiado benignamente, pero poco á poco iba dando vivas muestras de que degeneraría en torrente estrepitoso.

No obstante la crudeza del tiempo, los bandidos, en número de veinte, permanecían ocultos entre las espesas sombras de aquella noche tenebrosa, y entre los arbustos de la maleza y los troncos de los árboles.

Buena presa aseguraban, cuando á los rigores de un tiempo tan cruel se exponían.

Efectivamente; se había anunciado que una familia excéntrica y extranjera viajaba desde Inglaterra hasta España en un simple coche de cuatro ruedas, y se tenían indicios de que en semejantes horas tendrían que pasar por allí, á fin de pernoctar en la aldea.

No se equivocaban; la familia de lord Cathif, banquero y potentado de Escocia, había decidido visitar la Francia y España con la mayor escrupulosidad, y al efecto viajaban en un carruaje de su propiedad, sin más guardianes que dos mozos y cuatro perros mastines.

La mañana anterior, y al penetrar la familia inglesa en territorio español, expusieron á las autoridades el itinerario de su viaje hasta Castilla, y éstas no pu-



dieron permitir que aquellas cuatro personas (de que la familia de lord Cathilf se componía) viajasen, al ménos hasta el interior de Cataluña, sin garantías de seguridad, tanto de sus vidas como de sus intereses.

El escocés se excusó en un principio de ser escoltado; pero los cuadros que algunos pudieron pintarle de robos efectuados, decidió al lord á que las parejas de los puestos acompañasen á su familia.

Esta circunstancia no estaba prevista por los ladrones, y el espía que les comunicara el viaje del inglés, no tuvo tiempo para imponerse de aquella medida.

Los temores de los jefes de los puestos en todo el camino que media para flanquear los montes del Monseny se acrecentaron por las repetidas desgracias sucedidas; así es que, al llegar la familia inglesa al último destacamento de fuerza apostada, toda esta se agregó á los viajeros para dejarlos en el pueblecito enclavado á la otra parte del monte.

Los guardias civiles que escoltaban á lord Cathilf eran treinta y siete.

La noche, como digimos, era tenebrosa, cuando entre el ruido natural de la lluvia pudo apercibirse otro extraordinario, producido por las pisadas de los cuatro caballos que arrastraban el vehículo que conducía á los viajeros.

Los ladrones, al apercibirse de él, corrieron presurosos de un lado para otro, á fin de envolverse entre las sombras.

Ni una sola luz se distinguía: el espacio negro daba

muestras de animar aquel acto con todo el horror de su potencia.

Los caballos avanzaban, y sus cascos herían los guijarros, que dejaban escapar un chasquido seco y prolongado, otro y cien que en continuo tropel se oían ya á corta distancia.

Los ladrones ni respiraban; toda su vida pudiera decirse estaba reconcentrada en la esperanza del próximo festín con parte de los caudales de que iban á ser dueños.

Una voz ronca y feroz de «¡alto, ó la muerte!» puso término á la monotonía de aquel lugar infestado por los miasmas corruptores de la perversidad.

El cochero detuvo instantáneamente los caballos, y como lobos carniceros, los ladrones salieron de sus guaridas para devorar la presa que se les ofrecía.

Ni un solo guardia civil asomaba en aquel entonces.

—Abajo todo el Universo, repuso una voz de trueno al mismo tiempo que retumbaba otro á lo lejos y caía el agua con estrépito.

—Poco creeríais dar con nosotros, ingleses, contestó otra voz que salía del frente de los caballos.

No bien fueron terminadas estas palabras, una descarga cerrada de treinta y siete armas dejó tendidos sobre el barro del camino once de los bandidos.

La Guardia civil que escoltaba á la familia inglesa caminaba á alguna distancia tras el carruaje, y llegaba al sitio en que los bandidos detuvieron á los viajeros.

—¡Al castillo! ¡al castillo! repusieron atemorizados

los ladrones que aún quedaban con vida, llenos de temor y de zozobra, corriendo con desaforada insistencia hasta ganar las tapias del edificio de Robustiano.

Parte de los soldados quedaron guardando á los ingleses y prestándoles toda suerte de auxilios, pero algunos otros corrieron en persecución de los malhechores hasta capturarlos ó darles la muerte que merecían.

Conocedores del terreno los astutos zorros, pudieron ganar, á favor de las sombras, el portalón del edificio, y hacerse fuertes contra los bravos militares que, después de una heroicidad digna del encomio más aplaudido, pudieron penetrar en la sala principal del vasto edificio.

No por eso los ladrones dejaron de hacer frente á los civiles, y en el salón en que Robustiano y Pedro concertaron su plan inicuo y malvado, fué donde la lucha se empeñó con mayores bríos.

Los cadáveres de tres soldados yacían tendidos sobre el frío mosaico del salón, desde cuyos puestos disparaban sin cesar los malvados, cuando aparecieron algunos otros militares.

—¡Rendíos, villanos, asesinos! exclamó un jóven alférez en el ardor de la pelea.

—¡Nunca, nunca! repitieron en coro aquellos hijos del averno, al mismo tiempo que avanzaban para exterminar á los guardias, siempre nobles y bravos ante el peligro.

—¡Pues moriréis! exclamaron los exterminadores del bandolerismo.

—¡Moriremos, pero alguno de vosotros también quedará exánime bajo esta bóveda! repuso Pedro apareciendo y apuntando su enorme trabuco, desde una de las rasgadas ventanas del salón, al noble pecho de un guardia que se disponía á matarle.

La lucha se recrudecía; el fuego no cesaba, y entre los espesos vapores que producía la pólvora quemada, bajo el techo de la sala, se oían mil y mil voces de insultos y de anatema.

De pronto, y en medio de aquella terrible confusión de ayes y dolores, se apercibieron los combatientes de que un cuerpo caía con estrépito espantoso desde lo alto de alguna de las ventanas del edificio, y que gritos desgarradores se escapaban de los pechos de algunos infelices.

Pedro, herido y falto de fuerza, creyéndose más seguro contra los ataques de los soldados en el alfeizar de una ventana, desde la que fácilmente podía evadirse á los desvanes del castillo, había caído á uno de los patios de la finca, en donde, atemorizadas, se hallaban las mujeres.

No por esto el encarnizado combate daba muestras de terminarse, hasta que unos guardias le pusieron fin, dejando allí seis cadáveres y algunos heridos.

Seis meses más tarde de aquella noche de amargo recuerdo, y en una mañana encapotada por plumizos nubarrones, subían al patíbulo, ante una multitud de campesinos, los tristes restos de la Sociedad de la Muerte.

Todas las grandes calamidades que puedan pesar sobre una sociedad organizada, desaparecen cuando la persistencia de las leyes se encamina á sobreponerse á lo erróneo y al desconcierto.

---

0

20



---

---

## CAPÍTULO VI.

---

### **El perfume de las flores.**

Sensibles son siempre los medios en que se funda el fallo severo del Derecho, cuando se aplica al hombre que quebranta la armonía del deber recíproco que está obligado á obedecer; pero necesarios, por los efectos que producen en el ánimo, para esperar, con el ejemplo, la enmienda de los yerros de la vida.

Robustiano, á más de ingrato, se había convertido en encubridor de asesinos; había perdido para siempre la pureza de un ángel, manchando su honra imaculada con la asquerosa baba de la perversidad; había urdido una trama infernal para sumir en el desconsuelo á la familia que le tendiera su mano protectora, y no satisfecho su corazón, encallecido en los azares del

crimen, hubo de rematar ya en la agonía á su hijo político, aparte de la sangre de su propia Margarita.

Semejantes desmanes alcanzarían un límite, atendiendo á la rectitud del proceder y á la justicia divina que, aunque invisible, ejerce con calma y mesura.

Llegada fué, pues, la hora de la expiación para aquel cuerpo maldito y para aquella alma empedernida.

París entero se encaminaba en confuso tropel, á las dos de la tarde, en un día de rigurosa canícula, hacia la ancha plaza de Gréve.

Loca muchedumbre invadía los balcones, portales y azoteas de las casas para ver la fúnebre comitiva que acompañara á un reo desdichado.

Miles de comentarios se hacían entre los grupos respecto á las circunstancias de la causa ruidosa del banquero, á quien la justicia de los hombres había condenado á morir entre la máquina del celeberrimo M. de Guillotín.

Dieron las campanadas fatales en una de las torres de la capital, y aquellas masas de seres vivientes se apiñaban con objeto de observar los últimos momentos del ajusticiado.

¡Cuán grande es la misericordia del cielo!

Robustiano, aquel hombre que en la plenitud de su mentida situación y falsa preponderancia, alzaba la vista con orgullo como despreciando á sus semejantes, quizá por no imitarle siguiendo la carrera del crimen que había abrazado, al encaminarse entre sacerdotes

y hermanos piadosos al patíbulo, movía á compasión por lo humilde y contrito con que rezaba, dirigiendo sus lánguidas pupilas hacia la figura del Redentor que se entrelazaba entre las cadavéricas manos que temblaban por la agitación de los nervios sobreexcitados.

El plazo fatal terminó, y aquel que en el mundo fuera causa de males sin cuento y de lágrimas y trabajos, merecía ya una oración.

Precepto sagrado que inculca la religión del Padre Eterno para consuelo en medio de las tribulaciones de este mundo de sinsabores y de desgracias.

Probados todos los extremos en el proceso instruido contra el mestizo en Versalles, y auxiliados los jueces por las francas declaraciones de Magdalena y las *desgracias* sucedidas á la Sociedad de la Muerte, y de la cual también fué descubierto Robustiano como protector y auxiliar, estando convicto y confeso, y depurados los hechos de la muerte dada al vizconde por su padre, fueron las causas suficientes para que el reo se trasladara á París y muriera ante aquel pueblo.

Por otra parte, el mestizo, en los últimos momentos de su vida, había dado muestras de un sincero arrepentimiento.

¿Quién no lo hace así?

Confesados sus delitos, y al saber que su hija, después de su prisión, había profesado en el convento de monjas en donde se hubo criado, y acusándole ese juez implacable llamado conciencia, vió Robustiano

con regocijo el fallo justiciero de la ley al determinar que se legaban todas las riquezas que poseía á su antiguo amo el barón de Santa Cecilia, á quien pedía de todas veras perdón, lo mismo que al viejo Andrés y á Sofía, si es que vivían.

El resultado por parte de los tribunales franceses en una casa tan ruidosa, al hacerse del dominio público, y la disposición en que se fundaban para decretar la trasmisión de hecho y de derecho de todos los bienes y riquezas del reo el antiguo barón de Santa Cecilia, fué acogido con aplauso de verdadero júbilo.

Este principio, sentado en el orden mas esclarecido, fué proclamado por la prensa toda de Francia, al hacer la triste descripción de los acontecimientos á que die<sup>a</sup> margen la sabia medida.

El cuerpo de Robustiano se había enterrado en un rincón del cementerio del Père Lachaise, según voluntad expresa del ajusticiado, y su alma, á juzgar por el dolor y contrición que experimentara, había volado á las regiones infinitas del Paraiso.

Fuerza es que le olvidemos, para presentarnos en Madrid, en donde moran personas más queridas.

La familia de Carlos se hallaba dividida; la presentación de aquel pobre náufrago, y de aquel infeliz licenciado de presidio había interrumpido la felicidad de que gozaban Pilar y su hija, Andrés y Miguel.

Una noche había llamado á la puerta del grabador un hombre cubierto de harapos y de canas. Una voz lúgubre, como salida del fondo de una tumba, había

preguntado temblando si vivía en aquella casa la familia idolatrada de un pobre presidiario, y desde entonces Pilar fuera dichosa; pero Andrés y Miguel se hicieron doblemente desgraciados.

La bondadosa ex-baronesa, al ver á su marido entre sus brazos, después de cubrir de besos las amoratadas mejillas del calumniado, en vez de reconvenirle por las faltas cometidas y la deshonra de Magdalena, le perdonó con esa dulzura y esa terneza de que sólo son capaces las almas grandes y generosas.

—¡Ah! ¡Carlos, Carlos! exclamaba. Sí, eres el mismo, pero ya con la marca imperecedera de la muerte. Te tengo aquí entre los brazos, has vuelto, pero para exhalar tu postrimer aliento entre nosotros. Mi cariño no se ha hecho digno de tí hasta estos momentos: te perdono, te perdono.

El ex-barón lloró al observar la acogida de su heroica esposa y de su encantadora hija; pero su alma se cubría de dolores al observar la actitud y el enojo de Andrés y de su hijo.

Estos tenían emponzoñado el corazón por el virus de un mal predestinado. Las mejillas de aquellos dos hombres se encendieron por el rubor, al ver ante sí al que pudo confesarse autor de su deshonra, verdugo perpetuo de su existencia, sembrada hasta entonces de flores, pero henchida de sinsabores desde el momento en que Carlos, desde Ceuta, había escrito á su esposa la ex-baronesa.

El náufrago, al notar aquella indiferencia, al ir á



echarse en brazos de Andrés, lleno por la sed febril del perdón, y al encontrarse poco menos que rechazado, y observando impasibilidad y firmeza en el rostro de aquel, cuando sus señales características siempre habían sido bondadosas, francas y sonrientes, no pudo menos de exclamar:

—¡Oh! Andrés, no soy merecedor de semejante castigo: Vd. fué el amparo y la dicha de estas dos mujeres abandonadas; cierto es que yo antepuse mi debilidad al cumplimiento de sagrados deberes; pero está ya severamente cumplida la penitencia impuesta por aquel Dios que todo lo remunera después de las lágrimas y del arrepentimiento. Observe Vd. las de este viejo, en quien la parca del destino hizo brotar amarguras infinitas en su corazón y en su cabeza, como señales de un fin próximo. Perdóneme Vd., perdóneme usted; aquí, á sus plantas, ruego y suplico que me crean; no fui tan criminal como suponéis todos. Robustiano fué el que me propuso la felonía inicua, causa de mis acerbos dolores y de tantas y tantas lágrimas como he vertido: además, aquella vida disipada que corría para mí con la velocidad de una sombra hacia el fin que toqué, me obligó á cometer un crimen, crimen de cuya expiación puedo señalar con orgullo los múltiples trabajos con que el Omnipotente me ha castigado. No me rechacéis; véame Vd. aquí, de hinojos, y ya que su cariño y bondad fueron hasta el extremo de consentir en el enlace de un querido hijo con el miembro de una familia deshonrada, crea Vd. en las palabras

del contrito, y dé usted una prueba de caridad y de misericordia en este momento.

Andrés lloraba también, viendo á Carlos ante sus plantas. Sus ojos se hallaban encendidos, y aun cuando las miradas y ruegos de Pilar eran fuerza más poderosa que los argumentos aducidos por su antiguo amo, antes de abrazar á Carlos y perdonarle, sostuvo una lucha prolongada y terrible.

Miguel, ante la demostración de su padre, permaneció callado y cabizbajo. Mil y mil encontradas ideas lo combatían: su alma, noble y generosa, le imponía el deber de aceptar la resignación y perdonar; pero pudo en él más la fuerza de su entereza, y desde el día siguiente en que Carlos se había unido á la familia, Miguel se separó de ella, con extraordinario desconsuelo de todos.

Necesitaban Pilar y Sofía nuevos pesares, en medio de la felicidad relativa que Dios las hacía conocer y tocar.

Sin embargo, el grabador no por eso dejó un momento de atender á sus obligaciones, y con el honrado producto del trabajo sostenía á la familia, y sus cuidados se encaminaban á que nada faltase.

Una mañana del mes de Agosto, y estando Miguel sentado ante el mostrador de su humilde tienda de grabado, vió entrar una gran señora, y con suma extrañeza observó que se dirigía á él con las demostraciones más cariñosas y las palabras más lisonjeras.

—¿Podrá usted darme noticia, amigo mío, de la fa-

milia de un anciano llamado Andrés Luaces, de la cual me aseguran forma usted parte de ella, y aun que se llama usted Miguel? preguntó aquella dama con la sonrisa en los labios, pero convulsa por la agitación.

Miguel abrió sus grandes ojos y clavó la mirada en su interlocutora.

—Sí, señora, aquí es; murmuró el artista ruborizado.

—¿Y usted se llama Miguel Luaces? insistió de nuevo la dama.

—Que es mi nombre y apellido.

—¡Miguel! ¡Miguel! ¿Tú eres Miguel? Abrázame, querido hermano, repuso Magdalena, que no era otra la elegante señora que había penetrado en el taller del artista, y tratando, con los brazos abiertos, de que el grabador se arrojase en ellos.

El hijo de Andrés, sorprendido ante las palabras de su hermana, dudó de la realidad.

—¿Usted mi hermana, señora? repuso después de una pausa.

—¡Ah! Sí, sí; tu pobre hermana Magdalena, contestó ésta llorando.

—¡Magdalena! exclamó Miguel con voz ronca, y lleno de la mayor amargura.

Larga pausa se sucedió á aquellas manifestaciones que ansiaba Magdalena con toda su alma, desde que hubo realizado la obligación impuesta por su corazón y la fuerza del testamento del almirante.

Miguel no acertaba á creer que la mujer que tenía

ante sí fuera la niña que tuviera un día derecho á llamarle hermano.

—¿Usted Magdalena? preguntó de nuevo Miguel, frotándose los ojos y pasando la mano por la frente, para comprender que era cierto cuanto veía, y que no deliraba.

Luego de otra nueva pausa, y dando á la entonación de su voz una fuerza y violencia extraordinarias, Miguel prorrumpió:

—No, no, usted no puede ser mi hermana Magdalena, porque Magdalena ha muerto, ha muerto hace ya muchos años. Es falso; aquella niña, tan humilde y tan cándida, no pudo jamás convertirse en una dama tan aristocrática y tan rica como suponen esas sedas y esos encajes que á usted la cubren, señora. El padre de mi hermana es pobre; Miguel, su hermano, es un infeliz artista, y el nombre que Magdalena pidiera algún día, sólo se lo concederíamos al verla purificada en el crisol de la honra que la legaron, y que aún cuida de él con particular esmero su familia.

—Este acogimiento estaba previsto, murmuró, llorando la hija de Andrés.

—Por lo tanto, repuso luego Miguel, juzgo más oportuna la presencia de usted en otra parte. Usted se eha equivocado y está usted dispensada; tengo que trabajar, si es que quiero llevar hoy los indispensables alimentos para prendas para mí muy queridas, y la visita de usted me priva de un placer que sólo á almas como la mía les es dado el experimentar.

—¡Ah! ¿Con que me despides? ¿Con que no quieres indicarme al ménos la morada de mi infeliz padre, para tener la dicha de que vea en estas lágrimas el arrepentimiento de una joven loca, que sólo en sus brazos puede hallar consuelo y perdón?

—No nunca. Esas lágrimas la acusan más y más, y el pobre anciano no puede sino lanzar sobre la frente inclinada de su hija Magdalena, la más terrible de las maldiciones, y huya usted, huya usted si aún puede avenirse con los días miserables y la vida ruin que ha abrazado, sembrando en el seno de una familia pobre, pero honrada, el dolor y el luto. Pero usted miraba aquel estado de miseria con el mayor desprecio y, alentada por un raptor mil veces vil, pudo saborear las delicias de un fausto engañoso, de una falsa posición. Por otra parte, conceptuándose superior á la humildad, que era nuestro elemento, en vez de volver al pequeño redil de su amante familia, aun cuando las amenazas fueran tan terribles como se suponen, se engolfó en un mundo de ilusiones, y pasó la víctima á ser el más depravado de los malhechores. ¿Qué importaba que su padre llorara? ¿Qué motivos eran las censuras y los disgustos si los ensueños alimentados iban por medio del crimen realizándose, aun cuando la verdad sufriera detrimento? ¿Quién puede detener á la mujer cuando alcanzó la perfección en la escuela del coquetismo y del crimen? Y ahora que centenares de vejaciones han sumido en un mar de lágrimas al pobre anciano que la amparó en su niñez y que cubrió usted



el corazón de todos por la amargura de sus infamias, se presentía, cubierta por ricas galas, haciendo ostentación de un cinismo sin límites, y solicitando quizá que el pobre viejo y el desvalido hermano acepten una limosna á trueque de su propia honra; vamos, el recurso está bien premeditado, el pensamiento es digno de quien lo abriga; pero el padre y el hermano rechazan con todo su corazón la limosna que usted pudiera ofrecerles, y la maldicen para siempre.

—¡Ah! exclamó Magdalena ocultándose el rostro entre las manos, al mismo tiempo que penetraban en la tienda Pilar y el padre del artista.

Gran sorpresa causó al viejo Andrés el ver á la dama llorando, que no conoció en un principio, y la actitud en que se encontraba cuando se vió ante Miguel.

—¿Qué sucede, hijo? preguntó el anciano, reparando en el semblante inmutado de aquel.

—¡Padre, padre! prorrumpió Magdalena con el mayor frenesí, convencida, por la pregunta de Andrés, de que el viejo era el autor de sus días.

—¡Cómo! repuso Pilar sorprendida.

—¡Gran Dios! exclamó el viejo criado, al verse de improviso entrelazado por los brazos de Magdalena.

—¿Usted... ¿Tú, mi hija? preguntó luego Andrés agolpándose á sus ojos un raudal de lágrimas.

—Magdalena, Magdalena que por fin besa esta frente venerada, padre mío.

—¡Magdalena!

—Sí, Magdalena, contestó Miguel con la mayor impasibilidad, que vuelve hecha una gran señora.

—¡Ah! ¿Con que entonces era cierto lo que el señor barón nos anunció de que aún vivías! preguntó Andrés á su hija sin deshacerse de sus brazos y devolviéndole los besos que Magdalena le daba con la mayor locura. Todo me lo presumo; todo cuanto te ha sucedido bulle aquí en mi cabeza; Magdalena, hija mía, hija mía, te he llorado mucho, he sufrido mil y mil sinsabores, pero ahora ya te tengo entre mis brazos.

—¡Padre! añadió de pronto Miguel.

—¿Qué quieres! Ahora ya puedo morir tranquilo y rodeado por todos mis hijos.

—¡Padre! ¡padre! murmuró Miguel.

—¡Qué!, ¿tampoco quieres tú perdonarla? ¿No sabes que un padre es la más bondadosa criatura de la tierra para con sus hijos? ¡Oh! si esto parece un sueño; pero es cierto; tengo aquí á mi Magdalena; sí, sí, es la misma. Señora baronesa ¡mírela usted, mírela usted!

Pilar dirigió sus miradas al suelo para no encontrarse con los ojos de la que había sido su rival.

Bien pronto Andrés conoció lo imprudente que había sido mostrando á su hija á la que nunca podría perdonarla; además, la impasibilidad de Miguel, la idea que se agolpó de repente á su mente, observando á su hija ricamente vestida, y las señales inequívocas de una vida airada, que el crimen esculpe en las mejillas de la mujer con caracteres más que indelebles, hubieron de

sobreponerse á cuanto su corazón paternal le obligara á revelar,

Magdalena, por su parte, comprendió que era imposible la conquista de sentimientos ya extinguidos en fuerza de sus propios pecados, y salió llorando de la presencia de sus padre y hermano con el presentimiento de no verlos jamás.

Aquel mismo día, y á la salida del taller de grabados, Magdalena se dirigió á Toledo en busca del convento en que Margarita había profesado.

Hechas las diligencias necesarias, y previo el consentimiento de Andrés, Magdalena tomó el velo, á cuyo acto asistieron todos los miembros de su familia, incluso Carlos, Pilar y Sofía.

Entre los cánticos de la iglesia y el tañido de las campanas, Andrés y Miguel elevaban al cielo una plegaria, encaminada á impetrar del Soberano del mundo el perdón necesario para la nueva sierva de Dios.

Centritas y llenas de júbilo regresaron á Madrid aquellas pobres flores marchitas á quienes el huracán de la vida había arrebatado su perfume y toda su tranquilidad; pero el Dios de los justos les tenía reservado el consuelo para su aflicción y el lenitivo para todos sus dolores.

Carlos se encontró, á su regreso de Toledo, con un pliego cerrado. En él se le manifestaba de oficio que los tribunales franceses, y por voluntad expresa del reo, el mestizo Robustiano que hubo de matar á su propio hijo el vizconde don César, le nombraba herede-

ro de sus cuantiosos millones, toda vez que estos, en principio, fueron adquiridos por los intereses que el mismo Robustiano, según confesión, había robado al antiguo barón de Santa Cecilia, mayordomo de éste en otros tiempos. Que si aun vivía el criado Andrés Luaces, se le manifestara que Robustiano un día tuvo ideas de asesinar á su hija Magdalena para hacer recaer las sospechas del crimen en su señor D. Carlos, el barón; pero que luego se había compadecido de ella, haciéndola marchar á Barcelona la misma tarde que obligara á la amiga íntima de Magdalena, Carmen Santa María pobre expósita con quien aquella vivía, á que se vistiera el mismo traje usual de la hija de Andrés, y que aquella fuera la verdadera víctima, víctima que sucumbió bajo el filo del agudo puñal de uno de los afiliados á la Sociedad de la Muerte.

Carlos, después del extenso oficio que leyó, y que se deja extractado, abrazó delirante á Pilar, á su hija y á Andrés, y postrándose ante las plantas de Miguel, volvió de nuevo á suplicarle su perdón.

Las lágrimas de Sofía y las miradas de sus padres decidieron á Miguel á emplear el deber más sublime que preceptuó Jesucristo.

Carlos marchó á París por aquellos días y realizó los créditos que resultaban á su favor, y á su vuelta á España todas las personas que le rodeaban constituyeron una familia.

El barón en lo sucesivo fué modelo de padres y maridos, y Magdalena de religiosas contritas y arrepentidas.

¡Felices los que vuelven á prestar con la savia que Dios deposita en el corazón de los humanos, los jugos necesarios para la vida, si por un momento aquella pudo emplearse en envenenarla!

Pilar y Sofía ingresaron en las esferas del gran mundo, aleccionadas por la experiencia de la desgracia, y Andrés, Miguel y María desempeñaron perfectamente el cometido que impone la etiqueta al rozarse con las capas más elevadas de la sociedad.

¡Pobres mártires de la caridad y de los más bellos sentimientos, hallásteis por recompensa de vuestro heroísmo la protección á que las virtudes santas dan derecho á esperar!

Madrid vió en la historia de las vicisitudes del antiguo barón un paréntesis de desgracia que se cerró al verle desplegar su primitiva magnificencia.

Las pobres flores, un tiempo místicas y marchitas, pudieron erigirse de nuevo frescas y lozanas, para exhalar de sus pétalos balsámico aroma hacia el Eterno, y envolver entre ambrosía la sagrada morada de los justos.

FIN.





---

---

# ÍNDICE

---

## PRIMERA PARTE

<u>Capítulos.</u>	<u>Páginas</u>
I.—El nido de la calandria.....	3
II.—Dos historias.....	14
III.—Un disparo fatal.....	41
IV.—El padre de la novia.....	55
V.—Hijos del alma.....	72
VI.—La fuga.....	104
VII.—Paloma y gavián.....	134

## SEGUNDA PARTE

I.—Lazos eternos.....	189
II.—La isla desierta.....	255
III.—Dos presidiarios.....	310
IV.—Magdalena.....	355
V.—El Castillo del Diablo.....	400
VI.—El perfume de las flores.....	415





DU



A roll of aged, yellowed paper, possibly a book's endpapers or a roll of parchment, is shown vertically. The paper is heavily textured and shows signs of wear, including fraying and discoloration. A white label is attached to the bottom of the roll, featuring the text "DUPL. SS 457" in a bold, serif font. The label is partially wrapped in clear tape.

**DUPL.**

**SS**

**457**